

Selecta

HASTA LA ETERNIDAD

Trilogía Samsarí 3

Mía Martín

Hasta la eternidad
Trilogía Samsarí 3

Mía Martín

Selecta

Índice

[Hasta la eternidad](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

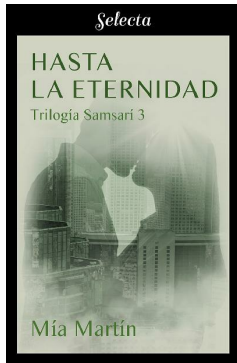
[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre Mía Martín](#)

Hasta la eternidad



Lo perdía. Era el fin.

Clavó la vista borrosa en los fieros ojos de él y experimentó un instante de absoluta lucidez.

«Esto no se acaba aquí»

Ese amor sublime que sentían el uno por el otro no moriría jamás. No había hombre o deidad sobre la faz de la tierra que contara con tanto poder. Porque su amor era infinito como las edades imperecederas de la tierra y eterno como las líneas atemporales que separaban los mundos. Porque ellos eran el uno del otro para toda la toda la eternidad.

Roberto y Michela están en el punto de mira de la organización más peligrosa del planeta, la 'ndrangheta. En la carrera diabólica que se desatará por salvar su propia vida, Pastriani pondrá en riesgo aquello que más ama.

Sin embargo, va a contar con un aliado que no esperaba.

¿Y si el final fuera solo el comienzo?

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Emma

Tú justificas mi existencia:
si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero,
porque no he vivido.

Luis Cernuda

Un río, un amor: Los placeres prohibidos.

*Hay cosas que debemos olvidar para poder aprenderlas,
y hay cosas que debemos tener para poder renunciar a ellas.*

Samsarí

Prólogo

La planicie estaba cubierta por una espesa bruma. Las cornetas de guerra resonaron como un eco lejano por la campiña. La batalla iba a dar comienzo. Los ejércitos se encontraban separados por una enorme dehesa. Durato experimentó la violenta energía que siempre lo acometía en esos instantes previos a la lucha, de máxima tensión y expectación. Aferraba con fuerza el pequeño escudo oblicuo y hacía girar su falcata de un lado a otro, cortando el viento. Mantenía un ojo sobre el escondite que había improvisado para Licinia entre los arbustos. Elevó apenas la cabeza y contempló con estupor el despliegue, en la retaguardia de su propio ejército, de toda una legión romana que se posicionaba y hacía señales a los hombres de Galba, que aguardaban frente a ellos. Los soldados romanos comenzaron a gritar y a golpear sus escudos con fuerza contra la tierra. Los habían acorralado. Serían aplastados por dos frentes que caerían de forma simultánea sobre ellos. No habría clemencia. La esperanza, que lo había mantenido enérgico y en constante tensión durante todo el día y la noche pasada, murió en su corazón. Parpadeó confundido y arrugó el ceño. Nadie le había informado acerca de ningún ejército que estuviera acampando en las inmediaciones y dado su tamaño tendría que haber sido visto por sus hombres. Una

maldita legión al completo. No existía la más mínima posibilidad de salir con bien de esta masacre. Porque a eso habían venido. A ser masacrados por los romanos.

Una vez más.

¿Quién los había traicionado? Se sentía impotente y se contenía para no estallar en rugidos y golpes. Con creciente temor volvió a observar el lugar donde lo esperaba ella. Unos pasos más allá, enterrada en medio del follaje, lo aguardaba su adorada Licinia. Sabiendo que se le agotaba el tiempo, susurró una orden a Ultinos y corrió al encuentro de su esposa. Debía sacarla de allí antes de que fuera demasiado tarde. La ayudó a salir —la mujer se movía con pesadez debido a su avanzado estado de gestación— y se abrazaron con destemplanza. El temor de su esposa se evidenciaba por la fuerza con que sus dedos se clavaban en su espalda y por la necesidad con que lo buscaba. Durato la rodeó con sus brazos aplastándole los labios contra la frente perlada en sudor y polvo. Por segunda vez en su vida se encontraba al borde del abismo, temiendo perder aquello que más amaba. «No podré soportar otro golpe así, no cuento con fuerzas ya», se dijo con ánimo derrotista.

Haciendo acopio de la poca entereza que le quedaba, la asió por los brazos y buscó con desesperación su mirada.

Licinia aguardaba una orden, confiada en que él hallaría la solución. Lo contemplaba con tal devoción que desarmó sus argumentos.

Una fe tan absoluta. «Solo soy un hombre, vida mía. No puedo hacer desaparecer a dos ejércitos», pensó humillado.

Se sintió poco para ella. No la merecía. ¿En qué terrible posición la dejaba? A merced de unas bestias inmisericordes. A caballo entre dos mundos que no la aceptarían, pues ya no formaba parte de ninguno. Licinia no era una esclava de su pueblo, tampoco una prisionera. Y los suyos la repudiarían, nadie acudiría en su auxilio. Roma se regía por un sentido del honor hipócrita e implacable, jamás le perdonarían que llevara a su hijo en el vientre, menos que se hubiera entregado voluntariamente a él.

«Oh, dulce amor de mi vida —se lamentó con amargura—, ¡qué

necios hemos sido!

Creyéndonos invencibles, jugando a ser dioses capaces de decidir sobre su propio destino. No mereces que te ocurra nada malo. Tú no, que eres un ser puro, bondadoso...».

—Vamos, tienes que alejarte lo más que puedas de la batalla —la urgió en cambio con imperio. La necesidad de sacarla de allí se hizo acuciante. Al menos ella sobreviviría. Ella y su hijo. Era suficiente. Tendría que ser suficiente.

—¿Tengo? ¿Y tú? ¿Qué ha ocurrido?

Durato le lanzó una mirada endurecida y Licinia se apartó de él. Se cruzó de brazos y sacudió con ímpetu la cabeza.

—¿Irme? ¿Yo sola? No, ni hablar. Estamos juntos en esto. Eres mi esposo, mi lugar está a tu lado. ¿Qué ha pasado que me quieres lejos de aquí?

La mujer miró más allá y un temor helado se le alojó en la espina dorsal endureciéndole el vientre hinchado. Se llevó las manos cubriendo su estómago en un acto instintivo.

—Licinia, por lo más sagrado, escúchame. No hay ninguna posibilidad. —Sujetó a la mujer por los hombros. Licinia contemplaba la marcha de los ejércitos romanos con los ojos arrasados en lágrimas y una mueca de terror que le era imposible disimular. Era el fin de la vida para el pueblo lusitano tal y como lo conocían. Licinia buscó la mirada de su esposo y habló con voz temblorosa.

—Es Galba o... ¿mi padre?

—No sabría decirte —le mintió porque le habían informado que se trataba del general Servio Sulpicio Galba—, pero Licinia...

—Si yo me voy, —lo interrumpió ella desechando cualquier sentimiento de compasión que hubiera podido albergar hacia su progenitor. A Licinia solo le preocupaba su familia: Durato y su hijo no nacido—, ¿qué harás tú?

Conocía la respuesta a esa pregunta antes siquiera de terminar de formularla.

—Lucharé. No puedo abandonar a mi pueblo.

—Y me abandonas a mí —expresó ella con voz trémula, rodeando

su propio cuerpo con sus brazos, buscando algún tipo de consuelo al frío que acababa de instalarse en sus entrañas y le endurecía el vientre.

Durato la estrechó contra su pecho y le besó con fervor la coronilla.

—¡Jamás! —clamó con vehemencia—. Eres mi vida entera. Lo más sagrado que poseo, pero necesito saber que estáis a salvo. Tú y mi hijo. Iré en tu busca cuando todo acabe.

Licinia se enfadó por la flagrante mentira. Más asustada de lo que se había sentido en la vida, comenzó a negar con la cabeza. Se debatía frenética entre sus brazos agobiada por encontrar el argumento que lo convenciera de abandonar esa lucha inútil.

—No. Por favor, no me alejes de ti. Tenemos que permanecer unidos. Es la única manera de sobrevivir. Lo sabes igual que lo sé yo. Me prometiste que siempre estaríamos juntos, que yo era tu destino y seguirías mis pasos. El destino que te guíe también me guiará a mí. Eso me juraste. Ahora te exijo que lo cumplas. Por favor, Durato, tú ni siquiera estabas de acuerdo en luchar contra Roma. Deseabas la paz. Esta ya no es tu lucha.

Durato tragó saliva, se cuadró de hombros y la contempló con ojos velados de lágrimas y rabia.

—No puedo abandonar a mi gente, incluso tu querida Ovidia luchará hoy. No me pidas algo que me haría avergonzarme de mí mismo el resto de mi vida.

—Te estoy pidiendo que vivas a mi lado, al lado de tu hijo...

—Licinia, no estamos discutiendo como esposos —la irrumpió con voz ronca—. Soy tu señor y esto es una orden.

—¿Mi general?

La voz de Likinos los sorprendió a ambos. Volvieron las cabezas al mismo tiempo. El joven, hecho un manojo de nervios, sacudía las manos y hablaba con voz entrecortada. Ultinos, al lado del joven y con una mueca severa, estudiaba el avance del ejército romano.

—Habla, muchacho.

—Los hombres aguardan órdenes, ¿qué debo decirles?

Durato se hizo a un lado y se aproximó a Likinos. Se alejó de Licinia, que agachó la cabeza encorvando los hombros y rompió a

llorar desconsolada.

—Ahora me haré cargo de darles órdenes. —Colocó su mano sobre el hombro del joven guerrero—. Te irás con ella. Sácala de aquí. Ponla a buen resguardo. Te la encomiendo. Iremos a buscaros cuando todo esto termine.

Ultinos se posicionó junto a su general y se atusó la barba.

—Roma nos hará prisioneros. Nos colgarán y dejarán que seamos pasto de cuervos y alimañas —le dijo para que solo él lo oyera—. Ya he visto esto antes.

Durato dejó escapar un suspiro al tiempo que evitaba mirar en dirección a Licinia. Likinos la había tomado del codo y tiraba de ella.

—No lo permitiremos —expresó el caudillo en un tono bajo.

—Durato, por favor. —Licinia, desesperada, había tendido las manos en su dirección. Hablaba con la voz entrecortada mientras las lágrimas resbalaban por su rostro—. No permitas esto, no es necesario. Ya hiciste todo cuanto podías... Amor mío...

El líder lusitano alzó la vista y sus ojos se encontraron en la distancia de apenas cinco pasos que los separaban. Sus miradas se encadenaron como aquella primera vez y ella, impactada con la intensidad y la desesperación con que él la contemplaba, se apresuró a barrer con las lágrimas que inundaban sus ojos para no perder el contacto visual.

Durato le expresó sin palabras la pena tan honda que lo asolaba y carcomía su alma. También el millar de dudas y temores que lo acometían. Sin embargo, la voz cuando habló fue firme y serena, sin asomo de los miedos y de los cuestionamientos que lo impulsaban a apartar a Likinos de su lado y huir con ella y su hijo.

Licinia quiso aliviar en algo su carga, apretó los labios y asintió imperceptiblemente con la cabeza. «Te amo», vocalizó antes de que Likinos la hiciera caminar.

—Likinos, sácala de aquí ya. Vamos, no perdáis más tiempo.

Mientras la veía alejarse hasta internarse con el joven en la espesura del bosque, lo asaltaron los remordimientos, las dudas.

Pero ¿qué otra salida quedaba? No podía permitir que ella estuviera en medio del pandemónium que se desataría de un momento a otro.

Y, por honor, no podría abandonar a sus hermanos a su suerte.

«No me dejaré atrapar. Es una promesa solemne, amor mío», se juró con rabia.

¿Había hecho lo correcto? ¿Podría su joven esposa embarazada sobrevivir? ¿Volverían a verse?

Sí, lo harían. Él sobreviviría por ella, para estar con ella.

Elevó la mirada un instante a los cielos. «Y si mi deseo no me es concedido, no permitáis, oh, dioses misericordiosos, que vuelva a fallar. No lo permitáis, por piedad. No me la quitéis. Os habéis llevado demasiado de mí. Ella no. Tomadme a mí, dejad que ella y mi hijo disfruten de una vida larga y apacible. A cambio, os ofrezco mi propia vida».

Volvió la vista al frente, estrechó los ojos y se concentró por completo en la batalla que debía librar. No quedaba de otra que pactar con Roma. No había otra salida si querían sobrevivir. Los harían prisioneros, pero sobrevivirían.

—Esto es lo que haremos, Ultinos —expresó Durato con fiera determinación—. Irás con los hombres que tiene Tout...

Las palabras murieron en su boca y la lengua se le quedó atascada entre los dientes. Clavó unos ojos desorbitados sobre el rostro tenso de Ultinos, que acababa de asestarle una brutal puñalada en el costado izquierdo. Durato se sacudió y se tambaleó sobre sus pies. Ultinos lo sujetó por el codo y hundió el puñal hasta su empuñadura atravesándole la carne.

—No creo que tú puedas hacer gran cosa ya —le siseó entre dientes—. Mira hacia dónde nos has conducido. A nuestra completa destrucción. Eres un bastardo y mereces una muerte ignominiosa.

Durato apenas podía respirar, se había agarrado a los brazos de Ultinos.

—Traidor...

—Tú has sido el que ha traicionado a su pueblo. Nos vendiste por una ramera romana.

—Eres mi hermano.

Ultinos arrugó el ceño, incómodo. Dolido.

—Tú no tienes hermanos —escupió con un susurro seco—. Los

traicionaste hace mucho. Vendiste la lealtad de tus hombres por obtener un poco de placer del cuerpo de una esclava. Me queda un consuelo, mi general: tu ramera será mía. Quiero que lo tengas muy presente mientras tus amigos, los romanos, acaban contigo. Tu adorada Licinia se entregará a mí si quiere vivir. Luego, como prometí, se la devolveré a Galba, su verdadero esposo y señor.

Un grito inhumano brotó de la garganta de Durato. Ultinos abrió los ojos espantado, paralizado ante la mueca siniestra en que había mutado el rostro del hombre y la fuerza sobrehumana que se había apoderado de él. Durato se le echó encima rugiendo enfurecido, se hizo con el puñal y lo alzó dispuesto a asestarle el golpe de gracia al que había considerado su hermano. Una flecha hizo blanco en su brazo antes de poder llevar a cabo su cometido. Durato cayó hacia atrás por el impacto del disparo. Ahogó un gemido y miró la punta de la flecha que le había atravesado con un tiro limpio la palma de la mano. La sangre roja y muy espesa manaba de la herida. Ultinos, que no se había movido de su sitio y lo contemplaba con fijación obsesiva, se echó hacia atrás horrorizado cuando un grupo de soldados romanos cayeron sobre el cuerpo de Durato.

El caudillo, rugiendo y peleando por su vida, volvió la vista a tiempo de ver cómo Ultinos se incorporaba y se refregaba en el pecho con manos temblorosas.

—¡Cobarde! ¡Traidooor! —rugió en su lengua.

—¿Es este Durato? —preguntó uno de los oficiales a Ultinos, sin dirigir una sola mirada al hombre que yacía en el suelo.

Ultinos asintió con un movimiento de cabeza.

—Ese es.

El caudillo, que observaba el intercambio con ojos desquiciados, al comprobar que Ultinos se alejaba en dirección al bosque, perdió la razón. Comenzó a retorcerse como una fiera. Lanzaba puñetazos, patadas y mordía todo lo que se encontraba a su paso. Rugía y gruñía desesperado.

Tenía que escapar de allí, debía protegerla...

«¡¡¡Licinia!!! ¡Noooooo! ¡¡¡Liciniaaaaaaaaaaaaaa!!!!».

Cinco hombres se le echaron encima, pateándolo y golpeándolo sin

misericordia, impidiéndole cualquier movimiento y, muy a su pesar, impresionados con el despliegue de resistencia, determinación y valentía con los que atacaba y se defendía. Ni siete legionarios resultaron suficientes para contener la furia arrebatadora que se había apoderado de ese hombre. Era cierto todo lo que habían oído de él. La bestia negra. El azote de Roma.

—Bestia inmundada —le siseó uno de ellos al oído—. Galba se dará un buen festín contigo hoy. Clavadle las estacas para que no se pueda mover.

—¿A una cruz?

—No, al suelo. Clavadlo al suelo con estacas. Muñecas y pies. Esta escoria no merece que nos tomemos la molestia de desperdiciar en él buena madera.

Sila Sertorio, acomodado sobre su caballo, observaba con semblante sereno la escena que se desarrollaba ante sus ojos, más allá de la repulsión que experimentaba en su interior por tamaña vileza. Se le antojaba deleznable el comportamiento del lugarteniente de Durato, que avanzaba a su encuentro con aires muy gallitos. Sertorio detestaba a los traidores. Le revolvió las tripas y lamentaba con amargura que él mismo se hubiera valido del sucio complot para recabar la información que precisaba contra Galba.

Ultinos se presentó ante el centurión romano con el que había parlamentado la rendición de toda la tribu a cambio de que estos le entregaran con vida a su líder. Con una sonrisa abierta, Ultinos alargó el brazo para intercambiar el saludo correspondiente. Sertorio le devolvió una mirada desdeñosa y apenas le dirigió unas palabras antes de ponerse a repartir órdenes entre sus hombres.

—Ya tienes a Durato —lo interrumpió molesto el guerrero lusitano—. Ahora mis hombres y yo exigimos que cumplas con lo pactado.

—Primero, comprobaremos que se trate de tu general. —Y se inclinó sobre su montura dirigiéndole al bárbaro una mirada airada—. ¿Cómo sé que no has usado a un cualquiera, mientras el verdadero Durato está en estos momentos huyendo campo a través? Si mis ojos no se confunden, hace un momento observé a dos de los tuyos alejarse por allí.

Ultinos se guardó una réplica cortante y asintió con la cabeza.

El oficial romano descendió de su caballo con un salto ágil y, acompañado de Ultinos, caminó hasta detenerse en el punto donde sus hombres contenían a duras penas las potentes sacudidas del general lusitano. Admiró la tenacidad con la que se debatía. La ira con la que rugía y lanzaba dentelladas. Una muestra impagable de indudable fuerza y valentía aun después de comprender que todo estaba perdido para él. Observó de reojo la reacción del lugarteniente. El tal Ultinos se removía inquieto. Temía a su cacique. Experimentó un asfixiante sentimiento de vergüenza por haberse rebajado a parlamentar con semejante gusano, también por el papel de intermediario que había desempeñado en todo ese escabroso asunto. Se sentía cansado y terriblemente asqueado de todo ese juego que habían puesto en marcha meses atrás. Sertorio se hallaba desilusionado y había llegado al punto de sufrir un hastío profundo debido a la mezquindad y la barbarie en que consistía la política de Roma. Nada importaba con tal de conseguir los propios objetivos, la gloria individual y la venganza definitiva contra los enemigos. A costa de sacrificar la dignidad personal, los principios e ideales que habían sostenido a esa gran nación de la que él formaba parte. El mismo Catón se burlaría con crueldad de él si alguna vez lo escuchara pronunciándose de esa manera.

—¡Basta! —espetó repugnado por el lamentable espectáculo—. Apartaos de él. ¿Siete legionarios romanos son necesarios para reducir a un solo hombre herido?

—Es un bárbaro, mi señor.

—Traedme al cartaginés.

El soldado se cuadró de hombros.

—Sí, mi señor.

—Hemos traído a un enemigo de tu pueblo, Ultinos. Afirma conocer personalmente a Durato —explicó el centurión.

—Me parece bien, Sertorio, como si quieres traer al pueblo entero para que corrobore mis palabras. No tengo nada que ocultar. Ese es Durato.

Durato, desde su posición en el suelo, lanzó una mirada

desesperada al oficial romano.

¿Había escuchado bien? ¿Sertorio? ¿Sería el mismo Sila Sertorio del que le había hablado Licinia? ¿Aquel joven centurión que la había ayudado tanto tiempo atrás?

—Sila Sertorio —pronunció con un potente vozarrón que contrastaba con la postura en la que aguardaba, tumbado y clavado al suelo. Apretó los dientes para aguantar las terribles punzadas que le producía la herida en su costado y también la de sus manos y piernas. Sabía que se estaba debilitando, que era cuestión de tiempo. Las fuerzas lo abandonaban muy lentamente. Uno de los hombres le pateó en las costillas. Durato no acusó el golpe y mantuvo una mirada fiera e insolente sobre el oficial romano. Sila alzó una mano para que el soldado detuviera los golpes.

—No lo escuches —le advirtió Ultinos—, dirá disparates.

—Habla —ordenó Sertorio haciendo oídos sordos al ruego del lugarteniente.

—Sila Sertorio —volvió a repetir—. Conoces a mi esposa, Licinia.

Sertorio se descompuso, pues lo último que esperaba era escuchar el nombre de la dulce joven patricia en boca de ese hombre. Se adelantó unos pasos hasta pararse frente al hombre, se agachó y lo tomó con violencia por la pechera de su camisa.

—Habla, bastardo, ¿dónde está ella?

—Sálvala —clamó, y fijó una mirada incisiva en los ojos del oficial—. No permitas que esa escoria le ponga una mano encima. —E inclinó la cabeza y miró más allá, hacia Ultinos. Sus ojos oscuros y rabiosos se enfocaron en él—. Quiere hacerle daño. Ella habló bien de ti, me contó que eres un hombre de honor, que quisiste salvarla de mis hombres. Demuéstralo. Si es verdad todo lo que ella me dijo acerca de ti, sabrás que Galba tampoco debe tenerla. La lastimará por haber estado conmigo.

Sertorio lo contemplaba horrorizado y paralizado. Los rumores eran ciertos. La muchacha se había entregado a ese hombre y Galba lo sabía. Por eso había decidido saltarse la orden expresa del Senado de no volver a pisar la provincia ibérica. Se jugaba su maltrecha carrera política y su reputación volviendo a la Hispania. Licinia, su

joven esposa, una patricia romana de recia estirpe, había vivido en concubinato con el hombre que se había convertido en el peor enemigo de Roma. Un crimen imperdonable para el orgullo de un hombre como el general romano, que vivía jactándose de su propia importancia en la historia de la nación.

Las palabras del caudillo lusitano lo sumían, por otro lado, en una incertidumbre desconcertante. Lo asaltaron las dudas. ¿Qué debía hacer? Tenía órdenes expresas: acabar con el líder lusitano al que el populacho y los tribunos de la plebe habían comenzado a denominar azote de Roma. Amén de sofocar, de una vez y para siempre, las revueltas rebeldes en la provincia. Roma exigía que la muerte de ese hombre sirviera de escarmiento para el resto de los enemigos de la república.

—Sertorio —le habló Durato entre dientes—, olvida todo lo demás. Sálvala, protégela, te lo suplico. No permitas que le hagan daño. Si la conoces, sabes que es un ser puro y tierno. No merece pagar por mis debilidades.

Sertorio apretó la mandíbula. La ferocidad con la que había hablado y, más que cualquier otra cosa, la ternura y el amor que destilaban cada una de sus palabras, expresadas con tanta devoción y humildad, lo conmovieron. Recordaba con perfecta claridad a Licinia, ¿cómo olvidarla? Licinia y su etérea belleza que robaba el aliento y la cordura. Comprendía que a un hombre no le importara morir por poseer a una criatura como ella. Él mismo, que añoraba con destemplanza a su joven esposa, se había sentido atormentado por el recuerdo de esa ninfa y su trágica mirada dorada. No había conseguido superar la congoja con que la que ella lo había observado antes de que él la abandonara en aquella zanja inmunda.

El oficial, por fin, fijó una mirada decidida en los ojos negros de Durato.

—No permitiré que nadie la lastime. ¡Nadie! —le juró con fervor—. La protegeré con mi vida. Tienes mi palabra.

Durato cerró los ojos lentamente tras escuchar la solemne promesa, dejó caer la cabeza sobre la tierra encharcada con su propia sangre y pareció musitar una oración en voz baja.

—Soldado —llamó Sertorio poniéndose en pie.

Uno de sus hombres dio un paso al frente.

—Mi señor.

—Vigile al prisionero y a este también —señaló con una mirada molesta a Ultinos, y se echó a andar.

—Me prometieron una bolsa de oro. He cumplido mi parte del acuerdo. Exijo mi recompensa.

Sila Sertorio, atormentado con el recuerdo de Licinia y las palabras de Durato, sin tener muy claro el camino que debía seguir, se dio la vuelta de forma intempestiva y avanzó furioso hasta Ultinos.

—Roma no paga a traidores.

Ultinos ni siquiera vio el puñal que lo degolló. La velocidad y ferocidad del ataque dejó pasmados a los presentes, incluido al propio Durato, que contempló impresionado cómo el cuerpo de su lugarteniente caía desplomado sobre la tierra entre violentos espasmos antes de que dejara de retorcerse cuando la muerte lo cubrió con su fúnebre manto.

Y esa sangre recogida en una bola va dando vueltas por todo el mundo, fría como el hielo, caliente como el fuego y suave como la seda.

Edward Savage se arrastraba por el suelo sobre sus codos y miraba inquieto a un lado y otro buscando dar con alguna salida a la trampa mortal en que se había convertido la discoteca Gilda. Escuchaba disparos, mezclados con los chillidos y alaridos de las personas que aún se encontraban atrapadas, como él, en el interior del recinto. Rezaba como un devoto penitente para que no le alcanzara ninguna bala perdida. Al menos alguien había decidido cortar la música. Como colofón a su racha de mala suerte había perdido de vista a Francesca y Juan Santiago, y un policía, en ese preciso momento, se le antojaba indispensable para su propia supervivencia. Nunca había experimentado un terror similar. Sentía la muerte y su implacable guadaña rondando como una sombra siniestra a su alrededor, advirtiéndole entre susurros a cada pequeño paso que daba. Elevó la cabeza y miró hacia adelante. Vivió un instante de excitación y profundo alivio al descubrir delante de él y a pocos pasos al imponente novio de Michela. Roberto Pastriani. Un segundo después se quedó paralizado. No daba crédito a lo que presenciaron sus ojos. Se consideraba un hombre creyente. Había visto cosas extrañas...

Pastriani se hallaba frente a su ejecutor con la cabeza erguida, dedicándole una mirada torva al tipo que, para espanto del canadiense, detonó su arma. Edward se había llevado las manos a la cabeza y había comenzado a chillar, aterrorizado, cuando una luz sobrecogedora, casi iridiscente, había brotado del cuerpo de Roberto. De cada poro de su piel. Literalmente. La luz había manado del hombre como si el mismo Dios acabara de insuflarlo con su gracia

divina. Sumía lo demás en una densa oscuridad. Todo pareció ralentizarse en torno a los dos hombres. Edward Savage jamás había presenciado cosa igual. Entreabrió los labios, perplejo y extasiado, al contemplar cómo tomaba forma la silueta difuminada de un hombre que poco a poco fue haciéndose más y más nítida, hasta volverse corpórea. Edward tuvo que ahogar un jadeo de asombro. Ante él, envuelto en un haz de furiosa luz sagrada, se erguía la figura imponente de un poderoso guerrero antiguo. Vestido con extraños ropajes que apenas le cubrían la piel desnuda, el cabello desmelenado y un rictus tan fiero que cortaba el aliento, el guerrero se posicionó frente a frente con Roberto que permanecía sumido en una extraña quietud, suspendido sobre sus pies. Ambos de idéntica estatura y porte, emanaban un aura idéntica. Blanca, prístina, sobrecogedora. Savage contuvo el respiro cuando el guerrero elevó su poderoso brazo y golpeó a Roberto con una mano que clavó en mitad de su pecho y lo lanzó disparado hacia el otro lado de la sala. Acto seguido, envuelto en la mágica luz cegadora, se había echado a correr, atravesando la pista de baile y se había dejado caer sobre Roberto, fundiéndose con él. Desapareciendo para siempre. Pastriani quedó laxo. Yacía sobre el suelo en perfecta quietud. Tumbado boca arriba, con los brazos estirados a los lados de su cuerpo, parecía orbitar algún plácido sueño. La luz se extinguió de la misma manera en que había aparecido. De forma inexplicable y misteriosa.

Edward, con el corazón latiéndole de forma vertiginosa y los ojos vidriosos, no salía de su asombro. Se dejó caer, ahogó un jadeo de incredulidad y se llevó las manos a la cabeza.

El tipo de la pistola pareció volver en sí, miró a los lados sin comprender nada, buscando con desesperación a su objetivo. Salió corriendo cuando los *carabinieri*, fusil en mano, irrumpieron en el local desde varios frentes.

Edward Savage cerró los ojos. Echó la cabeza hacia adelante y elevó una plegaria de agradecimiento. Por fin la maldita policía.

Michela se había dejado arrastrar por la marea humana que buscaba salir de ese pandemónium y había perdido de vista a

Roberto. Deambulaba perdida entre las mesas volcadas y las sillas caídas de la pista de baile. Buscaba sin cesar a su novio entre el caos de personas que se agolpaban en las salidas. Los ánimos se habían calmado ahora que los *carabinieri* se habían hecho con el control de la situación. No comprendía qué demonios le había ocurrido y se agobiaba imaginando trágicos escenarios. En un instante, Roberto había estado a su lado, decidido a sacarla de allí y, de repente, había desaparecido. Evaporado en el aire. No lograba dar con él, gritaba, llamándolo, y miraba a un lado y otro y no lo veía por ningún lado.

—Michela...

La joven giró sobre sus pies, asustada, y con las manos temblorosas en alto en señal de rendición. Observó con extrañeza al hombre que le había hablado. Un tipo casi de su misma estatura con el cabello castaño y crespo, ataviado con el uniforme negro de los *carabinieri* y una pistola en la mano derecha, que decidió bajar cuando ella se la quedó mirando horrorizada. El hombre le tendió la otra mano y le sonrió.

—Tranquila, *signorina*, mi nombre es Girolamo Mori, soy compañero de Roberto. Por favor, acompáñeme. Tengo que sacarla de aquí.

Michela se llevó las manos al pecho y experimentó un grato y bienvenido sentimiento de alivio que la hizo tomar una profunda bocanada de aire.

—Roberto... —musitó ella con un atisbo de esperanza—. ¿Lo ha visto? ¿Dónde está? No lo encuentro, estaba aquí, lo juro, estaba aquí conmigo y desapareció de pronto. No lo encuentro...

—Está fuera. La está buscando como un loco...

Michela elevó una oración de agradecimiento.

—¡Oh, gracias a Dios! Usted... ¿también pertenece al ROS?

Mori le dedicó una agradable sonrisa y asintió con la cabeza. La tomó del codo con delicadeza y se echaron a andar hasta la salida.

—Sí, eso es, soy brigadier. Pertenezco a la misma unidad que el teniente Bracconiere. Ya veo que le ha hablado de nosotros. Vamos, no perdamos más tiempo.

Edward Savage se aproximó hasta el lugar donde había quedado tendido Roberto. Se arrodilló a su lado y con precaución le palpó el cuello. Las manos le temblaban de tal manera que no conseguía hallarle el pulso. PASTRIANI parecía estar ya en el otro mundo, sin embargo, Edward sabía que vivía porque su aura, fuerte y luminosa, lo circundaba con una intensidad que lo estremecía. Se permitió unos pocos segundos para contemplar la perfección de sus rasgos, embelesado y extasiado a partes iguales con la magnificencia de sus líneas varoniles. «Eres una criatura hermosa y letal. Ahora entiendo de dónde procede el sustrato salvaje y primitivo que siempre he percibido en ti. ¿Quién lo hubiera imaginado? Un antiguo y poderoso guerrero convive en tu interior».

—Roberto —lo llamó con delicadeza. Lo zarandé un poco, momentos después, porque el hombre seguía sin reaccionar. Le extrañó que Michela no estuviera al lado de su novio. Elevó la mirada y escudriñó el local con ojos entrecerrados, pero no veía a la joven alemana por ninguna parte. La policía estaba haciendo su trabajo y se dedicaba a calmar a la gente y despejar la zona. Aunque nadie se había acercado aún a socorrerlos.

—Roberto. —Esta vez se pegó un poco más y se inclinó sobre su rostro. Comenzó a hablarle en el oído—. Roberto, ¿puedes oírme? Tienes que despertar. Es hora ya. Tenemos que salir de aquí.

Un instante después, una mano se cerró con violencia sobre su cuello y tiró de él. Se topó con la fiera mirada verde de Roberto PASTRIANI y se quedó sin habla. ¡Qué ojos tenía ese hombre! ¡Qué color tan maravilloso! Y esa intensidad impenetrable con que lo estaba contemplando. Lo hacía sentir pequeño e insignificante. Se llevó las manos al cuello. ¡Por Dios, lo iba a asfixiar!

—Licina... —exclamó PASTRIANI en un tono ronco y desesperado.

—¿Cómo dices? —lo interrogó Savage con un hilo de voz y trataba de apartarle la manaza de su cuello.

—¿Dónde está? —gruñó rabioso tirando de él, incrementando la presión con que lo tenía sujeto.

—Te refieres a Michela —barbotó Savage inquieto mientras se debatía por que ese hombre lo dejara ir.

Pastriani sacudió la cabeza y sus ojos adoptaron una expresión atemorizada, como si se estuviera esforzando por recordar algo, como si no comprendiera del todo lo que había ocurrido o dónde se encontraba. Sus manos lo soltaron de improviso. Edward quedó a medias sentado, a medias inclinado sobre el torso de Roberto. Se frotó el cuello, le dolía.

—¡Michela!

Roberto se incorporó y sufrió un vahído. Edward Savage estuvo rápido de reflejos y lo sujetó antes de que se desplomara contra el piso. ¿Qué demonios le ocurría?

—¿Has visto a Michela?

El canadiense lo contemplaba con ojos benévolo y suplicantes, como si le tuviera lástima. Roberto deseaba darle una trompada al tipo para que espabilara. Joder, ¿por qué demonios le costaba tanto moverse? Parecía que su brazo pesaba dos toneladas. Tenía la cabeza embotada, aturullada y no conseguía centrarse ni en sus propios pensamientos.

—Escúchame, Roberto, acabas de pasar por una experiencia un tanto traumática, debes esperar un poco hasta reponerte.

Roberto lo fulminó con la mirada y lo agarró del cuello de la camisa, pegando su nariz con la del tipo.

—¡Dónde está! ¡Maldita sea! —Lo soltó rabioso y se puso a llamarla a gritos dando tumbos por la sala—. ¡Michelaaaaa! ¡Michelaaaaa!

—Deben haberla sacado los *carabinieri* —Edward lo seguía con los brazos estirados porque no estaba muy seguro de que el hombre no fuera a caerse de bruces en cualquier momento— No recuerdas nada de lo que ha ocurrido, ¿verdad?

—Recuerdo que uno de esos hijoputas me apuntaba con un arma y —Pastriani se detuvo y lo enfrentó. Se frotó en el pecho en un acto del que no fue consciente y arrugó el entrecejo extrañado ante su pérdida de memoria—, luego... no sé qué ocurrió, tengo la mente en blanco.

—Ocurrió que te salvaron la vida, Roberto Pastriani.

Roberto lo contempló muy serio.

—¿Quién? ¿Tú?

—Ábrete la camisa, por favor.

—¡Qué dices, hombre! —Roberto chasqueó la lengua y retrocedió—. Déjame en paz, chalado, tengo que encontrar a mi mujer.

Pastriani miró alrededor angustiado, reconoció a varios de sus compañeros que desalojaban la discoteca. Ni rastro de Michela. Comenzó a caminar en dirección a la puerta, buscándola.

—Confía en mí. —Edward, que se había echado a correr tras Roberto, se colocó delante para cortarle el paso—. Quiero mostrarte algo. Él te tocó justo aquí.

—¿Él? ¿De quién cojones estás hablando?

—Del hombre que te salvó la vida, el que te desvió de la trayectoria de una bala que te hubiera dado justo en el corazón. Yo lo vi todo.

Roberto experimentó una quemazón extraña en el pecho. Miró hacia abajo. Se abrió con manos inquietas los botones de la camisa, no porque ese loco le estuviera diciendo que lo hiciera, sino debido a una fuerza más poderosa que su propia voluntad racional que lo conminaba a hacerlo. Los dos hombres contuvieron el aliento al contemplar la huella de una mano impresa en el pecho de Roberto.

—Es la marca del guerrero grabada en tu piel. —Edward contemplaba extasiado la prueba fehaciente de que Dios existía—. ¡Por los clavos de Cristo resucitado! La visión de Michela, las pesadillas. Esto demuestra que hay vida más allá de la muerte. De tu cuerpo manó una luz cegadora y, de pronto, frente a tu asaltante se materializó un hombre, un guerrero antiguo..., Dios mío, voy a perder la razón. —Se llevó las manos a la cabeza y se echó a reír de forma nerviosa— ¡Santa María! Jamás había presenciado algo así. Nunca pude imaginar que esto fuera siquiera posible. ¿Quién hubiera podido? Eres un milagro, muchacho, un bendito milagro vivito y coleando.

—¿Quién dices que me hizo esto?

—Tú, es decir, creo que tu yo pasado.

—Estás loco. —Roberto, meneando la cabeza, lo hizo a un lado, propinándole un empujón y siguió de largo—. No tengo tiempo para esto. Necesito encontrar a Michela. No puedo estar aquí discutiendo tonterías contigo. —Giró sobre sus pies y le advirtió en un tono

perentorio—. Te prohíbo que hables a nadie más de toda esta locura.

—Espera...

—¡No! Si esto es cierto y soy un jodido milagro, ya lo pensaré más tarde. Si es verdad que tengo una maldita segunda oportunidad, tengo que encontrar a Michela. Algo le ha ocurrido, lo sé, lo presiento.

Se echó a andar sin perder más tiempo hacia la salida.

—¡Roberto! ¡Roberto! —El grito de Juan Santiago Ruano lo detuvo.

—¿Dónde está Michela? —lo interrogó Roberto cuando lo tuvo delante agarrándolo por los hombros. Estudió con aprensión la expresión del guardia civil.

—La vi saliendo hace un momento con uno de tus compañeros.

A Roberto se le erizó la piel de todo el cuerpo.

—¡Y no fuiste tras ella!

—Estaba intentando ayudar por aquí. Francesca se fue con Susana y yo...

Roberto maldijo.

—¡Eres imbécil o qué mierda te pasa! —rugió fuera de sí—. Te dije que no te podías fiar de nadie y tú vas y la dejas sola.

Quitándose de encima al primo de Michela, se echó a correr hasta la salida. Un solo pensamiento lo atormentaba y le robaba la paz: «Llegas tarde otra vez. Se la llevan otra vez».

Varios *carabinieri* lo rodearon nada más atravesar las puertas de la discoteca. Se interesaban por él o le preguntaban sobre el estado de cosas en el interior del recinto. Querían conocer su opinión. Roberto no prestaba atención a nada de lo que decían y contestaba con monosílabos mientras avanzaba. Le quitó el arma, una Beretta, a un compañero, se la calzó a la espalda y siguió buscándola. Hasta que al fin los descubrió. Su corazón se lanzó a batir frenético. Al final de la calle, Girolamo tiraba del brazo de Michela, que no parecía estar muy convencida de seguir al brigadier. Un coche negro con los cristales tintados los esperaba en la esquina a unos pocos pasos. ¡Se la llevaba! ¡Hijo de puta! Roberto habló con otro compañero y pidió su arma y el chaleco antibalas que le fue entregado sin dilación. Aterrado, se abrochaba la dichosa cosa mientras corría desesperado tras ellos.

Tenía que llegar a ella. Una parte de su mente se negaba a creer que Girolamo Mori fuera capaz de hacerle daño a un ser inocente.

—¡Brigadier Mori! —El vozarrón de Roberto detuvo al suboficial e hizo que Michela se diera la vuelta y ahogara un sollozo de alegría—. Actúa con cabeza y muy despacio, Giro. —Le advirtió el teniente apuntando con su arma a la cabeza de su compañero— Michela, cariño, ven aquí conmigo.

La joven intercambió una mirada inquieta y extrañada entre el suboficial y su novio.

Comenzó a andar hacia él extendiendo los brazos.

—Oh, Roberto, por fin, ¿dónde estabas?

Girolamo alargó la mano y agarró a Michela por el cabello. La mujer soltó un grito al verse arrastrada hasta los brazos del suboficial. El brigadier le dedicó una sonrisa divertida a su teniente cuando le colocó a la mujer el cañón de una Glock justo a la altura de la sien.

—Actúa con cabeza, Bracconiere —retrucó Mori con voz altanera—, y muy muy despacio. Para empezar, y esto es un consejo de amigo, tira el arma. Lejos.

Roberto así lo hizo y le propinó una patada para alejarla. Tenía la Beretta calzada en los pantalones a su espalda. Elevó los brazos.

—Está bien. No cometas ninguna tontería. Déjala a ella. Girolamo, me quieren a mí y aquí estoy. Suéltala.

—Vigila lo que dices, teniente. No cometas tú una tontería.

—De acuerdo. Estoy desarmado. Ahora déjala ir. Llévame a mí con ellos.

—Ah, pero no soy yo el que decide, y dile a ese idiota que se largue. —Elevó la cabeza señalando a Juan que caminaba hacia ellos—. De todas formas tampoco creo que dures demasiado como para decidir mucho más.

Juan se mantuvo alerta a pocos pasos de Roberto. El arma en la funda de su cadera. No le llevaría más de dos segundos apuntar al tipo y freírlo a tiros.

La ventanilla trasera del vehículo posicionado en la esquina de la calle descendió y Roberto pudo distinguir a Giuseppe De Moro que lo contempló con una mueca siniestra. Su sorpresa fue mayúscula

cuando descubrió a la mujer que asomó la cabeza por la ventanilla al lado del capo. Bárbara Cottini le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y hasta se permitió guiñarle un ojo y saludarlo.

Su mente iba a mil por hora. Recordaba los informes y las conversaciones que había mantenido con Paolo Pino. Bárbara trabajaba con los Barreta. Y el fogonazo de aquellas iniciales le perforó el cerebro. Ella se había mudado a Milán. El tipo que llevaba los asuntos del clan calabrés en Milán, B.C., no era un él, sino ella. Era ella la mujer que estaba liada con Luigi Barreta. Pastriani la miró con intención. Una mirada que prometía venganza, que se cobraría su venganza.

—Girolamo, no lo hagas —habló el teniente con calma, desvió la vista y se olvidó por completo de Bárbara—. Michela no les sirve para nada. Es una víctima inocente. Sea cual sea el problema que tienes conmigo y lo que te hayan prometido, soy yo el que debe pagar por sus pecados. Déjala ir. Llevas mucho tiempo en esto para comprender que no te van a dar lo que sea que te hayan prometido. Quieren vengarse porque les estoy jodiendo negocios muy lucrativos, Girolamo, ella no tiene culpa de nada, baja el arma de su cabeza. —El brigadier ni lo miraba y seguía tirando de Michela. Roberto comprendió que estaba acojonado y no se dejaría convencer—. Vas a desear no haber nacido.

—¡Córtala ya con las advertencias, bastardo! ¡No estás en posición de amenazar a nadie! —gritó el suboficial fuera de sí—. Y tú, muévete si no quieres ver tus sesos esparcidos por toda la carretera —le siseó un momento después a Michela, que se resistía a caminar y no paraba de clamar por Roberto.

—Michela —la voz de Roberto se volvió suave y tranquilizadora cuando se dirigió a ella—, amor mío, no grites.

Ella asintió y guardó silencio.

—Basta de cháchara, Mori —ladró De Moro desde el vehículo—, y trae de una vez a la mujer.

La puerta se abrió y unos brazos masculinos tomaron a Michela, que olvidó su propósito de mantenerse calladita y comenzó a chillar y revolverse como una posesa.

—Acaba con él —ordenó el capo calabrés antes de que la puerta del vehículo se cerrara de golpe.

Roberto aprovechó el caos en el interior del vehículo para extraer el arma y avanzó como si ninguna fuerza, natural o sobrenatural, contara con el poder para detenerlo. Temía liarse a tiros y que alguna bala perdida hiriera a Michela, por eso se contenía para no dispararle al coche hasta hallarse más cerca de su objetivo. No sabía dónde se encontraba Michela o si la usarían de escudo. Juan le seguía los pasos con el arma en alto, atento a cualquier nimio movimiento. Cuando Girolamo se enderezó, elevó el brazo con el arma y apuntó a Roberto; Juan hizo lo propio, se detuvo en mitad de la calzada y apuntó a la cabeza del suboficial. Mori apretó el gatillo. Juan y Roberto también dispararon. Los dos hombres se quedaron a cuadros cuando la bala disparada desde el vehículo, y que imaginaban destinada al teniente, atravesó de lado a lado el cráneo de Mori, que se derrumbó en el acto. La mafia, al parecer, no pagaba a traidores.

Juan corría tras el vehículo y disparaba a las ruedas como un poseso. El coche había arrancado a toda velocidad antes de que el cuerpo del brigadier hubiera siquiera tocado el suelo. Había perdido unos segundos valiosos contemplando absorto al suboficial caer al suelo. El coche derrapó al virar en la esquina para perderse momentos después por las calles de la ciudad. Se extrañó porque no sentía la presencia de PASTRIANI a sus espaldas. Al darse la vuelta, sus ojos se quedaron trabados en los de Roberto que trastabillaba sobre el asfalto. Le habían disparado en un costado. Durante unas milésimas de segundo sus miradas se encontraron hasta que PASTRIANI exhaló un jadeo, cayó sobre sus rodillas y se desplomó contra el asfalto.

—¡Roberto! —Juan salió corriendo hasta caer de rodillas al lado del hombre—. Joder, maldición. ¡Que alguien llame a una ambulancia! —vociferó angustiado palpando el cuello de Roberto en busca de constantes vitales y arrancándole el chaleco antibalas—. ¡Compañero caído! ¡Que alguien llame a una jodida ambulancia!

—Debemos aguardar aquí, de otra manera será imposible que puedan dar con nosotros —se empecinó Licinia, cansada de andar y andar sin rumbo fijo a través del bosque. No estaba conforme con la idea de seguir las órdenes de Likinos. No se fiaba de ese joven que había andado enredando con esa pérfida de Aturúm. Aunque, en realidad, lo que le resultaba intolerable era la idea de no estar al lado de Durato. Se agobiaba meditando que podría estar herido necesiéndola, y ella con ese idiota perdiendo el tiempo y dando tumbos en medio de ese bosque que no conocía.

—Escúchame bien, mujer —Likinos alzó una mano en su dirección apuntándola con un dedo—, no tengo paciencia para aguantar ni uno solo de tus berrinches. O vienes por las buenas o por las malas. Tú decides.

—No escucho ruido de batalla, creo que debemos volver. Tal vez Durato haya conseguido parlamentar con los romanos. Eso tenía en mente, acordar una treg...

Licinia no tuvo tiempo de reaccionar. El ataque la pilló desprevenida. Likinos, con el rostro demudado por la ira, la asió por los brazos y le viró la cara de un potente bofetón.

—¡Calla, puta! Harás lo que se te ordene si quieres seguir con vida. Tu querido Durato ya debe ser pasto de las alimañas. Me cansé de fingir que te tolero.

La zarandéó sin misericordia. Licinia se debatió presa de la histeria moviendo los brazos, repartiendo golpes e intentando clavarle los dientes en cualquier parte que alcanzara en un vano intento por huir.

Su vientre abultado y el miedo a que dañaran a su hijo le impedían hacer movimientos más bruscos y ese hombre la mantenía agarrada con fuerza. Tras varios segundos de fiero forcejeo, le puso la zancadilla y Licinia cayó desmadejaba sobre la tierra y se golpeó la cabeza. Ahogó un grito cuando el hombre se abalanzó sobre ella, la tomó de la barbilla y le aplastó los labios en un beso rudo y violento. Licinia comenzó a revolverse como una posesa, hasta que recibió otro bofetón que la dejó abotargada durante unos minutos. Cuando volvió en sí, Likinos se abría paso entre sus muslos e intentaba penetrarla. Se obligó a mantener la calma. Emplear la fuerza bruta no la llevaría a nada bueno. Él era mil veces más fuerte que ella. La joven miró a su alrededor aterrada y con ojos desorbitados, sin terminar de creer lo que le sucedía, buscaba alguna salida. ¡Ese animal la iba a violar! A pocos pasos, divisó una piedra plana con borde filoso. Era perfecta. Lo bastante afilada para causar daños y lo suficientemente pequeña para que pudiera hacerse con ella. Gimiendo, comenzó a retorcerse bajo el cuerpo del guerrero, y procuraba avanzar hasta el lugar donde estaba la piedra. Likinos malinterpretó su intención y gruñó con satisfacción sexual. Pareció perder la razón y comenzó a sobarle los pechos con ímpetu, apretándole los pezones.

—Sabía que lo disfrutarías. No eres más que una zorra viciosa. He oído las historias sobre ti y las orgías que tenías con Galba.

Licinia casi exclamó de alivio cuando las yemas de sus dedos rozaron la piedra. La aferró con todas sus fuerzas y comenzó a arrastrarla con cuidado, muy lentamente, farfullando dulces palabras. No sabía ni lo que estaba diciendo. Todas sus energías y sus esperanzas puestas en esa maldita piedra y su dudosa puntería. Apretando la mandíbula, antes de elevar el brazo y, como si se tratara de un sueño del pasado, recordó las palabras de aquel joven centurión romano: Sila Sertorio. «En el cuello —le había dicho—, se lo clavas en el cuello. Aquí». Ella concentró toda su furia vengadora y el rabioso deseo de vivir y volver junto a su esposo en la presión con que sus dedos se cerraron en torno a su improvisada arma. Con la mano en alto, aferrando la piedra, soltó un alarido antes de hundirla en un lateral de su cuello y arrastrarla seccionando la yugular de

Likinos. El joven, perdido en una catarsis de lujuria carnal, no se esperaba tal ataque y se llevó las manos al cuello horrorizado. Comenzó a boquear. Acto seguido, ella lo pateó con rabia para quitarse su cuerpo de encima. Cuando se vio liberada de su peso, se levantó y salió corriendo desesperada. No esperaba para comprobar si había conseguido acabar con él. Corrió y corrió sin saber muy bien hacia dónde debía dirigirse. Solo tenía en mente alejarse cuanto pudiera de ese hombre.

Sertorio se había internado en la espesura del bosque siguiendo las huellas de dos personas, que permanecían frescas sobre la tierra húmeda. Estuvo andando durante lo que se le antojaron horas. En la distancia escuchó gritos de guerra y luego los sonidos de un ejército entrando en batalla. Se detuvo y giró sobre sus pies contemplando con horror el lugar de donde provenían los sonidos de lucha. Galba había roto los acuerdos. Habían atacado al pueblo lusitano. Durante unos momentos se permitió rendirse a la amargura que lo acometió y le estrujó el pecho. Tan desilusionado estaba con todo. Recordó la promesa hecha a Durato y su mirada incisiva, oscura y a un tiempo suplicante. Sacudió la cabeza. Se echó a andar sin mirar atrás. Rezaba por que estuviera tras la pista correcta y no se tratara de algún otro que hubiera decidido huir en el último momento de la batalla. Se mantuvo alerta cuando escuchó el crujir de la hierba seca por los pasos apresurados de alguien que corría. Miró a todos lados y se echó a andar en pos de ese sonido.

Licina volvió a caer cuando se tropezó con sus propios pies, dejó escapar un gruñido de dolor y jadeó un segundo antes de incorporarse con pesadez apoyando las manos sobre sus rodillas. Se permitió unos segundos para hacerse con algo de aire y siguió andando sin rumbo.

Sertorio, escondido entre los árboles, elevó una oración de agradecimiento a los dioses y salió a su encuentro. La mujer, que al parecer no lo había visto entre la arboleda ni se había percatado de su presencia, chocó con fuerza contra él y gimió por el impacto. Sila estiró los brazos y la sujetó para evitarle una aparatosa caída. Ella,

que también había lanzado las manos hacia adelante, se agarró a las tiras de cuero de su armadura y elevó unos ojos aterrados. El hombre le dedicó una sonrisa.

—Al fin la encuentro, señora mía.

Licinia no habló, su boca formó una O de asombro y se limitó a contemplarlo con expresión estupefacta.

—Tranquila, *domina* Licinia, no voy a hacerle daño. Parece que siempre me encuentro a su señoría en los peores momentos. No sabe cuánto lamento todo lo que le ha ocurrido, en parte me siento responsable de su suerte. Yo la dejé librada contra esos... —Sertorio carraspeó incómodo y se rascó, avergonzado, la cabeza—. Supongo que eso ahora ya no importa, pero tenemos que salir de aquí. Galba la está buscando, mi señora, tengo que llevarla lejos de él. —La mujer ni siquiera dio señales de comprenderlo—. ¿Lo entiende, Licinia? ¿Se encuentra bien? —Se percató entonces de sus ropas rasgadas y las señales de pelea visibles en su rostro. La habían golpeado—. Dioses misericordiosos, ¿qué le han hecho?

La mujer sacudió la cabeza y miró desorientada a su alrededor.

—Durato...

Sertorio tomó aire.

—Más tarde le explicaré todo. Contestaré a todas sus preguntas. Ahora tengo que ponerla a salvo. Vamos, por favor, acompañeme.

Sertorio la había tomado del codo y tiraba de ella para hacerlos avanzar e internarse en lo profundo del bosque. Sabía que al otro lado encontrarían el campamento. Una vez allí, se harían con provisiones y tomarían dos caballos en dirección al puerto, donde zarparían en su navío y podría sacarla por fin de esa maldita península. Pero debían hacerlo ya, antes de que nadie más llegara al campamento. Licinia, haciendo oídos sordos a las súplicas del oficial romano, no le permitía moverla de allí. No quería que la alejara de Durato, además, no confiaba en la palabra del oficial. ¿Sacarla de allí? ¿Ponerla a salvo? No lo creía. Querría engañarla para dejarla en manos de Galba.

—Señora, por favor, se lo ruego...

Ella se mantenía en silencio, lo estudiaba como si él fuera un

enemigo al que temer y del que debería huir a la menor oportunidad.

—Está bien. —Sertorio se llevó una mano a la cara y se restregó los ojos con cansancio—. Le contaré todo. Maldición, no quería llegar esto. Durato está malherido...

El rostro de Licinia empalideció de golpe, los ojos se le llenaron de lágrimas y los labios comenzaron a temblarle. Se acercó a él y se aferró con dedos temblorosos al cuero de su armadura.

—¡Malherido! —pronunció con voz estrangulada—. ¿Dónde está? Vamos con él, lléveme con él, se lo ruego. Me he perdido y no encuentro el modo de llegar a la dehesa donde están los ejércitos. Necesito encontrar a Durato, tengo que atenderlo.

—Escúcheme, por favor, es lo que llevo todo este tiempo intentando explicarle. Durato reconoció mi nombre cuando uno de los hombres me llamó. Su señoría le había hablado de mí, por eso él pudo reconocerme. —La mujer se limpió las lágrimas y asintió con la cabeza—. Él me pidió que la salvara. Me miró a los ojos y me dijo: «Ella me habló bien de ti, me contó que eres un hombre de honor, que quisiste salvarla de mis hombres. Demuéstralo». Eso me dijo, se lo aseguro. —Licinia había dejado caer la cabeza entre los hombros y era sostenida por los brazos de Sertorio. Lloraba en silencio—. ¿Entiende ahora, señora? Tengo que sacarla de aquí. Galba ha iniciado toda esta campaña para recuperarla. La guerra con las tribus lusitanas le importa un ardite. Roma le prohibió volver aquí, sin embargo, a él nada lo detiene. Quiere recuperarla valiéndose de cualquier artimaña. A Durato le tendieron una trampa sus propios hombres. Ultinos, Indortes y Likinos vinieron a hablar con nosotros hace una semana. La paz y algunas tierras a cambio de la vida de Durato. Eso acordamos.

Licinia negó con la cabeza. Deseaba decirle al hombre que no le hablara más, que no podía más. ¡Oh, alabados dioses! Su pobre Durato traicionado por sus hermanos. No soportaba tanto dolor. La mujer elevó apenas la cabeza. Sus ojos rojos, inyectados en sangre y llenos de lágrimas lucían desquiciados. La palidez de su semblante impresionaba. Sertorio comprendió que esa mujer estaba más allá de la razón. No le permitiría sacarla de allí, parecía no preocuparle su

propia vida. Meditó entonces que esta mujer que se hallaba frente a él nada tenía que ver con la que él había conocido tantos meses atrás. ¿Qué diantres le había sucedido? Él había dejado una niña asustadiza y ahora se topaba con una mujer. Una mujer enajenada por el amor de un prófugo de la justicia. Los dioses los protegieran y ampararan.

—Galba no me asusta —manifestó Licinia en un susurro despreciativo—. Que haga lo que quiera. Yo necesito encontrar a mi esposo. Si es verdad todo lo que ha dicho, Durato me necesitará más que nunca. —La mujer se enderezó y cuadró los hombros. Le tomó las manos con delicadeza—. Por favor, por lo que más quiera en esta vida, lléveme hasta él. Nada más me importa.

El tono apesadumbrado de su voz lo conmovió, también le crispó los nervios. Admiraba su valentía, más allá de que deseara zarandearla para hacerla entrar en razón.

—Señora, por favor, comprenda que...

—Tenemos que encontrarlo, Sertorio —interrumpió ella con impaciencia—. Está herido y me necesita.

Sila estalló.

—¡No se da cuenta de que no tenemos tiempo de andar rebuscando entre los cuerpos hasta dar con el de Durato! ¿Acaso no ha escuchado los ruidos de la batalla? ¡Los han atacado! ¡Nada podemos hacer ya salvo huir!

Licinia se apartó del hombre y sus ojos se abrieron de par en par, horrorizados. Arrugó el entrecejo y se quedó estudiándolo absorta, como si no lo reconociera. Y, entonces, hizo algo que desconcertó a Sertorio. Comenzó a retroceder al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro y se refregaba las manos con nerviosismo.

—¿Cuerpos? No, no... No vuelva a decir cuerpos. ¡No se atreva a pensarlo siquiera! —le espetó fuera de sí y apuntándolo con el dedo índice—. Durato no está muerto. No puede estar muerto, ¿entiende? Yo... Yo lo sabría... Aquí. —Comenzó a golpearse con rabia en el pecho con un puño cerrado—. ¡Lo sabría aquí! ¡Aquí! Mi corazón me dice que él está vivo. Si estuviera muerto, yo lo sabría. ¡Lo sabría! Él está vivo. No vuelva a decir que está muerto. ¡Se lo prohíbo! Mi

esposo está vivo. Está vivo. Durato está vivo. ¡¡¡Mi esposo está vivo!!!

Sertorio se aproximó a ella con precaución, alarmado y estremecido ante la expresión desquiciada en que se había transformado el semblante de la mujer. Temía que hubiera perdido la razón. La agarró por las muñecas para que dejara de golpearse el pecho. Decidió ceder y acompañarla. Los dioses misericordiosos los protegieran.

Juan no podía creer que tanta gente pudiera caber en aquella pequeña sala de visitas de urgencias del San Carlo Santo Spirito. Hacía menos de veinticuatro horas que la televisión había emitido las imágenes del tiroteo frente a la discoteca y ya se había agolpado allí medio Bardolino. Tullio y Nora habían sido los primeros en aparecer por el hospital. Jamás había contemplado tal angustia en el rostro de una mujer. De una mujer, además, que siempre parecía tratar cualquier asunto con sobria indiferencia. Le había enternecido la expresión desolada en sus ojos cuando lo descubrió dando vueltas por la salita esperando a los primeros resultados de la intervención que le practicaban a Roberto. La llegada de la hermana había sido otro de esos momentos que a uno se le grababan para siempre en la memoria. La mujer —seguida por su esposo, que arrastraba un cochecito de bebé, y por otra mujer, que Juan calculó tendría la edad de la señora Dini— se había lanzado a los brazos de Tullio llorando sin consuelo. Caterina reprendía al hombre por no haber sabido protegerlo. «¿Ahora que lo he recuperado lo voy a perder nuevamente, Tullio? Dios no puede hacernos esto. No puedo soportar tanta crueldad. Dime que está bien, por favor. Dime que se pondrá bien, te lo ruego, tío».

A él, que jamás lloraba, le había costado contener la emoción. Se le había formado un nudo incómodo en la garganta. Había necesitado abandonar la sala y dar un paseo por los alrededores. Para Juan fue un alivio cuando al regresar se encontró con Francesca. La joven, nada más verlo trasponer las puertas de urgencias, había corrido a su encuentro. Se habían fundido en un abrazo que lo había vuelto a situar en perspectiva. Entonces, había llegado la temida pregunta.

Caterina Pastriani se había levantado de la silla y con el rostro muy serio se había acercado a él. «¿Y Michela? ¿Dónde está mi cuñada, Juan?», musitó extrañada. Todos los ojos de esa sala se enfocaron en él y en la respuesta que fuera a darles. Como no tenía sentido engañar a nadie, les confesó que la habían secuestrado y que Roberto había resultado herido tratando de recuperarla. Los periódicos y la televisión no paraban de repetir la noticia a todas horas y de elaborar mil hipótesis sobre la desaparición de una enfermera del Umberto I.

Las puertas que conectaban con la zona de cirugía se habían abierto en ese momento.

—¿Parientes de Roberto Pastriani?

Todas las cabezas se volvieron al cirujano con sendas expresiones de inquietud y zozobra.

—Soy su hermana —la mujer dio un paso al frente—, Caterina Pastriani.

El cirujano le dedicó una sonrisa amistosa.

—Está fuera de peligro.

Un murmullo de alivio recorrió la sala. Caterina se había echado a llorar en los brazos de su esposo.

—La bala impactó en su costado izquierdo. Por suerte, el chaleco absorbió el impacto del proyectil sin causar daños graves. Debido a la caída, también presenta una contusión en la sien que no reviste mayor gravedad. Es un hombre en verdad afortunado. Aún no recuperó la conciencia y por eso lo dejaremos en observación unas horas. Podrán verlo de dos en dos, no más de cinco minutos. No quiero agitación cerca de mi paciente. Los lamentos quedan para esta zona.

Después de que el cirujano les aseguró que lo peor ya había pasado y que Roberto evolucionaba favorablemente, Juan abandonó el hospital, porque necesitaba darse una ducha y hacerse con ropa limpia. La suya estaba manchada de pólvora, sudor y sangre. Cuando salía por la puerta de la casa de la vía Orazio para volver al hospital, le pitó el móvil que había guardado en el interior de su chaqueta de cuero. Juan se alarmó al ver de quien era la llamada.

—Fra, ¿ha pasado algo?

—Tu tía Carmen viene de camino al hospital. —Juan ahogó una maldición, chasqueó la lengua y se pasó las manos por la cresta que aún tenía algo húmeda de la reciente ducha—. Lo siento, pero tenía que avisarle. Ella tiene derecho a saber lo que ha ocurrido con...

La línea se quedó en silencio y Juan escuchó cómo sorbía los mocos.

—¡Joder! —exclamó el guardia civil con la voz tomada.

—Esto es una mierda, Juan, y es un milagro que Carmen no se haya enterado aún, con el bombo que le está dando la televisión a todas horas.

—No te disculpes, por favor, el cabreo es conmigo mismo porque no he sido yo el que la ha llamado y era mi obligación. Es mi tía. Ya salgo para allá, ¿todo sigue igual?

—Caterina entró a verlo con Tullio y Nora. Salieron de la habitación algo más animados, aunque un poco preocupados porque aún no despierta. El cirujano dice que puede ser normal debido al golpe en la cabeza.

—De acuerdo, nos vemos ahora.

Francesca pulsó la tecla de fin de llamada y guardó su móvil en el bolsillo. Se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel y elevó la cabeza. Descubrió a Carmen Ruano, que avanzaba con el gesto demudado entre el gentío de familiares y periodistas, que se agolpaba frente a las puertas del Pronto Soccorso del Spirito Santo. Cuando la mujer divisó a la mejor amiga de su hija, apuró sus pasos, emocionada.

—¿Qué ha ocurrido? No he querido ver ni leer nada hasta no hablar contigo, la prensa es tan sensacionalista que me asusta. —Miró alrededor con interés, pero al no reconocer a nadie centró su atención en Francesca Biliardi—. ¿Es cierto que el novio de mi hija está herido? ¿Y Michela? ¿Está con él? ¡Dios mío, mi pobre niña! Debe estar destrozada.

Francesca curvó los labios en una sonrisa triste y tomó la mano de la madre de su amiga.

—Vamos a sentarnos primero.

Carmen se agarró del brazo de la joven y la miró con expresión severa, inquieta.

—¿Francesca? ¿Dónde está Michela?

—Por favor, Carmen, ven. Sentémonos.

La mujer la siguió y le lanzaba vistazos nerviosos. Tomaron asiento en unas sillas en un rincón aislado al fondo de la sala de espera. Carmen no se había desabrochado ni un botón de su chaqueta de lana, se limitó a quitarse el bolso y lo colocó sobre su regazo, apretando las asas con fuerza entre los dedos.

—Anoche se desató un pandemónium en el Gilda. Habíamos ido todos a celebrar mi cumpleaños. Un hombre comenzó un tiroteo en la discoteca.

Carmen experimentó todo de golpe: la sensación de vértigo, un descenso de la presión sanguínea y un extraño pitido en el oído interno que le hizo apoyarse en el respaldo de su asiento.

—Michela...

—Ay, Carmen, fue horrible, la gente corriendo. Al final llegaron los *carabinieri* y..

Carmen se cubrió la boca con una mano temblorosa y descubrió que, en realidad, todo el cuerpo le temblaba.

—¿Le dispararon a mi niña? ¿Está grave? ¿Cómo es que nadie me ha informado hasta ahora?

—Ay, Carmen, no, no. No le dispararon. Se llevaron a Michela y no sabemos dónde está.

Carmen Ruano la contempló con una expresión estupefacta.

—¿Cómo que se la llevaron?

—Los hombres que comenzaron el tiroteo la secuestraron. Roberto intentó detenerlos y le pegaron un tiro. Por eso estamos aquí, él aún no despierta. Las personas que viste al entrar son los familiares de Roberto.

La mujer se incorporó de golpe presa de una energía nerviosa y volátil.

—¿Secuestrada? ¿Y qué ha dicho la policía? ¿La están buscando? ¿Cómo es que nadie me ha dicho nada hasta ahora!

—Varios *carabinieri* se presentaron hace horas a tomarnos

declaración. Les conté todo lo que había visto. No sé más.

—Será mejor que yo le explique a mi tía, Francesca —se oyó decir tras ellas.

Carmen giró sobre sus pies y se llevó las manos a la boca al descubrir a su sobrino frente a ella. Se lanzó a sus brazos donde rompió a llorar.

—¡Juancito! ¿Qué es lo que dice Francesca? Esto no puede estar ocurriendo. ¿Mi niña? ¡Se llevaron a mi niña!

—Tía Carmen, por favor, tranquila, respira hondo. Estás muy nerviosa.

—No me pidas que me tranquilice cuando no sé dónde está mi hija o si está bien. ¿Quién la tiene? ¿Han pedido un rescate? ¿Has hablado con la policía? —Juan dudó si contarle o no lo que sabía—. No me mientas, es lo único que te pido. No te atrevas a mentirme.

—Se la llevó un tipo llamado Giuseppe De Moro, un *capo locale* que pertenece a la mafia calabresa.

Carmen se quedó fría, igual que si acabaran de arrojarle un balde de agua helada sobre la cabeza. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y le hizo temblar las piernas. Cerró los ojos con lentitud. Juan la sostuvo porque temía que la mujer se desmayara de un momento a otro. Su rostro había empaldecido de golpe y sus manos le temblaban.

—La 'ndrangheta —susurró ella en un tono perplejo.

Juan asintió por toda respuesta. La mujer se dedicó a mirar con insistencia la pared de enfrente.

—¿A qué familia pertenece ese tal De Moro?

—¿Acaso sabes algo del funcionamiento de la 'ndrangheta?

—¿Pero te piensas que soy idiota? Leo la prensa.

—De Moro responde a los Barreta de San Luca.

Carmen Ruano sufrió un vahído y Juan tuvo que sostenerla para evitar que cayera de bruces contra el piso.

—¡Tía! ¡Tía Carmen! Francesca, manda llamar a alguna enfermera.

Colocaron a Carmen tendida sobre una camilla en medio de un pasillo. Una doctora se presentó al poco y la revisó. Les informó que todo estaba correcto, niveles de azúcar incluidos. Que solo había

sufrido un desvanecimiento por la impresión y le aconsejó reposo. También le explicó que podía pedir la asistencia de un psicólogo. Carmen se negó en redondo y tampoco aceptó el paracetamol que le ofrecía.

Juan salió de allí y dejó a su tía al cuidado de Nora Dini, que se ofreció a acompañarla nada más enterarse de que la mujer era la madre de su querida Michelita. Ruano caminó hasta una arboleda colindante al hospital y terminó sentado en la acera con la espalda apoyada contra el murete de una vivienda. Se llevó las manos a la cabeza, agobiado.

Francesca caminaba hacia él.

—Te vi salir y te seguí.

—No tenía que haber sido tan brusco al contarle lo ocurrido.

Francesca se acuclilló frente a él, lo abrazó con dulzura y lo apretó fuerte entre sus brazos para confortarlo.

—No te tortures, cariño —le dijo en voz baja y besó su mejilla barbuda—, es algo muy difícil de digerir. Yo misma no sé ni cómo me sostengo. Imagino lo que tiene que ser para ella.

—Lo hice todo mal. ¡Joder! —Dejó que su cabeza golpeará la pared de ladrillo—. Todo lo hago mal.

—Juan, no eres todopoderoso. Eran varios hombres, iban armados.

—Soy guardia civil, ¿entiendes? —La miró con ojos vidriosos inyectados en sangre—. Se supone que tengo que proteger a la gente de esos tipos. ¿Y qué cojones he conseguido? Mi prima está secuestrada y no sabemos dónde demonios está, mi amigo se debate en un posible coma y mi tía se ha desmayado y está destrozada. Temo lo que ocurra si Michela no aparece. —Se golpeó el muslo con un puño—. ¡Mierda!

—Sí, eres un policía e hiciste todo lo que estaba en tu mano por salvarlos. Roberto también lo es y resultó herido. Esas cosas pasan. ¿Qué han dicho los *carabinieri*?

Juan bufó.

—Bah, que les den. Cabrones. No me fio de ninguno.

—¡Qué dices! Son excelentes profesionales.

—Ah, Francesca, no vamos a discutir esto, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, discúlpame, no quería angustiarte, lo siento. Quieres estar solo un rato, ¿verdad? —El hombre esbozó una sonrisa triste y sin mirarla, asintió—. Voy a buscarme un café, ¿tú quieres?

Juan negó otra vez con la cabeza.

—Francesca —la llamó Ruano cuando se echó a andar calle abajo. Ella se dio la vuelta y le sonrió—, te quiero. Jamás lo dudas.

—Ni por un segundo.

Licinia caminaba con lentitud, casi arrastrando los pies, con una mano apoyada en su vientre abultado. Estudiaba enmudecida y con ojos desorbitados los alrededores, acobardada ante todo cuanto veía, no daba crédito a tamaña masacre. Mirara donde mirara solo había cuerpos y más cuerpos en diferentes estados de descomposición. El infecto olor de la sangre fresca se colaba inmisericorde por sus fosas nasales y la mareaba, la asqueaba. Le provocaba náuseas. Los graznidos de los cuervos sobre sus cabezas no hacían sino sacarla de quicio. No conseguía concentrarse en nada ni en nadie, tampoco deseaba hacerlo y descubrir en el rostro de alguno de ellos el de su esposo. Murmuraba oraciones en voz baja y le suplicaba a su hijito que la ayudara a encontrar a su papá.

Sertorio se aproximó por su espalda y la tomó con delicadeza de los hombros. Le habló en voz baja en el oído.

Licinia disparó la cabeza a la derecha. Con el corazón paralizado y la garganta cerrada, fijó la vista en el punto que le señalaba el centurión. Lo que vio arrasó con lo poco que quedaba de su cordura. El cuerpo inerte de su esposo permanecía tendido boca arriba, con los brazos estirados a los lados de su cuerpo. Alguien le había clavado las palmas de sus manos con estacas a la tierra. Experimentó un súbito mareo, las rodillas se le doblaron y abrió la boca sin emitir sonido alguno hasta que colapsó. No podía soportar tanto dolor. Su mundo entero se vino abajo. Encorvándose sobre sí misma, dejó escapar un alarido que resonó por toda la ladera. Se llevó las manos a la cara y laceró su propio rostro.

Arrastró con fiereza las uñas de arriba abajo, buscando desfigurarse la cara. La visión de su esposo caído y ensangrentado le perforaba el cerebro. Quería borrar esa imagen, arrancársela de la memoria. Se dejó caer de rodillas. Sertorio la sostuvo antes de que tocara el suelo, soportando todo el peso de ella. Su voz la exhortaba con un murmullo suave y gentil a mantener la calma y la cordura. Por el bien de su hijo, le decía.

El centurión la acompañaba hasta el lugar donde se encontraba el cuerpo de su esposo. Durante algunos instantes y mientras avanzaban hacia allí, Licinia quiso rogarle que no lo hicieran. Que huyeran. Que la llevara lejos. Muy lejos. A un lugar donde ella pudiera vivir con Durato y criar juntos a su hijo. Quería pedirle también que le aliviara ese dolor tan fuerte que se le había estancado en la garganta, le quemaba en el pecho y le impedía respirar. No quería ver. Si se marchaba, si no lo veía, no sería real y Durato seguiría con vida esperándola en algún lugar del bosque.

Cuando estuvieron a unos pocos pasos de distancia, ocurrió lo imposible. La cabeza de Durato se movió. Licinia se llevó las manos a la boca y se detuvo, congelada en el sitio. Los ojos negros de él, maravillosamente abiertos, se enfocaron en las dos figuras que se acercaban. Licinia se zafó del agarre de Sertorio, corrió y se echó sobre el cuerpo de su esposo.

—Durato, amor mío. Estás vivo. Estás vivo. Amor, te sacaré de aquí. ¡Sertorio! —Volvió la cabeza y lo buscó rabiosa—. ¡Ayúdeme a soltarlo! ¡Vamos! ¡Dese prisa!

Durato la estudiaba estupefacto con los ojos muy abiertos, entreabrió la boca y Licinia, temblando de pies a cabeza, se acercó y pegó el oído a sus labios para escuchar lo que tenía que decirle. Ningún sonido escapó de su boca, ni el más leve.

—Tranquilo, amor mío, te sacaremos de aquí. Te pondrás bien —le habló ella en un murmullo estrangulado y se dedicaba a acariciar con infinito amor y cuidado su rostro manchado de tierra y sangre. Un hilo de lágrimas escapó de los ojos de Durato y ella se apresuró a enjugar la humedad con la yema de sus dedos chistándolo a calmarse. Le agobiaba la cantidad de sangre alrededor del cuerpo de

su esposo. ¿Por qué había tanta sangre?

Sertorio se acuclilló a su lado, se inclinó un poco y musitó unas pocas palabras en voz baja cerca de su oído. Licinia negó con la cabeza. No obstante, sus labios comenzaron a temblar. Enterró la cabeza en el pecho de su esposo. El oficial romano supo que lloraba porque sus hombros comenzaron a estremecerse con violencia.

Sila le había aconsejado que se despidiera de él. La herida en su costado era profunda y, a juzgar por el tono macilento de su rostro, no le quedaba mucho tiempo de vida.

«Mátame también a mí —quiso rogarle ella—. Mátame, te lo ruego».

Acto seguido se arrepintió de ese deseo cobarde y egoísta cuando pensó en su hijito querido. El hijo de ambos. El hijo de Durato.

Un gruñido bajo que reverberaba en el pecho de Durato le hizo alzar la cabeza. Su esposo había cerrado los ojos y apretaba con fuerza los párpados, tenía la mandíbula tensa y la frente arrugada del esfuerzo que hacía. Licinia lo contempló extrañada. ¿Qué estaba haciendo? Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, conmocionados. Durato estaba intentando liberar sus brazos. Si lo hacía se los destrozaría. Licinia se lanzó contra su pecho y alargó las manos, sujetando sus muñecas, impidiéndole que se soltara...

—Amor mío, vida mía. Descansa ya, por favor, no luches más — clamó con voz ahogada, rota de dolor—. No luches más. Todo está bien. Descansa, mi vida. Descansa ya, por favor...

No podía comprender de qué parte remota de su ser provenía esa fuerza que lo exhortaba a dejarlo ir, a que se rindiera y la abandonara. Durato, incapacitado para abrazarla, luchaba por hablar.

—Li... Liiii... cinia...

Esas palabras expresadas en un susurro agónico le revolviéron las entrañas y la aterraron como nada en su vida. Lo perdía. Era el fin. Ella clavó una vista borrosa en los fieros ojos de él y observándolo así, mientras su propia vida se le escurría de entre las manos sin que nada pudiera hacer ella para impedirlo, experimentó un instante de absoluta lucidez.

«Este no es el fin».

Ese amor sublime que sentían el uno por el otro no moriría jamás. Nada podría destruir lo que había nacido entre ellos. Ninguna maldita estaca, ningún terrible puñal. No existía hombre o deidad que contara con tanto poder. Porque su amor era infinito como las edades imperecederas de la Tierra y eterno como las líneas atemporales que separaban los mundos. Porque ellos eran el uno del otro para toda la eternidad. Así se lo habían jurado.

«Este no es el fin, amor mío».

No lograba entender de qué remota parte de su ser nacía tal repentina clarividencia, tampoco comprendía la furiosa determinación que se había apoderado de sus acciones, pero sabía que Durato perviviría por siempre en ella y que ella perviviría por siempre en él. Y se obligó a mantenerse firme por su esposo. Ya era hora de aprender a ser fuerte y valiente como él lo había sido, así Durato podría sentirse orgulloso cuando volvieran a encontrarse.

Esa llama de esperanza, tan insignificante como había surgido de una simple idea, de un pensamiento, quizás vano y absurdo, ardía ahora como un fuego eterno en su pecho y la mantenía en pie y la conminaba a seguir hacia adelante.

Licinia se inclinó sobre el pecho de Durato y besó, con toda la dulzura y el amor tan grande que él le inspiraba, sus labios ajados, manchados de polvo y sangre seca. Recorrió con las manos su hermoso rostro. Sería la última vez en mucho tiempo. Arrancó un trozo de los bajos de su propia túnica y le limpió la tierra que ensuciaba sus mejillas, también la de sus ojos. Y lo rodeó con los brazos como pudo, pegándose a su cuerpo. Apoyando la cabeza sobre su antebrazo, comenzó a hablarle en voz baja muy cerca del oído. Durato había girado la cabeza y se miraban embelesados. Ella no estaba muy segura de lo que él podía escuchar o si la entendería, ¿sería aún capaz de verla? Licinia acariciaba su pecho, como había hecho cada vez que él le decía que no podía dormir en esas pocas noches que habían compartido en su corta vida juntos y le besaba allá donde alcanzaban sus labios. En cualquier parte. No importaba.

No quería ni pararse a meditar lo que Sertorio estaría pensando de ella y de lo que estaba haciendo.

—Hoy tu hijo ha estado de lo más rebelde. No ha parado de patearme todo el tiempo.

—Licina, por favor, tenemos que ir ya. Alguien puede descubrirnos —manifestó entonces Sertorio, que nervioso acechaba a un lado y otro. Temía que los descubrieran. Ya llevaban allí mucho tiempo.

La mujer no lo escuchaba. Ella solo tenía ojos para su esposo.

—Creo que este muchacho, porque te confío que vas a tener un hombrecito, será igual de cabezota que su padre. ¿Que por qué lo sé? Pues lo sé y ya está. Será fuerte, mi amor. Todo un guerrero. Ya sé que no es buen augurio decir en voz alta el nombre que he elegido para él, pero necesito confiártelo a ti que eres su padre. —Echó un vistazo de reojo para ver si Sertorio los miraba y luego le habló a su esposo en voz baja y cómplice—. Quiero que sepas que lo llamaré Viriato en honor a nuestro amor. ¿Te gusta el nombre que he pensado para nuestro hijito? Quizás no necesito explicarte y lo habrás entendido. Lo llamo Viriato por los brazaletes que me entregaste el día de nuestra boda y por tu nombre. ¿Te parece muy ridículo? Yo creo que es un nombre regio. Un poco extraño, sí, pero digno del linaje del que descende.

Durato boqueó y la sangre escapó de entre las comisuras de su boca. Licinia se restregó las lágrimas de sus ojos y se apresuró a limpiarlo con la manga de su túnica.

—Viiii... Vi... Viriato —expresó él de forma ininteligible.

—Sí, mi amor, eso es. Ya veo que te gusta.

Durato volvió a abrir la boca y ella se acercó un poquito más, hasta que su oreja tocó sus labios.

—Has... hasta la eterni... eternidad —exhaló él antes de que las fuerzas lo abandonaran para siempre.

Licina apretó los ojos con fuerza y se mordió los nudillos para no romper a gritar. Se inclinó nuevamente y, tomándole el rostro entre manos temblorosas, pegó su boca a la suya y recitó con fervor:

—Y yo también soy tuya, amor mío, y siempre seré tuya. Para toda la eternidad. Ve en paz, dulce amor de mi vida. Ve en paz. Descansa ya...

Entonces lo comprendió. Se había ido. Su alma no habitaba ese

cuerpo al que ella se aferraba y sobre el que descargaba su pena.

Sertorio, que también lo había visto exhalar su último suspiro, la tomó por los hombros, conminándola a levantarse.

—Por favor, vámonos. Se lo ruego, señora mía. Nada podemos hacer ya por él.

Licinia se deshizo de Sertorio y volvió a arrodillarse al lado del cuerpo de su esposo. Le cerró los ojos con cuidado y se los besó con reverencia. Primero uno y luego otro. Buscó alrededor hasta dar con dos pequeñas piedras chatas, las limpió a conciencia con sus ropas y las colocó sobre los ojos cerrados de Durato. Con delicadeza y amor infinito besó por última vez sus labios, se los acarició y le susurró con voz rota:

—Hasta que volvamos a vernos.

Se incorporó con ayuda de Sertorio y juntos echaron a andar. Con el rostro tenso y la garganta cerrada del esfuerzo que hacía para no romper a llorar, ella apretó la mano al joven oficial romano.

—Él volverá a mí, Sertorio —pronunció con voz solemne una vez que alcanzaron el bosque—. Volverá a mí. Este no es el fin. Lo sé. Me lo dice mi corazón. Ahora pongámonos en marcha y salgamos de aquí, que tengo que ocuparme del hijo de mi esposo.

Roberto abrió los ojos de golpe con la respiración acelerada. ¡Michela! ¡Se habían llevado a Michela! Tenía que encontrarla. Miró a los lados. El dolor se disparó desde su cabeza, paralizándolo. Apretó la mandíbula y soportó la sacudida. El dolor fue menguando y pudo llevarse las manos a la frente y palpar las vendas. Recordó el fuego que sintió cuando la bala impactó en su costado. Un poco más arriba quizás no lo hubiera contado. Un escalofrío de temor enfrió su cuerpo, no temía por él, sino por Michela. ¿Si él no estaba, quién acudiría a su rescate? ¡Dios Santo, tenía que salir de allí! Probó moverse. La cabeza le martilleaba terriblemente. Dolía como un infierno. No importaba, podía lidiar con el dolor. Necesitaba ponerse en pie para buscar a Michela. Cuanto más tiempo transcurriera, menos posibilidades tendría de encontrarla. Cerró los ojos atormentado. «No pienses, Roberto. Actúa, muévete y no pienses».

Volvió con cuidado la cabeza, para evitar los terribles pinchazos que lo habían acometido momentos antes y descubrió a una enfermera con una coleta de caballo rubia y voluminosa estudiando con sumo interés una máquina que había situada al lado de su camilla.

—Ey.. ten —la voz le salió gangosa, se aclaró la garganta y empezó de nuevo— tengo que levanta...

La enfermera giró el cuello e intervino antes de que él terminara de formular la frase.

—Hola, buenos días. ¿Cómo se encuentra?

—Jodido. Tengo que salir de aquí.

La mujer estiró los labios en un amago de sonrisa.

—Me temo que eso por ahora no es posible.

—Me temo —retrucó él y la observó con cara de pocos amigos— que eso ahora será posible. Quíteme todas estas cosas de encima.

Roberto empezó a arrancarse electrodos del pecho, ignoró a propósito las vendas de su estómago, y la enfermera se lanzó a por él.

—Eh, eh, ¿qué hace? ¡Quieto! ¿Quiere que lo mande atar?

Roberto perfiló una sonrisa torva y se quedó muy quieto.

—Puede intentarlo. —La enfermera arrugó el ceño y se limitó a colocar los electrodos en su sitio. Los dedos le temblaban al rozarle el pecho.

Roberto suspiró y contempló con desgana el techo de paneles de la habitación. Recordó las veces que Michela le había contado acerca de los pacientes imposibles e hizo su mejor esfuerzo por hacerse entender.

—Escúcheme, entiendo cuál es su obligación, mi novia también es enfermera y es muy tocapelotas, igual que usted, pero me voy a levantar de aquí con o sin su ayuda. ¿Lo comprende?

—Acaba de despertarse. Le han disparado y la bala impactó en su cuerpo. Salvó la vida gracias al chaleco antibalas. Debe y tiene que reposar unos días con o sin mi ayuda.

Esa tía estaba chalada si se pensaba que él iba a permanecer en cama mientras su Michela siguiera secuestrada por ese psicópata de De Moro.

—Hágame un favor. Me quedo aquí quietecito y sin intentar huir si

localiza a Juan Ruano y le pide que venga. No sé si estará por aquí, pero necesito hablar con él.

—¿Bromea? Tiene a toda su familia aguardando en la sala de esperas. Cuando el doctor les informe que ha despertado, los tendrá a todos por aquí revoloteando a su alrededor. Bueno, en la habitación que le adjudiquen en planta. Ahora lo subirán.

—¿Qué! ¿Mi familia? ¿Aquí?

—Lo quieren mucho y, la verdad con el genio que se gasta, no entiendo por qué. —Antes de irse le obsequió con una sonrisa seca —. Voy a preguntarles por ese tal Juan. Hasta luego, señor Pastriani.

La predicción que había hecho la enfermera rubia se mostró acertada. La camilla en la que lo transportaban no terminó de entrar en la habitación y ya tenía encima a Tullio con Nora, que berreaba y daba gracias a la Virgen por el milagro; a su cuñado, Paolo Sabatini; a una irreconocible Loretana, que se aferraba a un rosario al tiempo que se santiguaba; y varios de sus primos que aguardaban a un lado con expresión inquieta. La mirada de Roberto se clavó en la figura de su tío Alberto y uno de sus primos mayores, que le dedicaron una sonrisa afectuosa.

—¡Apartaos, por Dios! Lo estáis agobiando. —Caterina Pastriani se abrió paso a codazos—. Acaba de pasar por una situación muy delicada y nos estamos portando como paletos. Ya está bien. Todos fuera.

—Catia, por favor, necesito que venga Juan.

Su hermana parpadeó varias veces.

—¿Juan? Ah, sí, el español. —Catia lo miró con dulzura y acarició con manos trémulas su barbilla barbuda—. ¿Eso quieres, cariño?

Roberto pestañeó solo una vez. Caterina dibujó una sonrisa nostálgica y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era el código que habían elaborado de niños para hablarse durante las comidas, porque Isabella no les permitía abrir la boca. Un pestañeo era sí, dos no, tres... Agitó la cabeza para deshacerse de tanta remembranza. Ya no recordaba qué diantres querían decir tres.

—Está bien —habló la mujer con firmeza—, todos fuera. Después lo vemos. —Antes de que ella misma abandonara el cuarto le dio un

beso en la frente—. Te busco a Juan, cariño.

Roberto sacó las piernas por fuera y se sentó en la cama ignorando el martilleo de su cabeza y las punzadas en su estómago. Todo le daba vueltas. A la mierda. El tiempo jugaba en contra. Disparó los ojos hacia el frente cuando escuchó que abrían la puerta de su habitación. Ignoró el dolor.

Juan irrumpió con ímpetu seguido de una mujer. Roberto clavó la vista en ella. Los dos se devolvieron sendas miradas sorprendidas. PASTRIANI le calculó unos sesenta años, tal vez menos. Vestía muy elegante con un traje de falda y chaqueta de lana en tonos claros. Los ojos rasgados y gatunos de una tonalidad olivácea no le resultaron familiares hasta que sus ojos se detuvieron en el cabello oscuro, ondulado y corto, tan parecido al de Michela. La pena, el dolor y la rabia se le estancaron en el pecho y le formaron una bola en el estómago, que casi lo llevó a prorrumpir en gritos.

—Roberto, es mi tía, Carmen Ruano, la madre de Michela. Carmen te presento a Roberto PASTRIANI.

Roberto se levantó y avanzó con lentitud y pesadez, agarrándose de los muebles que encontraba, ignorando las puntadas que se disparaban desde la parte posterior de su cráneo y se estrellaban contra las sienas. Se situó delante de la madre de Michela. La mujer elevó la cabeza y parpadeó varias veces. Hacía verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar. Roberto enfocó una mirada atormentada en los ojos verdes de la mujer y habló con fiereza.

—Se la traeré, Carmen, sana y salva. Se lo juro.

La mujer dejó caer la cabeza, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Juan abrazó a su tía por la espalda.

—¿Tienen algo? —los interrogó ella con voz torturada—. ¿Alguna pista de su paradero?

Roberto centró su atención en Juan, que le devolvió una mirada atormentada. Tragó saliva.

—Nada —habló el guardia civil—. Ha desaparecido sin dejar rastro. Hemos interrogado a los detenidos en el Gilda. No sueltan prenda. La matrícula del vehículo era falsa. Después de que te dispararan,

corrí a atenderte.

—¿Y Bárbara Cottini? Ella estaba allí.

Juan negó con la cabeza.

—¡Merda! —estalló Roberto—. ¿Me estás diciendo que no tenemos nada?

El exabrupto le costó caro y tuvo que sentarse en una silla que se encontraba a sus espaldas cuando el dolor le cruzó el cuerpo paralizándolo.

Carmen carraspeó y se aclaró la voz antes de pronunciar.

—Me tenéis a mí.

Roberto y Juan se quedaron mirando a Carmen extrañados.

—¿Perdón?

Carmen apretó el bolso con ambas manos y carraspeó.

—Digo que me tenéis a mí.

—La hemos oído —replicó Pastriani—, pero no lo pillo. ¿Para qué la necesitamos?

—Para dar con mi hija.

Roberto entrecerró los ojos.

—Sigo sin comprenderla, Carmen.

La mujer se persignó y tomó aire. Inhaló larga y profundamente antes de comenzar el relato de la tragedia que había cambiado su vida para siempre. Jamás se había atrevido a contárselo a nadie antes de ese día, pero lo cierto es que la historia de Carmen Ruano bien podía haber servido para llenar páginas y páginas de alguna de esas novelas negras que tanto le gustaba leer a la mujer.

Carmen meditó entonces, y no por primera vez, que se había pasado media vida escondiendo y guardando secretos. Muchas intrigas y demasiados silencios. Era hora de ponerle fin.

«Carmen había poseído desde su más tierna infancia la curiosa habilidad de descubrir los pecadillos inconfesables que las personas de su entorno más cercano se empeñaban en mantener oculto bajo la alfombra algo deshilachada y descolorida que presidía el salón de la casa familiar. En contra de lo que uno pudiera pensar, ella vivía su extraño don con agobio y pesadumbre. No le gustaba lo más mínimo. Ocurría que cuanto más se empeñaba la pequeña en rechazarlo, con

más insistencia reclamaba este su atención.

Sabía que su padre de cuando en cuando se encamaba con la mujer del panadero. Los había descubierto tiempo atrás. La pareja retozaba con afán sobre un montón de heno en los fondos de la casa. Una de las estancias que la familia destinaba a la cría de cochinos. A la niña, que jugaba a las canicas en el patio, le atrajeron los curiosos sonidos que hacían los cerdos ese día. Cuando espío por la ventana, tardó un tiempo en asimilar por qué su padre se agitaba con tremendo frenesí sobre la pobre mujer que parecía sufrir de un colapso nervioso. La niña Carmen acababa de cumplir ocho años y comprendió, con el talante práctico que la caracterizaba, que lo que le hacía su padre a la mujer del panadero era aquello por lo que ella se llevaba pellizcos en la piel blanda de los brazos cuando interrogaba a las domésticas el por qué cuchicheaban y reían al pronunciar esa palabra: «encamado». Carmen se fue de allí sin levantar un solo sonido de sus zapatos nuevos de charol y a nadie contó lo que había visto. Desde ese día no fue capaz de mirar a los ojos de su padre. Se avergonzaba de él y detestaba formar parte de la red de secretos que encerraban las paredes de esa casa, sin embargo, más que cualquier otra cosa, la humillaba la maledicencia de las criadas que se burlaban de su madre. De haber tenido potestad las hubiera echado a todas de su casa.

Aceptó con serenidad, y una satisfacción que no se molestó en ocultar, la marabunta en la se sumió su casa el día que su madre, cansada de todo, expulsó a don Jesús Ruano de la cama conyugal con la orden expresa de no volver a ponerle una sola mano encima, después de escuchar —gracias al comentario amable y desinteresado de la viuda del doctor Melquiades— que doña Nicolasa, la mujer del panadero, había dado a luz un niño que, además de ser un poco sonso, tenía una curiosa mancha en forma de rombo en el muslo. «Igualita a la de las niñas Ruano», le había comentado muy diligente la viuda. Se lamentó del gesto amargo que, como una máscara funesta, arrastró su madre desde entonces.

Pero Carmen Ruano sabía, en realidad, muchas más cosas.

Sabía que su abuela Clementina, todas las tardes, y mientras la

familia se echaba la siesta de las tres, caminaba, con ese paso vacilante y cansino que a la señora de Ruano sacaba de quicio, hasta la alacena de la sala de estar y se echaba cuatro copitas de Jerez al buche.

Y sabía —aunque en este caso particular hubiera preferido no saber— que su hermana Herminia no estaba enamorada del chico del que decía estar enamorada, y cualquiera hubiera podido darse cuenta de ello. No hacía falta ser ninguna lumbrera. No había más que observar la expresión de arrobo en la cara de Herminia cuando la familia al completo, muy engalanada y peripuesta, asistía a misa de doce en la iglesia de Santiago. La joven de quince años contemplaba al padre José y las arengas que lanzaba con fiera fogosidad desde el altar, con el mismo embeleso con el que admiraba los hojaldres de crema que preparaba los sábados por la tarde la abuela Clementina.

Carmen descubrió que las cosas con el padre José habían evolucionado más que considerablemente, y que las inocuas miradas de la niña al reverendo se habían transformado en algo más latente, una tarde que los pilló besándose en el refectorio de la iglesia. Desde ese día había seguido los pasos de su querida Herminia, que vivía su amor clandestino con la vehemencia de una Julieta enamorada.

La niña, que por ese entonces tenía trece años y una sabiduría que no dan los años, sino el profundo conocimiento de las debilidades humanas, comprendía que aquello no iba a terminar bien para su hermana mayor. Le pasaba igual con los hojaldres. Cada vez que la abuela Clementina preparaba una remesa, Herminia terminaba con indigestión.

La premonición se convirtió en certeza la tarde del diecisiete de septiembre de 1975.

Se había convertido en una costumbre que, todos los miércoles, Carmen esperara sentada en las escaleras que daban acceso a la plazuela de la iglesia de Santiago a que Herminia terminara de confesarse con el padre José. Sin embargo, ese día, su hermana no tardó la media hora convencional y se presentó por el portón trasero de la iglesia dos horas más tarde con las faldas del revés, la camisa mal abotonada, las medias en la mano y los cachetes colorados de

llorar. Herminia corrió hasta su hermana cuando la vio sentada con las piernas muy juntas y el rostro serio. Carmen se levantó en el acto para recibirla con los brazos abiertos. Y allí se largó Herminia a llorar mientras confesaba, entre hipadas y sonadas de mocos, que el padre José estaba muy arrepentido por haber sucumbido «ante la tentación de la carne» y que ambos tenían «su alma condenada al infierno». La penitencia le resultaba extrema. Debían expiar sus culpas y no volver a verse jamás.

La niña apretó a su hermana mayor contra su pecho y la meció entre sus brazos. La confortó susurrándole las palabras que le oía musitar a su madre cuando a la abuela se le quemaban los bollos y se echaba en el sofá a maldecir el mundo. Dedicó una mirada acerada al padre José al descubrirlo asomado por una esquina del portón. El cura observaba a las niñas con el aliento contenido.

Carmen se ahorró explicarle a su hermana que el padrecito no era más que un hombre parapetado tras el disfraz de una sotana. Una vez que consiguió de Herminia lo que había deseado y, como no querría desatar las iras de la familia de la joven —amén de las del señor obispo que lo trataba como un marqués viviendo a mesa puesta en la casa más grande del pueblo—, se había deshecho de ella como agua sucia sacudiéndola de su vida del mismo modo que hacía con el polvo en los bajos de su hábito.

No obstante, la tentación del padre José se convirtió en la semilla que desestabilizó hasta los cimientos la relajada cotidianidad los Ruano. Así, cuatro meses después de esa tarde, se hizo ya imposible ocultar el estado de buena esperanza de Herminia. El patriarca de los Ruano, temiendo la mofa de la que sería objeto si se descubría que el curita había preñado a su hija, estalló en un ataque de ira. Se paseó por la casa rompiendo cosas, destrozando cuanto crucifijo, estampilla y relicario se topaba en su camino hasta que sus ojos inyectados en sangre y alcohol se enfocaron sobre el objeto de su rabia y cayó como una fiera sobre Herminia. Terminó repantigado sobre el sillón abrazado a una botella de brandy, agotado y bufando como un toro encabritado. Hizo oídos sordos a los consejos de su mujer y a los llantos lastimeros de la abuela Clementina. La joven embarazada fue

desterrada con la orden expresa de no volver nunca más.

De este modo, las hermanas Ruano abandonaron, entre gallos y medianoche, su querido y hermoso Albarracín y se dirigieron a Madrid, hasta el barrio de Cuatro caminos en el distrito de Tetuán, donde Jesús Ruano tenía unas primas lejanas que las aceptarían —«a ellas y a lo que viniera»— sin hacer preguntas incómodas. Carmen permaneció escondida en los fondos de la casa durante todo el día señalado para la partida de Herminia. Esperó paciente con un atado de sus escasas posesiones a que su hermana saliera. Saltó a la camioneta desde que la vio estacionada frente a la casa y allí aguardó inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar hasta que arrancara y abandonaran el villorrio. Bajo ningún concepto pensaba dejar a su pobre hermana sola y embarazada, transitando por esos pueblos perdidos de España.

Tras medio día de viaje en la camioneta del hijo mayor de la panadera, que se había ofrecido muy amablemente a llevarlas, Carmen entendió que para las hermanas Ruano abandonar ese pueblo había sido una bendición. «Seremos felices en Madrid», decía con talante optimista. Al circundar la glorieta de Cuatro caminos y tomar el recodo que conducía a la calle Marqués de Viana en los alrededores de Bravo Murillo, donde vivían las primas solteronas de Jesús Ruano, había alzado la vista y había leído en voz alta —para que lo oyera su hermana que permanecía cabizbaja y muy deprimida—, la leyenda inscrita en el cartel de una pintoresca tienda de comestibles: «Paz para los que llegan, salud para los que habitan, felicidad para los que marchan».

Herminia dio a luz a un vigoroso muchacho. Lo bautizaron con el nombre de Juan Santiago, por haber nacido la víspera de las festividades de San Juan Bautista. A partir de ese día, la vida adquirió un ritmo propio en la vivienda unifamiliar de las Ruano. Las mujeres de la casa se volcaron en el cuidado del hermoso recién nacido, al que todas idolatraban y consentían. No les preocupaba tener que cambiarlo, lavarlo, perfumarlo y mecerlo al son de una nana a todas horas, ya fuera día o noche. Las mujeres casi se peleaban por tener el honor de cambiarle un pañal. Tampoco importaba las veces que

tuvieran que levantarse de madrugada porque el niño Juan no paraba de berrear clamando por su madre, a la que procuraban no importunar pues, ajena a todo, se había sumido en una profunda tristeza. De haber sido posible, hubieran deseado contar con leche en sus tetas para así poder alimentarlo. Carmen vivía dichosa el desbarajuste alegre y bullicioso que trajo a sus vidas su entrañable Juancito. Amaba sus adorables gorjeos, sus mejillas sonrosadas, sus llantos impenitentes y las tardes de invierno sentada en una vieja mecedora —regalo de las primas— mientras las mujeres cantaban villancicos en torno al niño de sus ojos.

Abstraídas en la contemplación del pequeño y sus gracias, permanecieron ajenas al drástico cambio que experimentó la nación y su propio barrio.

Tras la muerte del general Francisco Franco Bahamonde, la dictadura del Generalísimo había dado paso a la dictablanda de una reacia monarquía parlamentaria. Estilizada forma de gobierno que ninguna de las mujeres de la casa llegaba a comprender, pero que, según el boticario que les traía los remedios para la irritación del culito del pobre niño Juan, no era más que un parche para salir del paso y contentar a los cuatro mamones de siempre. «A falta de pan, buenas son tortas», se lamentaba cada dos por tres el boticario. Las hermanas Ruano, sumándose al espíritu festivo que insuflaba por esos días los ánimos del país, se habían dirigido a votar al son de la pegadiza tonada de Jarcha, una fría mañana de un 15 de diciembre de 1976.

El pueblo ahora era soberano —no se sabía muy bien de qué o contra quién— y tenía que elegir un rey que ya había sido elegido por Franco y a un presidente que ya había sido elegido «por los cuatro mamones de siempre». O eso despotricaba el boticario indignado.

Y pasaron los meses, luego los años, y cambiaron las modas y la calle se llenó de iras de libertad.

Carmen había florecido hasta convertirse en una joven beldad y decidió que Juancito no le bastaba y necesitaba ser madre y experimentar la dicha de parir y amamantar. La cuestión del varón que debía ayudarla a engendrar a su futura prole quedó arreglada

unos meses después.

—Aquí tienes los remedios que me dio mi padre —decía Macoco y se atusaba el flequillo de su cardada melena castaña—. Según me explicó, tienes que untar el culo de Juancito con aceite de caléndula en cada cambio de pañal. Le lavas el culete con agua y este jabón de sosa. Es buenísimo. Yo lo uso para limpiarme la cara. Me quita los granos —explicó con una sonrisa mientras mascaba chicle con la boca abierta—, y después lo secas con alguna toalla suavcita. Tienes que usar la crema tantas veces haga pis o caca.

Herminia, sentada en la silla que siempre ubicaba a un lado de la ventana de su dormitorio para observar el transitar de la calle, reía con la conversación que mantenía la joven Macoco, María José López, la hija del boticario, con su hermana.

—De acuerdo, lavarlo con agua y el jabón, luego la crema, ¿cuánto de crema, Macoco? —le preguntó Carmen mientras mecía al niño, que se había negado a echarse su siesta después de tomar su papilla de frutas.

La joven se encogió de hombros. Se distrajo al escuchar el clásico chiflo del amolador anunciándose con su bicicleta y el esmeril mecánico con la piedra de afilar.

—¿Cuánto, Macoco? —repitió exasperada la pequeña de las Ruano.

—¿Anto, Oco? —balbuceó el niño Juan que al parecer no tenía ninguna gana de dormir y sí muchas de jarana.

La joven se dio la vuelta, le dedicó al niño unas morisquetas y jugueteó con el chicle, enrollando la goma rosa con su dedo índice, estirándolo e introduciéndolo en la boca, para luego volver a repetir la operación. Así, una y otra vez.

—Pues, no sé... que le cubra bien la zona, supongo. —Otro encogimiento de hombros—. Por cierto, nunca te he visto por ahí de marcha, ¿acaso... no sales nunca? Ese crío no es tuyo, sino de tu hermana. Eres muy joven. No creo que llegues a los veinte. Y te estás perdiendo toda la diversión, desperdiciando tu vida con ese mocoso. Un día serás vieja y ya se habrá pasado tu oportunidad.

Carmen, molesta y enfurecida, deseó preguntarle qué era exactamente lo que se le pasaría, si las ganas de bailar y beber

alcohol sin tino, las de practicar felaciones a cualquier mindundi en las esquinas oscuras de los callejones o las de drogarse hasta caer desmayada, como había visto a varios jóvenes en el barrio.

Herminia no llegó a la misma conclusión que su hermana y comprendió que Macoco y sus chupas de cuero con tachuelas tenían más razón que un santo. Así, con el ánimo enaltecido y la letra de Gianni Bella y su «De amor nadie se muere», repicando en la cabeza, decidió salir a festejar el milagro de la vida.

Durante los meses que siguieron continuó la fiesta. Juancito crecía bajo los amorosos cuidados de la tata *Camén y las primas Loli y Chufefa* —Josefa para el resto de la familia— y fue así, de la manera más absurda y en una de esas juergas nocturnas en el barrio de Malasaña, como Carmen Ruano —que, a pesar de que seguía horrorizada con tanto exceso, temía aun con mayor denuedo que Herminia cometiera un desliz— conoció al altísimo, rubísimo y guapísimo Frederick Hauffman. El imponente alemán visitaba la España de la camisa blanca embebido de los aires liberales y la fama de fiesta y farra de esa desquiciada década de los ochenta. Pues nadie mejor que los españoles y nada mejor que Madrid para montar una buena juerga.

Los jóvenes se enamoraron con rapidez, a la velocidad del rayo. Ella cayó presa de su crítico acento alemán, sus modales prosaicos y sus ideas capitalistas, y él de su inherente sensualidad, su risa fácil y sus formas voluptuosas. Pocos meses después, sin apenas conocerse o llegar a comprenderse, contrajeron nupcias una gélida mañana de febrero de 1981, en una estrecha sala de los juzgados de paz de Madrid, bajo la atenta y emocionada mirada de Herminia, del pequeño Juancito que no prestaba demasiada atención a los novios y se rascaba los calzones, muy incómodo con ese espantoso pantalón que le habían hecho ponerse esa mañana, y de las primas Loli y Josefa que, por una vez, se abstuvieron de llorar.

La joven pareja partió de inmediato. La despedida en la terminal de salidas de Barajas fue un momento trágico. Allí estaban las dos hermanas, las primas, algunas amigas y un inconsolable Juancito, que no entendía por qué su tata se iba en «avón» y se negaba en redondo a dejar ir las piernas de Carmen. Las mujeres se abrazaban y

entre lágrimas se deseaban el mejor de los futuros. El destino de los recién casados: la localidad natal del joven alemán, en Duisburgo, cerca de Düsseldorf, famosa por su carbón y el acero que guardaban en sus minas.

Frederick Hauffman poseía una pequeña tienda en el centro mismo de la ciudad. Vendía lámparas y bombillas y hacía arreglos en las instalaciones eléctricas de sus vecinos. Cualquier cosilla que se le pidiera. Aspiraba a convertir su incipiente negocio en una próspera y fructífera empresa familiar. Carmen cosía como los ángeles y pronto destacó entre sus amistades por su buen gusto y saber hacer en la confección de vestidos inspirados en aquellos que lucían las actrices de Hollywood.

Los primeros conflictos entre los jóvenes surgieron de forma inocente. Carmen, a pesar de ser una mujer sabia en las cuestiones humanas, poco y nada comprendía las sutilezas de la conversación cultivada, e ignoraba los consejos del esposo, solo le preocupaba quedar embarazada y se fue sumiendo, poco a poco, en la desesperación cuando cada mes sentía los retortijones de su periodo y le bajaba el sangrado. A Frederick, en cambio, le importaba un ardite tener hijos, anhelaba ascender y moverse en otros círculos y lo sacaba de quicio la sonrisa fácil de Carmen. Se descubrió celando las miradas y los comentarios que la naturaleza sensual y fogosa de su joven esposa despertaban entre sus socios varones. Fueron pasando los días y más tarde los años: decepcionados e irritados el uno con el otro. Él se olvidó de la inocencia y el encanto de su risa franca, y ella negó su espíritu práctico y la levedad de su humor.

Harta de las discusiones que mantenía a diario con Frederick y de la terrible tristeza y soledad en la que se había convertido su vida en Duisburgo, se sintió renacer cuando su hermana le anunció por carta que iría a visitarla. Pasarían juntas su vigésimo tercer cumpleaños. Tras dos años de separación, el reencuentro entre las hermanas fue enterecedor. Incluso, el inalterable Hauffman carraspeó varias veces ante los llantos lastimeros de su esposa que se aferró al cuerpo de Herminia con la desesperación de un naufrago a su salvavidas. La propia Herminia y dos de sus amigas asistían estupefactas a la

reacción de Carmen. Desde que podía recordar, Herminia no guardaba memoria de haber empleado un solo día en consolar a su hermana. La pequeña de las Ruano siempre la había incordiado con su particular visión práctica de la vida. Carmen también saludó con sincero afecto a Macoco López, que se había convertido en íntima de Herminia, y a otra muchacha, María Pérez, a la que no conocía.

Juntas se dedicaron a visitar el río Rin que cruzaba la ciudad de lado a lado y atendían con deferencia a las explicaciones de Carmen. La muchacha, que pareció rejuvenecer durante esos días, les contaba entusiasta todo cuanto sabía de la ciudad. Visitaron las cafeterías, el Filmforum de la Dellplatz, donde tuvieron la oportunidad de ver *El Acorazo Potemkin* de Sergie Eisenstein. Asistieron a obras de teatro en el teatro municipal, cerca de la calle Königstrabe, y en el teatro cabaret. Toda una revolución en el barrio del Dellviertel. Una de esas tardes y después de haber ingerido cantidades preocupantes de cerveza negra en una coqueta taberna de Neudorf-Nord, le propusieron a Carmen un plan descabellado. Viajar a Roma. Un sueño de todas, pero en especial de Carmen que, por aquel entonces, dedicaba todo su tiempo libre al cine. Andaba extasiada con las obras de Bernardo Bertolucci y el cine incendiario de Pier Paolo Pasolini. Anhelaba, más que cualquier otra cosa, pasear por las calles eternas de Roma, pisar el sampietrini, tomar auténtico café romano y visitar el Coliseo y las catacumbas. Así que no dudó un instante. Nada más llegar a su casa se lo comunicó a su marido. Tras convencerlo de que esa pequeña separación les haría bien para revitalizar su matrimonio, Frederick Hauffman aceptó que su esposa partiera en busca de la aventura.

Y por huir del frío ario, Carmen terminó bajo el abrigo del cálido sol Tirreno.

Las hermanas Ruano arribaron en la coqueta y trágica ciudad de Roma en la primavera de 1983.

—Lo siento, pero no tengo lo que hay que tener para enfundarme esto que tú llamas vestido —comentó Carmen y le dedicó un dudoso vistazo a la prenda que su hermana insistía que vistiera para la salida de esa noche.

Dejó a un lado la ropa, se dirigió hasta el amplio ventanal del dormitorio, que compartían las hermanas Ruano, abrió las ajadas contraventanas de madera de par en par y se apoyó en el alfeizar. Dejó escapar un suspiro de alegría al contemplar las vistas desde su habitación. La ventana de su dormitorio daba a una calle poco transitada de la ciudad. De cualquier forma, estaba en Roma. Era motivo más que suficiente para sentirse exultante.

Las cuatro jóvenes se alojaban en la pensión Bartolini, un modesto hostel a pocas calles de la famosa Piazza Navona.

—Por el amor de Dios, Carmen. Espabila. Llevas demasiado tiempo viviendo en un pueblucho arcaico. Esto es la última moda —replicó Herminia que, brocha en mano, se daba los últimos retoques sentada en un taburete de plástico.

—Te recuerdo que llamas pueblucho arcaico a una de las ciudades más prosperas de Alemania —explicó ella mientras se cruzaba de brazos y contemplaba a su hermana—. Tú, que no te has movido del distrito de Tetuán en años. Permíteme que te ilumine, querida, esas tachuelas falsas y esos agujeros en la ropa no son, desde mi punto de vista, última moda. Me importa un bledo que Madonna se empeñe en mostrar lo contrario. Eso —farfulló con soberbia y señalaba el vestido que permanecía olvidado sobre una silla— no son más que jirones de tela. De muy mala calidad, por cierto. Rotos y estropeados y no pienso ponérmelo. No hay discusión posible.

—De acuerdo, haz lo que quieras. ¿A qué hora hemos quedado?

—En una hora, en el Sant'Eustachio, *il caffè* —impostó la joven en acento italiano. Herminia dejó la brocha y tomó el cepillo. Le dedicó una mirada divertida a su hermana,

—¿*Il caffè*?

—Hija, tenemos que practicar el idioma local, ¿no? *Caffé*: cafetería. Sant'Eustachio: San Eustaquio. Hablas italiano o te comen vivas estos romanos.

Herminia se echó a reír y Carmen se dirigió al ropero para seleccionar el vestido que luciría esa tarde. Después de rebuscar durante un rato, se decidió por un traje de lino de color marfil y topitos en rosa. Había copiado el diseño de uno que vestía Kim

Basinger en una película que había visto hacía unos meses en el cine. El traje con cuello halter, entallado a la cintura y falda de tubo, realzaba la rotundidad de sus curvas femeninas que asemejaban las de un reloj de arena.

—Te envidio la figura y esos pechos tan grandes.

Carmen, ajustándose el escote, resopló.

—No te creas que es tan digno de envidiar. Elegir el vestido adecuado, a veces, es una tarea muy complicada y no sé ni dónde meter estos —contempló sus pechos en el espejo con una mueca de fastidio—. Tú, en cambio, eres tan estilizada que puedes ponerte cualquier cosa.

—Pero los hombres te devoran con la mirada, no sé si te has dado cuenta. Eso también te lo envidio.

—No me interesan los hombres, mucho menos sus miradas. No quiero saber nada del género masculino. Cambiemos de tema. Ah, ¡qué ganas tengo de pasear, reír y olvidarme de todo!

—Sí, pero recuerda, Carmencita, que estás casada y Frederick te quiere. Es un buen hombre.

—¿Carmencita? —se burló Carmen recolocándose la falda del vestido—. Sí, claro. Frederick es muy buen hombre y también es soso, exigente, absolutamente intransigente, celoso ¡Ay, no! Además, para más inri, ya ni me besa ni me busca por las noches...

—¿Tiene una amante? —la interrogó Herminia a bocajarro, muy sorprendida porque su hermana era una de las mujeres más hermosas que ella había visto jamás.

Carmen terminó de ajustarse el vestido y atusarse el cabello que llevaba muy corto y rizado, a la altura de la nuca. Se dio un repaso final, untando sus labios con un poco de manteca cacao, y se pellizcó las mejillas. Observó su imagen en el espejo.

—No, que yo sepa.

—Y lo dices así, tan fresca...

—Es que me da igual que se eche una amante, que tenga miles si le da la gana. Ya no lo quiero. Creo que nunca lo quise.

—Estáis pasando una crisis. Las crisis dentro de una pareja son normales, pero cuando te enamoras y se ama de verdad, nunca se

olvida. Es para siempre. El amor verdadero no muere jamás.

—Herminia, Herminia, eres una romántica incurable. ¿Me estás diciendo que tú todavía sientes algo por ese cura de tres al cuar..

Carmen guardó silencio al vislumbrar la fiera melancolía que ardía en los ojos de su hermana mayor, tan parecidos a los suyos que le causó una pena aún más honda. Ambas se contemplaron con gesto serio a través del espejo. Herminia fue la primera en apartar la mirada y se afanó en arreglar su maquillaje y quitar una pelusa imaginaria de su propia falda. ¿Por qué no se había percatado nunca del dolor de Herminia? Su silencio, su aislamiento le habían hablado a gritos todos esos años.

Carmen, acongojada por el amor imposible que guardaba su pobre Herminia en el fondo de su corazón, se sintió frustrada. ¿Cómo era posible que a estas alturas de su vida no comprendiera que ese hombre la había utilizado de la manera más vil? Si hubiera tenido delante al curita de Albarracín, lo habría estrangulado con sus propias manos. Ese hombre no era más que un cerdo libidinoso. A saber de cuántas jóvenes se habría aprovechado todos esos años. Se colocó detrás de su hermana y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Sí, tal vez el amor verdadero no muere jamás —acordó con voz suave—, el mío por lo que se ve nunca lo fue. Ay, hermanita, a mí Frederick no me mueve ni un solo pelo de la cabeza. —Se enderezó y se acercó hasta la cama para revisar su bolso—. Antes de venir y porque íbamos a estar unas semanas sin vernos, hicimos el amor. —Giró la cabeza y miró a su hermana con una ceja alzada—. ¿Escuchas lo que te digo? Lo hicimos por obligación. Herminia, fue espantoso. No sentí nada. No había fuego, pasión o locura. Me besaba y era, era... —agitaba las manos en busca de inspiración— como si me besaras tú en la boca. No, peor. Creo que contigo habría algo más de interés y sentimiento por ambas partes.

—Quieres no decir tonterías. Si se os veía tan enamorados cuando os casasteis.

—Pues eso murió o se perdió en el camino o como dice la canción de la Jurado, «se nos gastó el amor de tanto usarlo». No quiero seguir hablando de ese hombre. Quiero disfrutar y divertirme. Además, no

descarto la idea del divorcio, aunque te entren los sofocos y te escandalices.

Herminia se acercó hasta su hermana y la tomó de la mano apretándosela con suavidad.

—No me escandalizo, ¿cómo podría? Pero piénsalo bien, solo te pido eso —suspiró y las dos mujeres sonrieron—. Venga, vamos. Demos una vuelta por ahí.

Las jóvenes se reunieron en el estrecho *hall* de la *pensione*. Macoco andaba desaparecida desde hacía varios días e iba y venía a su antojo. Herminia les había asegurado que la joven madrileña sabía dónde iban y más tarde se les uniría. Entre risas y retoques de última hora, se alabaron los conjuntos, los peinados y los maquillajes. Rieron con las caras de embeleso y los comentarios subidos de tono que le dedicaba el conserje italiano a Carmen. La más «*bellísima creatura di tuti la Spagna*». Todas se despidieron del simpático hombrecillo con un beso en la mejilla. Todas, excepto Carmen, que estaba un poco molesta porque había comprendido cuando había expresado: «*Che bella gnocca*». Tras despedirse, salieron de la pensión y se dirigieron a la celeberrima piazza Navona, donde pasearon y se tomaron algunas fotografías hasta atravesar una pequeña callejuela. En realidad, se trataba de la minúscula plazoleta en la que se encontraba el famoso Sant'Eustachio, il caffè. Las mujeres tomaron asiento en las mesas que había dispuestas sobre la acera. Carmen, distraída, observó un poco más allá una curiosa iglesia. La de San Eustaquio. En su techo, adornando una enorme cruz, distinguió una cornamenta de ciervo. Carmen se echó a reír y comentó el descubrimiento con sus amigas, que no dedicaron una mirada o comentario alguno al asta de ciervo que adornaba los altos de la iglesia.

«En Roma todo huele a viejo —pensó Carmen inhalando el fuerte aroma a café—. A viejo y a café —se dijo divertida». Según les había comentado el conserje de la pensión, en el café de San Eustaquio los granos eran tostados con leña cada mañana y molidos sobre una enorme cafetera que tenían en el local de espaldas al público. Por eso el café de Sant'Eustachio era el mejor del mundo, o eso afirmaba con vehemencia el conserje de la *pensione* Bartolini.

—¡Ah, por fin! Allí está Macoco —señaló con alivio su hermana.

—¿Qué está haciendo? —preguntó María que sorbía con deleite su café.

—Virgen Santísima, ¡qué le ha ocurrido!

Las cuatro mujeres se levantaron al mismo tiempo, olvidaron por completo el café y cruzaron la calle. María José, sostenida por dos hombres muy fornidos, era arrastrada del exterior de la cafetería que quedaba justo en frente a la que ellas estaban. Tenía los ojos desenfocados, las mejillas sonrosadas como si padeciera calentura y sonreía con pesadez.

Se había drogado o la habían drogado. Carmen no lo podía saber con certeza. Sin pararse a meditar nada más, se adelantó completamente enfurecida y tomó en sus brazos a Macoco sujetándola de las axilas.

—*Buona sera, signorina* —la saludó uno de ellos esbozando una enorme sonrisa.

Carmen le dirigió una mirada severa, fastidiada con ellos y mucho más con la joven. Había venido a Roma porque necesitaba distenderse, olvidarse de todo. Ahora perderían un precioso día de su corto viaje en llevar a esa idiota a algún hospital. El hombre, que no pareció hacerse eco del rechazo, insistió.

—*Mi scusi, bella...*

El otro, algo más tímido, codeó al amigo y murmuró.

—*Quella mi fa arrappare.*

El primero rio entre dientes y volvió a dirigirse a ella. Sin embargo, Carmen decidió que no tenía tiempo para aguantar trogloditas romanos.

—*No parlo italiano, grazie* —expresó en un tono seco y se dio la vuelta sosteniendo el peso muerto de su amiga, que casi no se mantenía en pie. Le hizo señas a su hermana y también se apresuró en agarrar a Macoco.

—*¿Espagniola?* —preguntó el hombre en un pesado acento italiano.

Carmen decidió ser práctica, suspiró y se giró para encarar al insistente señor italiano.

—*¿Hospital, per favore?*

—*Ha bisogno di dormire.*

—¿Hospital? —repitió Carmen molesta porque no había entendido palabra.

—Creo que se dice *ospedale* —intervino María dedicándole una amistosa sonrisa al hombre que le devolvió el gesto con un guiño. Carmen puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo que mi primo Enzo intenta explicarle, *signorina*, es que su amiga necesita reposo. No es necesario que la lleven a ningún hospital. Déjenla dormir y en unas horas estará como nueva.

Las mujeres se giraron para conocer al dueño de la voz que en un perfecto español se había dirigido a ellas. Se quedaron a cuadros con la estampa del hombre que las observaba con expresión socarrona desde lo alto de la pequeña escalinata de la cafetería. Carmen clavó una mirada inquisitiva sobre el hombre. No era demasiado alto, aunque sí robusto, de hombros anchos y una postura erguida abiertamente desafiante y orgullosa. Vestía con suma elegancia un traje chaqueta en tonos oscuros. Las telas eran de excelente paño. El traje parecía cortado a medida. Lo que la dejó sin habla fue el cambio en la actitud de los hombres que habían acarreado a Macoco. De mostrarse amigables, e incluso juguetones, se replegaron y adoptaron una expresión grave, circunspecta. Se olvidaron de ellas y se posicionaron a los lados del hombre con la cabeza erguida, la mirada al frente y las manos tras la espalda. Parecían guardaespaldas custodiando a alguna personalidad importante.

Carmen arrugó el entrecejo y se removió incómoda. De pronto, le hormigueaba el cuerpo entero y sintió deseos de echar a correr calle abajo. El señor no le quitaba la vista de encima. Su mirada sobre ella era afilada y pertinaz. ¿Qué se creía para contemplarla de esa manera? La estaba poniendo de los nervios. Decidió que no le caía bien. Le espantaba la soberbia con la que se había expresado y la mofa velada con la que observaba toda la escena. También le fastidiaba la actitud sumisa que desplegaron los dos hombres en torno a él, como si su único propósito en la vida fuera cumplir cualquier nimio deseo de ese sujeto. Había visto ese tipo de

comportamientos en los documentales sobre fauna salvaje que el National Geographic pasaba por televisión. Los machos beta se posicionaban siempre por detrás del alfa, rindiendo pleitesía a su señor. Presenciarlo en plena calle y entre seres humanos libres y racionales le revolvió las tripas y la ponía de mal humor.

—¿Y acaso es usted médico para saber qué hacer con mi amiga? Es evidente que ha sido drogada y necesita asistencia médica.

El hombre perfiló una pequeña sonrisa soterrada.

—Enzo, recoge a la chica y llévala a la *pensione* donde se alojan — expresó en un dialecto calabrés que ninguna de ellas entendió.

Las mujeres se sorprendieron cuando uno de ellos ejecutó con la cabeza una señal de aquiescencia a lo que sea que le hubiera dicho su jefe y bajó los escalones en dirección al punto en que ellas aguardaban. Se acercó hasta Carmen y Herminia, que sostenían a una pobre Macoco que balbuceaba incoherencias, y con extrema delicadeza la tomó en sus brazos. Carmen apretó los labios y se dirigió al tal Enzo.

—¿La va a llevar al hospital? Yo iré con usted. Vamos, Herminia, María...

El hombre la ignoró por completo y se echó a andar calle abajo con la joven.

—La va a llevar a Bartolini.

Carmen se paró en seco, giró sobre sus pies y abrió la boca, procuraba controlar la furia que la dominaba. Era tal la rabia que experimentaba que no cayó en la cuenta de que el hombre conocía el lugar donde se hospedaban en la capital italiana.

—Pero ya le he dicho que prefiero que la vean en un centro hospitalario, señor...

—Barreta —se presentó él dedicándole una inclinación de cabeza—. Salvatore Michele Barreta, para servir a Dios y a usted.

—Señor Barreta —la mujer también le dedicó un escueto movimiento de cabeza en señal de saludo—, Carmen Ruano. Y no me interesa que nadie me sirva. Me sentiría muy feliz, en cambio, si se me escuchara y me hicieran caso. Ya le he dicho que quiero que la vea un médico. ¿Podría comunicárselo a ese hombre, si es tan amable?

—Conozco de ese tipo de dolencias. Confíe en mí, solo necesita descansar. ¿Le apetece tomar un café delicioso? Me apena que no haya podido terminar el suyo.

—¿Es usted médico, señor Barreta? —volvió a insistir Carmen que alzó una ceja impertinente y se cruzó de brazos.

—Creo que será mejor que vayamos con Macoco, nos necesita. Vamos, Carmen —intervino Herminia, que alternaba vistazos nerviosos entre ese tal Salvatore y su hermana pequeña. Carmen le dedicó una mirada sorprendida a su hermana, no obstante, asintió.

—Sí, es lo mejor. *Buona sera*, señor Barreta.

—*Buona sera*, Carmen Ruano».

—Espere, por favor, espere un momento —la interrumpió Roberto que contemplaba a la mujer con pasmosa incredulidad. Procuraba modular su voz porque le estaba costando un esfuerzo no explotar con la contundencia que deseaba—. ¿Qué es lo que está intentando decirnos, Carmen? ¿Conoció a Salvatore Barreta en una jodida cafetería en pleno centro de Roma? ¡Joder! —Cerró los dedos en torno al respaldo de la silla donde había estado sentado hasta que Carmen mencionó al *boss* de San Luca y había necesitado levantarse. El mueble crujió ligeramente por la presión—. ¿Me está diciendo que se topó con uno de los hombres más buscados por toda la jodida policía de este país? ¡Carmen! —se quedó mirando a la madre de Michela sin terminar de creer todo ese dislate que ella acababa de relatar—, ¿se hace siquiera una ligerísima idea de la de gente que ese hombre ha mandado matar?

Carmen Ruano agachó la mirada y se encogió de hombros, avergonzada con la reprimenda.

—No sé si en los años ochenta también se encontraba en busca y captura, perseguido por la policía. No sé si es o no tan peligroso. No sé. —Se refregó las manos con nerviosismo y evitó mirar a los ojos de Roberto PASTRIANI. La intensidad de esa mirada y ese sesgo de violencia que le intuía la ponían nerviosa. Le hacía recordar a Salvatore—. En fin, te cuento las cosas tal cual sucedieron. No pretendo entablar una discusión filosfal o moral sobre Salvatore

Barreta y sus mezquindades.

Roberto suspiró y cerró los ojos un instante. Avanzó hasta detenerse delante de la camilla y apoyó las manos sobre la barandilla metálica, dejó caer la cabeza entre los hombros.

—Carmen, ¿qué cojones está diciendo? —musitó sin fuerzas—. Joder, no puede ser... —¿Me vas a dejar continuar, por favor?

—No estoy seguro de querer oír nada más sobre este asunto. — Roberto alzó la cabeza y miró de reojo el rostro pálido de Juan Santiago, que se había sentado en la otra silla que había en la habitación junto a la puerta—. Titán, ¿estás bien?

El hombre se pasó la mano por la boca y asintió con aire distraído. Carmen se acercó a su sobrino y se acuclilló delante de él. Le buscó la mano y aguardó su reacción. Juan se limitó a devolverle el apretón.

—Cariño, por favor, sé que estoy contando muchos secretos que no me pertenecen. No quiero...

—Tranquila, tía Carmen —la interrumpió el hombre—. Estoy bien. Mi madre ya me había contado la historia, aunque omitió el nombre del curita. Te estoy muy agradecido por la información —perfiló una sonrisa que indicaba justo lo contrario.

Carmen se enderezó y cerró los ojos durante unos pocos segundos antes de continuar:

«Al día siguiente, tal y como había dicho Salvatore, Macoco estaba recuperada, ojerosa y muy avergonzada, pero sana. La sorpresa me la llevé yo que, al salir de la pensión cuando me disponía a dar un paseo por el Trastévere, me topé con el hombre de confianza de Barreta. Esperaba por mí apostado como un perro guardián a la entrada.

—*Signorina Ruano, ¿mi compagnia, per favore?* —había pronunciado Enzo en un español muy cerrado, pero fácil de entender.

Carmen se había detenido en medio de un escalón y se había quedado mirando al hombre con cara de pasmo.

La mujer había apretado la mandíbula y enderezado los hombros en un gesto altanero. Con toda la tranquilidad de la que pudo hacer acopio, se colocó una pamelita de paja trenzada sobre la cabeza y se ató la cinta al cuello.

—Buen día, señor Enzo. Me temo que no, no voy a hacerle el favor

de acompañarlo. Discúlpeme. Hoy salgo a pasear.

Siguió de largo, caminando calle abajo, mientras se acomodaba la pabela que la protegía del intenso sol romano de verano. Enzo la tomó por el codo.

—Don Salvatore la espera en el coche.

Carmen se volvió y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Miró más allá, calle arriba.

Vio un coche aparcado frente a la pensión. Se le descolgó la mandíbula. Un Rolls Royce Phantom. ¿Qué se creía ese hombre? ¿Miembro de la realeza británica? Solo había visto ese vehículo en las fotos que publicaba la prensa internacional sobre Lady Di. ¿Pero quién diantres sería el señor Barreta? No tenía idea del precio de ese vehículo, no obstante, comprendía que sería prohibitivo, que muy pocos podían permitírselo. La joven miró al tal Enzo, hirviendo de furia. Alternaba rabiosas miradas entre el vehículo, que esperaba unos metros más allá, y el dichoso Enzo Barreta. No quería descargar su furia con él. Era un recadero. Lo habían mandado a buscarla.

¿Qué esperaba ese sujeto, que ella iba a caer redonda a sus pies por presentarse ante su puerta con todo ese boato? Imbécil pomposo. Lo iba a poner en su sitio. Sí, señor.

Caminó cuesta arriba, sostenía su pabela y procuraba no tropezar con el empedrado de la calle. Resultaba muy hermoso, pero infernal para atravesarlo con cuñas de esparto y falda de tubo. Cuando se detuvo frente al coche, esperó tamborileando los pies. Estaba tan enfadada que había olvidado por completo la impresión que le había producido el día anterior Salvatore Barreta. La puerta trasera se abrió y Salvatore descendió elegantemente del Rolls Royce.

—Carmen Ruano, un placer volver a verla. —E inclinó la cabeza.

Carmen avanzó hasta detenerse delante del hombre. Sufrió un momento de duda e inquietud cuando los ojos plateados de él se fijaron con intensidad en los verdosos de ella, para luego descender por su rostro y dedicarse a estudiar sus labios. Carmen lo imitó con descaro. Había que reconocer que era un hombre soberbio. No en un estilo clásico. Su belleza rústica era un compendio de pequeños gestos muy sutiles. El extraño color de sus ojos, de un gris brumoso,

casi diamantino. El sesgo cínico de su sonrisa esquiva. La postura imperativa de sus hombros. Poseía un magnetismo que, quizás no se apreciara a simple vista, pero sí en la distancia corta, aunque lo encontraba demasiado tosco y demasiado engreído para resultarle atractivo. Adolecía de cierto aire de perdonavidas, como si viviera encantado al permitir que el mundo continuara girando gracias a su voluntad. La sacaba de quicio. Había algo en la actitud de ese hombre, en el modo que tenía de mirarla, que le erizaba la piel de todo el cuerpo. Carmen tragó saliva y se cuadró de hombros.

—Me da igual quién sea usted o lo podrido que esté de dinero — lanzó un vistazo despreciativo al vehículo—, voy a serle sincera: no me gusta usted, señor Barreta. Es más, no aguanto esa actitud tan soberbia de la que hace gala. Si le interesa conquistar a alguna *signorina*, le aconsejo que sea más humilde y se muestre un poco más... —agitó las manos en el aire— afable en su trato. Es algo que atrae al género femenino. Por si no le han informado correctamente, estamos en el siglo veinte. Ah, y no pienso ir con usted a ningún sitio. No acostumbro a subirme en vehículos de desconocidos y, por cierto, no soy *signorina*. Soy una mujer casada. Para usted, *signora* Hauffman. Buenos días, don Salvatore —finalizó ella con retintín y una inclinación de cabeza antes de dar media vuelta, sintiéndose muy orgullosa de sí misma por haberlo puesto en su sitio.

—¿Y dónde se encuentra el tal señor Hauffman que se atreve a dejarla abandonada en un país extranjero?

—Eso a usted no le importa, señor Barreta —replicó sin detenerse. Resopló indignada. «Abandonada». Sería imbécil.

—Y su amiga Macoco, ¿tampoco le importa ella? No anda en buenas compañías.

Carmen se detuvo y se dio la vuelta. Parpadeó confundida, inquieta. Los labios le temblaron antes de hablar.

—Ella está ahora muy bien atendida —le dijo desde la distancia que los separaba.

—¿Y cuando vuelva a salir en busca de problemas? ¿Qué hará usted?

—Ella no...

—Ella hará exactamente lo que ha venido haciendo hasta ahora — Salvatore avanzaba en su dirección—, y pongo en su conocimiento que esta ciudad es un paraíso para aquellos que buscan problemas. Suelen tener la dicha de encontrarlos.

—¿Qué me está queriendo decir usted, señor Barreta? —preguntó ella y echó la cabeza hacia atrás cuando lo tuvo enfrente. La pamele le dificultaba mirarlo a los ojos—. ¿Me está amenazando?

—Faltaría más, *signora* Hauffman —pronunció con intención—. Me limito a informarla. Su amiga no anda en buenas compañías. Soy un amigo preocupado.

—Usted no es ningún amigo y no me trago nada acerca de su preocupación.

—Pero me gustaría serlo. Suyo. Si me hace el favor de acompañarme, hay lugares de Roma hermosos y ocultos. O tal vez hermosos por lo ocultos —dijo casi para sí mismo— que me gustaría mostrarle. Es una ciudad de fuertes contrastes, ¿verdad? ¿Le han contado la historia?

—La historia de qué...

Carmen volvió a parpadear, sintiéndose turbada cuando él la tomó de la cintura con suma suavidad y comenzó a caminar con ella hacia el vehículo.

—De Roma, de los papas, de las luchas por el poder, de la sangre derramada por su emperador Carlos V sobre el Vaticano. *Il sacco di Roma*.

—Señor, usted me está confundiendo. ¿Qué tiene que ver la historia de Roma con mi amiga Macoco?

—Todo y nada. Como ocurre siempre en esta ciudad. Vamos, que se nos hace tarde.

Un hombre había descendido del coche, el chofer, y mantenía la puerta abierta para ellos.

—¿Tarde para qué? —se sintió estúpida por realizar esa pregunta.

—Para mostrarle la ciudad eterna de Roma.

—Pero ya le he dicho que no me interesa...

—Creo que ya hemos hablado de eso y le preocupa Macoco. Eso lo dijo usted.

Alargó una mano y esperó paciente a que ella se decidiera. El brillo rojizo de un rubí parpadeó bajo los rayos del sol. La mirada de Carmen se posó sobre la intrincada forma de un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Era de un tamaño singular, ni redondo ni ovalado, alargado y parecía pesado. De vez en cuando, Salvatore jugueteaba con él haciéndolo rodar en su dedo.

Carmen se mojó los labios y volvió el cuello. Alzó la mirada hasta la ventana abierta de la habitación que compartía con su hermana y luego observó con aprensión la mano grande y morena de Salvatore Barreta extendida para ella, esperando por ella. Se le antojaba tan extraño el cúmulo de sentimientos que le provocaba ese hombre y toda esa absurda situación que se sentía ridículamente pletórica. Estaba viviendo ese momento con un grado de rabiosa excitación que le era desconocido. Por un lado, no podía negar que la envanecía el interés de él y el trato elegante que ese hombre poderoso le dispensaba. Por otro lado, detestaba que quisiera imponerle su voluntad. También experimentaba algo de temor, de duda por su amenaza velada. No se le escapaba ese detalle. Barreta le atraía y también le temía. A ella nunca le pasaban esas cosas.

—De acuerdo, lo acompaño. Solo por esta vez. Me permito recordarle que soy una mujer casada. No voy a permitir ninguna conducta indecorosa.

Barreta esbozó una sonrisa ladeada.

—Y estamos en el siglo veinte. Sí, lo sé. Le escuché toda la parrafada.

Carmen entró en el vehículo, tensa y muy cohibida. Enzo cerró la puerta después de que Salvatore se acomodara en el asiento a su lado. El coche arrancó con un suave brum. Carmen se quitó la pamea y la colocó delicadamente sobre su regazo. Se contuvo de dejarle entrever la impresión que el lujo que la rodeaba le provocaba.

—¿Y cómo es que habla también el español? —preguntó ella jugueteando con las tiras lilas que adornaban su pamea.

—Por necesidad. Mantengo negocios con España.

Carmen lo miró con sorpresa.

—Oh, ¿de veras? ¿En dónde?

—En el norte, Galicia. ¿Lo conoce?

—Me avergüenza confesar que no —ocultó una sonrisilla detrás de su mano—, aunque estoy segura de que me encantaría. Es muy hermoso, verde y agreste. Yo vivía en Madrid antes de trasladarme con mi esposo a su ciudad natal en Duisburgo, aunque soy de un pueblo del noreste español.

—Así que vive en Alemania.

—Sí.

—También tengo negocios allí. Y justo en la ciudad donde reside: Duisburgo.

Carmen elevó las cejas, pasmada.

—¡Qué coincidencia! ¿Qué negocios? Mi esposo también posee su propio negocio.

—Restauración y ocio.

—¡Oh, qué maravilla! Me tiene que decir qué restaurantes son suyos para visitarlos algún día con mi esposo —añadió con intención y le dedicó una mirada de advertencia.

—Será un placer. Ya hemos llegado.

Carmen inclinó el torso y miró con curiosidad por la ventanilla.

—¿A dónde?

—La primera parada que quería mostrarle. Il Castel Sant' Angelo.

Enzo volvió a abrirles la puerta del vehículo y ella bajó del coche y volvió a colocarse su pamelita. Salvatore la tomó por el codo y la condujo a la entrada.

—¿Sabía que el castillo cuenta con un *passeto*?

—¿*Passeto*? —lo interrogó ella intrigada.

—Un pasillo secreto. Roma es la ciudad de los secretos, Carmen —le explicó con voz seductora Salvatore mientras caminaban en dirección a la entrada de Sant' Angelo—. Une la basílica de San Pedro y el Palacio Episcopal con el castillo. Durante siglos, cuando atacaban a Roma, el papa, que también ejercía de rey en sus dominios, huía por el *passeto* hasta la seguridad de los muros del Sant' Angelo. Quizás no se lo parezca estos días, pero los muros de este castillo eran inexpugnables. Intente pensar en ellos sin las elevaciones que ha sufrido el Tíber para evitar las inundaciones en la ciudad.

—Estoy sin palabras. No tenía idea. Conocía sus inicios como mausoleo de Adriano, nada de todo lo demás.

Habían atravesado un portón estropeado y se habían adentrado por un enigmático pasillo largo, sucio, mohoso y cubierto. *Il passeto*. Carmen observaba todo con ojos bien abiertos y una expresión de embeleso que iluminaba su rostro.

—Por aquí han caminado grandes hombres de Estado —comentó extasiada y se preguntaba si esos grandes hombres habrían experimentado pánico y angustia mientras avanzaban apresurados por ese mismo pasadizo huyendo de la guerra, en busca de un refugio seguro.

—Y ahora nosotros.

Carmen se llevó las manos a la boca y se echó a reír. Salvatore la contemplaba embobado. —No creo que nadie nos considere grandes hombres de Estado.

Salvatore volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa. Sincera y cómplice. Ella le devolvió la sonrisa conmovida. No había ni rastro de cinismo en la expresión con que Salvatore la observaba. Se le veía relajado, casi feliz. Sus ojos grises brillaban. Carmen sintió un pinchazo en el corazón. Justo en mitad del corazón. De repente, la idea de acompañarlo no le parecía emocionante ni divertida. La asustaba como nada.

—Tiene una risa hermosa, Carmen Ruano. Evocadora.

La mujer asintió cohibida, miró al frente, frotándose las manos y siguió caminando.

Salvatore la tomó con delicadeza por el codo y la apoyó en la pared de ladrillo.

—¿Qué hace?

—Míreme, Carmen.

—Señor Barreta, le ruego...

—Salvatore, mi nombre es Salvatore. ¿Por qué se ha puesto nerviosa?

—No es apropiado que usted... que yo...

—La voy a besar, Carmen Ruano.

Carmen entreabrió los labios con sorpresa y esos ojos gatunos de

un enigmático tono entre el verde más intenso y el amarillo más salvaje lo contemplaron con aprensión. Salvatore alargó una mano y se hizo con su pámela. Carmen estiró el brazo para recuperar su sombrero.

—Ya le he dicho que no voy a permitir...

Antes de que pudiera terminar la frase, la boca de él cayó sobre la suya en un beso que la sorprendió por su suavidad y la hizo emitir un ruidito desde el fondo de su garganta. Casi un ronroneo. Se quedó quieta, muy quieta. Se había preparado para un asalto en toda regla y había estado dispuesta a plantarle cara y pelear como una gata rabiosa. La delicadeza e infinita dulzura de esa caricia le aflojó las rodillas y la hizo suspirar. Salvatore rodeó con una mano su delicada cintura, apretándola y ciñéndola contra su cuerpo firme y masculino. Repartió pequeños besos sobre sus labios hasta que su lengua cálida se abrió paso con sensualidad en su boca. Carmen cerró los ojos muy despacio y lo comprendió. Así de simple, así de fulminante. Se había enamorado y estaba perdida. Total e irremisiblemente perdida entre los brazos de ese hombre oscuro, siniestro y lóbrego, que ocultaba graves e importantes secretos, como el *passeto* del Castel Sant'Angelo».

—Vamos a ver, Carmen, ¿Salvatore Barreta le hizo de guía turístico por Roma? —a medida que hablaba, la voz de Roberto se volvía más incisiva y mordaz—. ¡Por Dios Santo! ¡Se lio con ese hombre! ¿Con uno de los tipos más sanguinarios que se recuerdan en la historia de la 'ndrangheta? ¿Y paseaban tan alegremente por la ciudad como dos tiernos enamorados? ¡Qué demonios se le pasó por la cabeza! ¿Es por esa absurda visión romántica que existe en Hollywood de los mafiosos italianos?

Carmen volvió la cabeza, indignada, y lo fulminó con la mirada.

—Yo no tenía idea de quién era él. Para ti es uno de los hombres más sanguinarios de la mafia, para mí es...

Roberto alzó una mano entre ellos.

—Carmen, no se le ocurra defender a esa escoria delante de mí.

—No lo defiendo. Te estoy contando lo que ocurrió. Estoy

intentando explicarte por qué puedo ayudarte a dar con mi hija. Es la primera vez que pongo en palabras lo que sucedió aquel verano. El verano que me cambió la vida. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Roberto, lo que intento decirte es que Michela es hija de Salvatore Barreta.

Roberto fijó una mirada incendiaria en el rostro compungido de Carmen Ruano. Como liarse a puñetazos con su suegra era impensable, se dio la vuelta y descargó el puño contra la pared. Luego se llevó las manos al estómago, se encorvó y rugió por el dolor. La cabeza también lo estaba machacando, la presión se había vuelto insoportable y temía que se fuera a desplomar contra el suelo.

—¡Por la Virgen Santísima! Tía Carmen —se pasmó Juan en un jadeo—. ¿Qué estás diciendo? ¿Mi prima, la hija de ese tipo? Se me revuelven las tripas...

—Me quedé embarazada —comenzó a explicarse Carmen de forma atropellada—, yo pensaba que era estéril. Después de tantos años... jamás imaginé... —La mujer observó la postura abatida de su yerno—. Me fui de Roma embarazada de él.

Roberto alzó con lentitud la cabeza y enfocó unos ojos atormentados en el rostro tenso y pálido de Carmen Ruano. La observaba con una expresión siniestra. La rabia y la repugnancia que ardían en esas pupilas verdes hablaban del desprecio que sentía y que no se molestaba ni en ocultarle. Su mirada acerada le quemaba la piel.

—Has tenido que ver fotos de él —le dijo Carmen nerviosa—, Michela es igualita...

—¡Mi mujer no se parece en nada a ese puto psicópata! —estalló Roberto completamente fuera de sí.

Carmen pegó un respingo y caminó hacia atrás.

—Deja de gritarle a mi tía —se enfureció Juan—. ¡Tranquilízate! ¡Joder! Así no vas a ser de ninguna ayuda, ¿lo entiendes? —Se acercó a su tía y la rodeó con sus brazos para consolarla.

«Ese demonio asesino es el padre de mi ángel», se dijo Pastriani abatido y en esos momentos el muy bastardo la tenía en su poder. ¿No era esto una cruel burla del destino? ¿Se había dedicado a

perseguir como un loco al padre de la mujer que amaba más que a nada en la vida?

Roberto dejó escapar el aire lentamente. ¡Joder, maldita sea! Acababa de gritarle a la madre de Michela. Tenía que calmarse.

—Tienes razón, Juan. —Tomó aire y caminó hasta la mujer—. Discúlpeme, Carmen. Mi comportamiento ha sido abominable. He perdido por completo los papeles. La situación, espero que lo comprenda, me sobrepasa.

La mujer se llevó una mano al pecho.

—Sí, sí que lo entiendo, es horrible, ya sé, no obstante, me preocupa que te hayas lastimado con ese arrebató. La herida está demasiado reciente y recién acabas de despertar. Sería mejor que te recostaras.

Roberto meneó la cabeza.

—No se preocupe por mí, estoy bien, y mejor explíqueme: ¿ese hombre la dejó ir sabiendo que estaba esperando un hijo de él?

—La cosa no fue así. Pasamos unos días maravillosos. Alargué mi estadía por él. Nos pagó todo. Nos trasladamos a otro hotel, mucho más confortable por expresarlo de un modo suave. Alguien que no me conozca podría pensar que me deslumbró con el lujo y el boato que lo rodeaba. Cenas preparadas por los más prestigiosos chefs del momento en lugares de ensueño. Lujos absurdos y detalles extravagantes. Una tarde hizo cerrar un museo para que pudiéramos disfrutarlo en privado. Me trastornaba todo eso, me aturullaba. Sin embargo, nunca lo cuestioné. Me decía que era un rico empresario. La verdad es que tampoco me importaba de dónde salía tanto dinero. No me preocupaba lo material porque yo estaba viviendo el amor en toda su plenitud. No entendía por qué le dispensaban ese trato grandilocuente, muchas veces de un servilismo exagerado. Ese respeto casi obsesivo que le prodigaban sus hombres, como si se tratara del mismísimo mesías, me provocaba espanto. Una vez, incluso, presencié cómo uno de ellos se arrodillaba delante de él y le besaba el anillo con una devoción que me afectó profundamente. Me resultaba absurdo. De cualquier forma, no vi la realidad detrás de todo ese teatro. Nunca llegué a imaginar siquiera la extensión de todo ese poder. Era joven y me había enamorado como una loca de

ese hombre. Como nunca antes. Para mí no era un monstruo, no era un asesino, no era un estafador, no era un mafioso. Era simple y llanamente Salvatore Michele. Si eso puede tener algún sentido. Para mí lo tenía. Hasta que una tarde y de la manera más aterradora, todo se acabó.

«—Carmen, Carmen, Carmen... tan hermosa eres que me nublas el juicio —le decía Salvatore entre beso y beso.

Le había pedido que lo visitara esa tarde en su casa en Roma. A la joven le entusiasmó la idea porque vivía enamorada de la panorámica desde el dormitorio de Salvatore: la del Coliseo con el Vaticano al fondo, la historia viva de Roma. Componía un espectáculo único y grandioso observar la gran bola de fuego anaranjada derramarse sobre esas piedras milenarias durante el crepúsculo.

Carmen lo esperaba y absorbía con embeleso las vistas. Barreta se había acercado por detrás y le había dado la vuelta dejando que el cuerpo de la joven se apoyara contra las cristaleras del enorme ventanal. El hombre se apretaba contra ella y ella podía sentir su erección presionando entre los pliegues de su falda. Carmen, divertida y muy excitaba, gemía, se retorció y le dejaba hacer.

—Salvatore, por favor, bésame. Hoy lo necesito. Te necesito.

El hombre le hizo echar la cabeza hacia atrás y se dispuso a recorrer con sus dedos cálidos la piel tan suave y tersa de su cuello, apretó ligeramente con el pulgar la tráquea. Carmen, incómoda, se echó a reír e intentó incorporarse, pero Salvatore no se lo permitió. Con parsimonia, le rodeó el cuello con la mano y apretó el cuerpo de ella contra las cristaleras.

—El beso de Judas, Carmen. ¿Ese es el que me quieres dar?

Carmen abrió los ojos de par en par, asustada por primera vez de él.

—¿Sabes lo que suelo hacerles a los traidores? —le explicó él con un susurro pausado.

Las rodillas le fallaron y Carmen se desplomó contra la ventana. Se mantenía en pie porque Barreta la sostenía.

—Te lo voy a explicar, mi pequeña niña. Primero, les corto la lengua para que no puedan volver a hablar más de la cuenta —los ojos de la

mujer se llenaron de lágrimas y los labios entreabiertos le temblaron —; luego, le parto todos y cada uno de los huesos de las manos. Me tomo mi tiempo, porque necesito que padezcan en carne propia el dolor que ha supuesto su traición. —Salvatore había tomado aire y había apoyado su frente en la de Carmen—. Por último, les rajo el cuello con un cuchillo carnicero. Si no puedo confiar, no me interesa que sigan respirando. Ahora dime, paloma mía —el tono de su voz fue dulce, casi tierno—, ¿qué vamos a hacer con ese micrófono que llevas en el bolso?

Carmen negó aterrada con la cabeza suplicándole con una mirada de ojos desorbitados, arrasados en lágrimas.

—¿No hay micros? Eso intentas decirme ¿Qué ocurrirá si descubro que hay uno, amor mío?

Barreta ejerció una ligera presión sobre el cuello de ella, dificultándole la respiración.

—No pue... puedo respirar...

—Sí, cuando te aprietan fuerte la tráquea con los dedos, alguna soga u otro elemento similar, lo normal es que no puedas respirar. Ahí reside la gracia. Dime, Carmen, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Es por lo que ocurrió —su voz no era más que un jadeo ahogado — con la policía que estás así?

—¿Te reuniste con la policía y no consideraste importante contármelo antes?

Barreta aflojó la presión y Carmen tosió y tomó una profunda bocanada de aire. Las piernas le temblaban tanto que se dirigió hasta un sofá en forma de U, situado en una esquina del dormitorio. Tomó asiento en el borde y apoyó las manos sobre sus rodillas.

—Respira despacio. Solo estás asustada. —Salvatore se acercó y se sentó a su lado. Alargó la mano para tocarla, pero ella se apartó de él desplazándose hacia la esquina del sofá. Lo observaba con un rictus de horror—. Repito la pregunta, ¿qué puedo hacer cuando la mujer que amo me traiciona, Carmen?

—No sé qué esperas que te conteste a esa pregunta —le replicó con voz desafinada—. No te he traicionado de ninguna manera y no hay ningún micro. —Se volvió de cara al hombre y le dedicó una mirada

triste, deprimida—. ¿Por qué me estás tratando así, Salvatore? ¿Por qué me asustas de esta manera? Te desconozco. No, no me toques ahora, por favor. No podría soportarlo. —Se puso en pie y anduvo nerviosa por la habitación—. La otra noche, dos hombres me detuvieron cuando volvía al hotel después de estar contigo. Me hicieron acompañarlos a una comisaría cercana, no recuerdo dónde. Me asusté tanto, no sabes. Creí que le había pasado algo a mi hermana o a Macoco. Me explicaron que eran policías y que tenía que acompañarlos. Una vez en el edificio, me condujeron hasta un despacho, me hicieron sentar en una silla incómoda y comenzaron a relatarme unas cosas horribles sobre ti y tu familia. Me colocaron una lámpara delante de la cara cuya luz me dejó medio ciega. No podía verles las caras mientras me disparaban pregunta tras pregunta, no tenía tiempo ni de pensar y ya me bombardeaban con otra. No quiero recordar lo que me dijeron, no me hagas hablarte de ello, te lo suplico. Ellos decían que habías hecho cosas horribles. Me enseñaron fotos, Salvatore, de gente muerta. De sus asesinatos. Es lo más espantoso que he visto en mi vida. Cerré los ojos, aparté la vista. Tuve ganas de vomitar. Me negué a seguir viendo eso, quise irme, pero ellos no me lo permitieron. Esas imágenes me atormentan, Salvatore. Me roban la paz. Mencionaron que formabas parte de algo que se llamaba drágora, mandrágora, yo qué sé. Ya, al final, ni los escuchaba.

—'ndrangheta.

Salvatore se levantó y caminó hacia ella. Carmen empalideció. Se llevó las manos a la boca, temblaba de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —La mujer negaba con la cabeza y sollozaba—. Por favor, dime que no es cierto. Tú no has hecho esas cosas. No puedes haber hecho esas cosas...

—¿Qué más te dijeron?

—Que debía ayudarlos a llegar a ti.

—¿Y qué les dijiste a eso?

—Que te llamaran y hablaran contigo, que yo creía que tú no eras responsable de nada de esa basura. Que era imposible. Que solo eras un empresario que se dedicaba a la restauración y al ocio. Después

de eso, me dejaron ir. Así fue cómo pasó. No sé nada de micros, ¿cómo alguien podría haberme puesto un micro? Lo hubiera visto. Revísalo si quieres.

Salvatore se llevó una mano a la cara y se restregó los ojos. Suspiró, mortalmente cansado. Alargó el brazo y esperó hasta que Carmen rozó su palma con sus dedos. Asustada y sin saber cómo reaccionar, acarició su mano. Barreta cerró la mano sobre la de ella y la arrastró a él. Se contentó con apretarse contra el cuerpo cálido y vibrante de Carmen Ruano una última vez. Alzó las manos y las colocó a los lados del rostro de la mujer, embebiéndose con las líneas puras de sus rasgos femeninos. Esa belleza animal y delicada a un tiempo todavía lo impactaba como el primer día. Aquella tarde en que la descubrió sosteniendo a su amiga no había podido apartar los ojos de ella. Oh, Carmen. ¡Qué ojos tienes! Cautivadores, tan inocentes, cargados de amor. Ella era el único ser sobre la faz de la Tierra que lo había contemplado con verdadero amor. Un hombre inescrupuloso como él podría cometer todo tipo de mezquindades por mantener un sentimiento así.

—Te irás de aquí, Carmen, y no me refiero de mi casa, te irás de Italia. No regresarás jamás.

—Salvatore, ¡qué estás diciendo! ¿Qué es drángueta? ¿Qué tiene que ver contigo? ¿Y todas esas fotos de muertos? Por favor, explícame. Tú eres un buen hombre. Un empresario. ¿Acaso has defraudado a Hacienda? No quiero irme. Quiero que me expliques las cosas. ¡Háblame!

Salvatore Barreta se alejó un poco del rostro de ella para observarla. Perfiló con la punta de sus dedos esos labios de terciopelo. Grabando su textura en las profundidades de su memoria. Oh, sus labios. Esa mujer poseía la boca más suave y tentadora que había probado jamás. ¿Cómo haría para vivir sin ella?

“¿Por qué eres tan hermosa, Carmen?”.

—Tienes el alma pura, Carmen Ruano. Demasiado pura para habitar este mundo.

—¡Qué dices! ¿Pura? He mantenido relaciones adúlteras, Salvatore, y, es más, no me arrepiento. Lo juro.

Salvatore le besó los labios con vehemencia y desenfreno, porque cuando ella le juraba con tanta devoción y ciega lealtad, él deseaba hacer justo eso. Decirle lo que tenía que hacer, obligarla a permanecer para siempre a su lado. Matar al marido con sus propias manos. No mandaría a nadie más a hacer ese trabajo. Se encargaría él mismo. Lo disfrutaría. Sacudió la cabeza y se echó a reír, frustrado, molesto consigo mismo.

—El único sentimiento bueno y decente que he experimentado jamás: eso eres tú. No quiero ver cómo tu corazón se vuelve negro a mi lado. No puedo presenciar eso. No lo soportaría. No lo haré. — Salvatore le apartó con ternura unos mechones de la cara—. Eres luz blanca, paloma mía. Representas el bien que queda en el mundo. La inocencia dulce, la decencia sin manchas y la bondad sin límites. Hasta que te conocí no imaginaba que aún quedaban seres humanos como tú en el mundo. Yo pudriría todo eso. Secaría y arruinaría el amor tan tierno que habita en ti.

Carmen se aferró a las solapas de su chaqueta, suplicándole.

—No, eso jamás. Salvatore necesito que me expliques, necesito entender qué está...

—No quiero que sigas hablando —irrumpió de manera cortante—. No me importa las tonterías que creas que me tienes que decir. Ahora te irás. Tomarás un avión esta misma noche, te conseguiré un vuelo y volverás a Alemania con tu esposo. Te advierto una cosa y no tomes mi advertencia a mofa. Si te lías con algún otro hombre y, créeme que me enteraré, volveré a por ti y acabaré con él y contigo. Te lo juro, Carmen.

—¿Por qué me haces esto? ¿Y qué más te da a ti si me lío con alguien? ¿Acaso tú me vas a ser fiel?

Salvatore la sujetó por los brazos apretándole la carne hasta causarle dolor, completamente enfurecido.

—Sí, Carmen. Te seré fiel —siseó con rabia—, igual que una condena que me pasará como un yunque. Todos y cada uno de los días de mi vida. Nunca habrá otra para mí.

—No puedo irme así sin más, mi hermana y..

—Le dirás a Herminia y a esa yonqui de Macoco que, si no quieren

meterse en un verdadero lío, se deben largar sin hacer preguntas.

—¿Qué dices? Macoco no es ninguna yonqui.

—Es cuestión de tiempo, cariño. Esnifa mucha coca.

Carmen entreabrió los labios, asombrada.

—Tú...

—Sí, yo le di la coca a tu querida Macoco y me la follé antes de conocerte. Estaba desesperada por la droga. ¿Las fotos de la policía te parecen duras? He enterrado en cal viva algunos de mis enemigos mientras aún respiraban. He secuestrado a niños y les he metido una bala en la cabeza cuando sus padres no cumplieron mis demandas. —Carmen lo contemplaba atónita. Ni pestañeaba. No lo reconocía en ese ser abyecto de maldad que hablaba con voz suave, aterciopelada, exponiendo sus crueldades con relajada ecuanimidad, como quien habla del tiempo—. Y si no quieres que tu querida Macoco termine violada y torturada hasta quedar irreconocible, arrojada en mitad de alguna cuneta, será mejor que te largues. No te molestes en recoger tu bolso. Me lo quedo de recuerdo. Ahora, fuera de mi vista».

—¿Nunca más volvió a verlo?

La voz de Roberto PASTRIANI la devolvió a esa habitación de hospital y a su propia tragedia.

Carmen Ruano se limpió las lágrimas con dedos temblorosos y negó con la cabeza, mientras abría su bolso y extraía un pequeño pañuelo de tela.

—Nunca, después de ese día.

—¡Santo Dios bendito! —Juan no terminaba de aceptar los hechos y se acariciaba la cresta una y otra vez—. ¿Mi madre conoció tu relación con él? ¿Ella sabe...?

Carmen se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no —le dijo sonándose la nariz—. Ella no tenía idea. Jamás le comenté sobre la visita a la comisaría ni lo que me dijo esa tarde Salvatore. Eso me lo he guardado siempre. Macoco prefiere no recordar nada de esa época —añadió y se sorbió los mocos—. Una vez intenté sacarle el tema y se negó en redondo a hablarme de esos días. Estuvo muy volada por esa época. Ahora está rehabilitada y

ayuda a jóvenes a salir del mundo oscuro de la droga —les explicó la mujer, porque se vio en la necesidad de defenderla. Macoco se había convertido en un ejemplo para seguir—. No creo que recuerde a Salvatore, mucho menos nada de algo llamado 'ndrangheta.

Roberto golpeó la camilla, sobresaltando a Carmen y Juan rumió un insulto por lo bajo.

—¿Y cuál es su brillante plan, señora Ruano?

—Llévame al restaurante Antico en el centro.

Roberto apretó la mandíbula.

—¿Cómo demonios sabe de la existencia...? —Sacudió la cabeza—. No, no me lo diga. No quiero saber más. —Roberto se llevó una mano a la frente, arrugó el ceño haciendo a un lado el dolor y miró al frente al hablar—. De todas formas, ¿se cree que es así de fácil? ¿Llega allí y pide línea directa con el jefeazo?

Carmen aferró el anillo que colgaba de su cuello y carraspeó antes de hablar.

—Con esto sí.

Roberto giró el cuello y se quedó mirando el anillo de oro macizo que Carmen acababa de extraer del interior de su blusa. Juan se había inclinado hacia adelante en la silla. Le colgaba del cuello en una gruesa cadena también de oro. Se veía muy pesado y era ciertamente voluminoso. Había extraños símbolos impresos en él donde destacaba el brillo de una piedra roja. Un rubí. Roberto, que se había acercado a inspeccionarlo, lo tomó entre el pulgar y el índice y lo examinó con atención. Era alargado, el dibujo formaba una especie de árbol cuyo centro era el rubí. Simulaba la manzana prohibida. También Juan Santiago se había acercado y lo estudiaba con detenimiento.

—Es el anillo de su familia. Él me lo entregó. Me dijo: «Si me necesitas, solo tienes que mostrarlo».

Juan resopló y se llevó las manos a la cabeza acariciándose nuevamente la cresta.

—Esto es ridículo, ¿qué somos ahora? ¿La jodida comunidad del anillo? —farfulló el guardia civil.

—No estoy de humor para tus chorradas, John.

—Vete a la mierda. ¿Y te crees que yo sí?

—¡Silencio los dos! —espetó Carmen con firmeza—. No ganamos nada discutiendo ni echándonos nada a la cara. —Y miró a Roberto al hablar y apretaba las manos en torno al anillo—. Te he contado la historia porque creía que era necesario que lo supieras.

—Si no estuviera tan jodidamente acojonado, me reiría con todo esto. Anillo incluido. Lo digo en serio —habló Juan que se había alejado y se había echado a reír. Le dedicó entonces una mirada a Roberto—. ¿Y tú pretendes seguirla en este dislate y presentarte en ese jodido restaurante a pecho descubierto?

—Estamos cubiertos.

—Dos contra... ¿cuántos? ¿veinte? ¿cien tíos? —chasqueó la lengua—. Síííí, muy cubiertos, puñeteramente bien cubiertos. Eso sin mencionar que tú pareces un cadáver andante. —Ruano hizo a un lado la persiana—. Al menos hace sol. Me deprimiría palmarla un día de lluvia.

—Iré yo sola.

—Por encima de mi cadáver —ladró Juan que se había dado la vuelta y fulminaba a su tía con la mirada—. ¿Quieres que mi madre me corte los huevos o qué? Ya tenemos bastante tragedia en la familia.

Roberto se mantuvo en silencio, con la vista al frente. Concentrado y tenso.

—No estoy negociando con ustedes dos. Iré sola o jamás me llevarán hasta él. Por el amor de Dios, sabéis eso mejor que yo.

Juan meneaba la cabeza con los brazos en las caderas.

—Hazla entrar en razón, por favor.

—Tiene razón, John.

Juan soltó una retahíla de improperios.

—Tú has perdido el poco juicio que tenías.

Roberto caminó hasta él y lo sujetó por la nuca con fuerza.

—John, eres tú el que no está razonando —le habló rabioso—. No se han puesto en contacto conmigo, tampoco contigo. Con nadie. No les interesa. Solo quieren darme un escarmiento. La van a usar a ella para castigarme a mí —siseó entre dientes y recordó con pavor la

enorme sonrisa que le había dedicado Bárbara Cottini desde el vehículo que se había llevado a Michela y la expresión asesina en los ojos de De Moro—. La única posibilidad que tengo de recuperar a Michela es que su madre hable con ese jodido psicópata y apele al amor paternal o a lo que mierda quiera. ¿Lo entiendes? Carmen tiene razón. Jamás la llevarán hasta él si nos saben cerca. A mí me pegarían un tiro en la cabeza a la primera de cambio para rematarme y te lo juro, Juan —lo miró a los ojos y su voz se volvió un susurro ominoso—, si se te ocurre hacerte el héroe e interferir en esto, no dudaré en quitarte de en medio como sea.

Juan se quitó la mano de encima, se echó hacia atrás y chasqueó la lengua.

—¡Vete a la mierda! ¡Joder! ¿Vamos a dejar sola a mi tía con una manada de asesinos narcotraficantes?

—No. Eso jamás —expresó Roberto en un tono más dialogante—. La vamos a cubrir y esperaremos. No quiero arriesgarme y obligarlos a proceder con contundencia.

—Explícate —le pidió Juan que se había cruzado de brazos y había adoptado una actitud profesional.

—Tenemos que ir a mi casa. Allí tengo todo lo que vamos a necesitar.

Carmen y Juan miraban con sendas expresiones incrédulas el minúsculo chip del tamaño de un grano de arroz que Roberto acababa de mostrarles.

—Se coloca a través de una jeringuilla entre el músculo y la piel, Carmen. Lo rastrearemos a través de la señal de GPS que lanza a un satélite.

La mujer asintió. Juan arrugaba el entrecejo y dudaba de todo.

—Y si lo descubren.

—Es imposible de rastrear. Confía en mí.

—¿De dónde cojones te has sacado ese tipo de tecnología?

—Está al alcance de cualquiera que tenga dinero, Juan.

—Y vuelvo a mi primera e insidiosa pregunta —comentó Juan resoplando—, ¿nosotros dos contra veinte? ¿Treinta hombres? Esto

no es una película del jodido Jason Statham. Es la puta vida real.

—En los equipos operativos cuantos menos sean los hombres implicados, mejor funcionan. Juan, no nos interesa detenerlos, tampoco acabar con ellos. Solo buscamos llevarnos a Michela. Una vez que la tengamos localizada, iremos a por ella. —Roberto centró su atención en Carmen—. Irás sola hasta el restaurante. Es lo más conveniente. No escucharemos una palabra de lo que hables, pero sí sabremos dónde estás en todo momento. No te perderemos la pista. Seremos tus dos putas sombras.

—Está bien —lo consoló Carmen—. No te preocupes por mí, te lo ruego. No tengo miedo por mí. Haré lo que sea por recuperar a mi hija.

—Ojalá hubiera otra manera, Carmen.

—No la hay y no me arrepiento. Haría lo que fuera por ella.

«Y yo, Carmen, yo también», pensó Roberto temblando por dentro.

Carmen cruzó la pesada puerta de cristal del establecimiento y cerró tras ella. Adoptó una postura relajada y tomó asiento en uno de los cinco taburetes altos cerca de la entrada. No se percató de nada más que del barman, que colocaba varios vasos de cristal detrás de la barra. Un tipo espigado de profusa melena rizada.

— Buenas tardes, una Cola-Cola con hielo, por favor.

El hombre alzó la vista y le dedicó una sonrisa cordial.

— Buenas tardes, *signora*. Marchando.

Cuando el hombre volvió con el refresco y un cuenco con frutos secos, sus manos se quedaron congeladas a medio camino de depositar la comanda sobre la mesa. Contemplaba atónico el anillo de Salvatore Barreta que Carmen había dejado sobre la encimera.

— Quiero que le digas a don Salvatore que Carmen Ruano lo busca.

El móvil no dejaba de sonar y sonar. Roberto y Juan en el interior del Alfa Romeo esperaban los próximos movimientos de Carmen Ruano. La mujer aún permanecía dentro del restaurante.

— ¡Vas a cogerlo de una puta vez! Me está poniendo de los nervios.

Roberto rumió entre dientes, arrancó el *smartphone* de la guantera y arrastró la tecla de altavoz.

— Pastriani.

— La televisión no deja de pasar lo que ocurrió en el Gilda. Hablan de tiros, algunos heridos y también de una mujer desaparecida. ¿Michela está bien?

Roberto golpeó el volante y la herida de su costado sufrió con ese

arrebato. Lo que le faltaba ahora: Lukas Sabonis. Exhaló, cabreado con todo, y sufrió un instante de debilidad cuando meditó que si ella hubiera estado con Lukas ahora se hallaría sana y salva en su casa. Se le hizo un nudo en la garganta ¡Maldita sea! Tomó aire antes de responder. No tenía sentido mentirle a Sabonis. Tarde o temprano averiguaría el nombre de la mujer secuestrada.

—Michela es la mujer desaparecida, Lukas.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿En qué te puedo ayudar? Tengo algunos contactos. Gente que me debe favores.

—Por ahora no quiero meter a nadie en esto. Estoy tras una pista, Lukas. Gracias por el ofrecimiento. Si te necesito, te lo haré saber.

—Por favor —la voz apagada de su antiguo amigo lo conmovió—, mantenme informado. Sé que las cosas están fastidiadas entre nosotros, pero necesito saber que ella está bien.

Roberto se frotó la cara con la mano. «Yo también lo necesito, Lukas. Yo también lo necesito».

—Te mantendré al tanto de todo.

Le costó volver a la normalidad después de colgar. Esa llamada le había afectado más de lo que se atrevería a reconocer delante nadie.

Se envaró en el asiento, segundos después, cuando vio a Carmen saliendo por las puertas de la pizzería acompañada de dos hombres. Una mano se cerró alrededor del volante, la otra sobre la palanca de cambios. Los tres echaron a andar calle abajo. Pastriani arrancó el motor poco después.

—Hola, Carmen.

El sonido de la voz grave y gruesa de Salvatore Barreta la hizo estremecer. Se había preparado, sabía que se sorprendería. No imaginó cuánto.

La habían conducido hasta esa habitación y no le habían permitido sacarse el saco con el que le habían cubierto la cabeza. La dichosa cosa no dejaba pasar un solo rayo de luz y apenas el oxígeno necesario para respirar.

Tras someterla a un cacheo intensivo y humillante en el restaurante

de Cèsare Bosi, le habían hecho dejar su bolso en el local. Todo el tiempo que duró la minuciosa inspección, en el que le hicieron quitarse el abrigo, el jersey y descalzarse, se lo había pasado rezando y rogando porque no le tocaran bajo el brazo. Roberto le había asegurado que era imperceptible, pero ella no sabía hasta qué punto ellos podrían descubrirlo palpándola. Se sintió aliviada cuando el barman hizo una señal de aquiescencia a otro que la observaba a pocos pasos y con cara de pocos amigos. Tras la inspección y una nueva llamada telefónica, habían abandonado el restaurante y caminado un buen trecho hasta un *parking* al aire libre. A partir de ese punto, se desplazaron en coche. La habían obligado a cubrirse la cabeza con ese saco horrible. Después de un interminable trayecto de casi medio día en un vehículo que olía a cítricos y acetona, con una única parada para atender sus necesidades en una gasolinera abandonada en mitad de ninguna parte, se habían detenido en algún tipo de explanada, a juzgar por el suelo de gravilla que pisó al descender del coche. Caminaron diez pasos. Los contó. Entraron en una casa. Escuchó voces de hombres y el ruido producido por el ajetreo que se genera en una cocina, también le llegó la voz de alguien que entonaba una *tarantella* a golpe de pandereta. Caminaron cinco pasos más y la hicieron subir por una escalera que se le antojó demasiado larga. Su mano se había resbalado al aferrarse a un pasamano de textura metálica debido al sudor que generaba su propio cuerpo. Estuvo a punto de caerse de bruces. Caminaron con ella unos cuantos pasos más, siete en total, hasta que la obligaron a detenerse. Cuando por fin le quitaron ese saco inmundito, sus pupilas se contrajeron en un acto reflejo por la luz brillante que arrojaba una lámpara de bronce y cristal, suspendida sobre su cabeza. Cegada, entrecerró los ojos y pasó un tiempo para acostumbrarse a la claridad de su entorno. Hacía tiempo que había oscurecido y se hallaba en mitad de un enorme salón. Sus ojos registraron con nerviosismo cada detalle de la estancia: las pinturas de ángeles vengadores que colgaban de las paredes, las pesadas cortinas a los lados de unas ventanas alargadas, los muebles de madera noble dispuestos a lo largo de la estancia con el único objeto de hacer saber a cualquier

huésped la importancia del hombre que allí vivía. Le llamó la atención la sobriedad de un cuadro colgado de la pared detrás de un enorme escritorio, frente al lugar donde ella aguardaba. El dibujo, que no era más que un esbozo a carboncillo, representaba un árbol con un tronco muy grueso y alargado desde donde partían cientos de ramas disparadas en todas direcciones que finalizaban en diminutas florecillas. Esa pintura se le antojó siniestra en vez de hermosa, inquietante más que evocadora. Desvió la vista.

El golpe de la puerta cuando cerró tras él le produjo un sobresalto. La mujer quedó enmudecida por la impresión de encontrarse en el mismo espacio que ese hombre después de casi treinta años. Lo siguió con una mirada vidriosa, sobrecogida y el aliento contenido. Su corazón aporreaba contra su pecho y le estaba costando respirar con naturalidad. Barreta avanzaba por el cuarto con el paso displicente de quien se sabe por encima del bien y del mal. Se detuvo frente a la mesa enorme de sólida madera, justo delante de ella y detrás de ese cuadro tan feo. La miró. Las pulsaciones se le dispararon y el estómago se le apretó del pánico que experimentó. Se tuvo que recordar que nadie estaba al tanto del chip que llevaba bajo su piel porque siempre le había dado la impresión de que ese hombre era capaz de leerle los pensamientos. Los separaban tan solo unos pocos pasos.

«Tantos años, tanta experiencia tras de mí —pensó abrumada—, y aún cuentas con el poder de hacerme temblar con una sola de tus miradas».

—Hola, Salvatore, buenas tardes —expresó ella al fin con voz desafinada. Se obligó a mantener las manos relajadas a lo largo de su costado y la barbilla en alto. El punto en el brazo donde portaba el maldito chisme le palpitaba.

Barreta se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos. Le dedicaba una fría mirada especulativa.

—Y bien, tú dirás. ¿A qué debo tu presencia en mi casa?

Carmen tomó una honda inspiración, tragó saliva y elevó ligeramente la cabeza porque la sentía enterrada entre sus hombros. Las rodillas le temblaban y se veía paralizada por todo ese

despliegue de poder: los modos bruscos en que la habían conducido hasta él, la actitud hermética de sus hombres, ese boato repulsivo que siempre lo había rodeado, la figura soberbia de Salvatore Barreta que se erigía imponente frente a ella. Todo orquestado en una perfecta coreografía destinada a la intimidación absoluta. Carraspeó para aclararse la garganta, enfocó la mirada en Salvatore y flaqueó. Después de dar vueltas y más vueltas durante todo el trayecto a lo que debía decirle y cómo iniciar su discurso, no tenía ni idea de nada. Su mente se había quedado vacía, las palabras no acudían en su auxilio. Se trataba de Michela. ¿Qué se suponía que tenía una que decirle al hombre que había secuestrado a su hija? ¡Dios mío, ayúdame! Carmen se humedeció los labios, presa de la angustia.

—No sirvo para esto —claudicó agobiada y comenzó a restregarse las manos con nerviosismo olvidando su deseo de mostrarse segura y firme frente a ese hombre—. No sé usar artificios y nunca he sido buena mostrándome zalamera. Así que te pido que nos dejemos de hipocresías. Te lo ruego. Ya sabes por qué estoy aquí. Tú siempre lo has sabido todo —manifestó sin fuerzas—. Sabías cómo me llamaba, dónde me hospedaba e incluso apostarí que también estabas al tanto de que era casada antes de que yo te lo dijera. Así que, por favor, dejemos de fingir.

Salvatore se enderezó, visiblemente contrariado a juzgar por el leve parpadeo en sus ojos, e inclinó la cabeza a un lado. Sus labios se curvaron en una sonrisa sesgada.

—Hace ocho horas recibí una llamada. Una mujer me buscaba. Carmen Ruano tiene su anillo, me dijo uno de mis hombres al otro lado de la línea y yo pensé: es imposible que ella se atreva. No acostumbro a dar explicaciones de mis palabras, así que lo creas o no, no tengo idea de lo que puedes querer de mí. Me has pillado desprevenido. Máxime cuando te prohibí volver a Italia. Debí comprender que tú jamás has hecho aquello que te dicen que hagas. Imagino que se trata de algo tan grave que te ha obligado a salir de tu madriguera y darme la cara.

¿Obligado a salir de tu madriguera? Carmen arrugó el ceño y se lo quedó mirando con un gesto incrédulo. Se negaba a creerlo.

—No me hagas esto. No te muestres tan cínico. Te ruego que no juegues con algo que es sagrado para mí. Necesito saber que ella está bien, que no le han hecho daño... — Perdió la voz y, cubriéndose la cara con las manos, rompió en un llanto amargo porque era incapaz de fingir por más tiempo una seguridad que no sentía y una templanza que le era esquiva. Las cosas no estaban saliendo como ella pretendía y no podía hacer nada al respecto. La desesperación en la que vivía desde que se habían llevado a su hija se abría paso de forma inexorable por su mente hasta desquiciarla—. ¡Oh, Dios mío! Dime que está bien, te lo suplico. No quiero ni pensar...

—Vamos a ver si logro entenderlo —la interrumpió él cuando empezó a hacerse una idea del origen de la angustia de Carmen Ruano. Sabía que ella había tenido una niña con su esposo alemán, el tal Frederick. También estaba al tanto de que lo había abandonado y se había mudado a Roma con la criatura de ambos. De eso hacía unos quince años. ¿Qué edad tendría esa niña? ¿Veinte años?

—¿Crees que yo tengo a tu hija? ¿Por eso estás aquí?

Carmen disparó la cabeza hacia arriba y lo taladró con una mirada rabiosa. Si hubiera podido le hubiera arrancado los ojos y borrado de un plumazo esa sonrisilla suficiente. Se encontraba con los nervios a flor de piel. Destrozada, humillada, a un paso de romper a vociferar.

—De Moro se llevó a mi hija, ¡maldito seas! —le echó en cara enfurecida. Había perdido por completo el control de sus actos y palabras—. ¿Tanto han cambiado las cosas que ahora desconoces lo que hacen tus hombres? Tú y toda tu asquerosa porquería deberían haberse mantenido lejos de mi niña. Deja de fingir de una maldita vez. No me tortures más. ¡Es mi hija! ¡Mi hija! ¡De mis entrañas! —Se golpeó el pecho con un puño mientras le gritaba—. Lo que más amo en este mundo. Sé que tienes hijos, Salvatore. ¿Puedes entender el dolor que estoy viviendo? ¡La quiero aquí! ¡Conmigo!

Barreta se mantuvo impertérrito. «Lo que más amo en este mundo». Sin embargo, esa frase se le clavó en el pecho como un puñal. Le dolió más de lo que cabría esperar después de tantos años. Carmen amaba a la hija de ese hombre como a nada en la vida. Sus manos se aferraron a los bordes de la mesa en la que estaba apoyado. Tanta

fuerza empleó que sentía cada uno de los pliegues de la madera clavados en las palmas.

Detalle que pasó inadvertido para Carmen, que se veía incapaz de descifrar qué le podría estar pasando a ese hombre por la cabeza o lo que pensaría de su exabrupto. Se sintió desfallecer. Lo había enfocado todo de forma errónea, debería haberse mostrado más humilde. Lo sabía. Se refregó las lágrimas con manos temblorosas y decidió que lo único que quedaba era implorar, abrirse en canal. Se acercó a él, alargó los brazos y lo asió por las solapas de su chaqueta. Cuando sus dedos se cerraron en torno a la suave tela de la americana y sus ojos se toparon a tan escasa distancia, la cercanía después de todos esos años los turbó a ambos.

Barreta no se permitía ni el más leve parpadeo que le impidiera perderse detalle de ella, por más insignificante que este fuera. No podía dejar de admirar la franqueza de sus gestos, el arrojo con el que le había hablado y la contundencia que desplegaba en cada uno de sus ademanes. Se había olvidado de tantos de sus detalles. Recordó entonces que ella nunca había sabido comportarse, jamás le había mostrado el debido respeto. Decía lo que le venía en gana, lo primero que le cruzaba por la cabeza y reía, se enfadaba y lloraba con idéntica intensidad. Amaba eso de ella. Su fuego. Su adorable espontaneidad. Por eso se había obligado a renunciar a ella. Carmen no podría sobrevivir a su lado. ¡Santo Dios! ¿Cómo podía ser posible que siguiera perdido por esa mujer? Su corazón había latido — después de décadas de permanecer ausente de todo— al escuchar de labios de su hombre en Roma pronunciar esas dos palabras: Carmen Ruano, y ahora la tenía frente a frente y la miraba y se recreaba en ella y vivía toda esa situación con la misma emoción de treinta años atrás. Sus ojos rasgados de esa coqueta tonalidad olivácea le transmitían tal desesperación que por una vez anheló ser otra clase de hombre. Detestó con una furia que no podía entender que fuera a suplicarle.

—Mírame, Salvatore, pero mírame bien —pronunció ella con la voz rota y lo zarandeó al hablar—. Me estoy rompiendo por dentro. Sé lo que has hecho y comprendo con perfecta claridad quién eres. He

leído sobre ti en numerosos artículos de prensa, en libros especializados sobre la mafia y sobre la 'ndrangheta. Me he sentido asqueada y horrorizada a partes iguales de toda la basura que pudre este mundo. Desesperanzada, atónita y triste. A pesar de todo, una parte de mí se niega aún a creer eso de ti. Si quieres reírte de mí, hazlo. Así de imbécil soy. Tan tonta soy que recién hace pocos años comprendí lo que quisiste decirme aquella tarde en tu casa de Roma. Estoy aquí para pedirte, para implorarte por la vida de mi hija. ¡¡Mi hija!! —Lo miró a los ojos buscando no sabía muy bien qué, ¿comprensión, empatía? Se sentía tan cansada, no obstante, se obligó a continuar. Solo le importaba Michela, solo quería recuperarla, si debía arrastrarse por el suelo, lo haría. Lo que fuera necesario—. No sé cuál es el protocolo que se debe seguir en estos casos, tampoco sé siquiera si hay un protocolo o uno se presenta ante ti a suplicar. Ya sé que todos te tratan con mucho respeto, que te veneran como a un santo patrón y yo no lo he hecho nunca. Lo lamento ahora por mi hija. No te puedes imaginar cuánto — negó con la cabeza sorbiéndose los mocos—. No, en realidad no lo lamento. Ah, Salvatore, sería capaz de acabar contigo con mis propias manos en este instante. Tanto te amé y ahora...

—Basta, Carmen, basta ya —le advirtió él en un susurro contenido y cayó en un gesto que no había vuelto a tener con nadie desde aquella tarde en que se había despedido para siempre de esa mujer. Acarició con ternura su cabeza. Su mano se soltó de la mesa y subió hasta colocarse sobre su coronilla. Sus dedos se internaron en la espesura de su cabello oscuro y se enredaron entre los gruesos mechones tocándolo con un cuidado excesivo, exagerado. Incluyó el cuello y bajó la cabeza. Las aletas de su nariz se dilataron, entrecerró los ojos e inhaló con avaricia su aroma con idéntica desesperación a la de un mísero borrachín aferrado a un vaso de vino tras décadas de no haber probado una gota de alcohol. Ese olor, después de tantos años, lo embriagó. Los años de separación se convirtieron en una simple nada, el tiempo se contrajo hasta volverse humo dilatando sus memorias, y volvía a verla con su pamelita de paja y su sonrisa de hada. Inspiró hasta intoxicarse los pulmones con su esencia. Se dejó

arrastrar por la furiosa marea de pesares y anhelos olvidados que las notas especiadas de su perfume le provocaron. Se sintió mareado, desfallecido. La cabeza le daba vueltas.

«Carmen, Carmen, Carmen... tan hermosa eres que me nublas el juicio».

—Solo dime, por favor, que mi niña está bien —le imploró ella en un hilo de voz. Sin ser consciente de lo que hacía, enterró la cara en el pecho de él—. Solo eso. Si es verdad aquello que me dijiste aquel día de que yo era lo único bueno que habías sentido en tu corazón, te lo imploro, te lo suplico, Salvatore. No puedo más.

—Carmen... —jadeó él estremecido. Con la mano que tenía libre rodeó la cintura femenina y la ciñó a él. Ella fue consciente de cada uno de sus gestos, de la posesividad con que sus manos la sostuvieron. No se lo impidió. No se quejaría. Si era el precio que debía pagar. Así fuera.

—¿De Moro tiene a tu hija? —Salvatore le habló muy bajito, cerca del oído. Lo último que deseaba es que ella se apartara horrorizada de su lado. Ahora que volvía a tenerla entre sus brazos no quería dejarla ir—. ¿Y por qué demonios tiene a tu hija? ¿Se ha metido en asuntos turbios como tu Macoco?

Carmen no pudo evitar que su cuerpo se tensara al escuchar esa última frase. La mujer alejó el rostro y le buscó la mirada. ¿Podía ser cierto? ¿Él no sabía quién era su hija?

—Mi hija es la mujer que se llevaron de Gilda —le explicó con franqueza—. Es la pareja de Roberto Pastriani.

El semblante enternecido de Salvatore sufrió una mutación instantánea. El iris diamantino de sus ojos se oscureció como un presagio de tormenta y emitió un brillo tan siniestro que a ella le erizó la piel. Incluso la atmósfera en torno a ellos cambió, se volvió densa y asfixiante. Carmen aguardó paralizada por el horror. ¿Qué había hecho? Parpadeó para ahuyentar las lágrimas. «¡Michela!».

—¿Qué sabes tú de Roberto Pastriani? —inquirió él en un tono urgente sujetándola por los brazos.

—Bueno, él...

—¿Lo has traído hasta aquí? —se sorprendió Salvatore y por el

gesto perplejo que le dedicó, ella comprendió que no se había esperado ese desenlace en absoluto—. Has metido a esa jodida rata en mi casa. —La apartó de él de un empujón que la hizo trastabillar y chasqueó la lengua—. ¡Maldita seas!

Carmen se debatió entre permanecer callada o mentirle. ¿Por qué demonios lo había mencionado? Estúpida, idiota. Si le ocurría algo a Roberto por su culpa no se lo perdonaría nunca.

Barreta dio la vuelta al escritorio. Tomó el teléfono de la esquina y marcó con rapidez. En ningún momento perdió de vista a Carmen Ruano.

—Los quiero a todos pendientes. El jodido teniente del ROS está aquí y no habrá venido solo. Si algo se mueve, disparad a matar.

Carmen abrió mucho los ojos. «¡Roberto!».

—Mi hija, ¿dónde está? Por favor, déjame verla.

—No sé si está muerta —escupió con crueldad enfurecido con ella — y francamente, me importa muy poco la suerte que pueda correr la hija de Frederick Hauffman, ¿o qué te pensabas?

El miedo, la angustia y la terrible zozobra que había padecido esas malditas veinticuatro horas colisionaron en su interior. Algo se rompió convulsionando el mismo centro de su ser, y dio paso a una furia abrasadora. Una furia que dominó cada uno de los átomos que conformaban el cuerpo de Carmen Ruano. Acortó la distancia que la separaba de él. No le importaba quién era ese hombre o el poder que representara. Hubiera podido matarlo de contar con la fuerza necesaria. Ninguno de los dos esperó que la mano de ella se alzara y le cruzara la cara con un sonoro bofetón. En el mismo impulso, Salvatore le devolvió el golpe y la abofeteó salvajemente, mandándola al piso. La observó desde arriba con un rictus rígido que deformaba sus facciones.

—No te atrevas a volver a levantar tu mano contra mí, Carmen Ruano —le advirtió en tono seco y despectivo—, porque te juro que será lo último que hagas en tu vida.

Ella le devolvía idéntica mirada incendiaria.

—Después de estar contigo —siseó con una rabia que la hacía temblar de arriba abajo y rechinar los dientes—, ningún hombre

volvió a ponerme una mano encima. Cuando abandoné Italia ya estaba embarazada de ti y si has sido capaz de permitir la muerte de tu propia hija, te maldeciré hasta el último de mis días y le rogaré a Dios que tu alma putrefacta no halle reposo ni en esta vida ni en la próxima...

Salvatore se le echó encima. La tomó con rudeza por los brazos, clavándole los dedos, zarandeándola. La cabeza de ella se movía adelante y atrás como la de una muñeca de goma.

—¡Qué dices! —rugió fuera de sí—. ¡Te atreviste a ocultarme que llevabas a mi hija en tu vientre! Podría matarte con mis propias manos.

—¡Lo supe más tarde! —le gritó mientras forcejaba con él—. Aunque ni muerta te lo hubiera dicho de haberlo sabido entonces. Jamás hubiera permitido que mi hija se criara contigo. Eres un psicópata. Un fanático.

Salvatore soltó a Carmen, que quedó desmadejada sobre el suelo de baldosas de cerámica. Él se incorporó y se alejó de ella sacudiendo la cabeza, ofuscado. Le dio la espalda. Se pasó una mano por el cabello plateado. Observó con asombro sus propias manos. Temblaban. No recordaba la última vez que había perdido los estribos de esa manera.

—¡Dónde está ella! ¡Dímelo! ¿Quién la tiene? No permitas que le hagan daño. ¡Es carne de tu carne!

Barreta caminó hasta la puerta lateral por la que había accedido a la habitación y abrió de par en par.

—Ponte en contacto con De Moro —le ordenó a Enzo Barreta, que permanecía recostado en un sofá viendo algún estúpido programa de televisión—. Lo quiero para ayer.

—Sí, don Salvatore.

El hombre brincó del asiento y desapareció por otra puerta.

Cinco minutos más tarde, Salvatore aguardaba en la misma postura cerca de la puerta. Carmen le había dado una hija. No conseguía reponerse de la noticia. Una hija que ella amaba más que nada. ¿La amaría tanto porque era suya? No sabía ni cómo se llamaba su propia hija. No se había molestado en averiguar nada sobre esa niña. Su

hija. La criatura que habían creado él y su Carmen. ¿Alguno de sus hombres había mencionado su nombre alguna vez? No podía recordarlo. De pronto, conocer ese detalle se volvió de vital importancia. Se dio la vuelta con la idea de volver al salón para enfrentarla cuando escuchó el teléfono. Se apresuró a responder. Carmen, que se había puesto en pie y esperaba delante de la mesa, le dedicó una mirada inquieta y luego desvió la vista y miró el aparato con aprensión.

—Giuseppe, ¿tienes a la mujer de PASTRIANI? Quiero que la traigas aquí. Sin dilación. — Le dio la espalda a Carmen Ruano—. Escúchame bien, si la chica presenta el más mínimo arañazo en alguna parte de su cuerpo, me lo tomaré como una afrenta personal.

«Él vendrá, no desesperes, Michela Hauffman. Tú te mantienes firme y que no te vean flaquear», aunque le resultaba muy difícil mantener la entereza embutida en su traje de fiesta con el que se sentía más desnuda que vestida delante de esta gente. No quería que la descubrieran lloriqueando atemorizada como una niña. Deseaba mantener un mínimo de dignidad. Quizás la mataran. Se torturaba imaginando a todas horas a ese tipo repugnante que la había arrastrado hasta ese cuartucho, apareciendo pistola en alto y cerrajeándole un tiro en mitad de la frente. Con los ojos cerrados apretó los párpados, aterrada, y sacudió la cabeza.

«No, no, no. No vayas por ahí. Tú eres una superviviente. Has superado cosas peores».

Ese pensamiento la hizo arrugar el ceño. ¿Cosas peores? No recordaba ninguna. Sin embargo, la idea caló en su cerebro y la fortaleció. Roberto aparecería en cualquier momento y derribaría la maldita puerta, igual que la vez que salvó a Inés. Qué alivio debería haber experimentado la joven al ver la figura imponente de Roberto PASTRIANI abriéndose paso entre sus captores. Estiró los brazos que tenía entumecidos debido a la postura en que la habían dejado: con las muñecas esposadas alrededor de uno de los soportes de la estructura de la cama. Arrugó el ceño y se mordió los labios ahogando una maldición por la quemazón que le producía el roce de

las esposas. Terminaría llena de hematomas y con la piel en carne viva. Por lo menos no la obligaban a estar de pie y nadie la había golpeado. Era el único consuelo dentro de toda esa tragedia. Miró la puerta. Para no desfallecer, se centraba en el momento cuando Roberto se presentara y derribara ese trozo de madera de una sonora patada. Se mirarían a los ojos segundos antes de que la sacara ese lugar inmundo, repartiendo mamporros a diestro y siniestro. Al menos así ocurría en las películas.

«Michela, basta ya. Esto no es una jodida película, es la maldita vida real y en la vida real cuando uno termina en las garras de la mafia no hay final feliz. Te matan y ya».

Había leído tantas veces en los periódicos noticias similares. «Mujer desaparecida en extrañas circunstancias. Se ha localizado el cuerpo de la joven desaparecida. Mujer abatida a tiros en la calle a plena luz del día». Nunca se había parado a meditar lo que todas esas mujeres anónimas debieron sentir: el terror, la infinita angustia a lo desconocido, la maldita impotencia de no ser capaz de defenderse y ese momento final al comprender que no había ninguna salida. ¿Sabrían que les había llegado su final? ¿O al igual que le ocurría a ella uno siempre mantenía una absurda esperanza? Había instantes en que deseaba con tal intensidad que Roberto, su primo o cualquiera aparecieran a rescatarla que incluso creía escucharlos. Oía su vozarrón irrumpiendo en la quietud tétrica de esa habitación y la carrera que se pegaría por llegar a ella. Sus oídos se habían agudizado tanto en las últimas horas que ya era capaz de escuchar el más leve movimiento de pisadas cruzando los pasillos del piso donde la mantenían secuestrada. De cuando en cuando, los sentía discutir al otro lado de la casa, reírse a carcajadas o ver televisión. Se le antojaba surrealista que pudieran seguir con su vida como si tal cosa, mientras había una mujer secuestrada y muerta de miedo en los fondos de la casa. ¿Qué clase de seres humanos podían actuar con tal frialdad? Unas alimañas, eso es lo que eran.

El ruido que hizo la cerradura cuando al otro lado alguien destrabó el fechillo le provocó un vuelco en el estómago. Se colocó de rodillas sobre el colchón y observó al frente sin respirar. Tras la puerta

apareció Bárbara Cottini que se dedicó a contemplarla durante varios segundos. Un brillo de fiera complacencia dilatava sus pupilas azules. Le dedicó una sonrisa abierta. Engreída.

En un primer momento, al descubrirla en el interior de aquel vehículo, había experimentado un súbito arranque de alegría. La esperanza había hecho palpitar el corazón de Michela. Un rostro conocido, una mujer allí con ella. Era un buen augurio. La alegría murió en su corazón casi con la misma velocidad con que había emergido al caer en la cuenta de que ella formaba parte de todo ese siniestro complot para secuestrarla. ¿Por qué lo había hecho? ¿Pretendía herir a Roberto? ¿Deshacerse de ella por haber osado meterse con el hombre que ella deseaba? ¿Podía alguien llegar a esos extremos? Lo más probable es que jamás descubriera el trasfondo que habría detrás de ese turbio asunto. Ahora, viéndola tan exultante porque ella se encontraba indefensa y a merced de esos criminales, comprendía lo que Roberto siempre le había dicho. Que ella era un alma cándida e inocente que nada sabía de las atrocidades de este mundo, de la iniquidad que habitaba en los corazones humanos. ¡Oh, Señor! Cómo hubiera deseado contar con el poder de borrar esa maldita sonrisa del rostro de esa mujer. La detestaba con toda su alma.

—Parece que ya no exhibes la soberbia con la que te paseabas por la *Azienda* del brazo de tu prometido —le comentó Bárbara haciendo girar las llaves entre sus dedos—. Conforme pasen los días se te irán bajando los humos, niñita. Te cuento que ahora mismo los hombres están en el salón debatiendo a ver quién te la mete antes.

A Michela se le demudó el semblante y se retrajo de forma involuntaria. ¿Violarla? ¡Iban a violarla! ¡Dios Santo! Sus manos se cerraron en torno a la bola de bronce de la cama. Los ojos se le inundaron de lágrimas. Sintió arcadas. ¿Podría soportarlo?

Bárbara soltó una carcajada y se cubrió la boca para sofocar las risas.

—¿Crees que Roberto seguirá queriendo lo que quede de ti cuando esos hombres acaben contigo? Ya sabes cómo son los hombres. Dicen mucho, se muestran muy liberales, pero todo es fingido.

No le iba a permitir que la torturara de esa manera. No pensaba dejarse avasallar.

Enderezó los hombros y echó el cuerpo hacia adelante.

—Lo que sé —empezó en voz baja con una calma que, en verdad, no sentía— es que cuando Roberto PASTRIANI te encuentre vas a desear no haber nacido. Tú y todos los que están en esta casa. Al tipo que se atrevió a lastimar a Inés Soto se lo cargó con sus propias manos partiéndole el cuello. —Los ojos de Michela se iluminaron con regocijo al observar la mueca contrariada de la mujer—. Imagínate lo que hará contigo.

—No seas idiota. Tú estarás muerta antes de que él logre averiguar dónde estás.

—Puede ser —le expresó Michela con una sonrisa autosuficiente— y tú morirás después.

De eso no tengo ni la más mínima duda.

Cualquiera, sometido a determinadas circunstancias, meditaría horas después Michela, carcomida por la angustia, podía volverse un ser mezquino, oscuro y vengativo. Porque ella deseaba eso mismo, que Roberto acabara con la vida de esa mujer con sus propias manos alargando su agonía y su sufrimiento. Todo ese rollo de la bondad innata del hombre era puro cuento chino. Ella, que siempre se había considerado una buena persona, imploraba por la venganza.

El tal De Moro se presentó de improviso. Irrumpió en el dormitorio con el rostro tenso. Hizo a un lado a Bárbara Cottini sin mostrarle la más mínima consideración. La mujer ahogó una queja al verse relegada a un segundo plano. El capo caminó con resolución hasta la cama. Ni siquiera la miraba. En las manos llevaba unas llaves pequeñas. Michela tragó saliva y se preparó. Sus manos se tensaron y su cuerpo se envaró. Los ojos fijos en lo que ese hombre fuera hacerle.

—Vamos —dijo sin molestarse en dirigirle un solo vistazo mientras trabajaba en las esposas—. Nos largamos de aquí.

Michela observó con aprensión cómo le quitaba las esposas, que lanzó después sobre la cama, y la tomaba del brazo para sacarla de ese cuarto.

—¿A dónde la llevas? —le preguntó Bárbara. La mujer se veía profundamente contrariada.

De Moro, que parecía distraído, le dedicó una mirada sorprendida a la mujer, como si no hubiera reparado en su presencia hasta ese momento.

—¿Qué haces tú todavía por aquí? —Chasqueó los dedos—. Lárgate.

—No se te ocurra hablarme en ese tono. Yo respondo ante Luigi Barreta.

—Y yo respondo ante don Salvatore y te quiero fuera de la casa.

—¿Dónde la llevan ahora?

—No te interesa conocer esa información. *¡Andiamo! ¡Subito!* —Esto último iba dirigido a ella. Le tiró del brazo para que no se detuviera. Michela perdió de vista a Bárbara Cottini cuando salieron del dormitorio.

Giuseppe De Moro se dedicó a vociferar órdenes a sus hombres mientras enfilaban por un estrecho pasillo. Michela observó los desconchones de las paredes y la cochambre que había en suelos y techos. Qué lugar tan tétrico. Así vivía esta gente. ¿Cómo podían soportarlo?

—¡Quiero el maldito coche preparado cuando baje! ¡Pietroooo! ¿Qué cojones tienes en ese culo seboso? ¡Corre, maldición!

Los hombres salieron disparados por la puerta que daba a la calle. Alguien le cubrió de pronto la cabeza con una capucha. Ya no pudo ver nada más. Asiéndola por la nuca, la sacaron de allí.

—Escaleras —le advirtió el hombre de repente y la sujetó por el brazo para estabilizarla—, y ve con cuidado que no quiero que te partas la crisma. Hay diecisiete escalones. Cuéntalos.

Michela arrugó el ceño. ¿Y ese repentino arranque de preocupación por su integridad física? Deseó gritarle en dónde se podía meter su jodida preocupación, pero no se atrevía a contrariarlo no fuera ser que lo cabreara demasiado. Esa gente estaba como un cencerro y era muy inestable. En un momento te hablaban con voz amistosa, al siguiente, te pegaban un tiro sin que les temblara el pulso o la conciencia. Así lo habían hecho con el suboficial amigo de Roberto,

el tal Girolamo Mori. Roberto. Las piernas le flaquearon y notó una extraña presión en el pecho. Como no atendía a lo que hacía, estuvo a punto de caerse de bruces.

—¡Ten cuidado, joder! —se alarmó De Moro sosteniéndola por el brazo—. Te puedes hacer daño si te caes.

Michela se mordió la lengua para no soltarle un improperio.

«Oh, Roberto, ¿dónde estás? Encuéntrame pronto y sácame de aquí».

—Saben que estamos aquí.

—Ya me he dado cuenta —susurró Juan Santiago—, ¿crees que mi tía corre peligro ahí dentro?

—Todos corremos peligro aquí, dentro o fuera.

Le habían seguido la pista al vehículo que transportaba a Carmen Ruano a través del GPS del móvil hasta la localidad del Reggio. Una vez en la provincia de Calabria, habían atravesado por toda una red de caminos secundarios y carreteras de tierra hasta San Luca. Dejaron el vehículo mucho más atrás. Roberto no quería arriesgarse a que los descubrieran. Habían hecho el tramo final del camino a pie. Se habían cubierto con un pasamontañas cuando llegaron a la casa, porque así, y gracias a la oscuridad, pasarían desapercibidos. El camino se había abierto de repente y frente a ellos se materializó una colosal muralla de piedra de unos seis pies de altura, tras ella se erigía una casona de ladrillo de aspecto imponente. A pocos metros de la entrada se habían ocultado, detrás de unos matorrales silvestres, uno de los miles que inundaban la zona. Según la señal que emitía el chip de Carmen, la mujer se encontraba en el interior de aquella fortaleza.

—Mira. —Patriani le pasó el visor nocturno y señaló un punto en la azotea de la vivienda. Un hombre se movía encorvado entre las sombras. El brillo metálico de una metralleta lanzó destellos gracias a la luz de la luna en su dirección. Roberto señaló entonces con la cabeza otro lugar en una ventana de la primera planta. Juan miró a través de la lente del visor. Otro hombre descorría con lentitud una cortina. Asomó un arma por ella. Los ojos de Juan se abrieron de par

en par. Había un hombre en cada jodida ventana.

Aguardaban.

—Se están posicionando —rumió Roberto ahogando una maldición—. ¡Cazzo!

—¿Crees que a mi tía se le pudo haber escapado algo?

—Es una posibilidad —manifestó Roberto exhalando un suspiro—. Ella no está acostumbrada a esto. Es una simple civil y para colmo de males teme por la vida de su hija. Esos tíos tirarán a matar si hacemos algún movimiento que revele nuestra posición. Así que ya sabes, ni te rasques un ojo.

Se guardó el visor en uno de los bolsillos de su pantalón de camuflaje.

—Mierda —se quejó Juan entre susurros—. ¿Se puede saber cómo cojones vamos a entrar ahora en esa fortaleza?

—Primero tenemos que salir de aquí. En esta posición somos un blanco muy fácil. Lo mejor será probar con las alturas. —Los ojos de Juan volaron hasta la azotea de la vivienda—. Solo veo un tipo ahí arriba. A lo sumo habrá otro. Los neutralizamos, lanzamos la cuerda —se refería a la que Roberto llevaba en una mochila a su espalda— y nos colamos dentro por alguno de los balcones de la segunda planta.

—Estoy a tus jodidas órdenes —le dijo Juan entre dientes mientras imitaba a Roberto que había comenzado a deslizarle sobre su barriga. Debía estarle doliendo como el infierno con la herida tan reciente del costado, pero el tipo no osaba quejarse. PASTRIANI se movía despacio, sin embargo, sus movimientos eran fluidos como los de una serpiente—. Estás acostumbrado a este tipo de situaciones. Yo solo las he practicado en circuitos cerrados con mis hombres.

—Juan...

—¿Qué?

—Sacaremos a tu tía y también a tu prima. Sin ellas no salgo de aquí.

—¿Serías tan amable de mandar a alguien a que me trajera un vaso de agua?

Carmen había tomado asiento en el alargado sofá de piel alineado a

la pared. Salvatore, pasada la primera impresión, había hecho lo propio y también se había sentado en un sillón de cuero frente a la mujer. Se habían dedicado a observarse mientras pasaban las horas.

Salvatore, con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en el sillón en actitud relajada, meneó la cabeza.

—Qué mujer tan extraña eres, Carmen Ruano.

—¿Yo, extraña? ¿Entonces cómo tendríamos que clasificarte a ti?

—No tengo idea, pero quiero que me hables de mi hija, también de tu esposo. ¿Por eso lo dejaste? ¿No soportaba la idea de criar a la hija de tu amante?

—Lo dejé porque no tenía caso mantener un matrimonio que nunca había existido.

Además, él conoció a otra mujer. Quería formar su propia familia. Yo lo entendí. Frederick siempre ha sido un padre para Michela y la quiere mucho.

—Así la llamaste, como yo, Michela Barreta.

—No. Ella jamás llevará tu apellido. Tú no eres nada para ella, ni lo serás nunca. No te atrevas a trastocar su vida.

—Sin embargo, tú tienes todo el derecho a trastocar la mía.

—Jamás hubieras vuelto a saber de mí si no hubieras mandado a secuestrar a tu propia hija. Es algo repugnante, no entiendo cómo puedes soportar mirarte al espejo cada mañana sabiendo que eres el responsable de...

—No soy responsable de las acciones que los demás decidan llevar a cabo —le espetó él en un tono plano—, ahora bien, toda acción conlleva una reacción. Física básica. Lo sabe hasta un niño de primaria.

—No juegues con las palabras. Dale el nombre que quieras, inventa y justifícate como te venga en gana. Tú sabes lo que has hecho y el dolor que has ido sembrando en tu vida.

—Carmen, eres muy infantil. Ves el mundo de una manera tan estrecha a través de una simple mirilla. Nunca te has atrevido siquiera a entornar la puerta.

—Si esto —y alzó las manos señalando cuanto la rodeaba— es a lo que tú llamas entornar la puerta, prefiero lo que yo tengo. Mi libertad

no tiene precio.

—¿Crees que lo eres?

—Lo soy, por supuesto que tengo obligaciones y deberes, pero vivo tranquila y no tengo que esconderme en el fin del mundo para que la policía no me pille.

—Ah, tu bien amada Policía. Esos son mil veces peor que yo. Esa es la verdadera mafia que infecta las raíces de este país: la Policía y los políticos.

Carmen meneó la cabeza.

—Y tú mismo te lo crees.

Barreta le dedicó una sonrisa burlona.

—No, cariño, eres tú la que crees en cuentos de hadas y en el teatro que desarrollan cada día ante tus ojos. Todo lo que dicen en televisión, sus peleas, los conflictos, todo lo que lees en los periódicos, todo, Carmen, todo es mentira, un cuento, pura pantomima. Yo compro y vendo a esos políticos y a tu estimada Policía.

Carmen deseó recordarle que había presenciado su drástico cambio de semblante cuando mencionó al novio de su hija y que, por tanto, no todos eran unos corruptos y delincuentes, también existían profesionales honorables. Salvatore, a la mención de Roberto, se había quedado blanco como el papel. ¿Qué clase de hombre sería Roberto PASTRIANI para que alguien como Barreta le temiera? Decidió mantener silencio y no replicar. Lo último que deseaba era entorpecer lo que sea que Roberto pensara llevar a cabo.

—No quiero que mi hija sepa que estoy aquí. No quiero que me vea, solo quiero que me asegures que está bien, que la dejarás ir, que no permitirás que nadie le haga daño.

—La intachable Carmen Ruano guarda también sus sucios secretillos.

—No sé de dónde sacas que soy alguien intachable y sí, claro que los tengo, como todos. Insisto en que no le reveles mi presencia aquí. No quiero que descubra jamás que tú eres su padre.

—Temes que no te perdone el engaño.

—Temo la angustia en la que se sumiría mi niña sabiendo a lo que

se dedica su progenitor. No le deseo ese sufrimiento.

Salvatore se acarició la barbilla, asintió y perfiló una sonrisa torcida.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Carmen enderezó los hombros.

—Gracias.

—No hay de qué. Ah, lo olvidé, querías agua. Discúlpame un momento, iré a pedir que nos sirvan algo de comer, creo que vamos a pasar juntos las próximas horas.

Carmen movió la cabeza de arriba abajo por toda respuesta. Cuando el hombre abandonó la habitación, se desmadejó contra el respaldo del sofá y dejó escapar el aire retenido, se acarició con manos temblorosas la frente y cerró los ojos. Juntó las manos en su pecho y se encomendó al altísimo. «Por Dios Santo que todo salga bien, por favor, permíteme sacar de aquí a mi niña». Al menos ya sabía que estaba sana y salva. Salvatore le había advertido a ese tal De Moro que no le hiciera daño. «Gracias, Señor. Gracias, gracias».

Roberto y Juan escalaron y saltaron sin problemas la tapia. Se pegaron al muro de piedra que rodeaba el perímetro de la vivienda y se deslizaron como espectros en la noche arrastrándose hasta un lateral poco transitado de la mansión. En la casa estaban alerta y, junto a los hombres armados, cuando cayó la noche, habían encendido dos enormes focos ubicados en la azotea. En contra de lo que pudiera parecer, ese tipo de iluminación les facilitaba el trabajo, pues solo debían mantenerse alejados del chorro de luz. Avanzaban agachados, camuflados con la oscuridad. Roberto hizo señas a Juan al descubrir una zona en la pared de fácil acceso desde la cual podrían trepar hasta el tejado. Corrieron hacia allí. Roberto miró hacia arriba, estudiando dónde colocar las manos cuando Juan llamó su atención. Unos pasos más allá del punto donde se encontraban y frente a las puertas entornadas de lo que parecía un cobertizo, hallaron una escalera de mano tumbada en el suelo. ¡Bingo! Roberto esbozó una sonrisa torcida. Olvidó la escalera de mano y meditó unos pocos segundos la idea de indagar hacia dónde conduciría el cobertizo. Tocó el hombro de Juan para que lo siguiera. El cobertizo estaba

desierto; al fondo y camuflada por unos cuantos trastos y apeos de labranza descubrió una puerta cerrada. Con su Sig de nueve milímetros pegada al pecho y preparada para abrir fuego en caso de ser necesario, caminó hasta allí seguido de Juan. Tanteó la manija de la cerradura y comprobó que estaba bien cerrada. Nadie podría decir que ese hijoputa de Barreta fuera un tipo descuidado. Del bolsillo interior de su chaqueta extrajo una pequeña ganzúa, se agachó y se dispuso a trabajar en la cerradura. Juan, al otro lado, vigilaba. Medio minuto después, la puerta se abrió con un suave clic. Roberto la entornó apenas; daba a un pasillo estrecho y oscuro. Los dos hombres se echaron a andar, dejando atrás el cobertizo.

Carmen arrastró la silla para sentarse a la mesa. Con manos reticentes colocó la servilleta que le tendía Salvatore sobre su regazo. Frente a ella y servidos en delicada vajilla de porcelana, unas suculentas bandejas con platos típicos de la zona que Barreta había ordenado que les prepararan. No sabía cómo haría para tragar algo de todo eso. Sentía el estómago tan revuelto que temía vomitar al primer bocado.

—Espero que disfrutes con las delicias de mi tierra. Nunca tuve la oportunidad de mostrarte la gastronomía calabresa muy ligada a nuestras tradiciones.

—Salvatore, no sé si eres consciente de que no estoy atravesando mi mejor momento y que, sinceramente, no tengo apetito. Ninguno. En absoluto.

—Imagino, pero al menos Pruébalo. Te hará bien. Parece que estás a punto de desmayarte.

Carmen apretó los labios y golpeó la mesa con un puño cerrado.

—Has secuestrado a mi hija y no sé dónde está o cómo se encuentra. ¿Cómo demonios quieres que me encuentre? Estoy aterrada.

—No tienes por qué, tu hija está de camino y se encuentra bien.

—Eso dices tú.

—No dejaré que nadie lastime a mi propia hija. Te lo prometo,

Carmen. Ahora, come, por favor.

La mujer se llevó el puño a la boca y sofocó un sollozo.

—No puedo más —musitó en voz baja.

Tomó una inspiración y colocó las palmas de las manos abiertas sobre la mesa, a los lados de su plato.

—¿Se puede saber qué planes tienes para nosotras? ¿Por qué la traes hasta aquí? ¿No sería mejor llevarla a Roma y dejarla allí, en su casa?

—Tu hija estaba en Roma, Carmen, ha estado allí todo este tiempo. He pedido que la traigan porque quiero conocerla y porque tú has metido a esa sabandija en mi casa. Si descubre que no la tenemos aquí, creo que se llevaría una decepción, ¿no crees? Y no me gustaría decepcionar a nuestro querido teniente del ROS después de las molestias que se ha tomado en llegar hasta aquí.

Carmen echó la silla hacia atrás y se levantó de manera intempestiva. Rodeó la mesa y caminó hasta Salvatore. Se acuclilló delante de él.

—No le hagas daño, Salvatore, por Dios. Es un buen hombre, se quieren tanto.

—Ahora me suplicas por él.

—No quiero que por mi causa muera nadie.

—Si una rata entra en mi casa, tendré que eliminarla antes de que cause ningún daño.

—Si tú no hubieras mandado secuestrar a mi hija, no tendrías a nadie campando por tu casa —retrucó ella enfurecida.

Salvatore fue a replicar cuando tocaron a la puerta.

—Adelante.

Carmen se incorporó de forma precipitada. Enzo Barreta le devolvió una mirada sorprendida. Carmen también lo contempló con perplejidad. Los años no lo habían tratado muy bien. Se veía envejecido y decrepito, el rostro cuarteado y toda aquella melena salvaje había desaparecido, a diferencia de su primo Salvatore que aún conservaba el halo soberbio de su juventud.

—Hola, Enzo —lo saludó ella, e inclinó la cabeza. No comprendía por qué actuaba con tanta cordialidad. Esos tipos eran delincuentes,

asesinos, narcotraficantes.

—*Buona sera, signora* Ruano.

—¿Qué ocurre, Enzo? —intervino Salvatore, posicionado detrás de la mujer.

—Ya llegó De Moro, ¿le digo que se presente aquí?

Carmen sufrió un vahído y tuvo que apoyarse en la mesa. ¡Michela estaba en esa casa, tan cerca de su propio padre! Salvatore la sostuvo por los brazos.

—Sí, que venga y te llevas a la chica a la habitación del fondo, la dejas allí encerrada con llave.

—Sí, don Salvatore.

Cerró la puerta tras él. Carmen se volvió hacia él y lo asió por las solapas de la chaqueta.

—¿Qué vas a hacer aquí con mi hija?

—Nuestra hija.

—¡Basta! No estoy para más juegucitos. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Ya te lo dije, me gustaría conocerla.

—¿Y luego...?

La tomó por el codo y la condujo hasta la puerta.

—La llevaré a su casa, como voy a hacer ahora contigo.

—No...

Salvatore se detuvo y la miró.

—Carmen, se acabó nuestro tiempo por ahora. Quiero que vuelvas a tu casa. Ya he hecho hoy bastante por ti, no tientes tu suerte.

Agarró el pomo y lo giró. Carmen se quedó mirando a un cuarentón en chupa de cuero negra con el cabello muy rizado y voluminoso — tan parecido al de Enzo que se preguntó si acaso no sería un pariente cercano—. El hombre había alzado la mano para llamar. Giuseppe De Moro.

—Don Salvatore —saludó De Moro inclinando la cabeza.

—¿Se puede saber —susurró Juan en un hilo de voz— hacia dónde nos dirigimos?

Los hombres habían logrado colarse en la casa y deambulaban por un sinuoso y estrecho pasillo del primer piso, precariamente

iluminado por una pequeña lámpara que bailaba suspendida del techo. Abajo quedaban la entrada a la mansión y las cocinas.

Roberto alzó la mano y señaló la segunda planta de la vivienda, donde había visto luz desde el exterior. Imaginaba que allí estaría Carmen. Escucharon ruidos procedentes del sótano y se apresuraron a esconderse en un recoveco que formaba el pasillo. Subían. Se asomó y miró en dirección a las escaleras. Un jadeo se le estancó en la garganta.

«¡MICHELA!». Experimentó una descarga de adrenalina tan poderosa que lo hizo temblar de arriba abajo y palpitar el corazón a un velocidad de vértigo. Todos sus instintos se pusieron en alerta roja. La sangre golpeaba con furia en sus oídos, las manos le hormigueaban de las ganas que sentía por entrar en acción. Tuvo que contenerse para no salir disparado hacia ella, arrancarla de las manos que se atrevían a tocarla y la sujetaban y le hacían subir los escalones. Se le rompió el corazón al verla descalza, aún con su vestido de fiesta y un saco cubriéndole la cabeza.

«¡Michela! ¿Qué te han hecho, amor mío? Tranquila, aguanta un poco más, te voy a sacar de aquí, te juro que te saco de aquí».

La subían hasta la segunda planta. La estuvo contemplando con desesperación hasta que su cuerpo desapareció engullido por la oscuridad.

«Está sana, no parece herida. Cálmate, Roberto. Usa tu puta cabeza y tranquilízate. Respira hondo y céntrate».

Juan sofocó un gruñido a sus espaldas.

Pasados unos segundos, corrieron hasta la escalera y se apresuraron a subir los escalones.

Michela no se acostumbraba a la tétrica oscuridad de la habitación donde la habían encerrado. Asemejaba una boca de lobo. No distinguía nada ni a un palmo de sus narices. Parpadeaba una y otra vez y se removía inquieta sobre el colchón. Gracias a Dios le habían sacado ese saco inmundado y había podido respirar nuevamente. Había tomado profundas bocanadas de aire, luego había aguardado unos

segundos hasta asegurarse de que la habían dejado sola. Forcejeó con la soga con la que la habían amarrado a los barrotes metálicos de la cama. No conseguía aflojar ni un poco la presión de las cuerdas, utilizó también los dientes. Nada. Había gruñido, rugido y maldecido en varios idiomas. «Maldita sea, ¿por qué diantres en las películas parecía tan fácil? —rumió una larga hilera de tacos—. Porque se trata de una película, tarada».

Escuchó un ruido procedente del pasillo y se mantuvo quieta, expectante y sin respirar. La puerta se abrió y un charco de luz enmarcó la figura de un hombre. Los ojos de Michela se abrieron de par en par. El hombre cerró tras él y presionó un interruptor en la pared. La joven entrecerró los ojos y desvió la mirada, deslumbrada.

—Disculpa, no caí que la luz te molestaría tanto. ¿Prefieres que la apague?

El tono amable en el que se había pronunciado la sorprendió. Giró el cuello y lo observó perpleja y asustada. Frente a ella se hallaba un hombre alto y robusto enfundado en un traje chaqueta, que le devolvía una mirada serena y especulativa. Debía tener unos setenta años.

—No —contestó ella en voz queda—, prefiero la luz, gracias.

El hombre avanzó por la habitación y tomó asiento en una butaca situada cerca de la cama. Cruzó las rodillas y se quedó mirándola pensativo un buen rato. Michela se humedeció los labios que tenía resecos y le dedicaba miradas furtivas sintiéndose incómoda por ser objeto de tal minuciosa inspección. No sabía qué hacer o qué postura adoptar al respecto. De cualquier forma, tampoco podría hacer nada de haberlo deseado, estando de rodillas y atada al cabecero de esa cama. La situación se le antojó irreal. La amabilidad de ese hombre chocaba con el hecho de que ni se inmutara porque ella se encontrara atada e inmovilizada sobre una cama. ¿Por qué estaba ahí quieto mirando?

—Te pareces mucho a tu padre —le dijo de repente.

Los ojos de Michela parpadearon asombrados.

—Usted conoce a mi padre —logró musitar.

El hombre asintió muy serio.

—¿Por eso estoy aquí? —lo interrogó ella entrecerrando los ojos, dedicándole una mirada especulativa.

—Estás aquí porque deseaba conocerte.

—¿Conocerme?

—Así es.

En ese instante, un estruendo los alertó a ambos. La ventana que daba al pequeño balcón al otro lado de la estancia se abrió de golpe y las puertas de cristal chocaron contra la pared. Un hombre, vestido de negro y enfundado en un pasamontañas, los apuntaba con un arma.

—Haga el más mínimo movimiento y lo frío a balazos. —La voz lapidaria y seca de Roberto le provocó un quebranto. Michela se desplomó de rodillas sobre el colchón.

«¡Roberto! ¡Dios mío, Roberto! ¡Al fin! Gracias, gracias, gracias, gracias...».

Pastriani avanzó con aplomo por la habitación, su arma apuntando en todo momento al hombre que seguía sentado en la butaca. Se colocó a pocos pasos de él, con las piernas separadas. Michela, que se sostenía aferrada al cabecero, lo contemplaba enmudecida, con la boca entreabierta. Experimentó todo a la vez: un orgullo infinito por él, por ser el hombre que era, fuerte, decidido, temerario; también se llenó de alegría, pero sobre todo la inundó un profundo alivio que la devolvió a la vida y le hizo desear gritar y chillar de dicha. Él no permitiría que nadie le hiciera daño. ¡Oh, Señor! ¿Podía ser cierto? ¿La pesadilla llegaba a su fin?

Roberto no se permitía mirar a Michela porque sabía que sucumbiría ante su mirada y que lo distraería y eso podría resultar fatal en la situación delicada en que se encontraban. Juan esperaba detrás de él.

—¡Bravo! —lo elogió Salvatore con una sonrisa divertida—. Me ha dejado impresionado, *tenente*. No pensé que fuera capaz de atreverse a tanto. Comprende que no va a salir con vida de mi casa, ¿no es cierto?

— ¡No...! —el susurro ahogado y desolador de la joven estremeció a Roberto.

Michela se arrepintió al instante de haber abierto la boca. Pastriani había vuelto la cabeza en su dirección durante una milésima de segundo para luego volver a centrar su atención en Salvatore Barreta.

—Yo que usted me estaría callado —le dijo Roberto en un tono plano algo burlón—. Recuerde que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal. John, desátala.

Ruano emergió de entre las sombras del balcón y se movió con agilidad por la habitación. Una agilidad que contrastaba con su enorme tamaño, le sacaba una cabeza a Roberto. Extrajo una pequeña navaja de algún bolsillo oculto de su pantalón y con un movimiento ágil de muñeca rompió la soga. Michela suspiró de alivio y se frotó las muñecas que tenía adormecidas. Juan colocó las manos bajo los muslos de ella y la alzó como si no pesara más que una criatura, la dejó en el suelo cuando la sacó de la cama y comenzó a tirar de ella hacia el balcón. Michela se revolvió entre sus brazos e intercambió una mirada extrañada entre los hombres. ¿Se iban? ¿Y Roberto?

—Vamos —le dijo Roberto a Barreta—, ya sabe cómo funciona esto. Levántese. Las manos a la cabeza. Realice el más mínimo movimiento que me ponga nervioso y mi gatillo se apretará solo. A veces me falla el dedo, ¿comprende? Asienta si lo ha entendido.

Salvatore se puso en pie con lentitud.

—No tienes idea de dónde te estás metiendo, hijo.

Roberto le dedicó una sonrisa socarrona y señaló su arma con la mirada.

—Las manos a la espalda, vamos. Ya me ha oído la primera vez, señor Barreta. No se haga el remolón.

—A una voz mía, mis hombres irrumpirán aquí y todos ustedes no serán más que hermosos cadáveres agujereados.

—Entonces, elija —le retó Roberto y avanzó un paso en su dirección—. Su vida o las nuestras. Es fácil, en realidad. Porque antes de que lleguen a tocar siquiera el pomo de la puerta, usted ya estará tendido sobre esa preciosa moqueta bajo un charco de su propia sangre. ¿Qué decide? John, sácala de aquí.

Michela se soltó de los brazos de Juan y avanzó en dirección a su novio.

—No, no...

Juan volvió a sujetarla con fuerza y le siseó al oído.

—Cierra la boca, joder.

Michela se quedó quieta al instante. Tragó saliva contemplando con nerviosismo a Roberto. Juan tenía razón, estaba actuando movida por el terror de que le hicieran daño a Roberto. Se relajó en los brazos de su primo. Elevó una oración y, como no sabía muy bien a qué santo debía encomendarse, directamente rogó que a Roberto no le ocurriera nada malo. No podría vivir sabiendo que él... Sacudió la cabeza. «Ahora no, Michela».

Su primo la condujo hasta el balcón. Le dedicó una mirada de advertencia que le decía: «Nada de hacer locuras». Ella asintió con un movimiento seco de su cabeza. Con manos diestras, su primo le pasó una cuerda por la cintura e hizo nudos aquí y allá. Ella ni lo miraba. Luego los comprobó tirando de ellos, tensando la cuerda. Michela se asomó y contempló con horror la caída. ¡Dios mío! ¡Iban a escapar por el balcón!

Barreta soltó una carcajada, no obstante, estaba experimentando un inusual alivio por que al fin su hija abandonara su propia casa. Confiaba en que ese tal John supiera lo que estaba haciendo. Michela Hauffman se parecía más a él que los hijos que le había dado Nazarena. Le había impactado profundamente conocer a su propia hija. La hija que le había dado Carmen Ruano. La chica poseía la delicada belleza de su Carmen, pero también lo había complacido descubrir un sustrato animal oculto en las profundidades de esa mirada diamantina, algo que pudo identificar consigo mismo. Yo te hice, había susurrado una parte remota de su corazón. Sin conocerla, experimentó un inhóspito sentido de la propiedad hacia esa criatura propia y ajena. Michela Hauffman conjugaba una curiosa mezcla de candor, sencillez y altanería que, desde luego, nunca dejaría a nadie indiferente.

—Tienes las pelotas bien puestas —expresó para entretener al teniente. Aún no había decidido qué hacer con él. Quizás se estaba haciendo viejo porque no deseaba verlo muerto. Le agradaban los arrestos que le echaba a la situación—. Y eso, por estos días, es algo

difícil de ver en los de tu profesión.

—Me importa una mierda lo que un tipo como usted piense sobre mí. Le recuerdo que tengo a la ley de mi lado y eso me proporciona un grato sentimiento de tranquilidad.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que tú y tu estúpido grupito de *mariconieris* tenéis la razón? Y esa mentada ley tan sobrevalorada bajo la que te amparas para cometer tus inmundicias, ¿es acaso muy diferente de la nuestra? ¿Qué es la ley, Pastriani? Un conjunto de reglas puestas por aquel que ostenta el poder para poder someter con ellas al resto. ¿Por esa basura de leyes aprobadas por tu Estado corrupto, crees estar en posesión de la verdad? ¿Te digo qué ha hecho el Estado italiano por mi tierra en toda su andadura? Es algo muy rápido de explicar: hundirnos en la miseria mientras concentraba toda la riqueza en el norte. Soy yo, el mafioso corrupto, el que da de comer a miles de personas cada día, a niños y familias enteras; a cambio solo pido respeto y consideración a mis negocios.

—No puede estar hablando en serio. ¿Va en serio con el rollo de creerse el maldito mesías de Calabria? Un negocio redondo es lo que se han montado aquí y unos cuantos tarados gilipollas con el cerebro lavado gracias a esos rituales de mierda y su propaganda del terror os hacen el trabajo sucio en las calles y les pagáis con lo que os sobra después de limpiaros el culo. De puta madre el invento. El único interés que mueve a los de su calaña es seguir amasando poder y dinero y cuando no pueden utilizar a alguien a su antojo o ese sujeto no se deja, la solución es fácil: se le quita de en medio usando cualquier medio disponible.

—Justo igual que haces tú y tu Estado corrupto.

—Si incumples la ley, por supuesto que iré a por ti.

—Otra vez se te llena la boca con la dichosa palabrita. Tan listillo que te crees, ¿por qué no te atreves a mirar más allá? Yo también me rijo por la ley. La ley que ha sostenido desde hace siglos a las familias honorables. La cumplimos todos y cada uno de nosotros y la honramos hasta sus últimas consecuencias. Si alguien no cumple, vamos a por él; si alguien nos traiciona, vamos a por él; cuando alguien no colabora con nuestra ley, vamos a por él. Exactamente

igual que tú y tu jodida Policía.

—¿Está comparando a una organización criminal como la 'ndrangheta, la mafia o la camorra tipificadas por nuestro código penal y que tiene atemorizados a todo un pueblo con un país que vive en democracia? Ahí fuera hay miles de personas que cumplen con las normas y no tienen las manos manchadas de sangre, que no viven sembrando cadáveres y terror a su paso, extorsionando a aquel que monta un pequeño negocio, acojonándolos para que paguen y obedezcan sin chistar, ¿a cambio de qué?, se lo recordaré, a cambio de impedir que les destrocen el negocio los mismos que pretenden defenderlo. Su vida, Salvatore, no es más que una enorme fosa común, llena de huesos, sangre y mierda.

—Basta ya de tanta arenga populista. ¿Quién eres, Beppe Grillo? ¿Acaso no te has manchado tú las manos? ¿Cuántos huesos hay en tu fosa, Pastriani? Dime, chico de la élite, ¿a cuántos te has cargado tú? ¿A cuántos niños has torturado para sacarle alguna información sobre mi familia, sobre otras familias? ¿Y eso es correcto? ¿No atentas acaso contra tu mierda de *Habeas Corpus*? Así que no seas irrespetuoso, chico. Esos matones de tres al cuarto que tú has liquidado eran mi familia. Igual que lo es Michela.

Roberto avanzó enfurecido hasta detenerse delante de Salvatore Barreta y amartilló su arma antes de colocarla en el entrecejo de Salvatore Barreta, incrustándosela en la piel arrugada.

—Ella queda fuera de toda esta conversación y de tu mundo infestado de basura —expresó en voz baja y violenta— o te juro que vendré a por ti y a por toda tu puta familia de delincuentes. Si tengo la más mínima duda de que la has mandado seguir o la vigilas, te buscaré y, cuando te encuentre, te trincharé como un jodido pavo de Navidad, ¿*mi capisce*?

—Roger a eso, *tenente*, y cuida ese vocabulario, pareces un maldito arrabalero en vez de un chico de buena familia. ¿Acaso no te enseñaron modales? ¿Tu padre nunca te lavó la boca con jabón?

Roberto seguía apuntándolo, pero se alejó unos pasos.

—Nunca se preocupó demasiado por mi higiene personal —se encogió de hombros—, le iba más la fuerza bruta.

Salvatore esbozó una sonrisa.

—Un tipo listo, seguro.

Roberto echó un vistazo por el balcón, ni rastro de Juan y Michela. Respiró aliviado. Observó el patio trasero de la mansión. Varios hombres hacían su ronda de vigilancia.

—Van a venir a por usted, Salvatore —expresó Roberto que volvía a enfrentarse al hombre que permanecía de pie, frente a él, imperturbable.

—Pero tú no, ¿verdad, teniente?

—Hoy no.

Salvatore se echó a reír.

—Eres un cabrón. Te deseo suerte saliendo de aquí. Desde que pongas un pie en ese balcón, anunciaré tu presencia a mis hombres y te perseguirán como a un perro. Quiero ver cómo te las arreglas, Bracconiere. ¿Nunca has pensado trabajar para alguien que de verdad valore tus capacidades? Tu jefe piensa que eres un estorbo.

—Compartimos la misma opinión mi jefe y yo.

Roberto alzó la mano y disparó. Salvatore exhaló un jadeo de asombro y su rostro dibujó una expresión de incredulidad. Se llevó la mano herida y ensangrentada al pecho. Le había dado justo en su palma, le había abierto un boquete en la jodida mano.

—¿No quería diversión? Así estará ocupado un rato.

Y desapareció. Sus hombres entraron en tropel, casi arrancaron la puerta de sus goznes en su afán por descubrir quién había disparado. Exclamaron horrorizados al ver la sangre. Varios comenzaron a vociferar órdenes. Salvatore se zafó de ellos y se asomó por el balcón. Ni rastro del jodido teniente. Maldito hijo de puta.

— Te lo ruego, Juan, por favor, detente. Nos hemos alejado mucho y me dijiste que Roberto no tenía manera de volver que no fuera a pie. Juan, por favor, te lo suplico, ¿y si no ha podido salir de allí?, ¿y si nos necesita? Tenemos que volver a por él, por favor,

Juan, tenemos que ayudarlo, creo que...

Ruano dio un volantazo y el Alfa Romeo frenó de golpe, lanzándolos hacia adelante. El cinturón se clavó en el cuello de Michela, ahogándola. Por suerte, la pesada chaqueta con la que Juan la había cubierto al salir había impedido que se lastimara.

— ¡Basta! ¡Joder! —explotó su primo con agobio—. Ya está bien, Michela. Tú ganas. Nos detenemos aquí. ¿Contenta? Pero ni hablar de volver, ¿estás loca? Te aseguro que Roberto hará picadillo con mis pelotas si nos descubre todavía por aquí.

Michela lo miró con aprensión y se llevó las manos al pecho.

— Yo me haré responsable de todo.

Juan golpeó con el puño el volante y estacionó en el mismo arcén de la carretera.

— Mierda...

Michela se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Juan se quitó el cinturón y estuvo sobre ella en un segundo. La rodeó con sus brazos y la estrechó fuerte.

— Lo siento, enana. Oh, perdóname, estoy muy nervioso y llevo encima un exceso de adrenalina que no sé manejar.

— Perdóname tú a mí, estoy tan asustada y tengo tanto miedo por él. ¡Lo quiero aquí conmigo! No soporto pensar que aún está allí, que

le pueden hacer daño.

—Escúchame, primita, ese tipo es difícil de abatir, en serio, si hay alguien que puede salir de allí sin un jodido rasguño, ese es él. Ten fe.

—No tengo fe —sollozó ella con las manos de su cara y negando con la cabeza—, ya no tengo fe.

Juan se tensó cuando escuchó un vehículo que se acercaba a toda velocidad por la carretera. Se incorporó, colocó una mano en el volante y arrancó. El coche derrapó con la gravilla del arcén. ¡Maldición! No le dio tiempo a más. El coche los adelantó y viró de forma brusca. Se colocó delante de ellos, cortándoles el paso. Michela y Juan se quedaron mirando el Audi A3 plateado con un terror apenas disimulado. Juan lamentó la distancia que lo separaba de su Glock semiautomática —la había tirado al asiento de atrás cuando subieron a toda prisa—; no le daría tiempo a hacerse con ella y abrir fuego. La puerta del Audi se abrió. Michela ahogó un grito, sus manos temblaban cuando agarró la manija de la puerta, intentó moverse pero el cinturón la mantenía clavada al asiento. Ahogó una maldición. Juan se adelantó y apretó el botón. Michela salió disparada del vehículo directa a los brazos de Roberto, que no se había quitado ni el pasamontañas.

Ruano tragó saliva cuando los vio fundirse en un abrazo desesperado. No pudo evitar emocionarse. El cuerpo de su prima desapareció entre los brazos de Roberto, que parecía engullirla por completo; la había alzado y la apretaba con tanta fuerza que temió que no le hubiera roto alguna costilla, dudaba que la pobre pudiera respirar. Decidió darles algo de intimidad y miró hacia otro lado.

—Michela —la voz de PASTRIANI se volvió un gemido suplicante—. Dios mío, Michela... —¿Estás bien? Pasé tanto miedo...

Ella tomó el borde del pasamontañas con manos desquiciadas e intentó sacárselo por la cabeza. Necesitaba verle el rostro y comprobar que se encontraba bien, sin un rasguño. Roberto la ayudó y, cuando lograron arrancárselo, durante un tiempo solo pudieron contemplarse enmudecidos, casi ni respiraban. Michela sofocó un gemido y alzó las manos palpando con nerviosismo las vendas sucias

alrededor de la frente de Roberto.

—Roberto, ¿te hirieron? ¿Qué pasó?

Él le chistaba y le aseguraba que estaba bien, que solo había sido un rasguño. Ya le explicaría en otro momento.

—Yo quería volver por ti, pero Juan no me dejaba y yo le decía y le suplicaba...

Roberto le encerró la cara entre las manos y la pegó a él.

—¡Loca! ¡Necia! —clamó un momento después y le buscó los labios enfebrecido. Volvió a apretarla contra su cuerpo—. ¿Cómo se te ocurre? ¿Perdiste la razón? ¿Volver allí? ¿Acaso quieres matarme? ¡Merda! Tenemos que salir de aquí. Entra en el coche. Juan nos seguirá. Espérame, por favor, tengo que hablar una cosa con tu primo.

Se acercó al Alfa Romeo; Juan bajó la ventanilla.

—Te encargo a Carmen, asegúrate de que llegue sana y salva.

—Eso pensaba hacer.

Cuando volvió al Audi, lanzó una mirada a Juan, que se limitó a arrancar el coche y sacarlo del arcén.

El camino de vuelta a casa lo hicieron en el más absoluto silencio. Michela se quedaba dormida a ratos y despertaba sobresaltada hasta que se topaba con el perfil adusto de Roberto y volvía a respirar. Roberto no soltaba la mano de Michela, no podía, así que hacía todos los movimientos de cambio de marcha con los dedos de ella entrelazados con los suyos. Resultaba un poco incómodo, sin embargo, Michela no emitió una sola queja. Ella también necesitaba de él y de su contacto. Le sorprendió que Roberto, mientras esperaban en un semáforo al llegar a Roma, marcara un número en su teléfono.

—¿Hola? ¿Roberto?

—Buenas noches.

—Menos mal que te oigo, ¿tienes alguna novedad?

Michela había entreabierto los labios conmocionada por el gesto. Miraba y remiraba a Roberto sin creer que acabara de ponerse en contacto con Lukas Sabonis.

—Buenas noches, Lukas, estoy aquí con Michela en el manos libres.

—¿Michela? ¡Gracias a Dios! Hola, Michela...

Ella, que no salía de su asombro y no terminaba de asimilar el diálogo entre los hombres, no contestaba.

Roberto le dedicó una mirada de cejas alzadas y las comisuras de su boca se curvaron con suavidad.

—Sí —logró pronunciar—. Sí, hola, aquí estoy.

—Dios mío, estaba tan preocupado con las noticias que daban por la televisión.

—Lukas —intervino Roberto—, no es necesario angustiarse con esas cosas.

—Sí, claro, tienes razón. ¿Cómo estás, Michela?

—No sé... Yo, bien, supongo. No estoy herida ni nada...

El recibimiento en la casa de la vía Orazio la dejó enmudecida. En un principio, no supo cómo reaccionar cuando descubrió a varios periodistas agolpados frente a la verja de la vivienda, ansiosos por obtener una instantánea o alguna declaración. Roberto, enfurecido, no permitió que los fotografiaran y los cubrió con su propia chaqueta, pasó de largo en su vehículo y cerró la verja tras él. Tampoco permitió que los agobiaran en la casa con un efusivo recibimiento y mandó callar a todo el mundo. A Michela le pareció que se habían desplazado hasta el salón de aquella casa todos los Pastriani que había conocido en Bardolino. Miraba de hito en hito, asombrada, los rostros que le devolvían sendas miradas de preocupación y alivio. Roberto los ignoró y la condujo sin dilación a su dormitorio. Allí le pidió permiso para ocuparse de ella, se lo imploró y le expresó en voz baja que lo necesitaba, que había pasado un calvario sin ella y que lo dejara hacer. Ella asintió conmovida. La trató con delicadeza y una suavidad tal que le arrancó lágrimas de emoción. La desvistió y ambos se quedaron absortos contemplando aquel trozo de tela carísimo. Tras varios segundos de duda, Michela decidió que lo mejor sería regalar el vestido. Era muy caro, sí, pero jamás se lo volvería a poner. La condujo a la bañera y la ayudó a sentarse en un taburete de madera, él arrodillado a su lado. Michela se echó a reír porque le recordó las veces que su madre la bañaba de

niña. De cuando en cuando, Roberto se derrumbaba y la abrazaba y Michela sentía en carne propia la destemplanza que lo acometía por la fuerza con que se apretaba a ella. En esos momentos, también la joven rodeaba su cuello con los brazos y procuraba calmarlo asegurándole que ella estaba bien y que ya había pasado todo. Así, con toques suaves y tiernos, le fue limpiando la suciedad del cuerpo y también la que le pesaba en el corazón. Sus manos, por primera vez desde que ella pudiera recordar, buscaban consolarla, masajeando con maestría aquellas zonas donde se acumulaba la tensión. Eran un bálsamo bienvenido después de todo el horror y la brusquedad que había vivido durante esos días de pesadilla. Cuando se hubo asegurado de tenerla bien enjuagada, procedió a secarla envolviéndola en una toalla mullida y calentita que le devolvió el alma al cuerpo. Fueron al vestidor y, mientras ella se enfundaba un práctico pijama de franela de dos piezas, él se escabulló para darse una ducha rápida.

Lo pilló colocándose una camiseta a las apuradas.

—Yo también quería ducharte.

Roberto caminó hacia ella y alargó la mano, permaneció absorto jugueteando con las puntas húmedas de su cabello.

—¿Otro día, vale?

—Vale.

Sus ojos se encontraron y Roberto esbozó una sonrisa triste.

—¿Puedo?

—¿El qué?

—Me gustaría dormir abrazado a ti toda la noche. —Carraspeó y se rascó la nuca devolviendo una mirada insegura— Sé que es ridículo, patético y cursi, pero...

—Yo te iba a pedir lo mismo.

Se devolvieron una sonrisa cómplice algo cohibida. Se metieron en la cama bajo varias capas de mantas y durante mucho rato se limitaron a permanecer abrazados, palpándose y acariciándose con dedos lánguidos, besándose aquí y allá donde les cuadraba.

—¿Qué fue lo que te ocurrió? —Le preguntó ella a media voz y señaló con una mirada preocupada a las vendas limpias en su frente,

que él había cambiado antes de acostarse con ella.

—Te cuento, pero, por favor, no quiero que te angusties o que sufras. Estoy bien, ¿de acuerdo?

Ella asintió y le acarició la mejilla.

—Cuéntame, por favor. Ni siquiera me dejaste comprobar cómo tenías la herida.

—Quiero que estés tranquila, en el hospital me explicaron cómo cuidarme, y necesitas reposo y descanso.

—Tú eres el que está herido y la enfermera aquí soy yo, ¿recuerdas? ¿Qué fue lo que te pasó?

Roberto dejó escapar un suspiro largo.

—Una bala se mostró demasiado cariñosa conmigo. Eh, cariño, mi amor, estoy bien. Mírame, Michela, estoy bien.

A ella se le había demudado el semblante.

—Por el amor de Dios, ¿cómo pretendes que no me impresione? ¡Podías haber muerto!

Roberto la estrechó entre sus brazos.

—Pero no ocurrió así y estoy bien vivo, aquí tan a gusto abrazado a ti.

Michela se cubrió la cara con las manos.

—¿Por qué nos ha pasado esto?

—Es mi culpa.

—¡No es tu culpa! ¡Cómo se te ocurre pensarlo siquiera! —se alarmó ella echando la cabeza hacia atrás, mirándolo enfurecida—. Toda la culpa es de esos hombres que te dispararon y me secuestraron. ¿Quién es ese tal De Moro? Es un mafioso, ¿verdad? ¡Por Dios, allí también estaba Bárbara Cottini! ¿Ella también pertenece a la mafia? Me dijo unas cosas horribles. Es una mujer malvada, Roberto.

Pastriani cerró los ojos y sofocó una retahíla de maldiciones. Se conminó a guardar la calma por el bien de Michela. Ya se encargaría él de hacerle pagar lo que le había hecho.

—No quiero que ahora pensemos en eso. Vamos a descansar, lo necesito, y tú también.

—Tienes razón y...

Roberto besó su frente varias veces.

—¿Qué, amor?

—Gracias por rescatarme.

—Oh, eso fue fácil. Sin ti, yo me mato.

Ella aferró con manos ansiosas sus mejillas.

—Yo también me mato sin ti —replicó con ímpetu.

—¡Ah, Michela! ¿Qué voy a hacer con esto que siento por ti?

—No lo sé, a mí también me pasma y me asusta, pero al mismo tiempo es tan hermoso y único, me haces tan feliz...

—Escalofriante, diría yo —y se echó a reír—. En fin, no queda otra salvo aceptar que así son las cosas contigo. Aprenderé a manejarlo. Espero. Algún día.

Michela sofocó una risita y entonces recordó. Se agitó entre los brazos de Roberto.

—¡Roberto! Tengo que avisar a mi madre, se tiene que estar muriendo de la angustia, ¡no entiendo cómo he podido olvidarla! ¡Qué clase de hija soy! Mi pobre mamá... ¡Y Francesca! Dios Santo cómo he podido olvidarlas.

—Tranquila, cariño, has pasado por mucho —la calmó él y masajeó los músculos de su espalda por debajo del pijama—, tu madre sabe que estás aquí. Francesca también. Por favor, no te angusties, si quieres puedes llamarlas o... si te hace bien, las iremos a ver. — Roberto comprendió por la mirada extrañada que le dirigió Michela que no le salían las cuentas de cuándo había tenido tiempo de llamar a su madre. —Le mandé un mensaje antes mientras te cambiabas — le mintió y no estuvo muy seguro de si ella le creyó, aunque no le reprochó nada— ¿Hice mal? ¿Prefieres que venga ahora mismo? Si quieres la voy a buscar y la traigo. Dime, ¿la necesitas?...

Michela frunció el ceño, sin saber qué sentir al respecto. La atormentaba la angustia que debía haber experimentado su madre sabiéndola secuestrada, deseaba verla y consolarla, pero no reunía fuerzas para abandonar ese solaz de calidez, reposo y amparo que sentía arropada bajo las mantas junto a Roberto.

—Quiero verla, pero no tengo fuerzas para moverme o pedirte a ti que lo hagas, pero sí quiero hablar con ella. ¡Dios mío! ¡Qué espanto!

Pobre mi mamá.

—Ella sabe que estás sana y salva y que nada te ocurrió, y Francesca también lo sabe, porque está durmiendo con Juan en la planta de abajo.

Michela disparó la cabeza hacia arriba, casi golpeó la barbilla de Roberto, pero él la esquivó a tiempo.

—¿En serio?

Roberto sonreía.

—Sí, en serio.

Michela no lograba reponerse de tantas novedades. Francesca durmiendo en la casa de Roberto. Se le antojaba de ciencia ficción. Su vida, desde que había conocido a ese hombre, parecía transcurrir en medio de una película de Pasolini y, en algunos momentos, el absoluto descontrol sobre los acontecimientos que se sucedían a su alrededor, en los que el papel relevante a desempeñar consistía en ejercer de espectadora de su propia historia, le provocaba tal ansiedad que se veía incapacitada para actuar. Justo en ese instante, el corazón le latía muy deprisa y sentía un nudo de aprensión cortándole la respiración. Ya ni sabía dónde estaba parada o qué nueva catástrofe acaecería el día siguiente y, para una persona como ella, que necesitaba de la rutina y las costumbres para funcionar, la incertidumbre que controlaba su vida con Roberto Pastriani la sumía en un estado permanente de alerta. Los cambios podían perturbarla hasta el punto de paralizarla por completo.

—Tu familia también está aquí —musitó mortalmente agotada.

Michela enterró la barbilla en el pecho de Roberto y se pegó a su cuerpo, de haber sido posible se hubiera deslizado bajo su piel para desaparecer un tiempo del mundo.

—Sí, y por desgracia no puedo echarlos, así que mañana será inevitable que se interesen por ti. Si no te apetece verlos, te quedas aquí y que se aguanten. El asunto del Gilda salió en todas las noticias, Michela, fue imposible detenerlos. Tu desaparición y el balazo que me metieron despertaron un interés inusitado en la prensa. Tranquila, haremos frente a todo, poco a poco.

Michela cerró los ojos.

—Había olvidado a la prensa. Esto es demasiado.

—Ahora vamos a dejar todo eso de lado y dormiremos. Mañana ya enfrentaremos al mundo.

—Sí, es lo mejor —la joven guardó silencio y al cabo musitó—.
¿Roberto?

—Dime.

—Gracias por llamar a Lukas, fue un detalle hermoso.

—No soy ese ogro que te imaginas.

—Nunca lo he pensado siquiera, eres tú el que se machaca con la idea de ser una especie de supervillano.

Roberto no replicó, se limitó a ceñirla entre sus brazos.

—Me va a costar conciliar el sueño —musitó Michela bostezando.

—Lo sé, a mí también.

Media hora después habían caído en un sueño profundo del que no despertaron hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

— Necesito que me cuentes lo que ocurrió en el Gilda.

Edward Savage, sentado en una de las mesas de la terraza del Bar San Calisto en el célebre barrio Trastévere, levantó la vista del periódico que leía y observó con atención al teniente Pastriani, que aguardaba frente a él en una actitud sobria, aunque expectante. Vaqueros, chaqueta de cuero y la impaciencia que siempre lo caracterizaba.

—No es que salgas muy favorecido aquí —expresó a modo de saludo, y alzó el periódico mostrándole una foto borrosa de su cara cubierta por un pasamontañas.

—Mejor así, ¿puedo? —preguntó señalando la silla vacía frente al canadiense.

—Por supuesto, siéntate. —Roberto tomó asiento y se quitó las gafas de sol, que guardó en el bolsillo interior de su cazadora— ¿Café? Aquí es exquisito y es bueno para combatir el frío de estos días.

—Por favor.

Savage giró el cuello y llamó a un camarero. Pidió un *espresso* y volvió su atención a Roberto.

—¿Cómo me has encontrado?

Roberto esbozó una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—Francesca —replicó a modo de respuesta—. Ahora está viviendo en mi casa.

—Ah, ya veo. ¿Querrás ir al grano?

—Tiempo no es precisamente lo que me sobra en estos momentos

—dijo de forma enigmática—, pero necesito saber qué demonios ocurrió allí esa noche.

Edward Savage lo observó durante unos pocos segundos y, al cabo, habló:

—Créeme que si no te tuviera aquí frente a mí ahora mismo, si no hubiera visto a aquel hombre apuntándote en un tiro que te hubiera mandado directo al forense, yo... —meneó la cabeza y se echó a reír—. Aún hoy sigo perturbado con todo aquello.

—Me hago cargo.

El camarero se presentó con la comanda que depositó con una floritura sobre la mesa.

—*Grazie* —musitaron al unísono los dos.

—*Prego* —replicó con voz cantarina y dejó la cuenta a un lado.

Ambos hombres se limitaron a contemplarse, Edward dio un sorbo a su café. Roberto no tocó el suyo.

—Pasó todo demasiado rápido —comenzó Savage dubitativo—. Verás, mientras me arrastraba por el suelo buscando dar con la salida, alcé la mirada y allí estabas. Por un instante sentí alivio de encontrarte, hasta que descubrí al tipo que te estaba apuntando con una pistola y entonces escuché la detonación del arma y aquí es cuando todo adquiere una nueva dimensión. Tú te quedaste congelado, no tengo otra forma de definirlo, como flotando en el aire y de cada poro de tu piel manó una luz cegadora, fue algo indescriptible, era... —la voz del hombre se volvió evocadora, en cierta manera, casi se expresaba de una forma nostálgica— hermosa, prístina, sobrecogedora —Extrajo un cigarro de una cajetilla que había sobre la mesa, lo encendió y dio una calada profunda—. Y de ella surgió un hombre, un guerrero antiguo; se materializó tan real y tangible como te estoy viendo aquí ahora mismo. He estado haciendo algo de investigación. Al parecer, la ropa que vestía se remonta a la era antigua, quiero decir de antes de Cristo. Más de dos mil años. Es de locos. —Agitó la cabeza—. No sabría decirte nada más, puesto que no sé su lugar de procedencia, tampoco vi ningún símbolo o tatuaje que pueda servirme de referencia —Roberto con los codos apoyados en la mesa se llevó las manos a la barbilla y se inclinó

ligeramente hacia adelante—. Y simplemente te empujó. Su mano se colocó sobre tu pecho y te lanzó. Saliste despedido hacia el otro lado de la sala. Luego giró sobre sus pies y se echó a correr, pero todo a vuestro alrededor se había ralentizado, así que no corría a una velocidad real, era más como si caminara sobre las aguas o estuviera sumergido en ellas; Dios Santo, me estoy explicando fatal, pero es que no sé cómo puedo ponerle palabras a algo tan extraño, tan...

—Inconcebible —terminó Roberto por él.

—Eso es. Y, de pronto, se dejó caer y se fundió en ti, entró en ti, —elevó el brazo y las virutas del humo se expandieron a su alrededor— utiliza el verbo que te apetezca, la luz se esfumó de ti, de la misma extraña manera en que había aparecido. Todo volvió a la normalidad.

—Fue entonces cuando te acercaste a mí.

—Exacto —el hombre afirmó con la cabeza y se ajustó sus gafas de pasta roja—, el resto ya lo sabes. Recuerdo que lo primero que dijiste cuando despertaste fue Licinia.

Roberto tragó saliva y desvió la mirada, que se entretuvo en unos chiquillos que correteaban detrás de los arbustos que separaban la terraza de la vía pública.

—Lo sé —dijo al cabo con voz ronca—, es un nombre que también repito en sueños.

—También sufres pesadillas, lo mismo que Michela.

—Sufría, desde que estoy con ella no he vuelto a tener ninguna. Ella tampoco. —Entonces desvió la vista y la clavó en su interlocutor y Savage descubrió una nueva arista en los ojos verdes siempre enigmáticos y escurridizos del teniente: miedo. «¿A qué le temes, Roberto PASTRIANI?»—. ¿Tú crees en eso? ¿La reencarnación? ¿Almas que se reencuentran? ¿Un destino que debe ser resuelto?

Edward apagó el cigarro aplastándolo contra el cenicero metálico.

—No, no creo, Roberto. —Expresó con firmeza sin apartar la mirada de la de PASTRIANI y se reclinó sobre la silla—. Lo he visto con mis propios ojos. Y tú eres la respuesta a todas las preguntas que formulas. Dime si no cómo puedes explicar lo que ocurrió esa noche.

—Busco hallar una explicación lógica a todo eso, pero...

—Miras esa marca en tu pecho —lo interrumpió el canadiense— y

todas tus creencias científicas, todo lo que te han enseñado y has aprendido desde la infancia, lo que sabes de la vida y sus misterios se van al traste.

Roberto asintió con una sonrisa cohibida. Se humedeció los labios.

—Verás —le explicó Savage en un tono confidente—, hace ya unos años se reunieron Carl Sagan y el Dalai Lama, y el primero preguntó: ¿Qué ocurre si la doctrina de una religión es contradicha con algún descubrimiento? ¿Qué hace el creyente budista? A lo que el Dalai replicó: para los budistas eso no es un problema. Buda mismo dejó claro que lo importante es tu propia investigación. En caso de que encuentres una contradicción, algo que se oponga a la explicación de las escrituras, debes confiar en ese descubrimiento, más que en la escritura. Tú —finalizó Edward con una sonrisa—, mi querido teniente, eres ese descubrimiento.

Los días posteriores al rescate no fueron para Michela Hauffman más que un borrón de sucesos inesperados, de personas que entraban en la casa y salían de ella a deshora e, incluso, aquel maldito teléfono del salón no había cesado de sonar día y noche. Pastriani, cansado, lo había desconectado una tarde y lo había tirado al contenedor de la basura. Michela no conseguía salir de su asombro cada vez que se le ocurría asomarse al balcón de la segunda planta y descubría el tropel de periodistas que asediaban, micrófono en mano, a cualquiera que cruzara la verja de la casa. No importaba la hora que fuera. Roberto le había confiado que dos de sus hombres de mayor confianza custodiaban día y noche la vivienda y los alrededores. Cuando lo interrogó al respecto, se sinceró y le relató acerca de la investigación que habían llevado a cabo con Juan, donde De Moro jugaba un papel destacado en una trama de corrupciones que afectaba al mismísimo Ayuntamiento de Roma y, por ese motivo, porque a De Moro no habían logrado atraparlo, Roberto no podía bajar la guardia.

Tres sucesos cambiarían para siempre el curso de su vida durante los días extraños que siguieron a su liberación.

El primero de ellos tuvo lugar al día siguiente de su vuelta a casa

durante el transcurso de una disparatada conversación con Francesca. Tan diferente del encuentro con su madre esa misma mañana, donde las dos no habían hecho otra cosa que llorar y consolarse y apenas si habían intercambiado unas pocas frases.

Carmen Ruano había acudido antes del amanecer a la casa de la vía Orazio. Como esa Navidad estaba siendo especialmente severa y el frío en la calle helaba hasta los huesos, el mismo Roberto había conducido a la mujer hasta su dormitorio, se aseguró de que la chimenea les proporcionara calor y luego las dejó a solas. Michela no acusó el intercambio de miradas entre ambos ni los gestos tan cómplices en los que cayeron, abstraída como estaba en consolar a su mamá. Madre e hija se fundieron en un abrazo desgarrador y así estuvieron horas, echadas de cualquier manera sobre la cama mientras Carmen susurraba tonterías en el oído de su niña y Michela se desahogaba entre hipadas y quejidos de lo que habían sido esos días de pesadilla.

Horas más tarde, la bola de imparable energía que era Francesca Biliardi supuso para Michela una bocanada de aire fresco.

—Ah, y Roberto echó a Susana de aquí —soltó en medio de la conversación—. Se presentó hace un rato para verte y no ve...

Francesca observó el cambio drástico operado en el semblante de su amiga y lamentó la indiscreción que acababa de cometer. Michela se incorporó en *la chaise longue*, su boca formaba una O de sorpresa, las pupilas grises dilatadas por el horror. Se quedó mirando a Francesca, que había estado sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra, sin poder creer lo que le decía.

—¡Cómo! ¿Qué hizo qué? ¿Por qué hizo eso?

La voz de Francesca había descendido hasta convertirse en un susurro.

—Está convencido de que ella sabía lo de De Moro.

—Ese hombre ha perdido el juicio.

Michela se puso en pie con la intención de ponerse algo más adecuado que un pijama y salir de la habitación. Francesca estuvo a su lado en un segundo y la tomó de los brazos.

—Espera, con calma. Ya nada puedes hacer y debes guardar reposo.

Michela sofocó una queja.

—¿Por qué se empeña todo el mundo en que permanezca encerrada en esta habitación cuando no tengo ni un maldito rasguño y nadie le dice nada a Roberto que recibió un balazo en el costado? Es él el que debería guardar reposo, no yo. Mírame, estoy perfectamente.

Francesca le soltó los brazos y se encogió de hombros resignada.

—Roberto es Roberto, Michela. Nadie le dice qué hacer, a mí ni se me ocurriría.

La joven le dedicó una mirada de ojos entrecerrados.

—Pues Michela es Michela y a mí tampoco me dice nadie lo que tengo que hacer. Hazte a un lado porque voy a hablar con el psicópata de mi novio.

Su amiga se cruzó de brazos, pero se apartó.

—Michela, antes de lanzarte como una loca a reclamarle nada, piensa que ese hombre actúa bajo la firme creencia de que lo que hace es lo necesario para protegernos y, sobre todo, ten presente que él sabe cosas que nosotras desconocemos de un mundo que ni empezamos a entender.

—¡A la mierda con eso! Es Susana, Francesca —se exasperó ante la expresión en blanco que le devolvía Francesca—. ¡Es Susana! ¡Mi amiga Susana! Ella jamás haría nada que me hiciera daño, es una alma de Dios de lo buena que es.

—Eso no lo sabemos con seguridad.

—Ya te contagió su paranoia.

—Ninguna paranoia. Has sido secuestrada por el novio de tu amiga, Michela, eres tú la que no razona. Sí, me dio mucha pena de Susi, le tengo aprecio, pero es que esto se nos viene grande, amiga. Para que lo entiendas, tú y yo vivimos en un maldito mundo color de rosa, él no. Yo aceptaré cualquier cosa que él me diga. Él y también tu primo, que piensa igual.

—Está bien, ya sé todo eso y cállate ya, me estás poniendo nerviosa. Tú ganas, le hablaré de buenas maneras y le pediré una explicación. Francesca, ¡por Dios! Se me parte el corazón al imaginar la carita de Susana cuando Roberto le dijo que se fuera y que no volviera. ¿La trató mal?

—Michela...

—Lo conozco y cuando se lo propone es el hombre más insensible que hay sobre la faz de la Tierra. No le hizo daño, ¿verdad?

—¡Ah, eres imposible! —Alzó los brazos en un gesto de hartazgo—. Haz lo que te venga en gana.

Francesca abrió la puerta y se fue. En el pasillo y cerca de las escaleras se cruzó con Roberto, que cargaba en una bandeja la merienda para Michela. Fantástico, maldito karma.

La mujer tomó aire antes de hablarle.

—Lo siento, le dije lo de Susana, ya sé que metí la pata. No me mires con esa cara.

—¡Merda!

—Está hecha una furia, se ha levantado y te está buscando.

—¡Dejaste que se levantara!

Roberto pasó por su lado como una exhalación.

—A ver, seamos claros, Pastriani —le dijo Francesca siguiéndole los pasos—, ella no tiene nada y está sana como una manzana. Comprendo que estés nervioso y que quieras alejarla de la mierda, pero no la trates como una inválida. En estos momentos no está para aguantar ese tipo de mimos.

—Para empezar, tú no tienes ni idea de cómo me siento. En segundo lugar, ¡a santo de qué le dices nada de Susana! Te lo advertí. Ya se lo iba a decir yo cuando lo considerara oportuno, ahora necesita estar relajada, y no hace más que recibir sobresaltos a todas horas, ¡joder!

—Tranquilo, ¿vale? Ya te dije que lo sentía, se me escapó. No acostumbro a medir lo que le digo a mi mejor amiga.

Roberto chasqueó la lengua y siguió de largo. Olvidó por completo a Francesca. Depositó la bandeja en el suelo frente a su dormitorio y entornó la puerta con precaución. Escuchó a Michela trastear con los cajones del armario.

Al oír el clic de la puerta al cerrarse, Michela se asomó por el vestidor. Se quedaron mirándose fijamente a través del espacio que los separaba. Ella se había puesto un chándal gris. Solo pantalón y sudadera le iban muy grandes. Roberto tragó saliva. La contemplaba

con afán inquisitivo sin pestañear. No conseguía deshacerse de la imagen de ella y su vestido de fiesta destrozado y sucio, recostada sobre aquella cama inmunda, amordazada, atada, absolutamente indefensa y, Dios, el terror en su mirada cuando lo descubrió. Esos ojos que él tanto amaba, tan aterrorizados que parecían los de un cervatillo acorralado que sabe que está a punto de ser devorado. En ese primer momento, cuando había entrado a sacarla de allí, ella ni lo había reconocido.

Le tembló un músculo debajo del ojo derecho y parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Tuvo que apretar los puños y contenerse para no correr desesperado hacia ella y envolverla entre sus brazos: el único lugar del mundo en el que la sabía segura y a salvo. Comprendía que se estaba pasando, que la estaba agobiando con ese celo sobreproteccionista con que la trataba desde que la había sacado de la mansión de Barreta. No podía evitarlo. La amaba más que a sí mismo, más que a nada en la vida. Sin ella no tenía nada, no existía nada. Daría lo que fuera, su misma alma y todo lo que poseía, por no volver a experimentar esa clase de miedo paralizante que había sufrido ante la idea de tener que enfrentar una vida sin ella. Frunció el ceño. No quería volver a sentir eso jamás.

Prefería pegarse un tiro.

—Sí, ya sé que me quieres tumbadita y tranquilita en la cama —comenzó ella con una voz muy suave que él no le conocía—, pero acabo de enterarme de algo que no me ha gustado lo más mínimo, por eso me vestí con tu ropa —se señaló a sí misma—. Salía a buscarte. Antes de que comencemos a discutir, tengo que aclararte que Susana jamás —e hizo un movimiento con sus manos para enfatizar sus palabras—, repito, jamás haría nada que me lastimara lo más mínimo. La conozco bien.

Roberto se apoyó contra la puerta, la frente apuntando al techo. Dejó escapar por la nariz el aire contenido.

—Estoy buscando las palabras en mi cabeza que te hagan comprender el porqué actué como lo hice, solo que me desconcentras y no pienso con claridad.

Michela se humedeció los labios y avanzó un paso.

—¿Por qué te desconcentro?

—Me estoy conteniendo para no abrazarte. Sé que ahora estás enfadada y no me aceptarías.

A Michela se le rompió el corazón al escucharlo expresarse de semejante manera. ¿De verdad pensaba que ella lo rechazaría? ¿Que podría siquiera? Hombre tonto e inseguro. Recortó con apremio la distancia que los separaba y se fundió contra su pecho rodeando su cuerpo con manos ansiosas, pegándolo a ella. Se colocó de puntillas y estiró el cuello. La nariz incrustada en el hueco bajo su oreja. Entrecerró los ojos extasiada al aspirar su aroma. Inhaló con avidez. Una vez, dos. Parecía una drogadicta en busca de su dosis... Nunca tenía suficiente de él, de su olor, de sus maneras, de su imperio, de todo...

Roberto, sorprendido, pues era lo último que esperaba que ella hiciera, ahogó un jadeo. Sus brazos se ciñeron alrededor de la cintura suave de ella y la alzó buscándole la boca como si se hallara asfixiado. No había abierto ni los ojos. Ella le sujetó el rostro con manos trémulas.

—Amor mío...

—No puedo, no puedo...

Su voz tormentosa se le clavó en el pecho.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Bésame, por favor —le imploró en un susurro pesado que a ella casi le provocó un acceso de llanto—. Michela, *¡per carità! Bacciarmi...*

Cuando sus labios se encontraron y se fundieron en un beso apresurado de tintes desesperados y agónicos, olvidaron todo lo demás. Sus narices se hallaban aplastadas la una contra la otra y no se molestaban ni en buscar resuello, no les preocupaba la necesidad vital de oxígeno. Ellos eran todo cuanto necesitaban para subsistir en ese momento. Ella pretendía tranquilizarlo, él ni pensaba. Mantenía la boca abierta refregándola sobre sus labios, gemía y jadeaba frotándose contra su cuerpo. Las manos de él buscaron deshacerse de la ropa que le impedía tenerla cerca para sentir su piel única. Le sacó la sudadera por la cabeza y, como si se trataran de imanes, sus bocas volvieron a estar unidas antes de que la prenda tocara el piso;

también se quitó entre ademanes bruscos y patadas apresuradas los pantalones, los de él y los de ella. Ese primer contacto de sus pieles desnudas los dejó temblando. Roberto le chupó los labios, los succionó, se agarró a sus pechos y comprendió que no iba a aguantar mucho más, que ya no podría contenerse con ella.

¡*Buon Dio*, Michela! Estaba loco por ella, loco, loco, loco...

La sujetó de la cintura y la arrastró hasta la cama. Cayeron los dos sobre el colchón. Ella no fue más que un bulto en medio de esa enorme estructura absorbido por el corpachón de él.

—Te necesito tanto —suspiró él arrastrando sus labios por cualquier parte que alcanzaba de ella—. *Mi dispiace... ¡Mi dispiace molto!*

—¿Por qué me pides perdón? —le preguntó ella entre beso y beso—. No me pidas disculpas. Oh, Roberto, mi vida. ¡Cuánto has sufrido! No lo soporto. Yo también te necesito tanto —gimió hondamente—. Ah...

Su erección se deslizó entre los muslos de ella y Michela, deseosa, elevó la pelvis. Roberto empujó y su pene se enterró entre los pliegues viscosos de su vagina con una lentitud que los mantuvo en el filo del deseo. Los dos experimentaron idéntica sacudida y permanecieron quietos y sobrecogidos por varios segundos cuando al fin sus caderas estuvieron unidas. Con labios entreabiertos, respiraciones descompasadas y frentes muy juntas, sus dedos se buscaron entre las sábanas blancas y se entrelazaron con fuerza. Roberto hundió la cabeza en su cuello y, gruñendo, empujó de nuevo buscando una unión más profunda. Así es como quería pasar el resto de la eternidad: perdido en su interior.

Michela elevó las rodillas y de su garganta brotó un gemido largo y pesado. Él dejó escapar un jadeo conmocionado cuando ella cerró su vagina succionando su erección, estrangulándola. La sensación fue indescriptible, disparó su placer y lo hizo exclamar. Comenzó a moverse sobre ella, sin soltar en ningún momento sus manos entrelazadas y estiradas por encima de sus cabezas. Michela echó la cabeza hacia atrás y apretó los párpados, apabullada por las cosas que él le hacía. «Roberto, ah, Roberto. ¿Qué te pasa? ¿Qué es esto que

estoy sintiendo?». Roberto se mecía sobre su cuerpo estremecido. Ella lo sentía temblar de arriba abajo, los brazos, la espalda, donde sea que pusiera sus manos. Jamás habían hecho el amor de esa manera. Él se apretaba contra su cuerpo con insistencia, como si necesitara fundirse con ella, metérsela dentro de su propia piel, susurraba incoherencias en su oído con la voz estrangulada: le confesaba su miedo, la impotencia que había vivido cuando la supo en manos de esos energúmenos, la angustia de no saber si llegaría a tiempo, que había deseado morir. Michela sollozaba, languideciendo por él. No había ni rastro del imperio con que siempre hacían el amor, tampoco ese afán violento que los había dominado en cada ocasión. Solo había desesperación. Desesperación y angustia. La angustia de los recuerdos que no se pueden reprimir, la desesperación por sentir, por volver a conectar. Al otro, a lo que había sido, a la vida misma. Se le estaba partiendo en dos el corazón por tantos sentimientos encontrados que confluían en ella: el deseo inmisericorde que vivía por ese hombre; las palabras torturadas que él le susurraba al oído; el calvario que había sufrido esos días de pesadilla; el horror que experimentó al enterarse de que podía haber muerto.

¿Y qué sería de ella sin él?

De pronto, todo brotaba de su cuerpo sin que ella pudiera hacer nada para detenerlo y ocultárselo. La pena se le estancaba en el pecho y le impedía insuflar sus pulmones de oxígeno. Las lágrimas resbalaron desde las esquinas cerradas de sus ojos y fueron empapando las sábanas. En un instante, Roberto se apretujó aún más contra su cuerpo. Sus manos permanecían enterradas entre las sábanas arrugadas, sus muslos se cerraron en torno a sus caderas; su tórax, duro como una piedra, le aplastaba el pecho casi hasta el punto de ahogarla, y le hizo arquear la espalda en busca de aire. Sofocando gemidos desesperados contra su cuello, Roberto eyaculó repitiendo su nombre una y otra vez como si se tratara de un ruego o una súplica. Michela, con los brazos inmovilizados por las manos de él, le chistaba en voz baja para calmarlo, mientras él, que aún se convulsionaba, la besaba. Más que besarla arrasaba con sus labios su

piel sobreexcitada e iba dejándole un reguero de saliva en el hueco de su cuello, sobre la mandíbula, muy cerca del lóbulo de su oreja...

—¿Por qué lloras? —le preguntó él en voz queda, sin soltarla ni salir de su interior.

Michela suspiró entre hipidos y se restregó los ojos en sus hombros. No podía mover ninguna otra parte de su cuerpo.

—¿Crees que no tengo motivos?

—Tienes todos los motivos, quiero saber si lloras por mi causa.

—Lloro por todo y por nada, yo qué sé. Solo lloro. Lo necesito. Tal vez tú no lo necesitas porque eres muy fuerte, pero yo no lo soy y tengo que sacar esta pena o me enfermaré. Lo sé.

Roberto llevó las manos de ambos al rostro de ella, le encerró la cara y le besó los labios con destemplanza. La miró a los ojos. Él también estaba llorando.

—Confía en mí —susurró con devoción y la voz ronca contra su boca—, eres fuerte, eres tan fuerte, Michela. *Merda*.

—Roberto, mírame. —Ella lo sujetó por el mentón y él obedeció al momento—. Estoy aquí contigo. Estamos juntos y ya pasó. No podemos permitir que lo que ha ocurrido nos paralice y nos impida hacer nuestra vida.

Roberto abandonó su cuerpo y se hizo a un lado. Elevó el brazo y lo apoyó sobre sus ojos. Michela juntó las piernas y apretó los muslos contrayendo la vagina. Ella no había tenido tiempo de correrse, sin embargo, la avergonzaba pedirle que la aliviara. Parecía fuera de lugar en ese momento.

—Lo sé —expresó abatido—, lo sé. Y lo de tu amiga Susana no es tan grave como lo has imaginado. Le pedí que se fuera. Ella lo aceptó sin rechistar. Michela, la cuestión es no puedo confiar en ella, pero estoy investigándolo. Te prometo que si se demuestra que es del todo inocente, yo mismo iré de rodillas a pedirle perdón por haberla echado de casa. —La miró con dulzura al hablarle—. No creo en las casualidades. No en el mundo en el que me muevo.

Michela se colocó de costado y se apoyó sobre su codo. Abrió la boca para replicar cuando sus ojos se clavaron alarmados en el pecho de Roberto. Se olvidó de todo: de Susana, de su deseo insatisfecho y

de todas las cuestiones entre ellos. Se llevó una mano a la boca donde ahogó un grito de horror. Roberto se incorporó asustado y la sujetó por los hombros.

—¿Qué ocurre?

Michela contemplaba la quemadura sobre su piel con ojos desorbitados. Alguien había impreso la huella de una mano en el pecho de Roberto y un poco más abajo vislumbró el moratón del disparo. ¿Cómo era eso posible?

—¿Qué te han hecho? —Las manos de ella salieron disparadas a tocarlo, en el último momento se arrepintió, ¿y si le causaba algún daño?—. ¡Dios Santo! ¿Quién te ha hecho eso...? ¿Cómo sucedió? ¿Cuándo? ¡¡Te han quemado!!

—Michela, tranquila, escúchame, no es lo que parece. Ey, cariño, estoy bien.

Roberto la abrazó muy fuerte, sacudido por el dolor tan palmario de ella al creerlo herido.

—¿Cómo me dices que estás bien? ¡Te quemaron! ¿Quién te hizo eso?

—No es lo que parece —habló de forma pausada—, nadie me quemó.

Michela se echó hacia atrás y le dedicó una mirada exasperada.

—¡Qué dices! Lo estoy viendo, te quemaron. No me lo niegues.

—No —repitió él en un tono suave.

—Pues explícame entonces, ¿cómo llegó... —se soltó de sus brazos y agitó las manos en el aire— esa mano a grabarte su huella en tu piel?

—Respira, cariño. Cálmate, para que te pueda explicar.

Michela se sentó sobre el colchón con las manos cruzadas en torno a su pecho. Lo estudiaba molesta y expectante.

—Está bien. Estoy calmada. Te escucho.

Pastriani se llevó las manos a la cara y se restregó de arriba abajo, resoplando.

—Todo ocurrió en el Gilda.

Michela se cubrió la boca con las manos.

—¿Te lo hicieron en la discoteca? Oh, Dios mío.

—No me interrumpas, por favor. Esto es difícil de explicar. —Ella

ejecutó un movimiento afirmativo con la cabeza, tan decidido que a él le provocó ternura esos modos infantiles por disimular su enfado y preocupación. Le entraron ganas de romper a reír. Carraspeó antes de hablar—. Verás, yo estaba buscando la manera de sacarte de allí cuando uno de los sicarios de De Moro me encontró y me apuntó con un arma a la cabeza.

Michela abrió mucho los ojos, horrorizada. Se sofrenaba para no echarse a llorar.

—Todo lo que sigue me lo contó Edward Savage.

Ella parpadeó con perplejidad, inclinó la cabeza y frunció el ceño en un gesto de incredulidad.

—¿Edward?

Pastriani asintió.

—Edward. Edward Savage —volvió a repetir él—. Esta misma mañana quedé con él. Te ruego que no me interrumpas, oigas lo que oigas.

Ella asintió.

—Edward dice que, en el momento en que escuchó la detonación del arma del sicario, de mí brotó una luz cegadora y, como si se tratara de un sueño, se materializó frente a mí un guerrero. Ese guerrero habría salido de mí o de la luz, no lo sé muy bien. El guerrero, según cuenta Edward, vestía ropas antiguas y me empujó lanzándome por toda la sala y desviándome de la trayectoria de la bala. Me salvó la vida, Michela. Luego se echó a correr detrás de mí y..

Michela, que lo contemplaba atónica y con el aliento contenido, se hizo hacia adelante cuando él hizo una pausa.

—¿Y? —lo urgió a continuar.

—Y desapareció tal como había aparecido. Se fundió en mí y la luz también se apagó o se esfumó, yo qué sé. —Roberto meneó la cabeza—. Eso es lo que me contó Savage. Lo cierto es que no he tenido cabeza para pensar en eso, pero no puedo limitarme a despreciar lo que ha dicho, a mofarme de él o pensar que sean patrañas. Joder, tengo esto en mi pecho y está claro que alguien me quitó de la trayectoria de esa bala porque, Michela, a esa distancia y

apuntándome directo a la cabeza, yo tendría que estar en el depósito de cadáveres.

Michela empalideció de golpe y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y no me duele, solo vibra de cuando en cuando.

Ella tragó saliva, conmovida.

—¿Vibra?

—Sí, hay momentos en los que vibra. Hace un momento mientras te hacía el amor, vibraba, me ardía, aunque sin causarme dolor alguno.

Michela estiró una mano insegura.

Sí —la animó él—, tócalo, tranquila.

Michela se colocó de rodillas y avanzó con precaución por la cama hasta quedar a escasos milímetros de Roberto, alargó la mano y ahogó un jadeo cuando sus dedos rozaron la quemadura. Acarició con reverencia la marca que le había salvado la vida al amor de su existencia.

—Dios mío, Roberto, ¿puede ser cierto que somos almas reencarnadas? ¿Tu yo del pasado te salvó la vida? ¿Un guerrero? No lo concibo.

En ese momento, Roberto recordó.

—Durato —pronunció Pastriani con asombro.

Michela elevó la mirada y lo estudió extrañada.

—¿Cómo?

—Fue el nombre que pronunciaste en sueños, dijiste: «*Quidem ita, Durato*». Ese debe ser el nombre del guerrero.

—¿Yo pronuncié ese nombre en voz alta? ¿Cómo sabes que es un nombre y no el verbo? ¿Hablé latín? No sé latín.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, fue la noche que huiste del ático de Lukas. ¿Recuerdas que fui a buscarte? Te vi dormida, abrazada a tu estatua, balbuceaste palabras en latín y pronunciaste eso: Durato, con devoción. Se trata de un nombre, estoy seguro, y al llamarlo lo hiciste con tanta ternura, como si lo quisieras muchísimo, me provocó celos.

Michela esbozó una sonrisa resignada.

—Sentiste celos de ti mismo entonces.

Roberto le devolvió la sonrisa y se pasó la mano por el cabello

revuelto.

—Eso parece —guardó silencio y ella también cayó en el mutismo. Cada uno intentando procesar a su manera lo inexplicable, lo imposible.

Hasta que lo escuchó susurrando algo que no comprendió.

—¿Qué dices?

Roberto se llevó una mano a la cara y se la restregó.

—Y tú debes de ser Licinia... —murmuró impresionado.

—¿Licinia?

—Es el nombre que repito una y otra vez en mis sueños, el que grito cuando me despierto aterrorizado, también lo hice en la discoteca cuando desperté después de todo el numerito de los *Cazafantasmas* que me contó Edward Savage.

—¿Y crees que yo sería esa Licinia?

—¿Cómo si no se explica? Por eso Durato me salvó, para que yo pudiera salvarte a ti, a su Licinia.

Pastriani saltó de la cama, desnudo como estaba, y se encaminó a zancadas a la puerta.

—Por eso siempre he tenido el impulso de esconderte, de llevarte lejos. Era él quien me advertía a través de los sueños...

—Roberto, ¿qué haces?

—Voy a buscarlo: sus nombres, su historia, tiene que haber algo, tengo acceso a la biblioteca virtual de Londres...

—Estás desnudo.

El hombre se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—¡Joder! Estoy en mi propia casa y tengo que andar escondiéndome.

—Si no te preocupa que Francesca, Nora Dini, tu hermana, alguna de tus primas o la pobre de Amalia te vean como tu madre te trajo al mundo, adelante. —Curvó los labios en una sonrisa sibilina—. Estoy segura de que no le supondrá ningún trauma. Quizás algún que otro sofoco o puede que... —su voz imitó un gemido sensual— una tórrida fantasía sexual.

—Eres idiota.

Michela se llevó las manos a la barriga y soltó una carcajada cuando

Roberto cambió de rumbo y se metió en el vestidor. Le devolvió una mirada perpleja; segundos después, pues se presentó en el dormitorio sin nada encima, salvo una sólida erección. Michela apretó los labios sofocando una risilla divertida. PASTRIANI caminaba directo a la cama y los ojos verdes le ardían. Su sonrisa lobuna la inquietó un poco.

—¿Qué haces?

—Arreglar lo que dejé pendiente.

A ella no le dio tiempo ni de parar de reír. Roberto le cayó encima y su boca se enterró entre sus piernas.

Ese sería el último instante de paz y tranquilidad del que disfrutarían en mucho tiempo. A partir de ese día apenas si coincidieron durante las horas diurnas, solo en las noches cuando Roberto llegaba desfallecido a la casa. A veces ni disponían de esos inusuales momentos a solas porque Roberto y sus hombres necesitaban trabajar de madrugada.

Nora o Loretana le servían la cena en el dormitorio, porque Roberto no estaba de humor para aguantar la charla familiar, y la engullía sin saborearla siquiera; luego, se daba un baño apresurado y se hundía en el colchón, aunque siempre la reclamaba a su lado y hacían el amor en silencio. Le había confesado que con toda la humareda que había levantado el asunto en el Gilda y su posterior secuestro había estallado la operación Roma Criminal y él, como cabeza visible de esta por haber iniciado la investigación y nuevo niño favorito de la prensa italiana, se pasaba el día entre los juzgados y el despacho de un tal Vincenzo Macrì, que era quien autorizaba las detenciones y las investigaciones que llevaba la policía judicial. Un sector de la prensa consideraba a Roberto PASTRIANI un héroe nacional y no cesaban de alabarlo y destacar sus méritos como oficial del Arma y también como militar en sus años en el SAS. Otros, en cambio, centran todos los males de Italia en ese personaje envuelto en un halo de misterio del teniente del ROS y se quejaban de cómo había sido posible que fuera teniente del Arma si a la postre resultaba que era británico y había formado parte del Ejército inglés y lo calificaban de peligro público, un incendiario que pretendía

llevar a la ruina a su país. Habían sacado a relucir los métodos más que dudosos del teniente durante los interrogatorios, advertían que rozaba la ilegalidad y la brutalidad más salvaje e impune en un cuerpo de policía que debía ser ejemplo de integridad y honorabilidad, y mientras la vida de Roberto se sumía en el caos y el escándalo, el Ayuntamiento de Roma se desmoronaba. Las dimisiones se sucedían a cada minuto, las detenciones también. La tensión que se vivía esos días en las cámaras le provocaba pavor a Michela. Gritos, riñas a puñetazos y sillas que volaban por los aires. Ya habían pasado a disposición judicial el alcalde, Ricardo Romano; el primer consejero, Giovanni Strazzo; amén de los concejales de urbanismo y ayudas sociales por las tramas corruptas que no cesaban de salpicar la prensa a cada hora. Roberto vivió un momento de especial tensión el día que se presentó en la vivienda de Lorenzo Pavianti con la orden judicial para su arresto. Le extrañaba que no hubiera decidido mandarse volar del país.

—Sabía que era cuestión de horas, mi coronel —le señaló Roberto cuando lo tuvo frente a frente y le dedicó una mirada despreciativa a su antiguo jefe—. Por favor, extiende las manos hacia adelante.

—¿Me vas a sacar esposado, *tenente*? ¿Quieres la foto bonita para la prensa?

—Si por mí fuera, lo sacaría a rastras como la escoria que es, amordazado, atado y golpeado. Disfrutaría propinándole una paliza, pero me limito a seguir lo que dictan las leyes, mi comandante.

El hombre rodeó la mesa de su despacho y extendió las manos. Roberto procedió a colocarle las esposas sin mirarlo a la cara.

—¿Es cierto que te metiste en la casa de Barreta y le pegaste un tiro en la mano? Es lo que he oído y me lo creo, viniendo de ti, me creo ya lo que sea.

—Se oyen demasiados chismes estos días. —Tiró de él de forma brusca para sacarlo de la habitación—. Le aconsejo que a partir de ahora guarde silencio, señor. Ya sabe que todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal.

—Déjate de chorradas conmigo.

Roberto, a sus espaldas, se colocó cerca de su oído.

—Déjese usted de ningún colegueo conmigo. Lo aborrezco y me avergüenzo de haber confiado en usted, espero que pague todos y cada uno de sus miserables días las muertes de sus propios hombres, a los que vendió como a un perro, y le deseo que tenga una vida muy, pero que muyyyy larga en prisión.

La prensa filtró, días después de las numerosas detenciones, vídeos de Strazzo en medio de siniestras orgías con jovencitas y drogas en hoteles de lujo en la ciudad; también se asoció al escándalo el nombre del fallecido e intachable fiscal del Estado Nicola Forgioni. El drama estaba servido en bandeja de plata y los periodistas lo explotaban con lujuriosa avidez y desenfreno. Y ella, que vivía angustiada con toda esa información de la que se hacía eco, devoraba todo lo que se decía de Roberto, preguntándose qué habría de cierto en lo que decían. La alarmaba leer la palabra tortura asociada al hombre que ella amaba más que a nada en la vida. No podía imaginar a Roberto causando un daño intencionado a ningún ser humano, no obstante, lo conocía bien y en lo más profundo de su ser sabía que era capaz de eso y de mucho más. Algunos medios también aludían a ventas ficticias de cocaína y asesinatos por encargo. Todo ese goteo informativo la alteraba hasta el punto de que durante esos días inestables, y tras su liberación, apenas había podido conciliar el sueño. Por las noches, cuando lo tenía entre sus brazos, se prometía no volver a buscar ni escuchar nada más, sin embargo, durante el día y, como lo sabía lejos, inmerso en tantos problemas, no podía evitar la sed de información que le sobrevinía, y caía otra vez en lo mismo. Lo que la terminó de sacar de sus casillas fue el día en el que comenzaron a inundar el buzón de la casa con cientos de cartas de mujeres que declaraban amor eterno hacia su prometido. Roberto la pilló una noche leyendo ofuscada una de esas misivas románticas.

—¿Se puede saber qué haces, Michela?

Pastriani se había apoyado en la pared cerca de la puerta y la contemplaba con una mueca resignada.

Michela, que leía cerca de la chimenea, rompió el papel en mil pedazos con manos nerviosas; farfullando insultos y maldiciones,

formó una bola y la lanzó a la papelera cerca de la chimenea. Se giró para enfrentarlo con una expresión desquiciada.

—¿Te has molestado en leer alguna? ¡Dios Santo de mi vida! Hasta lo perfuman — apuntó indignada la papelera—. ¡Qué les pasa!

—¿Por qué te torturas de esa manera, cariño?

—Yo qué sé, estoy tan angustiada. ¿Qué quieren de ti estas mujeres, Roberto?

—No quieren nada, Michela. Me he vuelto famoso de repente y hay personas que deliran con la fantasía que se han montado sobre mí. Es una chorrada que se pasará en cuanto dejen de hablar de mí a todas horas. Por favor, no pierdas el tiempo con eso, no sufras. Michela, por amor de Dios, ¿de verdad piensas que voy a perder un segundo de mi vida en esa basura...?

—No, ya sé, pero me cabrea la falta de pudor y vergüenza de algunas personas. —Michela caminó hasta él refregándose las manos—. ¿Y qué hay de lo otro, lo que dice la prensa de ti? Me prometí no cuestionarte. Lo que ocurre es que, ah, no sé, creo que el hecho de pasarme el día aquí encerrada no ayuda y me estoy volviendo loca.

Roberto la miró con dulzura cuando habló:

—¿Has hablado con María —Pastriani se refería a la jefe de planta del área de ginecología del Umberto I, María Cosiga— sobre tu reincorporación? Creo que te haría bien volver a trabajar y sé que lo necesitas.

—Sí, lo hice, justo ayer además, —farfulló Michela y se rascó la frente—, pero ella opina que, después del trauma del secuestro, lo mejor es esperar a que me reponga, incluso insinuó que debía ver a algún psicólogo. —Michela resopló—. Son puras patrañas, lo que no quiere es que aumente el número de periodistas frente al hospital, acosándonos. No creo que lo haga por mi bienestar o mi estado mental.

—Amor, confía en mí, de cualquier manera, es mejor estar aquí dentro que lidiar con esa marabunta enajenada de ahí fuera. Cuando se calmen las aguas volverás a la rutina y a tu trabajo. Ojalá estuviera en mi mano hacerlos desaparecer. —En ese instante se separó de la pared, se cruzó de brazos, alzó una ceja elevando un poco la cabeza y

le dedicó una mirada especulativa—. ¿Y qué quieres saber, Michela? ¿Si he traficado con drogas, violado a vírgenes y asesinado a pobres niños inocentes?

—¡Nooooo! ¿Te volviste loco? —se sobresaltó ella—. Yo jamás he creído esas cosas de ti. ¡Ay, lo siento, perdóname! Yo qué sé de estas cosas.

—Michela, en mi trabajo no hay límites claros, no existen líneas infranqueables, no hay blancos ni negros. —Se acercó y la tomó de la mano—. Ven, vamos a sentarnos y te explico.

En vez de la cama eligieron ubicarse en las butacas de cuero envejecido. Michela se sentó de costado con las piernas bajo el trasero abrazada a un cojín, mientras que Roberto se repanchingó en su asiento, a su lado, con las manos detrás de la cabeza y las piernas estiradas, cruzadas por los tobillos.

—Si juego limpio, Michela, ellos ganan —comenzó en voz baja—. A la mafia, a los corruptos y a los tramposos les entusiasma que la ley prohíba cosas porque así ellos disponen de un mercado al que hincarle el diente. Cuantas más cosas prohíban, mejores negocios se montarán ellos traficando con lo ilegal, ¿comprendes? Y usan los vacíos legales existentes para campar a sus anchas. Se nutren y necesitan al mismo Estado del que despotrican. Piensa que, cuando a principios del siglo diecinueve se creó el Estado italiano, ya se gestaba en el sur del país este fenómeno que llamamos mafia o camorra o 'ndrangheta. En Nápoles fue la cárcel; en Sicilia, la aristocracia que se largó del campo y dejó sus tierras a cargo de capataces y guardianes; ese fue el brote con el que comenzó la mafia. Todos actuaban igual. Instauraron el mismo sistema feudal que habían venido empleando con ellos; el pago a cambio de protección: el *pizzo*; la justicia que consideraban oportuna para solucionar al que se le rebelaba; los rituales religiosos que infundían respeto, sentido de pertenencia y generaban miedo entre la gente, y así siguen casi dos siglos después. Como vieron que el verdadero negocio estaba en ese nuevo estado, en la infraestructura que se gestaba alrededor de él, allá que se metieron de cabeza. Para que nos entendamos, son parásitos del sistema y lo han infestado desde sus mismas raíces y en

torno a esos desmanes hay un silencio sepulcral, nadie dice nada, nadie sabe nada. Siguen temiendo y ayudando a esa *omertà* sagrada. Mi trabajo consiste en indagar, averiguar, desmantelarles el negocio y hacer hablar al que no desea contar nada.

Michela se mordisqueó una uña.

—¿Habrá un fin?

—Hay quienes dicen que sí, que la mafia es un fenómeno humano y como tal tuvo un principio y tendrá un final.

—Y tú, ¿qué piensas realmente?

—Que la mafia se irá y otra lacra ocupará su lugar.

—¡Qué panorama más desolador!

—Observa la historia, Michela. Por supuesto que hay hombres buenos, honrados y correctos y existen los altos ideales y las ansias por hacer de este un mundo mejor, pero también hay intereses ocultos que se nos escapan de las manos. Este mundo, tan grande como lo ves, está manejado por unos pocos que se mantienen a la sombra. Son ellos quienes deciden guerras, entronan a políticos y mandan quitar de en medio al que estorba demasiado. Así es como se ha manejado el mundo desde sus orígenes, así ha sido siempre y no sé si lo vamos a poder cambiar algún día.

—¿Entonces, para qué el esfuerzo y la lucha diaria?

Roberto miró las vigas de madera del techo y esbozó una sonrisa tierna al recordar aquella tarde y aquella otra conversación con Tullio, tantos años atrás.

—Porque lo único que necesita el mal para triunfar —habló citando a su tío— es que los hombres buenos no hagan nada. Lo que sucede y he aprendido es que para jugar en su liga tienes que seguir sus reglas de juego y pensar como ellos, actuar como ellos y, en ocasiones, dejar a un lado la bondad, la ley y las buenas intenciones.

—Es muy deprimente.

—Lo es, sin embargo, nadie dijo que tenía que haber final feliz en todo esto. Al menos, vamos quitando la basura que estorba.

—Gracias por explicarme y gracias, en nombre de la humanidad, por todo lo que haces.

Roberto soltó una carcajada amargada y se restregó los ojos. Si ella

sospechara siquiera lo que había hecho ese día.

Tres días atrás había ido a ver a Isabella. Caterina le había confesado una mañana, en la que había logrado interceptarlo en el pasillo en uno de sus ires y venires, que le había pedido a su madre que por el bien de la familia abandonara la finca.

«Tras enterarme de que Bárbara había tenido que ver en el asunto del secuestro de Michita y del tiro que te metieron —le había explicado entonces—, no podía permitir que ninguna de las dos hermanitas siguieran campando por mi casa con mis hijos por ahí. No hubiera tenido tranquilidad. Isabella lo aceptó de buen talante y se mudó a nuestra antigua casa de Verona. Espero que no te moleste. Lo único que me pidió fue que te entregara esto. Si quieres la puedo meter yo misma en la trituradora de la cocina, lo que tú prefieras».

Roberto tomó la carta, le agradeció a su hermana y se la guardó en el bolsillo de su abrigo. Su madrastra no había cejado en su empeño de volver a verlo para explicarle que ella no había tenido nada que ver en todo el escabroso asunto del secuestro de Michela. Lo llamaba, le mandaba recados a través de sus familiares y ahora una carta. Roberto vio la oportunidad perfecta para conseguir acercarse a Bárbara y cobrarse la que le debía.

Pastriani llamó esa misma noche a su madrastra. Se presentó la tarde siguiente en la casa de Verona y presionó el timbre. La misma Isabella acudió a recibirlo. Abrió la puerta y se quedó mirándolo un rato, apoyada sobre el pomo.

—Hola, cariño. Feliz Navidad. Te ves más imponente que nunca, ni las balas pueden contigo. —Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla, pero Roberto apartó la cara. Isabella le dedicó una sonrisa resignada y se recompuso—. Gracias por venir.

—Escucharé lo que tengas que decirme y luego me iré. Después de hoy no quiero que vuelvas a intentar ponerte en contacto conmigo.

—De acuerdo. Pasa, por favor. —Se hizo a un lado—. ¿Y cómo sigue tu mujer?

Roberto caminaba hacia el interior de la vivienda y dejó atrás el estrecho recibidor para pasar a la zona amplia y luminosa del office.

—No vayas por ahí, Isabella.

—De acuerdo. —Lo tomó por el codo—. Ven, vayamos al patio, he mandado colocar una estufa y se está muy a gusto.

Roberto la dejó hacer y la acompañó hasta el patio trasero de la casa. Tomó asiento en un mullido sofá de ratán en vengué, cruzó las piernas y se quedó mirándola.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. —Echó el cuerpo hacia adelante—. Isabella, deja ya este numerito y, por favor, suelta lo que sea que creas que me tienes que decir.

—Ningún numerito. Estoy intentando hacer bien las cosas.

Roberto entrecerró los ojos.

—¿Qué cosas?

—Te lo debo.

—¿Qué me debes?

—Yo sí voy a tomarme un café, si no te importa. Me tomaría un whisky, pero no son horas.

Roberto perfiló una sonrisa socarrona.

—¿Te hace gracia? —inquirió ella con remilgo—. Mírame, por favor, estoy temblando. —Tú sabrás por qué estás temblando.

—La última vez que nos vimos fue un momento muy violento, así que ahora estoy nerviosa. Nunca sé con qué vas a saltar. Eres un hombre impredecible.

Una chica se presentó en el jardín trasero de la casa con una enorme bandeja que depositó sobre una pequeña mesa de cristal, a un lado de los sillones. Sirvió el café para Isabella. Roberto negó cuando alzó la cafetera para servir otra taza para él. Isabella la mandó retirarse con un movimiento nervioso de su mano. Durante un tiempo no dijeron nada. Isabella sorbía el café y de reojo estudiaba la reacción de Roberto que se limitaba a contemplarla con la expresión en blanco.

—Por favor —habló ella dejando sobre la bandeja el platillo con la taza—, no me mires de esa manera.

—Me estoy cansando de esto, Isabella.

—De acuerdo, tienes razón. En primer lugar quería... —La mujer se humedeció los labios y frotó sus manos con nerviosismo. Se puso en pie y caminó hasta el sillón donde Roberto permanecía sentado. Se arrodilló

delante de él y colocó las manos sobre sus rodillas—. Comprendo el daño tan grande que te hice. No creas que no lo sé o que he vivido ajena a la barbarie que cometí contigo, sin embargo, y a pesar de todo, no me arrepiento. No puedo arrepentirme. Te he amado desde el mismo momento en que te vi y no puedo explicármelo. Eras un niño y me moría por ti. Jamás me había ocurrido nada igual. ¿Has leído alguna vez Lolita, de Vladimir Nabokov? Yo sí, he devorado sus páginas, lo he leído tantas veces que creo que hay párrafos que me sé de memoria. Roberto, ese libro expresa todo lo que tú me provocas, todo ese tumulto de deseos prohibidos y placeres culpables que siento por ti, que siempre he sentido por ti. Cada vez que lo releía, yo me limitaba a cambiarle el nombre. «Roberto, luz de mi vida, fuego de mis entrañas —comenzó a declamar con la voz tomada mirándolo fijamente a los ojos—. Pecado mío, alma mía. Ro-ber-to: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse en el tercero, en el borde los dientes. Ro.Ber.To».

Pastriani se limitaba a observarla con la expresión vacía. Muy en el fondo se contenía para no estallar en carcajadas.

—Me resultabas hasta divertida cuando me limitaba a imaginar que eras una enferma, y ahora compruebo que estás como una jodida cabra.

Isabella se echó a llorar.

—Lo sé, estoy loca, ¿te crees que no lo sé? —manifestó enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Nunca quise hacerte daño, quiero que sepas eso. Mi intención fue darle salida a ese deseo tan visceral que me provocabas. Sé que me mostré odiosa e implacable, y que además nunca supe protegerte de tu padre. No sabes cuánto lo lamento. Era una mujer tan idiota, tan vacía. En ese momento no era consciente de mis verdaderos sentimientos hacia ti, lo confundí todo, lo embrollé con el sexo y me dejé llevar por el placer físico que experimentaba entre tus brazos. ¿Cómo era posible que un chico tan joven me hiciera sentir todo eso? No lograba asimilarlo. ¡Dios mío! Lo que intento decirte de esta manera torpe y ridícula es que necesito de tu perdón.

—¿Mi perdón? —A Roberto se le atragantó la palabra en la boca.

Ella asintió con la cabeza.

—Por todo el daño que te he hecho; por mis faltas, que son muchas; por la confusión que cree en ti.

Roberto pensó que jamás en su vida había conocido una mujer más ladina, falsa y embustera que Isabella Cottini. ¿Por qué desplegaba esa actitud tan sumisa en torno a él? ¿Qué pretendía realmente? En fin, no iba él a comportarse como un idiota. La oportunidad la pintaban calva. Decidió seguirle el juego. Si ella era feliz con ese teatrillo que le había montado de María Magdalena arrepentida, ¿quién era él para estallarle la burbuja?

Se inclinó hacia adelante y le sujetó el mentón.

— ¿Tan importante es para ti? —murmuró casi sobre su boca.

Isabella entrecerró los ojos y se humedeció los labios, apretó las manos en torno a los muslos de Roberto.

— Sí —juró ella con vehemencia—, no puedo vivir en paz conmigo misma. Oh, Roberto, yo te quiero tanto, tanto. —Abrió los ojos y Roberto vio deseo en ellos, un deseo crudo y feroz que le provocó repulsión—. Jamás nadie te amará como lo hago yo. No es posible.

Pastriani se echó hacia atrás y soltó una carcajada. Isabella abrió mucho los ojos.

—Dejemos las cosas claras: tú no tienes ni puta idea de lo que es amar a nadie más que a ti misma, pero, si tan importante es para ti y como me gusta aliviar a las almas dolientes, ¿qué estarías dispuesta a hacer para obtener mi perdón?

—De acuerdo, hablemos claro, también me veo en la obligación de informarte que no soy ninguna idiota. Tú no has venido para verme ni para escucharme, es más, te importa muy poco o nada lo que yo tenga que decirte. ¿Te crees que no lo sé? Solo te interesa saber dónde está Bárbara. Quieres vengarte. Por eso sabía que vendrías y leerías mi carta.

—Te equivocas, no la leí, ¿para qué? Me importa una mierda lo que creas que tienes que decirme. La verdad es que prefiero cuando te muestras tal cual eres, córtala con el numerito de plañidera que no me trago.

Isabella apretó los labios.

—No sé dónde está Bárbara —Roberto la hizo a un lado y se puso en pie—, pero creo que sé dónde la puedes encontrar.

Roberto agachó la cabeza y sofocó la risa. Se dio la vuelta. Isabella seguía en el suelo.

— ¿Y estás dispuesta a traicionar a tu propia hermana?

— Sí, ella también me traicionó a mí contigo.

Roberto se encogió de hombros.

—Bien, entonces te diré lo que quiero que hagas.

Michela se puso en pie de un salto. Roberto volvió al presente y al interior de su dormitorio.

—Eres un héroe —le dijo ella ofendida.

Roberto olvidó por completo a las hermanas Cottini. Bárbara ya había pagado muy caro su error.

—Ni de lejos, más bien soy un antihéroe, y dejemos ya esta conversación que me empieza a incomodar.

Michela tomó asiento en la esquina del reposapiés frente a él.

—¿Por qué te molestan tantos los halagos? Tu trabajo es encomiable, te juegas la vida cada día y encima no te lo reconocen.

Roberto echó la cabeza hacia atrás apoyándola contra el respaldo de la butaca y cerró los ojos.

—No necesito que nadie me elogie nada, con quitar de en medio a esa basura me doy por satisfecho. Además, no puedo soportar los elogios cuando tantos de mis compañeros han caído, ¿comprendes? Ellos sí que merecían homenajes y laureles, no yo...

—Sí, entiendo, también te sientes responsable de su pérdida. — Roberto tomó una honda inspiración y asintió. La muerte de Marco Stamile y su mujer embarazada le pesaba tanto en el corazón. No lograba reponerse.

—De todas formas, yo te admiro mucho, muchísimo...

Roberto elevó la cabeza y le guiñó un ojo.

—Me gusta que me admires —le dedicó una sonrisa traviesa. Michela meneó la cabeza y bufó.

—Vamos a dormir, anda —le pidió ella, que se había puesto en pie y caminaba hacia la cama—. Entre las cartitas de tus admiradoras y esta casa que parece la sede central de operaciones nacionales de la Policía, estoy muerta.

—No seré yo quien te lleve la contraria. —Roberto se colocó a un lado de la cama y alargó el brazo—. Después de la señorita.

Carmen Ruano se había presentado en la casa de Roberto porque deseaba comprobar cómo seguía Michela, también quería saludar a su sobrino. Nora Dini acababa de informarle que todos se habían retirado a sus habitaciones y descansaban.

—¡Ah, no, no! —habló Carmen negando con las manos—. Déjelos entonces, por favor, necesitan ese tiempo juntos. Pobrecillos. Ya volveré a buscar a Michela en otro momento.

—¿Quiere que le prepare un café o un té? ¿Podemos charlar un rato? Quizás vengan a pedir algo de comida, a veces lo hacen.

—Un millón de gracias, pero no. Es muy tarde y la verdad es que yo también estoy muy cansada. Han sido demasiadas emociones, solo venía a comprobar una vez más que mi hija estuviera tranquila, debería haberla llamado, lo sé, pero estos días el teléfono no es suficiente para mí.

—Lo comprendo. Si quiere le puedo preparar una cama, puede pasar la noche aquí. Como las cosas han estado tan revueltas estos días, Francesca y su sobrino ocupan una de las habitaciones de la primera planta.

Carmen se llevó una mano al pecho.

—¡Oh, válgame el cielo! No, no. Muchísimas gracias, señora Dini, eso no es necesario. Ya la llamaré mañana.

—Nada de señora, solo Nora, por favor.

—Solo si tú me llamas Carmen.

Nora asintió y las mujeres se estrecharon las manos.

—De acuerdo, prácticamente somos consuegras.

La mujer alzó una ceja y estuvo de acuerdo con la apreciación y se echaron a reír. Nora acompañó a la madre de Michela a la puerta y la despidió con un fuerte abrazo.

Ya era bien entrada la noche cuando Carmen metió la llave en la cerradura de la puerta de su casa. ¿Debería haber aceptado la invitación de Nora Dini? Lamentaba lo apresurado de su negación. Cerró la puerta tras de sí, echó el cerrojo y se frotó las manos para procurar entrar en calor. La inquietaba estar sola, enfrentarse a sí misma y a su propia conciencia en el espacio reducido de su piso. No lograba superar las horas que había vivido junto a Salvatore. ¡Oh, señor! ¿Ese hombre la atormentaría por el resto de su existencia? ¿Jamás hallaría la manera de deshacerse de su recuerdo? Su mirada gris, tan fiera y oscura, la perseguía, la mantenía atrapada, perdida en una maraña inexplicable de culpas y pesares. ¿Lo amaba aún? Aunque la vida le fuera en ello, no hubiera sabido qué contestar. Dejó el bolso sobre la silla del recibidor, se desabrochó el abrigo y lo colgó del perchero de pared. Luego se sacó las botas. Soltó un suspiro de alivio cuando la segunda bota cayó al suelo y se masajó distraída los dedos de los pies enfundados en unas tupidas medias. Avanzaba a oscuras por su casa cuando escuchó música procedente del salón. ¿Había dejado encendida la televisión? Cruzó las puertas dobles de cristal de la habitación y encendió la luz de la única lámpara de pie que había en la estancia. Alzó la cabeza. Frente a ella y cerca de la ventana, sentado en uno de sus sillones de piel tan queridos y familiares, aguardaba Salvatore Barreta. De fondo, la voz espesa, doliente y conmovedora de Cesária Évora y los acordes nostálgicos de su versión del *Bésame mucho*. La escena se le antojó absurda. El hombre no terminaba de encajar entre toda esa decoración en tonos pastel y las cortinas de motivos florales. ¿Cómo habría dado con la música?

—Cualquiera al ver tu cara se pensaría que estás ante el mismo demonio.

—Muchos afirman que lo eres —expresó ella sin conseguir reponerse de la impresión. Se quedó mirando abstraída la mano derecha de Salvatore, la llevaba vendada. ¿Lo habían herido? ¿Habría

sufrido algún accidente?

—¿Y tú qué piensas?

—Que no van desencaminados. —¿Podía ser cierto que estuviera manteniendo una conversación con ese hombre en el salón de su casa? Lo miró a los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esta música me recuerda a la de mi tierra, es melancólica en un sentido trágico, ¿no te parece?

—Es un bolero, la tragedia va implícita, y no has contestado a mi pregunta.

—Despedirme.

Carmen inclinó ligeramente la cabeza y le devolvió una mirada extrañada.

—¿Te vas?

—Eso parece.

La mujer se llevó una mano a la frente e intentó aliviar una punzada que había comenzado a torturarla en las sienas. Se hallaba demasiado cansada para entablar ningún juego dialéctico con ese hombre. ¿Qué estaba haciendo allí? Decidió preguntarle aquello que siempre le había rondado la cabeza.

—¿Por qué elegiste ese tipo de vida, Salvatore? Es algo aterrador.

—¿Elegir? De donde yo vengo solo eliges si atacas o te escondes. No hay más. Hay un ritual, ¿sabes? En el mismo momento en el que tus pulmones se insuflan de oxígeno por primera vez y casi antes de que la comadrona haya tenido tiempo de cortar tu cordón umbilical, tu padre te coloca sobre una cama ante los miembros del clan: a tu derecha, una llave; a la izquierda, un cuchillo. En ese instante, haces tu elección: *sbirro* o *cofrade*. Por supuesto, siempre hay algún dedo solícito que empuja el cuchillo por debajo de la manita del recién nacido.

—Y el dinero fácil, ¿no tiene nada que ver?

—¡Fácil! ¿Quién te ha dicho que es fácil? Es sangriento, feroz y salvaje, pero nunca fácil.

—¿A dónde te vas ahora?

Salvatore apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y curvó los labios en una sonrisa.

—No lo sé, al infierno, al cielo. —Inclinó apenas la cabeza y la miró con mofa—. ¿Crees en él?

Carmen caminó con las piernas entumecidas hasta tomar asiento en el borde del pequeño sofá de dos piezas ubicado frente al sillón. Se sentó con lentitud al tiempo que hablaba:

—Creo que el cielo o el infierno lo hacemos nosotros aquí mismo. Cuando mueres, solo te mueres.

—¿Y tú en dónde vives, Carmen? —le preguntó en voz queda.

—En el purgatorio.

—Y pensarás que yo vivo en el infierno.

—Eso acabas de decirlo tú, no yo.

Salvatore desvió la vista y observó la calle a través de la ventana de cortinas despejadas que había a su derecha. El pálido reflejo de la luz de alguna farola incidía con debilidad en la habitación a través de los cristales. Carmen se frotó las manos, las tenía heladas. Recordó que no había encendido la calefacción.

—Mi hermano está buscando la manera de acabar conmigo. No Luigi, de él lo esperaba, se trata de Antonio —lo expresó como si ella fuera capaz de entender la diferencia entre uno y otro hermano—, pero es tan torpe en sus intentos... Tiene la sutileza de un elefante en una cacharrería. No me ha perdonado que mandara asesinar a nuestra sobrina Teresa y cree que debe reparar su muerte. —Carmen cerró los ojos, conmocionada, y apretó con fuerza las llaves que tenía entre las manos—. Si el pobre diablo supiera. Ese no ha sido ni de lejos el peor de mis crímenes. Con dieciocho años organicé el asesinato de nuestro padre. Estaba llevando a nuestra familia a la quiebra y a la deshonra. Como comprenderás no lo podía permitir. Avisé a un enemigo común para que supiera dónde encontrarlo, ese viejo decrepito de don Peppe. Por supuesto, luego me vengué, no iba a dejar que el asesino de mi padre se paseara tranquilamente por ahí, ufanándose de su acción, menospreciando a mi familia.

Carmen lo contemplaba horrorizada, la cabeza ya le martilleaba de tal manera que creía que no aguantaría mucho más tiempo en esa postura.

—Estás loco —musitó en un susurro—, estás completamente loco.

—Locura o necesidad. No entiendo la diferencia. He hecho lo que consideraba que era lo mejor para mi familia.

Y esa voz grave parecía cantarles a ellos dos:

Bésame, bésame mucho. Como si fuera esta noche la última vez...

—¿Matar a tu sobrina era lo mejor para tu familia? No creo que Luigi o Antonio estén de acuerdo contigo.

—Se iba a fugar con un policía, nos iba a dejar en ridículo. Es una cuestión de honor.

—¿Honor? —se asombró Carmen, pero optó por no decir nada más. Era imposible hacerle ver lo que era la decencia a un ser que carecía por completo de ella. Alguien cuyos códigos de conducta distaban tanto de lo que ella considera íntegro, honesto y civilizado.

—De todas formas, tampoco ha sido ese mi peor crimen.

Carmen se preguntaba cuál consideraría él que sería su peor crimen cuando Salvatore se levantó con un movimiento impetuoso que contrastaba su aparente desidia. Se dejó caer de rodillas a sus pies y enterró la cabeza entre los pliegues de su falda. Sus manos se cerraron en torno a los muslos de Carmen.

Piensa que tal vez mañana yo ya estaré lejos, muy lejos de aquí...

—Oh, Carmen, Carmen... ¿Por qué tuviste que aparecer en mi vida para recordarme lo que me prohibí tener tantos años atrás?

—¡Te llevaste a mi hija! ¿Pretendías que me quedara de brazos cruzados sin hacer nada? ¿Y de qué me hablas? Fuiste tú el que faltó a todas sus promesas, me dijiste, me juraste que siempre me serías fiel, que no habría otra para ti.

Salvatore se echó a reír, los hombros le temblaron por las carcajadas y seguía riendo cuando alzó la cabeza y la enfrentó.

—¿Lo dices por esa mujer con la que estoy casado, por los hijos que me dio? ¿De veras sientes celos de ellos?

Barreta le encerró el rostro entre sus enormes manazas y le dedicó una mirada suplicante.

—No siento nada por ellos —le confesó en un susurro apasionado y

profundo—, no siento nada por nadie. No había vuelto a sentir nada hasta el mismo instante en que atravesaste la puerta del salón de mi casa y esos ojos tuyos tan verdes y embrujadores se clavaron con desesperación en los míos. Eres lo único que me hace sentir humano, Carmen. Gracias a ti sé que he seguido vivo mientras me moría cada día sin ti y ahora, que he decidido irme, me llevaré lo único que he deseado durante toda mi vida, porque ya no admitiré que vuelvas a estar separada de mí.

—¡Qué! —se alarmó la mujer e intentó apartarse de él y levantarse de allí—. ¡Quieres que huya contigo...!

Bésame, bésame mucho...

Que tengo miedo a tenerte, y perderte después...

Salvatore le sujetó los brazos para impedirle moverse y en un descuido de ella la besó con el mismo fervor que hubiera empleado al tocar algo sagrado, único y puro. Carmen se congeló. A su pesar, cerró los ojos y dejó que él la besara.

—Perdóname —suspiró él contra sus labios.

Carmen no tuvo tiempo de preguntarle qué era aquello que debía perdonar. Una bala se alojó en su estómago y la vida se fue apagando de sus ojos. Cuando intentó vocalizar, un borbotón de su sangre fue lo único que brotó de entre sus hermosos labios.

Salvatore la abrazó y la sostuvo contra su pecho cuando ella se desplomó hacia adelante.

—Carmen, Carmen, Carmen... —le recitó llorando desolado, meciéndola con suavidad—, tan hermosa eres que me nublas el juicio... En un ratito me reuniré contigo. No sufras, vida mía, amor de mi vida. Tu sufrimiento es el único que me conmueve.

Pastriani se incorporó con pesadez sobre los codos y miró con inquina su propia mesilla de noche. ¡Cazzo! ¿Era mucho pedir una maldita noche en paz? Su móvil vibraba y vibraba con la jodida pantallita iluminando toda la habitación que, a esas horas de la madrugada y con las contraventanas cerradas, permanecía en una oscuridad total.

—¿Y esa luz? Apágala —musitó Michela dándose la vuelta.

—Voy a comprobar quién me llama. Tú sigue durmiendo.

—No tardes, por favor, y si tienes que salir, me avisas.

Roberto le besó la cabeza y volvió a arroparla.

—Sí, duerme.

Sacó los pies por el borde de la cama, caminó hasta el vestidor y se vistió con un pantalón de deporte, desanduvo sus pasos y agarró el móvil con desgana; esperó hasta salir al pasillo para contestar.

—Paolo, ¿qué ha ocurrido?

—Señor, estoy en la verja de su casa, ¿me podría abrir? Necesito hablar de forma urgente con usted.

—Sí, claro, dame un segundo.

Medio minuto después, Roberto entornaba la puerta de la entrada a su casa y contemplaba extrañado a Paolo Pino.

—¿Qué demonios ha ocurrido ahora?

El hombre se cuadró y lo saludó formalmente.

—Algo terrible, señor.

—No te andes con rodeos.

—Unos vecinos avisaron a la policía, alertados por lo que dijeron

que parecían disparos de un arma de fuego en un piso. Hasta allí se desplazó una patrulla de *digos*. Hallaron los cuerpos de una mujer y de un hombre. Según las primeras pesquisas, el hombre habría matado a la mujer de un disparo en el abdomen, que la desangraría, y luego se habría suicidado con la misma arma. Hay restos de parafina por toda la escena del crimen.

—Y me cuentas todo esto porque...

—Se trata de la madre de su mujer, mi teniente, la señora Carmen Ruano.

Roberto se le echó encima y lo asió con violencia por el cuello de su abrigo.

—¡No es cierto! —siseó colérico entre dientes.

—Lamento tanto tener que darle esta noticia terrible, pero la prensa se ha enterado, no sé cómo demonios, y ahora acampan a las afueras del edificio, esperan como los buitres a la carroña. El hombre sin vida que han hallado junto al cuerpo de la mujer coincide con la descripción de Salvatore Barreta. Los del NCIS lo están comprobando en estos momentos.

Los ojos de Roberto se abrieron de par en par, conmocionados.

—No...

—Mañana saldrá en la primera página de todos los periódicos nacionales si resulta ser Salvatore Barreta. Lo lamento tanto, señor, a veces detesto este trabajo de mierda.

Roberto lo soltó y caminó hacia atrás. Se quedó contemplando, como ido, un punto indefinido en la pared frente a él. Michela... ¿Cómo iba a decirle esto a Michela? No se veía capaz. Se preguntó entonces y de forma absurda si este era el precio que tenía que pagar por ser el responsable de la muerte de Bárbara Cottini. Se le antojaba un precio demasiado elevado. No para él, sino para su adorada Michela. ¿Por qué tenía ella que sufrir por sus pecados? Ella, que no era más que un ángel en la tierra.

La necesidad que había experimentado por hacerle pagar la pesadilla que había vivido Michela se había vuelto una meta obsesiva para él. Aquella misma tarde y después de la conversación que había mantenido con Isabella en su casa de Verona, la mujer le dejó leer

una misiva que había recibido de su hermana. Bárbara había cometido el error de dejarle por escrito su número de teléfono «en el caso de que te surja alguna emergencia», le había escrito a su hermana mayor. Roberto se había echado a reír cuando leyó las palabras. Después de eso se había limitado a buscar la localización del móvil por GPS. No le sorprendió que la mujer se hubiera escondido en una casa abandonada a las afueras de Africo.

No perdió un segundo en ir tras ella, mucho menos meditó que se disponía a infringir la ley, ni que se suponía que su trabajo era evitar este tipo de actuaciones o que todos merecían el beneficio de la duda y un juicio justo ante un tribunal. Le podía la sed de venganza, de revancha más bien. Mientras cruzaba el país en un vehículo que había requisado para la ocasión, un Fiat Bravo, comprendió que él no era mucho mejor que aquellos a los que perseguía y que sus días de policía incorruptible llegaban a su fin.

Raffaelle dalla Chiesa, su general en el Arma, lo había llamado a capítulo días atrás. Le había informado de manera extraoficial, y porque siempre lo había considerado como un hijo, que se estaba tramitando un expediente para expulsarlo del Arma, que la orden provenía de las altas esferas del Estado. En ese momento, le pareció de lo más acertado, teniendo en cuenta que mediante triquiñuelas pretendía deshacerse de un ser humano. No le hacía falta levantar una sola mano en contra de Bárbara. Roberto se limitó a dejar en el buzón de la casa donde se hospedaba un sobre con varias fotografías de ella conversando alegremente con él en algunas fiestas que habían coincidido, algo del todo inocente, excepto para ellos que veían traiciones en cualquier lado. Ya se encargarían otros de hacer el trabajo sucio por él. Si algo sabía Roberto PASTRIANI es que la mafia jamás perdona la traición y, si bien Bárbara Cottini no los había traicionado, a juzgar por las fotos y las carantoñas que le hacía, parecía lo contrario. Quizás después de tantos años persiguiendo y dando caza a los miembros de ese inframundo apestoso, meditó Roberto volviendo a Roma, algo se le había pegado del mensaje, porque él tampoco podía dejar pasar una traición.

Logró elevar la cabeza. Paolo Pino seguía allí, en el umbral, sin

saber qué más decirle. Roberto le agradeció y cerró la puerta cuando despidió al mariscal. Se volvió en dirección a la escalera. Juan lo miraba desde lo alto del primer tramo, parado en el filo del primer escalón con expresión ida, sus ojos arrasados en lágrimas y la boca temblándole.

—Teníamos que haber acabado con ese hijo de puta, Roberto, ¡maldita sea!... Teníamos... tendría que haberlo matado con mis propias manos cuando tuve la oportunidad...

La cabeza del guardia civil se desplomó y el hombre estalló en un llanto amargo. Roberto se apresuró en subir la escalera y se fundió con él en un abrazo. Lo apretó fuerte deseando transmitirle el dolor y el profundo cariño que sentía por él.

—¡Joder! No, no, no... ¿Por qué a ella? Esa mujer me crio, ¿entiendes? Era una madre para mí. Era tan buena... Esto no puede estar pasando...

Roberto lo mantenía sujeto entre sus brazos, porque el cuerpo del hombre se tambaleaba y, mientras, se comía el nudo de rabia que le supuraba desde las entrañas y aguantaba las ganas de echarse a llorar él también.

Juan se apartó de él, giró sobre sus pies y se encorvó apoyando las manos sobre sus rodillas.

—Oh, Dios...

—No tengo fuerzas para enfrentarme a Michela.

Pastriani no había sido consciente de expresar en voz alta ese pensamiento hasta que sintió la manaza de Juan apretarle el hombro.

—Lo haré yo, es mi prima.

Roberto negó con la cabeza.

—Ni hablar, me corresponde a mí. —Roberto se llevó una mano a los ojos y presionó con sus dedos—. Dios, Juan, tengo tanto miedo de su reacción.

—Ella es fuerte... Ella...

Ruano echó la cabeza hacia atrás y maldijo en voz alta. Roberto le encerró la cara entre las manos.

—Me tienes aquí para todo —le juró entre dientes—, ¿de acuerdo? No estás solo.

—Lo sé, lo sé. Gracias. —Echaron a andar por el pasillo—. ¡Joder! ¡Mierda! Tengo que llamar a mi madre. ¡Dios! Me cago en la vida...

—¿Prefieres darle la noticia en persona? —Juan se lo quedó mirando con expresión desolada y los ojos vidriosos—. Te sacaré un billete de avión y así vuelves con ella. Tu madre querrá estar aquí con Michela y despedir a su hermana.

El guardia civil se limpió las lágrimas con el dorso de las manos y asintió.

—Macho, no tengo cabeza para eso.

—Descuida, yo me encargo.

—Ahora me voy a la casa de mi tía, quiero estar allí, necesito estar allí y enterarme de todo. Ocuparme en persona de que nadie haga nada indebido, esta Italia tuya es un país con una legalidad relativa.

—¿Estás seguro?

—Sí, aquí me volvería loco, necesito encargarme de eso, ¿o prefieres que me quede por Michela?

—No, no, de ella me ocupo yo.

—Te estaré avisando.

—Bien.

Se despidieron frente a la habitación que Juan compartía con Francesca y Roberto se obligó a subir los escalones hasta la segunda planta. Caminó hacia su dormitorio como quien avanza hacia su pelotón de fusilamiento. El alma destrozada y languideciendo porque le iba a causar un daño irreparable al amor de su vida.

Agarró el pomo y el corazón se le detuvo, entornó la puerta. No sabía qué prefería encontrar: ella dormida o que aún lo estuviera esperando. Cerró tras él y permaneció un tiempo ahí parado mirándola, paralizado por el dolor. Justo ahora, ella vivía en un mundo relativamente seguro y feliz donde todos aquellos a los que amaba compartían su vida, sus alegrías y penas. Él se disponía a destrozar todo eso, enviándola a una realidad atroz. Cerró los ojos maldiciendo entre dientes y descargó un puño contra la puerta. ¡Mierda, mierda, mierda! Al instante se arrepintió de su cabreo, lo último que deseaba es que lo viera así, descontrolado. Tomó una honda inspiración y avanzó con lentitud hacia la cama. Trepó por el

colchón, se tumbó al lado de ella y la cubrió con su cuerpo, rodeándola con sus brazos, pegándola a él.

«Ojalá pudiera evitarte esta pena tan terrible, ojalá pudiera evitarte todas las penas de este mundo y crear en torno a ti un cálido abrigo que te impidiera sufrir. Ojalá estuviera en mi mano cambiar el destino de las personas que amas».

Michela se rebujó, sus manos calientes se cerraron en torno a su brazo y buscó acomodar su cabeza en el hueco de su hombro.

—Roberto —su voz aletargada por el sueño le estrujó el corazón—, ¿pasó algo?

—Sí, mi amor, sí, pasó algo terrible y no sé cómo decírtelo.

Michela se espabiló, se dio la vuelta entre sus brazos para quedar frente a él. Le molestaba no verle bien los ojos con la oscuridad tan cerrada de esa habitación.

—Dime lo que sea.

—Lo que sea es demasiado horrible y doloroso.

—Por favor, suéltalo ya, me asustas. El corazón me va a estallar en el pecho.

—Cariño, se trata de tu madre.

El cuerpo de Michela se enfrió de golpe y él percibió la tensión que se apoderó en un segundo de ella. Pastriani cerró los ojos, experimentando una angustia lacerante en el pecho que lo conminaba a estallar en gritos y rugir y romperlo todo.

«¿Por qué, por qué, Dios mío?».

—¿Mi mamá...?

—Un hombre se metió en su casa —le explicó Roberto con suavidad.

Ella comenzó a temblar.

—¿La hirieron? —La voz de ella no fue más que un susurro quedo mientras la sentía presionar sus manos contra su pecho—. ¿Está en el hospital...?

Roberto la estrechó con más fuerza, enterró los dedos en su cabello, apretaba tanto la mandíbula para contener el llanto que la sentía agarrotada.

—No, cariño.

—¿No? ¿Y dónde está?

—Se ha ido... —perdió por completo la voz y ya no pudo continuar.

—¿Qué estás diciéndome? ¿No la voy a volver a ver...?

Roberto se derrumbó, sus gruesas lágrimas empaparon los cabellos de Michela, se le cerró por completo la garganta y moqueaba.

—Lo siento... Lo siento, cariño, mi preciosa niña, ojalá pudiera evitarte esta pena... Ojalá pudiera... Oh, Michela... lo siento, tanto, tanto...

El cuerpo de ella se ovilló en torno a él, como si buscara hacerse tan pequeña que fuera capaz de desaparecer. No la sentía llorar ni lamentarse. Michela permanecía quieta, demasiado quieta. Pastriani colocó la palma de su mano sobre su espalda y comprendió que no respiraba, su tórax no subía y bajaba con el movimiento habitual de la respiración.

Alarmado, la sujetó por la cintura tirando de ella con apremio para que se levantara.

—¡Michela! —la zarandéó completamente aterrado, pero ella permanecía estática y ausente, le pasó una mano por la nuca y otra por la cintura. Sus ojos brillaban en la oscuridad y lucían vacíos, no lo miraban a él, no miraba nada—. ¡Michela, por Dios!

¡Reacciona!... ¡Micheeeela!

Francesca Biliardi dejó a sus padres y a uno de sus hermanos en la entrada de la casa de la vía Orazio y se abrió paso entre el gentío que se agolpaba frente a las puertas abiertas del salón de la casa de Roberto. Saludó a algunos de los rostros que ya le resultaban familiares y estrechó el hombro de Nora, que le dedicó una sonrisa apenada. La mujer ofrecía caldo caliente a quien le pudiera apetecer. Estiró el cuello y miró más allá. Comprobó que su amiga seguía sentada en el sofá alargado en medio de la sala, observaba con atención la chimenea frente a ellos, donde ardían unos leños de madera. Las manos de Michela, cerradas en puños, sujetaban un pañuelo y reposaban sobre su regazo. Con la cabeza gacha atendía en silencio a Roberto. El hombre sentado a su lado desplegaba una actitud de ángel guardián en torno a su amiga. Pastriani le explicaba algo en voz baja y al oído para que solo ella lo oyera. A pesar de que ese hombre jamás sería santo de su devoción, nadie pondría en duda el amor incondicional, casi irracional, que destilaba Roberto Pastriani por Michela Hauffman. Francesca estaba convencida de que ese hombre se dejaría matar por ella y había estado a punto de ocurrir según le había relatado Juan. Se abrazó a sí misma. ¡Joder! ¿Por qué tenía que pasarles semejante desgracia? Después de toda la pesadilla que habían vivido con el secuestro y cuando parecía que las cosas volvían poco a poco a la calma. Ella misma no conseguía reponerse de la impresión que le había causado la noticia del asesinato de la madre de su mejor amiga. Esas cosas no le pasaban a la gente corriente, esas cosas... Negó con la cabeza ante la estupidez de ese

pensamiento. Por más que se decía que Carmen Ruano ya no estaba con ellos, su cerebro no lo aceptaba y el dolor se le clavaba en el pecho y había momentos en que no podía ni respirar y no soportaba realizar las tareas cotidianas del día a día.

Los periodistas, en cambio, se habían frotado las manos ante la noticia del año. Habían corrido ríos de tinta con la noticia y se habían dedicado a conjeturar mil hipótesis sobre la presencia de uno de los *boss* más peligrosos y escurridizos de la 'ndrangheta calabresa en la vivienda de una mujer cualquiera en la capital del país. Muchos afirmaban que la mujer había sido su amante; algunos, que ella estaba en el negocio de la droga y se trataba de un ajuste de cuentas y otros, los más acertados, hacían alusión a un crimen pasional. Roberto, por su parte, había tomado cartas en el asunto y había prohibido que nadie hablara sobre el tema en presencia de Michela. A ella le había explicado de manera somera que un hombre había entrado a robar y debido al forcejeo para impedir que se llevara nada de valor, Carmen había resultado mortalmente herida. No permitía que nadie encendiera la televisión ni la radio. Por supuesto, los periódicos también habían sido vetados en la casa. No la dejaba ni tocar su propio móvil. Había creado una burbuja en torno a ella para mantenerla aislada de todo. Algún día se enteraría de la verdad, sin embargo, y de manera provisional, lo mejor para Michela — Francesca había apoyado con ahínco la decisión de Roberto en contra de la opinión del propio Juan— era permanecer en la ignorancia sobre sus verdaderos orígenes y poder así llorar en paz la pérdida de su madre. Lo único positivo que Francesca conseguía extraer de toda esa amarga tragedia había sido el reencuentro entre Michela y el hombre que siempre había considerado su padre. Frederick Hauffman había volado desde Duisburgo con su familia nada más conocer la noticia para permanecer junto a su hija, «el tiempo que hiciera falta». Roberto le había explicado a Frederick la realidad de los hechos en una oportunidad en que quedaron a solas. Le había advertido que, si se le escapaba la verdad, se lo haría pagar. Francesca lo sabía capaz de hacer algo terrible. Hacía ya un tiempo, tras la fiesta en casa de la prima de Lukas Sabonis, había descubierto que la

mirada de ese hombre escondía un sesgo de crueldad. No había conseguido superar ese sentimiento con respecto al novio de su mejor amiga y lo temía.

«No sé qué patraña pretende que le oculte a mi hija —le había replicado Hauffman a Roberto, sumamente ofendido—, la primera persona que la sostuvo entre sus brazos cuando asomó esa cabecita de rizos negros al mundo fui yo, le enseñé sus primeras palabras y a montar en bicicleta. Es sangre de mi sangre y que alguien se atreva a negarlo en mi cara».

La mirada de Francesca siguió recorriendo la sala y contuvo el aliento cuando distinguió a su amado Juan en una esquina del salón. Permanecía de rodillas y rodeaba con los brazos a su madre, Herminia Ruano, que recostada contra una enorme butaca orejera lloraba y se cubría el rostro con un pañuelo. Varias amigas de la familia, que también habían venido con ellos desde Madrid, procuraban consolar a la mujer. Se encaminó hacia él.

Roberto le hizo señas a Nora cuando la descubrió en la entrada del salón para que le trajera un poco del consomé que había preparado esa mañana. Tomó la taza de porcelana de manos de la mujer y vocalizó un gracias. Nora posó una mano en su hombro y se lo apretó antes de dar media vuelta.

—Cariño —llamó con suavidad a Michela. Ella seguía con la cabeza gacha y jugueteaba con un pañuelo que tenía entre las manos—, sé que no te apetece, pero necesitas tomar algo caliente. Te hará bien, por favor, te lo ruego...

Michela se había negado a probar nada desde la mañana anterior. Así que lo sorprendió cuando agarró un asa con manos trémulas.

—Gracias —le expresó ella en voz queda, se llevó la bebida a los labios y sopló antes de dar el primer sorbo. Poco a poco, animada por Roberto, que seguía insistiéndole, se terminó el consomé.

—¿Quieres un poco más?

—No, por favor.

—De acuerdo.

Le besó el cabello, recogió la taza vacía de sus manos y la depositó a un lado del sofá.

—Roberto —le imploró ella al oído—, no puedo respirar, necesito salir de aquí.

Él se puso en pie y le tomó las manos. Le pasó un brazo por los hombros, rodeándola, y lanzó miradas de advertencia a las personas que quisieron acercarse a ella para consolarla. Michela y él abandonaron el salón abarrotado y subieron con lentitud hasta la segunda planta. La quietud en esa parte de la casa los relajó. Entraron en el dormitorio y él cerró tras ellos y pasó el seguro.

Michela se dejó caer en la cama, se ovilló sobre sí misma, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Así habían transcurrido esos dos días de pesadilla. Delante de los demás ella mantenía el tipo, luego a solas con él permitía que la pena arrasara con todo. Roberto había vivido el momento más crítico del que tenía memoria durante el entierro de Carmen Ruano, cuando Michela se había derrumbado, devastada por el dolor, y había comenzado a gritar suplicándole a su madre entre lágrimas que no la abandonara. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Roberto prefería no recordar. Se acercó hasta la cama y se echó al lado de ella, le pegó el pecho a su espalda y la estrechó contra él.

—Cielo, me han avisado de que tengo que volver a las oficinas — otra mentira más. Aldo había dado con una pista del paradero de De Moro y antes muerto que dejar que ese sujeto se les escurriera de entre las manos—, pero si tú me lo pides, me quedo contigo.

Michela levantó apenas la cabeza y negó.

—Por favor, no, ve. No puedes dejar tu trabajo de lado, yo aquí me quedo.

Roberto acarició con cuidado su cabello.

—Cariño, ¿me vas a aceptar la pastilla para dormir? Te hará bien, lo necesitas, Michela.

—No, ya te dije que nada de pastillas —habló en un tono severo que no admitía réplicas—. No insistas.

—De acuerdo, de acuerdo, lo que tú digas, yo haré lo que tú me digas.

—Dame mi estatua, por favor, me hace bien tenerla conmigo.

Roberto así lo hizo. Ella la tomó entre sus manos y se acurrucó en

torno a ella.

Tras besarla, musitarle que la quería más que a nada en la vida, la arropó con las mantas, volvió a besar su cabello con devoción y abandonó la habitación. No creía que Michela hubiera escuchado una palabra de todo lo que le había dicho. Bajó las escaleras, buscó a Nora y le dio instrucciones para que fuera despidiendo a los que no eran de la familia y ordenó que nadie, excepto su padre, se atreviera a molestarla, también le pidió que le llevara un poco de caldo con verduras en unas horas. Se internó en el salón y avisó a Juan. No le comentó lo de De Moro porque no deseaba que interviniera, estaba demasiado conmocionado con la muerte de su tía. Le dedicó unas palabras de consuelo a Herminia Ruano y también a su hermana Caterina que estaba devastada con la tragedia y había decidido pasar con ellos unos días para ayudar a Nora Dini. Después de hablar con ella y pedirle que por ese día dejara dormir a Michela, salió de la casa.

Condujo su Alfa Romeo hasta las afueras de la ciudad.

Le sorprendió descubrir también allí esperando por él a Paolo Pino, apoyado en el capó de su Fiat Punto, a sus espaldas las enormes puertas de unos almacenes abandonados en mitad de una explanada. Bajó del coche y los saludó, sin embargo, no permitió que cayeran en ninguna formalidad.

—Ya no formo parte del Arma, así que ahora mismo soy un simple ciudadano y me debéis tratar como tal.

—No me importa nada de eso, señor —habló Aldo Pecorelli—, para mí será siempre mi teniente.

—Cobra habla por los dos, *tenente*.

—Me han expulsado, no soy *tenente* de nadie.

Los hombres se dedicaron a mirarlo con sendas expresiones indiferentes y se encogieron de hombros.

—De acuerdo, lo que sea, no quiero que ese hijo de puta se nos escape otra vez. Quería ayudaros a pescar a ese mamón, pero una vez que lo detengáis, me vuelvo, no quiero que mi nombre se relacione con la detención del sujeto, sino podrían alegar mil triquiñuelas para dejarlo en libertad.

—Oído cocina —asintió Pecorelli.

Se colocaron los pasamontañas y los chalecos que los distinguían como *carabinieri*, prepararon sus armas y cada uno volvió a subir a su coche.

Roberto encendió su radio Tetra y comprobó que tanto él como sus excompañeros no tuvieran ningún problema en comunicarse.

—Ojito con De Moro, no tiene nada que perder —explicó Roberto con la radio en la mano cuando llegaron al barrio donde se suponía estaba escondido el capo de los Barreta—. El tipo está sobre aviso; con la muerte del cabeza de clan, la sonora detención de Carbone y de los hermanos Barreta y sus hijos, y, después de la muerte de Bárbara Cottini, sabe que vamos a por él. Solo nos queda él.

—Sí, señor, nosotros también estamos sobre aviso —le contestaron al unísono.

—A partir de hoy los Barreta son historia.

—Sí, señor, por Marco y Pietro, para que puedan descansar en paz —habló Aldo con pasión a través de su radio.

—Sí, Cobra, por Marco, Pietro y Giovanni.

—¡Por ellos! —juraron los tres. Pastriani también recordó a Nicola Forgioni. No se lo merecía, sin embargo, el fiscal permanecía en sus recuerdos.

La casa —por llamarla de alguna manera— con la que habían dado en sus últimas pesquisas, según los datos recabados y las confesiones que habían cruzado entre los numerosos detenidos, no era más que una vieja estructura medio en ruinas.

—Aquí nos detenemos. El ruido de los motores alertaría a los que sean que estén en las inmediaciones. Desde aquí iremos a pie.

Dejaron los coches en un badén de la carretera, desenfundaron sus armas y se echaron a andar.

Roberto iba delante y Paolo y Aldo le cubrían las espaldas. Cuando estuvieron a pocos metros de la vivienda, Pastriani elevó la mano e hizo señas a los hombres para que se posicionaran a los lados de la puerta.

Desde el interior les llegaban las notas vibrantes de un violín. Una melodía oscura e inquietante. Roberto propinó una patada a la puerta

y los tres irrumpieron con las armas en alto. Frente a ellos, despatarrado en un viejo sillón destartado con las manos en alto, los esperaba Giuseppe De Moro. Nada más verlos, los obsequió con una gran sonrisa y siguió meciendo sus manos con impetuosidad al ritmo de la *Ciaconna* de Vitali.

—Siéntanse como en casa, señores.

—Vamos. Levántese. Las manos a la cabeza y dese la vuelta —habló Aldo en tono de voz seco mientras se dirigía al hombre. Se sacó las esposas del cinturón y lo urgió con un movimiento de su mano.

Roberto, con el arma apuntando al capo 'ndranghetista, aguardaba sin poderse creer el deterioro de ese hombre en tan poco tiempo. La música se le antojaba el escenario perfecto para llevar a cabo la detención. Acentuaba la atmósfera tétrica de ese instante. El aspecto de De Moro, sucio y ajado, le causó impresión. No quedaba ni rastro de la chulería que él recordaba y la arrogancia con que lo había abordado en el Gilda. Llevaba el pelo grasiento y apestaba a alcohol, aunque, quizás, lo más inquietante fuera esa mirada de ojos desquiciados que lucía y ponía los pelos de punta. Se dejó esposar sin ofrecer resistencia y sus carcajadas lo siguieron cuando Aldo y Pino lo sacaron de allí y lo condujeron hasta el vehículo.

Roberto volvió a su casa cerca de las doce de la noche. Le agradó el silencio que lo recibió al abrir la puerta después del desbarajuste de los últimos días. Nora seguía en la cocina con Loretana, Amalia y también Caterina, que se dedicaba a dar de mamar a su hijita. Roberto besó la coronilla del bebé, acarició la mejilla de su hermana, y le pidió a Nora que les subiera algo de comida. Arrugó el ceño cuando Nora le cuchicheó que Michela no había querido probar bocado. Corrió por las escaleras como loco por ver a Michela. La encontró tumbada boca arriba, con la estatua aferrada contra su pecho y la mirada perdida en las vigas del techo.

—¿Te apetece tomar una ducha? —le preguntó cuando se tumbó al lado de ella—. Te ayudará a dormir.

Ella ni lo miró al hablar.

—Estoy tan agotada, Roberto. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, mi amor, todo bien. ¿Qué me dices del baño? —volvió a tentarla con suavidad.

La mujer acarició su mejilla con aire distraído.

—Sí, creo que me hará bien, gracias.

Michela se incorporó sobre la cama y se limpió unas lágrimas. Lo miró a los ojos.

—¿Crees que sufrió mucho? Es algo que me atormenta, pensar que sus últimos momentos sufriera de un dolor terrible.

Roberto a su lado contempló sus pestañas aglutinadas de lágrimas. Tragó saliva. Él había sentido el fuego del disparo, la bala al impactar en el chaleco, primero se había sentido mareado, luego muy debilitado y después, nada, todo negro.

—Lo más probable es que al poco perdiera la conciencia —le mintió—, fue lo que me ocurrió a mí.

—Qué siniestro que piense en eso, ¿no?

La abrazó y la ciñó a él.

—En absoluto, es lógico que te atormente y que vuelvas una y otra vez a lo mismo.

—Imagino el terror que tuvo que vivir al descubrir a un extraño en su casa, en nuestra casa. —Se llevó las manos a la cara—. ¡Dios mío, mi pobre mamá! No concibo tanto horror, Dios Santo, no lo concibo.

Roberto detestaba la mentira que había orquestado en torno a la muerte de Carmen Ruano y todo lo que se había obligado a hacer para mantenerla. Las mentiras iban acompañadas de toda una red de excusas, discursos y fingimientos para que resultaran verosímiles. Llegado a un punto, el proceso llegaba a ser tan agotador que ya uno ni sabía por qué había decidido mentir en un principio. Y odiaba más que nada engañarla a ella, ¿pero qué otra salida tenía en esa instancia? ¿Confesarle que había sido su propio padre el que había acabado con la vida de su madre? No, no podía soltarle ahora la verdadera historia de Carmen. Además, Carmen le había hecho prometer que jamás le contaría a Michela la verdad. ¿Qué podía hacer él? ¿Ir en contra de los deseos de su propia madre? Si le explicaba la verdad, ¿qué sucedería con ella? ¿Enlodaría el tierno recuerdo que poseía de su madre? El único legado que le dejaría sería

un cúmulo de interrogantes sin respuesta. Se había apegado tanto a Frederick y a los gemelos durante esos días que no deseaba por nada del mundo romper la unión tan sólida y hermosa que había surgido entre los cuatro. No soportaba la idea de que Michela comprendiera que su vida había sido una mentira. Frederick tampoco permitía que nadie expresara que ella no era su hija. El hombre había supuesto un bálsamo para la enorme herida que se había abierto en la joven, así como un apoyo incondicional para ellos. Roberto le estaría eternamente agradecido. Durante las largas horas en el tanatorio se había dedicado a sacarle sonrisas y alguna que otra carcajada relatándoles divertidas anécdotas de la infancia de Michela y su madre. Miró a Michela y asintió a algo que le había dicho. No le había prestado atención. Por ahora guardaría silencio sobre la verdad de Carmen, más adelante reuniría valor para explicarle.

Roberto la convenció, tras mucho insistirle y suplicarle, para que después de la ducha cenaran el caldo de verduras y pollo que Nora les había subido poco antes. Volvió a sorprenderle que Michela no le pusiera pegas a la comida y aceptara todo lo que le puso en su plato. Comieron en silencio sentados sobre la alfombra. Una vez que terminaron, dejó la bandeja con los restos de la cena en el suelo, cerca de la puerta. Los dos se tumbaron agotados sobre la cama. Roberto la cobijó entre las mantas y comprendió que no sería suficiente. Michela estaba helada. Así que se apresuró a encender el fuego de la chimenea. Se agachó delante del hogar y fue colocando uno al lado de otro los troncos de leña a una distancia de unos dos centímetros, luego hizo un hueco y encima añadió más tronco de lo que él llamaba astillas y que no era más que leña más pequeña y menuda.

Michela se apoyó en un codo y vigiló, desde su posición en la cama y con las mantas aferradas a su pecho, la operación con recelo. Roberto giró el cuello y se echó a reír.

—Las llamas no se van a alzar contra ti, es absolutamente imposible que las llamas te alcancen.

Colocó las pastillas de encendido en el hueco que había formado previamente y después lo prendió y cerró la puerta de la chimenea.

Michela aguantó la respiración.

—Sí, claro, y si se escapa alguna chispa y le da a... —miró de hito en hito todo lo que rodeaba la chimenea. Roberto casi podía ver el interior de su cabeza analizando cuál era el material que podría prenderse con mayor facilidad— al suelo. Es de madera.

—No, no se escapará nada, y está haciendo demasiado frío, necesitamos una ayudita extra. Por otro lado —Roberto le echó un vistazo a la figura de porcelana, que yacía al lado de Michela sobre la mesilla de noche—, ¿tú crees que tu estatua permitiría que nos pasara nada? —Observó con aire distraído la figura de la mujer y sus largos cabellos sueltos que volaban como mecidos por un viento imaginario.

Michela inclinó la cabeza a un lado, elevó las rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas.

Soltó un suspiro.

—Cuando la vi en aquella tienda olvidada, algo dentro de mí vibró, tuve que llevármela. Me siento muy apegada a esa estatua, a la pasión que transmite, también al dolor. ¿Tú lo sientes? Se aman tanto, mira cómo la agarra, cómo la sostiene. Es descorazonador. Ahora creo que entiendo por qué me duele tanto contemplarla y estudiarla.

—Yo siento que me estoy congelando aquí fuera. Vamos, hazme un hueco ahí dentro. —Y se lo dijo mientras trepaba en la cama con una sonrisa.

Michela meneó la cabeza.

—Sí que sabes estropear un buen momento. Eres idiota.

Roberto se reunió con Michela y se abrazaron con premura, deleitándose con la paz y la calma que experimentaron en ese momento, algo casi esquivo para ambos en esos días de tragedia.

—Lo cierto es que no logro sacarme de la cabeza a Durato y Licinia, desearía ser capaz de averiguar si existieron realmente. Si pudiera conocer su historia, lo que les ocurrió y cómo se conocieron. La estatua en sí no me dice nada.

Michela lo miró.

—¿Quieres que busquemos? ¿En esa biblioteca virtual que me comentaste?

Pastriani echó la cabeza hacia atrás sorprendido, esperanzado por que esa idea hubiera partido de ella, juzgándola un buen síntoma para su recuperación.

—¿Ahora?

Michela se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Estás segura? —Ella asintió con una pequeña sonrisa—. Espera aquí.

Roberto hizo a un lado el lío de mantas y saltó fuera de la cama. Se internó en el vestidor y salió al poco con un portátil entre las manos. Lo abrió al tiempo que caminaba hacia ella.

—¿Qué vas a poner?

—Joder, no sé. De entrada, me limitaré a sus nombres, es lo único que tenemos. No sabemos ni en qué época vivieron. Es como buscar una aguja en un pajar, tal vez peor.

—Licina era un nombre muy común de la época antigua, habrá cientos.

Roberto, sentado en mitad de la cama, con el ordenador sobre sus muslos, tecleaba a toda velocidad.

—Hay una ley Licinia de la época de los emperadores. De Durato no sale nada, salvo la forma verbal latina.

—¿Y qué esperabas? ¿Que fueran personajes relevantes en la historia? Tal vez no fueran nadie y vivieron sus vidas sin más.

—Hubo una esposa Licinia de un cónsul romano del siglo I a. C., el general Servio Sulpicio Galba, que, por lo que leo aquí, sí que fue un personaje relevante en la historia de la antigua Roma. Nada menos que pasó a la historia por ordenar la masacre de toda una población en el sur de la península ibérica.

Michela miró la pantalla del portátil y leyó la nota.

—También hubo otra Licinia famosa, una emperatriz de Constantinopla, Licinia Eudoxia —leyó Roberto en voz alta— de la dinastía Teodosiana, consorte Valentiniano III y Petronio Máximo. Ningún Durato a la vista.

Ella meneó la cabeza, de pronto agobiada y cansada.

—Ufff, déjalo.

Michela se desentendió del asunto y se tumbó con los brazos estirados por encima de su cabeza. En realidad no tenía cabeza para nada. No sabía qué impulso se había apoderado de ella en primer lugar para animarlo a realizar la estúpida búsqueda. Le importaba una mierda Licinia, Durato y el resto del planeta Tierra. Que se fueran todos al infierno.

—Quizás nuestro Durato fuera amante de Licinia: la emperatriz o la esposa. —Michela se limitó a seguir contemplando los huecos que había entre las vigas—. Tengo que indagar más, puedo hablar con alguien que conozca de historia antigua, quizás pueda arrojarnos algo de luz.

—Ya no creo en nada y nada me importa.

Roberto cerró el portátil, lo depositó en el suelo, a un lado, y se unió a Michela en la cama.

—Michela, amor mío, no quería parecer frívolo. Tú...

Ella colocó un dedo sobre sus labios.

—Calla, no es eso. Las distracciones son bienvenidas, es solo que mi mente ahora mismo se encuentra abotargada, demasiado embotada. Odio todo y a todos, ¿lo comprendes?

Roberto la rodeó con sus brazos y besó su frente.

— Sí, sí que lo comprendo.

Se limitaron a permanecer tendidos, uno al lado del otro, muy juntos. Al poco, Michela sintió contra su pecho la respiración acompasada de Roberto. Se dio la vuelta, cerró los ojos y se echó a llorar en silencio. Cuando no pudo soportarlo más y se le hizo muy difícil respirar, se levantó procurando no levantar quejido de los tablones de madera, se cubrió con una manta y salió del dormitorio. Caminó hasta la escalera y se sentó en el primer escalón. Se acurrucó y así quedó.

Roberto la encontraría cerca del amanecer.

—Hola —la saludó.

Ella giró la cabeza.

—Buenos días.

—¿Puedo?

Michela asintió con un gesto de cabeza y acurrucó la barbilla en el hueco que formaron sus brazos. Pastriani se sentó en el escalón a su lado, la espalda curvada y los antebrazos sobre sus rodillas.

—He estado pensando en nosotros —le dijo la joven al cabo de un tiempo.

Roberto mantuvo una apariencia de calma, pero en su interior esa frase desató una tormenta.

—¿Qué has pensado?

—Me gustaría que nos fuéramos de Roma, de Italia, al menos por un tiempo. No estoy diciendo que jamás vayamos a volver, solo...

Le había pillado tan desprevenido la idea de Michela que el alivio lo llevó casi a gritarle:

—De acuerdo —zanjó él sin dejarla terminar.

Michela elevó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¿Sí?

A Roberto le provocó ternura la sorpresa que había iluminado sus ojos y la determinación que le descubrió poco después.

—Sí, es buena idea —corroboró Pastriani—. ¿Has pensado en algún sitio?

—¿Inglaterra? —Sugirió en voz baja—. Me gustaría conocer a tu familia materna, quiero que nos concedamos unas vacaciones. Desconexión total. Luego podemos ir donde te apetezca —de pronto guardó silencio desanimada—, aunque claro está tu trabajo aquí que es tan important...

—Michela, me han expulsado del Arma.

Ella enderezó la espalda. Sus ojos fulguraban de rabia.

—¡¡¡Qué!!! ¿Cómo se han atrevido después de todo lo que has descubierto, de las detenciones realizadas gracias a tu trabajo? Gracias a ti esos corruptos están en la cárcel.

—Por eso mismo, amor, lo he hecho a espaldas de todo, incluidos mis superiores y, para serte sincero, mientras tramaba cómo tirar de la manta, ya sabía lo que sucedería con mi carrera.

—¿Así se paga en este país la lucha contra el crimen organizado? ¿Expulsando de sus filas a quien se juega la vida por ellos?

—No consiste en destapar la mierda y encerrar a los malos,

Michela, sino en hacerlo con elegancia, y yo he sido de todo menos elegante, y eso, en este país, se paga muy caro.

—Capullos.

—En realidad, ya no lo soportaba. Ha sido lo mejor para mí, créeme. Ahora solo deseo que nos centremos en ti y en mí y en esos viajes que tienes planeados.

—Tendré que solicitar una excedencia —meditó ella en voz alta.

—Lo sé, ¿estás dispuesta a hacerlo?

—Sí —susurró con apremio y se lanzó a los brazos de Roberto y hundió la cara en su pecho desnudo—. ¡Dios mío, sí, Roberto! Me quiero ir muy lejos de aquí, quiero dejar todo este dolor atrás. Sé que no está bien huir de la pena y que por mucho que ponga miles de kilómetros de por medio nada me la devolverá. Ya sé todo eso, pero ahora mismo soy cobarde y quiero irme. —Elevó un poco la cabeza y le dedicó una pequeña sonrisa apenada—. Me encantará visitar Windsor contigo y conocer todas esas intrigas burguesas sobre los Weade y los PASTRIANI que me contaste en Bardolino.

Roberto la apretó contra él.

—Tú eres todo excepto cobarde —le habló con fiereza—. Si fueras capaz de verte con mis ojos, de comprender la fuerza inconmensurable que posees en tu interior. Michela, por el amor de Dios, te secuestraron y en ningún momento has sufrido ni siquiera un episodio de crisis de ansiedad, pesadillas o el estrés postraumático de las personas que pasan por una situación similar. Estoy impresionado.

—¿Y qué reacción se supone que es la normal?

—Temer salir de casa, hablar con los demás, permanecer vigilante, nerviosa. Eso es vivir en estado de alerta.

—Fuiste tú el que me dijo que aquí estaba mejor, no exponerme a todo el circo que se ha montado a nuestro alrededor.

—A eso voy, en ningún momento te planteaste quedarte aquí encerrada y a resguardo. Fuiste al hospital y hablaste con María solo unos días después. Ah, Michela, eres tan fuerte y tan valiente, y si así lo deseas, entonces nos iremos, ya luego decidiremos qué hacer con nuestra vida. Mientras estemos juntos todo me viene bien.

Michela se rebulló contra él, sus manos se anclaron a su espalda y aspiró el dulce aroma de su cuerpo.

—Hay algo que tengo que contarte —empezó ella con una vocecilla sosegada.

—Suelta lo que sea.

—Estoy embarazada.

Durante los siguientes segundos no se escuchó ni la más leve respiración. El sepulcral silencio en el que se hallaba la casa a esas intempestivas horas de la mañana solo era interrumpido de tanto en tanto por los vehículos en la calle.

Roberto cerró los ojos, conmocionado, y enterró la cabeza en el hueco de su cuello.

—¿Un hijo, mi amor? —le habló con la voz rota de la emoción y, cuando la miró, ella vio lágrimas en sus ojos—. ¿Me vas a dar un hijo? ¿Cómo puede ser?

—Sí, en unos ocho meses. Con todo el asunto del secuestro me olvidé por completo de las píldoras y bueno... Aquella noche juntos, no pensamos demasiado y no tomamos ninguna precaución.

—¡Bendita esa noche, Michela! —clamó Roberto con pasión y se la quedó estudiando embelesado. Achinó los ojos, como si intentara dilucidar por la expresión de ella si la noticia le agradaba o no—. ¿Te alegra la noticia? Quiero decir, sé que te gusta ir despacio y esto es lo opuesto a despacio...

—Oh, Roberto, es cierto que estoy devastada por la pena, que no lo supero, ¿cómo se supera acaso? ¿Pero cómo puedes dudar que no estoy feliz por esta noticia? Un pequeñín, nuestro hijito... Me emociona saberlo creciendo dentro de mí.

Roberto le tomó el rostro entre las manos y besó con fervor sus labios que siempre se le quedaban tan suaves y blandos después del llanto.

—Te amo, Michela, ¡Dios mío! Decírtelo no me parece ya suficiente. En este momento el amor que me inspiras me desborda, mana de cada poro de mi piel, de cada célula y las palabras no me alcanzan para hacerte entender lo que siento por ti.

—Te amo —le respondió ella también y se inclinó para besarle con delicadeza los labios—. Ah, mi vida, te amo tantísimo y créeme, te haces entender muy bien...

—Hay algo... —comenzó Roberto con una pequeña sonrisa traviesa.

—¿Algo?

Pastriani se puso en pie de un brinco y le tendió la mano. Juntos caminaron hasta la habitación. Roberto la dejó cerca de la chimenea donde las brasas se habían extinguido durante la noche y se dirigió hasta la mesilla de noche, hurgó en la cerradura. Volvió a su lado, el brazo escondido tras la espalda y la miró a los ojos. Unos ojos hinchados de tanto llorar. *Merda*, lamentó el impulso que había sentido por entregarle el anillo de compromiso que había comprado para ella. La alegría lo había desbordado; cegado de dicha, no había pensado nada más. Se rascó la cabeza y suspiró. En fin, no podía dar marcha atrás. Ella aguardaba intrigada con la cabeza inclinada y la boca formando un mohín. Segundos después, colocó la mano delante de ella y la abrió para mostrarle con timidez una cajita. Michela se alzó en puntas en pie, le sujetó la cara con ambas manos y dejó que sus frentes descasaran la una en la otra.

—¡Mi amor...! —suspiró sobre sus labios.

Roberto con los ojos cerrados, tragó saliva.

—Sé que no es el momento indicado —murmuró con incomodidad—, es más, probablemente sea el peor momento para esto. —Negó con la cabeza—. Solo guárdalo, solo eso. Es un símbolo, nada más.

Roberto la miró y descubrió que ella lo contemplaba con embeleso, muy emocionada. La joven elevó el brazo y le acarició con ternura la mejilla rasurada.

—Un símbolo hermoso, mi amor, gracias, de veras, gracias. Abre la cajita, por favor, quiero ponérmelo.

Los ojos de Roberto se iluminaron.

—¿De veras?

Roberto se apresuró a abrir la pequeña caja rectangular. Michela se inclinó hacia adelante para estudiar la pieza de joyería. Se estremeció de pies a cabeza al contemplar el pequeño y sencillo aro de bronce finamente tallado, de aspecto rudimentario.

—Mandé hacer la pieza siguiendo las instrucciones de un arqueólogo español. Creo que para ti y para mí no valen de nada los diamantes.

Michela tragó saliva y se mordisqueó los labios con nerviosismo. Asintió varias veces con la cabeza.

—No pudiste hacerlo mejor —expresó en un hilo de voz—, no tengo palabras...

Pastriani le tomó la mano y deslizó el anillo por su dedo anular, muy ufano por haber acertado la talla.

—Lo que lamento es no tener nada que darte yo a ti —replicó Michela y tomó una inspiración honda, ahuyentando las lágrimas y esbozando una sonrisa queda.

—¿Nada que darme? —Pastriani la contempló pasmado y su mano voló al vientre de ella—. ¿Estás de broma? Me vas a dar un hijo, Michela. Jamás imaginé que me sentiría así... Soy yo el que te entrega naderías.

Roberto la estrechó muy fuerte entre sus brazos.

—Ah, Michela. —Habló sin soltarla—. Dios Santo, un hijo. ¿Seré un buen padre?

Nervioso, se pasó la mano por el pelo.

—Cariño...

—Soy un bastardo inestable —le soltó de pronto—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Michela le dedicó una mueca de incredulidad.

—Te aseguro que no entiendo por qué tienes mal concepto de ti mismo.

—¿No lo entiendes? —se molestó él—. Michela, ¿qué ejemplo he tenido yo? El peor, ¿cómo demonios entonces voy a ser capaz...?

Michela le colocó un dedo sellando sus labios y lo chistó en voz baja.

—Roberto, mírame, shuuuu —lo sujetó por la barbilla—, calla, deja de decir tonterías sin fundamentos y mírame.

Así lo hizo él y le devolvió una mirada atormentada e insegura.

—Cuando siento que ya no puedo más, que ya no doy más de mí, estos días turbulentos, los que hemos dejado atrás y los que aún nos

quedan —Michela le apartó el fleco que la caía por la frente—, tú eres mi puerto seguro, aquello que me devuelve la paz y la estabilidad. Eres de lo único de lo que estoy segura por estos días.

Roberto cerró los ojos. Michela lo rodeó con sus brazos.

—Gracias —le habló él muy bajito y con la voz tomada—, gracias por amarme así. No te merezco.

—No quiero volver a oírte eso —expresó muy seria—. Roberto, no podría amarte de otra manera, ¿no lo has entendido aún? Tú justificas mi existencia. —Ambos se contemplaron sobrecogidos—. ¿No era así como tenía que suceder? ¿No es eso lo que buscaba Durato cuando te salvó la vida? —Y le recitó entre susurros—: «Si no te conozco, no he vivido; si muero sin conocerte, no muero porque no he vivido». —Se limpió unas lágrimas que escaparon de sus ojos—. En ti y en mí este poema adquiere una dimensión sacra, tangible — Sus manos se posaron sobre la marca fehaciente que los había unido para toda la eternidad—. Una verdad inmutable.

Roberto asintió, estremecido de pies a cabeza. Le sujetó el rostro entre las manos y cayó sobre sus labios. Le sorprendió cuando segundos después ella lo arrastró hasta la cama.

—Quizás —habló Roberto al cabo de un tiempo—, Cernuda también creía en el *samsarí*.

Michela, estremecida aún por el orgasmo, se echó a reír.

—Quizás...

Epílogo

La historia escrita por Marco Tulio Cicerón recordaría al cónsul Servio Sulpicio Galba como un hombre astuto, «el primero de los romanos cuya oratoria era lo que debería ser», capaz de convencer a todo un Senado sobre la verdad y sinceridad de sus acciones más macabras gracias «a su elocuencia pasional y vehemente llena de artificios efectivos», muy diferente de aquella otra visión algo más inquietante que nos permitía vislumbrar Alpiano. Sin embargo, más allá de todo aquello que sucedió y que recogen de manera sucinta los libros de historia antigua y reciente, nadie pudo comprender jamás el profundo sinsabor con el que convivió hasta sus últimas horas de vida el antiguo pretor de la Hispania. La frustración, ácida y amarga, en la que lo sumió la huida perpetrada ante sus propias narices de su esposa Licinia —que logró eludir la venganza tan meticulosa que había ideado para ella y su vástago bastardo—, terminó horadando su podrido corazón y carcomió por completo su alma negra hasta convertirlo en nada más que una sombra errante, pálido reflejo del hombre que había sido. Le pesaría por siempre que, aquel que fuera su hombre de confianza, Sila Sertorio, asestara el golpe definitivo a su maltrecho orgullo y lo convirtiera en carne de escarnio público después de haber auspiciado la fuga de Licinia. Con el devenir de los años, Sertorio se convertiría, para asombro de sus propios coetáneos, en un símbolo de la lucha de las tribus de la península contra el avance implacable de Roma. Él y también otro joven, su discípulo, cuyos orígenes se perderían para la posteridad entre las páginas de la historia. No así su nombre y su leyenda, que perviviría por siempre

en la memoria colectiva. El general lusitano Viriato.

—Michela —manifestó con voz cansada Edward Savage—, si no te relajas, esto es del todo imposible.

Michela abrió los ojos, se incorporó sobre el sofá apoyándose en los codos y le dedicó una mirada apenada al canadiense.

—Lo sé, lo sé, discúlpame, es que lo encuentro ridículo.

—¿Después de todo lo que has vivido? —No hizo falta que señalara el rincón desde el que Roberto PASTRIANI los observaba con gesto de mofa, para hacer hincapié en la existencia del único hombre sobre la faz de la Tierra que portaba la *marca* del otro lado— . ¿Todavía me dices que esto te parece ridículo?

—No —manifestó con paciencia y con el dedo pulgar jugueteaba con su anillo de boda—. Lo que intento explicarte es que yo me siento ridícula sometiéndome a todo esto de la hipnosis. Además, ya lo hemos intentado. Los sueños, las visiones, todo ha desaparecido por completo. Aunque Roberto duerma a mil kilómetros de mí, creo que jamás volveré a sufrir pesadillas. Edward, yo creo que se completó eso que tú y Francesca os empeñáis en explicarnos. El samsarí cumplió su misión. Aquello que supuestamente estaba pendiente, se solucionó.

—«Supuestamente» —bufó Savage—, y aún tienes el descaro de hablar de supuestos.

Edward Savage apoyó la cabeza en el respaldo de su cómodo sillón y esbozó un mohín contrariado. No obstante, comprendió que no sacaría nada de ella. Soltó un suspiro y cerró la pequeña libretita en la que había anotado todo lo que había logrado recabar de los retazos de sueños y visiones que ambos habían compartido con él en esos últimos cuatro años de amistad. Todo lo que tenía no le daba para llenar ni tres páginas.

—Puede que Durato no fuera su nombre real —comenzó el canadiense con la libreta abierta sobre su pecho y la cabeza apuntando al techo blanco—, sino que se tratara de un diminutivo o algún tipo de cargo que ostentara. No me consta que existiera ningún Durato en la historia de las tribus que habitaron el sur de la

península ibérica. Tenemos a Viriato, el más famoso, y a otros líderes: Caucemo, Púnico, ese tal Sertorio, que antes fue general romano; de Durato nada de nada.

—Durato fue el nombre que le escuché pronunciar a Michela en sueños —intervino Roberto, que dejó sobre el reposabrazos de su antiguo butacón Chesterfield el libro que leía, echó el cuerpo hacia adelante y juntó las manos—, puede que se trate de un mote cariñoso y se refiriera a alguno de esos que mencionas.

Edward, libreta en mano, se puso en pie y caminó hacia Roberto.

—Según lo que he investigado con filólogos especializados en las lenguas celtíberas —dejó la libreta y un bolígrafo sobre la repisa de la chimenea de piedra—, y los libros que yo mismo he consultado al respecto, no existe correspondencia, pero quién sabe...

—Edward, estás obsesionado con esto. Debes dejarlo a un lado. Hemos llegado a un punto muerto.

—Llevas grabado en tu piel la prueba irrefutable de que existe algo más allá después de la muerte, ¿y me dices que lo deje pasar?

—¿Y qué pretendes? Jamás te voy a permitir exhibirme como un jodido mono de feria ante nadie. Así que no sé a santo de qué tanta insistencia. Es mi vida y la de mi mujer y ninguno de los dos queremos ningún tipo de repercusión mediática.

Edward giró el cuello y contempló a Michela que, sentada con las piernas recogidas sobre el sofá, se encogió de hombros.

—Los dos sois imposibles —se exasperó Savage—. Esto es más grande que vuestras vidas. Esto es algo único en el universo. Sois dos almas reencarnadas, vueltas a la vida para un propósito mayor...

—No —sentenció Pastriani—. Ya lo hemos hablado. No, y siempre será no.

La conversación quedó interrumpida cuando la puerta del salón se abrió de sopetón y Marco Pastriani entró a la carrera perseguido por un enorme mastín de más de noventa kilos, que derrapó sobre los tablones de madera, y se detuvo a babear delante de su dueño.

—Socodooooooooooooooooooooooooooooo —vociferó el niño con las manos alzadas segundos antes de dejarse caer sobre el regazo de su madre. Sus pisadas quedaron amortiguadas por la alfombra de

manufactura española de lana y yute de una suave tonalidad grisácea que abarcaba la superficie de la estancia.

Michela se echó a reír, se apresuró a rodear el cuerpito de su hijo con sus brazos y le besuqueó los cachetes sonrosados. Le dedicó una mirada divertida a Roberto, que acariciaba el lomo del perro, y comenzó a peinar con aire distraído la adorable melena negra del niño.

—¿Qué ha ocurrido, Marco?

El niño se revolvió entre sus brazos y comenzó a golpearse en el pecho.

—Hicimos una carrera. Gané, gané; mira, Canelito, yo gané. ¡Soy el más rápido!

—¿En serio —preguntó Savage conteniendo la carcajada— habéis permitido que este perrazo se llame «Canelito»? Es casi un insulto a su recia estirpe.

Canelito meneó el rabo y se dejó caer sobre el suelo.

—De cachorrito le iba muy bien —se justificó Michela.

—Se llama Canelito. El nombre lo elegí yo —expresó de manera airada Marco y le dedicó a Edward Savage una mirada desafiante con el ceño fruncido y los ojillos grises entrecerrados, tan similar a la expresión que hubiera adoptado el propio Roberto que Michela tuvo que cubrirse la mano con la boca para sofocar una risotada para que su hijo no la pillara riéndose.

Nora Dini irrumpió también en la habitación refregándose las manos en el delantal. Cuando comprobó que el pequeño estaba con sus padres soltó un suspiro de alivio.

—Este niño me va a quitar a mí del mundo. Lo juro. Por el amor de Dios, es que no se está quieto ni dos segundos. Lo dejé comiéndose una manzana, me volví dos segundos y ya no lo veía. Menos mal que los gritos y las carreras avisan.

Roberto se incorporó y se lanzó a por Marco con los brazos extendidos y las manos simulando garras. El niño abrió mucho los ojos, soltó un grito de guerra y se apresuró a escapar de las fauces de su malvado progenitor.

—Ven aquí —gruñó Roberto impostando una voz tenebrosa

mientras subía con lentitud los tres escalones que separaban el salón del comedor familiar—, esta vez no lograrás escapar de mí.

—¡Sí que lo hadé! ¡Canelito, huye!

El perro, desde su posición en el suelo, muy cerca de la chimenea y de los leños crepitantes, alzó las orejas, bostezó y le dedicó una mirada resignada al pequeño torbellino de la familia Pastriani. Luego apoyó la cabeza sobre sus patatas y miró hacia otro lado desentendiéndose, por completo, del turbio asunto.

—¡Vamos! ¡Canelito! ¡Ven, ven aquí! ¡Lucha conta papi! —chilló el niño al tiempo que golpeaba con su puñito el suelo de madera.

—¡Nora! —habló Michela casi a los gritos—, salgamos de aquí y dejemos a los guerreros debatiéndose en singular batalla. —Miró el antiguo reloj de pared y dejó escapar un jadeo—. Dios Santo, yo aquí tumbada tan relajadita y aún nos queda mucho que preparar. —Se acercó hasta Edward Savage y le colocó la mano en el brazo—. Edward, por favor, seguimos la conversación en otro momento.

Edward Savage le apretó a su vez la mano y asintió con la cabeza mientras se carcajeaba ante la visión de Roberto Pastriani avanzando acuclillado entre las patas de la descomunal mesa del salón hacia su hijo que se replegaba, chillaba, gritaba, se reía y pataleaba con todas sus fuerzas para impedirle que lo atrapara.

Michela y Nora salieron del salón y se toparon en el pasillo, cerca de la entrada de la vivienda, con Francesca que acababa de llegar de la calle de su carrera matutina y se quitaba la sudadera.

—Ah, perfecto. Me libro de cocinar —pronunció con alegría Michela y señaló con un dedo a su amiga—. Fra, a la cocina con Nora. Te toca preparar el almuerzo.

La romana sacudió la prenda y la colgó en el perchero de la entrada. Les dedicó una sonrisa abierta.

—Oh, genial. —Se frotó las manos para entrar en calor—. ¿Qué haremos hoy?

—Caterina me comentó la vez pasada, cuando pasó una temporada con nosotros, que le hubiera gustado probar el *sunday roast*. No tuvimos tiempo de hacerlo nunca. Como es su cumpleaños he pensado que sería un detalle que le haría ilusión.

Nora curvó los labios en una mueca contrariada.

—Esa niña perdió la poca sesera que tenía. *Sandai ros* —pronunció con acento italiano—, ¿qué demonios significa eso?

—El asado típico inglés es muy sencillo de cocinar y tengo todos los ingredientes. Francesca te lo explicará todo —le dijo Michela palmeándole el brazo—. Además, a los niños les encanta esa comida y yo me dedicaré a preparar la mesa y decorar el salón para la fiesta. Quedará precioso todo. —Observó la chaqueta mojada de Francesca y curvó los labios—. Espero que no nos caiga una lluvia torrencial, de todas formas, usaremos el comedor, mejor no arriesgarnos con el jardín. Vamos, nos tenemos que poner en marcha, que no creo que tarden mucho más en llegar.

—Me pego una ducha ultrarrápida y ya estoy contigo, Nora.

Nora Dini y Francesca prepararon el dichoso asado inglés a golpe de lo último de David Guetta, no obstante, la florentina se permitió incluir también en el menú del almuerzo un contundente plato de su tierra. Le dedicó una sonrisilla suficiente a Michela cuando los niños se decantaron por sus *pappardelle sulla lepre*.

—Tanto nombrecito extraño... —farfulló la mujer bajo la atenta y amorosa mirada de Tullio Pastriani que, a su lado, engullía el filete de ternera asada de su *Sunday roast*—. Donde esté un buen plato de cocina italiana, que se quiten todos los asados ingleses.

—Por una vez —intervino en su precario italiano Juan Santiago Ruano— le voy a dar la razón, Nora. Esto está sublime.

—¡Francesca Biliardi! —se pasmó Roberto desde el otro lado de la mesa—. ¿Qué has hecho con este buen hombre? Que hasta hace nada se dedicaba a declamar a favor del pan con pescado frito.

—¿Pan con pescado frito? Pero si el pescado frito es lo más inglés que existe —se horrorizó Michela mientras alargaba la mano para hacerse con algo de la salsa de la pasta.

—Enana —explicó con fastidio el aludido—, está hablando de los bocadillos de calamares.

Michela elevó la cabeza con un movimiento veloz y apuntó a su marido con un trozo de pan bañado en la salsa de la pasta.

—Cariño —pronunció Michela en un tono altanero—, no se te

ocurra meterte con los bocadillos de calamares y jamás vuelvas a denominarlo «pan con pescado frito». Es un manjar español y, además, lo único que me sale decente.

—Nunca he probado los bocadillos de calamares —habló Edward Savage muerto de risa—, pero ahora me ha picado la curiosidad. ¡Cuánta polémica!

—*Allora*, no se diga más —intervino Caterina PASTRIANI, y acariciaba con parsimonia su vientre hinchado. Otra niña venía en camino. La esperaban para Semana Santa—. Esta noche cenaremos bocadillos de calamares preparados por nuestra anfitriona.

—¿Quéééé?

—Has dicho que te salen decentes, cuñada —musitó tras una sonrisilla traviesa Caterina.

—Lo siento —habló Francesca sorbiendo el vino al tiempo que negaba con la cabeza—, la he visto cocinar y me rehúso a ejercer de conejillo de indias. Aprecio demasiado mi estómago.

Michela le pisó un pie.

—Traidora —le espetó masticando el pan.

—Superviviente —matizó Francesca y le sacó la lengua.

—Vamos a ver, señores, ¿en serio nos estamos peleando cuando tenemos en casa a un chef con una maldita estrella Michelin? —se carcajeó Roberto y le dedicó una inclinación de cabeza a Paolo Sabatini, que se echó a reír desde la otra punta de la mesa.

El susodicho meneó la cabeza. Se puso en pie adoptando una postura solemne y alzó la copa. Los demás se le unieron.

—Por mi bella esposa, Caterina PASTRIANI, la luz que guía mi vida. Feliz cumpleaños, amor mío. —Todos golpearon con los puños la mesa—. Por Roberto y Michela y su espléndida familia, que han organizado esta maravillosa velada en su preciosa villa inglesa y, sobre todo —llegados a este punto del discurso se llevó una mano al pecho—, por los bocadillos de calamares, que prepararé con mucho gusto esta noche.

Se elevó un murmullo de aprobación seguido de varios vivas y silbidos. Paolo besó en los labios a Caterina. Los niños, que ya no aguantaban seguir sentados a la mesa, lo interpretaron como una

señal de liberación, saltaron de sus sillas y empezaron a chillar. Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

Roberto se acercó al lugar donde Michela conversaba con Francesca.
—Cariño —le dijo en voz baja al oído.

Michela se disculpó con Francesca y juntos abandonaron el comedor por la puerta acristalada que daba al jardín trasero de su vivienda. Se echaron a andar por el césped hasta un pequeño cenador cubierto situado al otro lado del jardín. Michela se abrazó a Roberto, que a su vez la rodeó con los brazos, estrechándola contra su pecho.

—Mañana a primera hora salgo para Roma, acabo de recibir una llamada de Lukas.

—El juicio.

—Sí, van a celebrar la segunda audiencia y tengo que acudir a declarar, luego tengo que volar hasta Alemania, a ese pueblo cerca de la casa de tu padre, ¿recuerdas que te lo comenté? Voy a impartir un curso de instrucción en técnicas de lucha antiterrorista para la Policía alemana. Europa se ha convertido en un jodido polvorín. ¿Quieres venirte con Marco? Después tengo unos días libres hasta empezar con la instrucción de los militares aquí. Podemos quedarnos unos días y visitar a tu padre y tus hermanos.

Michela arrugó el ceño.

—Tendré que hacer algunos turnos extras en el hospital, pero creo que no habrá problemas, aunque si te soy sincera no me gusta que Marco se pierda tantas clases.

—Michela, por Dios, que tiene tres años y medio. Da igual que se pierda clases. Aprenderá mucho más con el viaje y le hará más ilusión ver a su abuelo, que cualquier cosa que sea que le enseñen en la guardería.

Roberto inclinó la cabeza y restregó la nariz en el hueco detrás de la oreja de ella. Michela experimentó un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

—Tienes razón —ronroneó cuando él empezó a repartir pequeños besos en su cuello—. De acuerdo. Avisaré a Frederick.

—¡Chicos! —los llamó Nora desde la puerta agitando una pala metálica en las manos—. ¡La hora de la tarta!

—¿Michela? —la interrogó Roberto horas después, una vez que lograron que Marco, Roberto Junior y Deborah, después de vivir un día de aventuras interminables, cayeran redondos en los tipis indios que les habían preparado en la habitación de Marco para que los primos durmieran juntos a ras del suelo sobre unas cómodas colchonetas.

—Dime —balbuceó mientras se lavaba los dientes.

—¿Por qué nunca llamas a Frederick papá?

Michela, que se enjuagaba la boca, secó sus manos con parsimonia en la toalla de mano y luego la dejó en su sitio en el toallero. Revisó su aspecto en el espejo y, antes de salir, apagó la luz. Se apoyó contra el dintel de la puerta y observó a su marido. Roberto, con los brazos detrás de la cabeza, se hallaba repanchigado sobre el colchón, la pálida luz que emitía la lamparita de la mesilla de noche a su lado iluminaba su semblante y parte de la habitación.

—Mi madre siempre lo llamó Frederick.

—¿No lo ves como tu padre, acaso?

Michela, con los pies descalzos, caminó hacia la cama recreándose en la esponjosidad de las cerdas de la alfombra de lana en la planta de pie, y pareció meditar la pregunta.

—Frederick es mi padre, el único que conocí como tal. —Se paró delante de la cama, se abrazó al dosel y se llevó el índice a la boca mordisqueándose la uña—. El otro me ha causado el mayor dolor de mi vida. Lo aborrezco. Siento vergüenza de compartir genes con ese sujeto. Sin embargo, independientemente de todo eso, para mi madre ese hombre, ese engendro repugnante, era mi padre. Verás, hace tiempo caí en la cuenta de que cada vez que ella me hablaba del hombre que me engendró, de Salvatore, lo llamaba así: «tu padre o papá», en cambio, Frederick siempre fue... solo Frederick.

—Y es tu manera de honrar su recuerdo.

—Algo así, sí, supongo. —Se encogió de hombros—. Recuerdo un día que me habló del amor. De la idea que ella tenía sobre el amor. Yo estaba hecha un lío por tu culpa. Fue después de que me besaras en el hospital, ¡Dios mío! ¿Ya pasaron cuatro años? —Roberto esbozó una sonrisa evocadora ante el recuerdo de aquella noche lejana y

todos los disparates que se habían echado en cara—. Pues yo le pedí que me explicara qué significaba amar. Aún hoy puedo recordar lo que me dijo, el tono en el que me habló. La desesperación y el profundo dolor que trasuntaron todas y cada una de sus palabras aún me duele, es más que eso, me destroza. Se me forma un nudo en el pecho de rabia y frustración que no logro superar. —Michela trepó por el colchón y se arrodilló delante de Roberto—. Ella lo amaba, ¿entiendes? Lo amaba como jamás amó a nadie, ni aun a su propio esposo. Ese tipo de amor opresivo y enfermo que solo causa dolor y sufrimiento. Me provoca tanta pena por ella. ¿Por qué no pudo disfrutar de un amor sano y hermoso? ¿Por qué tuvo una vida tan desgraciada? ¿Por qué tenía que matarla de esa manera? ¿Te das cuenta de que en el fondo mi madre no es más que una estadística más de la violencia de género? Cada vez que lo pienso, la ira que experimento no me permite ni respirar. Creo que sería capaz de ir a la tumba de ese malnacido solo para patearla, escupirle y gritarle hasta quedarme afónica.

Roberto, conmovido y apenado, se inclinó hacia adelante y la tomó entre sus brazos, estrechándola muy fuerte contra él.

—No permitas que el odio se apodere de ti. Tu madre no tuvo una vida desgraciada, Michela. Quítate esa idea de la cabeza, te tenía a ti, a su hermana, a su sobrino. Tuvo una vida feliz, cariño. Era una mujer feliz; aunque viviera enamorada de ese bastardo, no permitió que eso le amargara la existencia.

—Es que siento que no se ha hecho justicia, nadie ha pagado por el crimen que se cometió contra mi madre.

—Creo que Salvatore lo pagó en vida, lo pagó viviendo sin ella. Yo vi cómo te miraba la noche que te conoció, ese dolor no lo pudo ocultar.

—¿Y qué pagó? —se fastidió ella—. Por favor, no digas tonterías.

—Creo que también la amaba. A su manera retorcida, la amaba. Michela, la amaba hasta el punto de dejarnos ir aquella noche sin hacer nada. Tu madre, Juan y tú escapasteis sin problemas, y yo también.

—Porque lo amenazaste.

—No, Michela, él me dejó ir. Lo único que lamento de aquella noche

fue no haberle atravesado el cráneo con un tiro limpio.

A Michela se le llenaron los ojos de lágrimas. Elevó la cabeza y Roberto le salió al encuentro, inclinó el cuello y besó con suavidad su boca tomando entre sus propios labios los de ella, lamiéndoselos con languidez. Se echó sobre el colchón y la hizo recostarse sobre él. Se dedicó a acariciarle la barbilla y barrió con la yema de sus dedos sus lágrimas.

—¿Soy un ser humano horrible por desearle la muerte a mi propio padre?

—¿Soy un ser humano horrible por haber propiciado la muerte de Bárbara Cottini? —retrucó él en voz baja.

Michela parpadeó varias veces y su boca se abrió ligeramente.

—¿De veras?

—Participó en tu secuestro, pudiste haber muerto. No me malinterpretes, no me arrepiento. Lo volvería a hacer, pero actué como ellos, ¿entiendes? Como aquellos a los que perseguía. Me comporté como todo un *mafiossi*. Por eso me he negado a aceptar las ofertas que me han hecho para formar parte de ningún cuerpo de Policía o militar. Prefiero dedicarme a enseñar a los demás, bueno, aunque ya sabes que, de cuando en cuando, necesito algo de acción de campo.

—Tú y tu acción de campo. Sí, te vas a jugar a ejercer de soldadito universal y aquí me dejas con el Jesús en la boca.

—Sé cuidarme y, contestando a tu pregunta, no era tu padre. Tu padre es Frederick y la verdad es que Salvatore Barreta era un monstruo, un jodido psicópata. Me alegro de que se matara. Lamento no haberlo hecho yo.

—Ay, Roberto, ¿cómo pudo ocurrir... que mi madre se enamorara de un hombre así? No lo comprendo.

—Ella no sabía a qué se dedicaba tu padre cuando se enamoró de él. Aquella vez, cuando nos confesó su historia, a Juan y a mí, lo explicó. Dijo: «Para mí solo era Salvatore Michele, no un asesino o un narcotraficante». Si te soy sincero no creo que ni ella misma comprendiera con exactitud lo que sentía por él. Cariño, esas cosas no se eligen. Suceden y ya. Míranos a nosotros.

Michela rodó por el cuerpo de su marido y se colocó boca arriba sobre la cama con las manos cubriéndole la cara.

—Es espantoso, Roberto.

Pastriani tomó con delicadeza su mano, la acercó a su boca y primero besó el anillo, luego le giró la muñeca y lamió la red de venitas azules que dibujaba su piel. Se aproximó hasta el oído de ella.

—Pero debe quedar en el pasado, mi pequeña *deiba* hermosa —le dijo en un susurro que la hizo estremecer—. No puedes permitir que la rabia te carcoma y te robe la paz.

Michela resopló.

—Lo sé, y lo intento, lo intento tanto. Roberto...

—Mmmm.

Se giró, se acercó y le tomó la cara entre las manos demandantes.

—Hazme el amor —expresó con urgencia—, necesito un orgasmo.

Roberto, que arrastraba la nariz por el cuello de su mujer, mordisqueándole la piel suave, soltó una risilla ante el imperio con que se lo había pedido.

—A sus órdenes, *kaini*.

Michela echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un jadeo lastimoso cuando la mano de Roberto se internó por la cinturilla de su pantalón de pijama.

—Roberto...

—Dígame, mi señora.

Su mano se había perdido entre los pliegues viscosos de su vulva y jugueteaba con su clítoris.

—No te contengas...

—No pensaba hacerlo.

Lukas Sabonis se ajustó la gabardina y echó un vistazo a la entrada del aula búnker de Rebibbia. Apretó el botón del mando y esperó hasta escuchar el pitido que indicaba que su coche había quedado bloqueado. Observó más allá de las rejas metálicas del centro penitenciario y suspiró con pesadez. Se echó a andar con los hombros encorvados y la carpeta bajo el brazo. Varios periodistas,

agazapados de la ligera llovizna matutina debajo de enormes paraguas y agolpados en las escalerillas de acceso al edificio, le dedicaron sendas miradas especulativas. No sabía qué absurdo impulso lo había conducido a aceptar la defensa de Giovanni Strazzo —el ex primer consejero se hallaba en prisión preventiva enfrentado a varios delitos por asociación mafiosa, corrupción, usura, extorsión y abuso de poder, imputado tras la operación Roma Criminal, que había estallado sacudiendo los cimientos de la ciudad cuatro años atrás—. De cualquier manera, estaba hecho. Le había dicho que sí y ahora tendría que pasar los próximos cuatro, cinco, seis años de su vida entrando a ese maldito edificio y saliendo de él.

Se topó en los pasillos con Roberto Pastriani, que ocultaba su rostro con un pasamontañas y vestía de un modo informal con vaqueros y chupa de cuero. Había reconocido su vozarrón cuando lo escuchó saludar al juez instructor del caso, Vincenzo Macrì. Pastriani alzó la cabeza al escuchar las pisadas, se disculpó con el magistrado y le salió al encuentro. Se estrecharon las manos.

—¿Se puede saber qué cojones haces defendiendo a esa escoria?

—La escoria tiene derecho a una defensa justa —se echó a reír por la mirada sarcástica que le dedicó Roberto—. Sí, vale, da bastante dinero y es bueno para el despacho.

—Si tú lo dices... —Le colocó una mano en el hombro y apretó—. Ah, enhorabuena por la sentencia del caso de Inés Soto. Hiciste un gran trabajo. Me alegro tanto por ella.

Lukas tragó saliva y desvió la mirada asintiendo con aire distraído.

—¿Michela y tu hijo? —preguntó para eludir un tema que nunca le había gustado tratar con nadie.

—Se quedaron en casa esta vez. Todos muy bien. Marco está hecho un diablillo; Michela te manda recuerdos y muchos besos. Píllate un avión y nos vienes a visitar, a Michela le hará ilusión y podemos darnos una escapada para ver algún partido de fútbol.

Lukas perfiló una sonrisa.

—Oxfordshire, sí, quizás te tome la palabra. También me gustaría visitar Londres y sus museos.

La llamada del alguacil que anunciaba el comienzo de sesión

detuvo su charla.

—Suerte —se burló PASTRIANI palmeándole la espalda.

—Vete a la mierda, *Robbie*.

El restaurante estaba a rebosar a esas horas del mediodía, la gente entraba y salía, los comensales hablaban a gritos para hacerse oír entre la algarabía. Ella iba y venía, de mesa y mesa, atendiendo las comandas y recogiendo las sobras.

—Vaya, vaya, otra vez lo tienes por aquí —comentó Regina dándole un codazo a su compañera.

La joven depositó la bandeja de una de sus mesas sobre el pollo metálico y asomó la carita por el hueco de las cocinas. Sintió el calor trepando hasta sus mejillas y sus ojos negros brillaron cuando la puerta se cerró tras Lukas Sabonis. Siempre le pasaba igual, y no entendía por qué se ilusionaba cada vez que ese hombre se presentaba a comer.

El abogado se quitó una gabardina *beige* empapada y se revolvió el cabello rubio sacudiendo sus pies al mismo tiempo. Se veía tan molesto que a ella le provocó un acceso de risa.

—Hay que reconocerlo —le dijo Regina a su lado—, es todo un *gentleman* ese hombre, guapísimo, rubísimo y se muere por ti.

—No, no se muere por mí.

Ojalá lo hiciera.

—Lo hace, confía en mí. Vamos, ¡corre!

Inés se dio la vuelta y fingió arreglar unas servilletas.

—Se ha sentado en una de tus mesas —musitó con desgana—, tienes que atenderlo tú.

María resopló.

—Siempre se sienta ahí y siempre le atiendes tú. El pobre seguro que cree que te toca esa zona. Si voy yo se va a pensar que estás mosqueada con él y tú babeas el suelo que él pisa, así que vamos, ¿a qué esperas?

Inés Soto se mordisqueó los labios, volvió a asomarse por el ventanuco y lo observó colocar su sempiterno maletín oscuro entre sus piernas. Tomó una honda inspiración y se preparó para su

encuentro diario con Lukas Sabonis. Así se habían tirado los últimos seis meses.

La primera vez que lo había visto su corazón había brincado eufórico y se le había llenado de esperanza. No se lo podía creer. Lukas Sabonis había ido a buscarla. ¡Por fin! Después de cuatro años una maldita señal. Sus ilusiones, sus ansias y sus esperanzas fueron muriendo día tras día, comida tras comida. Él se limitaba a saludarla con mucha cordialidad, pedía su comida, la devoraba y luego se largaba. Al menos, siempre le dejaba una propina excelente. Ya ni siquiera se atormentaba preguntándose a santo de qué venía cada día.

—Inés...

—¿Qué?

Regina estiró la mano.

—La libreta, hija. Al menos, disimula.

La joven agarró la libreta, se recolocó varios mechones de cabello en su sitio, se estiró el delantal negro y caminó hasta la mesa donde aguardaba Lukas. Su adorado, ilógico e inolvidable Lukas.

—*Dottore* Sabonis —lo saludó en un tono plano—, buen día, ¿qué desea tomar?

—Hola, Inés, ¿cómo te encuentras hoy? Está cayendo una buena.

Inés miró por la ventana, no se había dado cuenta de la tromba de agua que caía.

—Ya veo, ¿le sirvo lo de siempre?

Lukas cambió su posición en la silla, apoyó el brazo en el respaldo de su asiento y la miró fijamente.

—No. Lo que me gustaría es que tomaras asiento aquí conmigo y compartiéramos una comida juntos.

Las manos de Inés que sujetaban la libretilla temblaron. La muchacha mantenía la cabeza gacha. Esa respuesta era lo último que se esperaba. Necesitó carraspear antes de hablar.

Se atrevió a mirarlo de reojo.

—Eso excedería nuestro mutuo acuerdo laboral.

—Creo que yo mismo me salté ese dichoso acuerdo la primera vez que vine aquí buscándote. —Ante la mirada sorprendida de Inés, se

apresuró a añadir—: Me gustaría exceder ese acuerdo, en realidad, me gustaría romperlo a pedazos.

—¿Es porque ya soy mayor de edad?

—Es porque estoy loco por ti y me tortura pensar que un día conozcas a un jovencito simpático y bonachón y lo mires como solo quiero que me mires a mí.

Inés se quedó mirando su libreta como si esas palabras no la hubieran atravesado de lado a lado. Los ojos se le inundaron de lágrimas y tuvo que tragar saliva.

—No sé si es consciente, *dottore*, pero estoy en mi lugar de trabajo. Si me atrevo a sentarme aquí con usted a mi jefe le puede dar un ictus.

—Entiendo.

—Entonces, ¿le sirvo lo de siempre?

Fue el turno de Lukas para parpadear sorprendido y carraspear.

—Sí —dijo tras una pausa—, por favor.

Inés lo apuntó en su libretilla, arrancó el papel y antes de irse lo dejó sobre la mesa, frente a él. Lukas agachó la cabeza y leyó: «Salgo en hora y media». Sus labios comenzaron a estirarse en una sutil sonrisa. Dobló en dos el papelillo y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Arrastró la silla, se levantó de un salto y persiguió a Inés, que atravesaba las puertas de las cocinas.

Regina dejó escapar un gritito emocionado cuando vio al eminente abogado rubio tomar por el brazo a su amiga, sujetar con fuerza su cintura y, delante de todo el restaurante, estamparle el beso más espectacular que había presenciado en su vida. Varios clientes comenzaron a aplaudir, otros les silbaron y vitorearon. Incluso, escuchó a alguien que les pedía que se buscaran una habitación.

La lluvia caía impenitente fuera del restaurante, la relación con su mejor amigo nunca volvería a gozar de la complicidad de antaño, el caso de Strazzo pintaba fatal y les haría perder dinero e, incluso, y casi con toda probabilidad, su propio puesto de trabajo en el bufete al que había dedicado los últimos diez años. Todo eso no podía importarle menos.

La mujer que amaba le correspondía.

Fin

Nota de la autora

Hace ya bastante tiempo, y tras leer una maravillosa novela, comencé a investigar sobre reencarnación, transmigración de las almas, budismo y me dediqué a cuestionarme cosas que siempre había criticado por considerarlas quimeras, fantasías, absurdos. El concepto de alma, la noción del cielo y el infierno según las creencias cristianas. ¿Tenemos alma? ¿Es acaso nuestro cuerpo un mero recipiente? ¿Debemos resolver las cuestiones que dejamos pendientes? Así surgió la trilogía Samsarí, en la que logré explorar algunos universos que me fascinan.

La antigua Roma, su cultura, su arte, su expansión por el continente.

Considero que la historia de Roma es sumamente importante para desentrañar y acercarnos a nuestra propia y compleja realidad. No en vano, somos hijos de Roma, de su cultura, funcionamiento político e incluso la manera en que vemos en el mundo y el lugar que ocupamos en él.

Os invito a investigar y redescubrir Roma. La nación que nos ha legado las ideas de libertad, civismo y explotación imperial. ¿Qué hizo posible su expansión en el mundo? ¿Por qué Roma?

Hago un pequeño inciso. Espero (y pido con humildad) que las amables lectoras puedan disculpar la licencia que me tomé para desarrollar la trágica historia de Durato y Licinia, pues usurpé el protagonismo del general Viriato, superviviente cuando no era más que un niño, de la masacre que cometió Servio Sulpicio Galba contra el pueblo lusitano, y lo hice para disponer de libertad total a la hora de crear la historia de mis protagonistas.

Volqué en Samsarí mi visión de la reencarnación, quizás una visión algo romántica y bastante sentimental. Imploro el *mea culpa*, aunque no me arrepiento ni un poquito.

Y también traté un tema que me obsesiona desde la adolescencia: la mafia. Su nacimiento, evolución, el mecanismo que le ha llevado a integrarse y pudrir cada esfera de la vida social y política de las naciones, controlándolas, sometiéndolas y manejándonos a su antojo.

No me quiero despedir sin hacer una última reflexión.

Sin lugar a dudas, todos moriremos y, quizás, entremos a formar parte de ese ciclo de nacimiento, muerte y reencarnación que describe el Samsara. Geshe Ngwang Losel explica en el prefacio de su novela, *Vagando por el Samsara*, «si deseamos morir bien hemos de aprender a vivir bien y para ello debemos procurar la paz en nuestra mente y en nuestra forma de vivir. Desde el punto de vista budista la experiencia real de la muerte es muy importante. A pesar del karma que hayamos acumulado durante la vida presente y las pasadas, si en el momento de morir generamos un estado mental positivo, podremos activar un karma virtuoso y de este modo tener un buen renacimiento».

La definición literal de Samsara es «vagabundear por el sufrimiento». Samsara es la rueda de la vida a la que estamos abocados como seres espirituales. El budismo considera que es el espíritu la entidad real, la realidad del ser. Así, este trasciende de la muerte para renacer, una y otra vez, en un cuerpo diferente y cumplir el ciclo de la vida. La liberación del samsara solo es posible cuando alcanzamos existencias más elevadas alimentando no nuestro cuerpo, pues nada importa, sino nuestra alma inmortal.

Agradecimientos

Mi agradecimiento más emotivo va para ti que estás leyendo esto, espero y deseo de todo corazón que hayas disfrutado de esta historia. Gracias infinitas.

A Gaby, porque siempre estás ahí para escucharme, aconsejarme y ayudarme con cualquier ínfimo detalle de esta historia. Te adoro.

A todas aquellas personas que han hecho posible que esta historia que amo vea la luz y, por supuesto, a Lola Gude, Selecta Editorial. Gracias miles.

Kvinnen I mitt liv, jeg elsker deg.

Puedes escribirme a miamartin.escritora@gmail.com o seguirme en Twitter: @MiaMartinAutora o Facebook: Mía Martín (Escritora). Te espero.

Si te ha gustado
Hasta la eternidad
te recomendamos comenzar a leer
Nuestro momento
de *Mina Vera*



Capítulo 1

Las célebres notas centrales de *Smoke on the water* de los Deep Purple sonaron amortiguadas desde algún rincón de la bolsa de deporte de Juan. Su móvil estaba sepultado bajo toallas y dentro del bolsillo de un pantalón anegado de agua y barro que casi había tenido que arrancar de sus piernas. Aquella melodía indicaba que quien le llamaba era su cuñado, fan del mítico grupo y bajista del suyo propio. O al menos esto último lo había sido antes de que el mundo se les cayera encima a ambos. Dejó a medio atar su segunda bota y se apresuró a encontrar el aparato con manos impacientes.

Tras revolver todo el contenido de su bolsa y acabar optando por darle la vuelta y vaciarla en el suelo, logró hacerse con el teléfono y descolgar en el último tono.

—¡Sí! ¡Álex! —le gritó, haciendo eco en el solitario vestuario masculino.

—Hola, tío. Ya pensaba que no me ibas a coger.

—¿Dónde estás? ¿Alguna novedad?

—Sí, Juan. Puede que...

—¿Qué? ¡Álex! —Juan miró la pantalla pensando que el problema sería la cobertura, pero el logotipo de la marca del aparato parpadeó un instante antes de que la imagen se fundiera a negro—. ¡Mierda! ¡Putá batería!

Rebuscó sin éxito el cargador entre sus pertenencias a la vez que de reojo iba buscando algún enchufe por las paredes. Ni lo uno ni lo otro quisieron mostrarse ante sus ojos, por lo que empaquetó de cualquier manera todo lo que había tirado por el suelo y salió como una bala hacia su furgoneta. En la guantera llevaba un cargador que podía enchufar al mechero del vehículo.

Aunque no había aparcado muy lejos del polideportivo donde se aseaba cada día tras su jornada de trabajo, la corta carrera unida a la lluvia torrencial, a su ansiedad y al cordón desatado de su bota le hicieron caer de bruces a medio camino, golpeándose en la barbilla y

en un codo poco antes de que la mochila le cayera en la cabeza.

—¡Joder! ¡Pero qué coño pasa hoy!

Vociferando improprios, entró en el vehículo, lanzó la bolsa en el asiento del copiloto y sacó el cargador de mala gana. Cuando introdujo la llave en el contacto y la giró, el motor sonó como un perro estrangulado y la boca se le llenó de palabras tan feas que le quemaron hasta la lengua.

Tras casi diez intentos se dio por vencido. Las máquinas se habían aliado ese día en su contra, pensó, recordando cómo la taladradora les había dejado tirados a él y a su equipo esa misma mañana, obligándoles a cambiar los planes de trabajo desde primera hora.

Ahora se arrepentía de haber creído merecer unos minutos de relax y desconexión nadando. Sus chicos se habían duchado y se habían ido a sus casas tras una dura jornada de trabajo bajo la lluvia. Sin embargo, él había preferido estirar los agarrotados músculos y liberar la estresada mente bajo las cloradas aguas de la piscina municipal a la que tenían libre acceso por gentileza de la alcaldesa del pueblo cuyo Centro Cívico estaban ampliando y modernizando.

Suspiró e intentó tranquilizarse para buscar la solución más rápida y eficaz. Su móvil era lo más nuevo que poseía, más por ser necesario para su trabajo que por capricho, por lo que imaginaba que cualquiera tendría un cargador compatible que poder prestarle.

Salió del vehículo y caminó calle abajo —dejando atrás el polideportivo, algo alejado del centro del pueblo y a pocos metros del paseo que bordeaba la pequeña playa que aún no había tenido tiempo de visitar— con el objetivo de entrar en el primer bar o comercio que encontrara y poder pedir ayuda. Un cargador, un teléfono público, lo que fuera, para retomar la conversación con su cuñado antes de que se perdiera en la selva otras dos semanas sin haberle dicho qué era lo que había descubierto. Solo después de hablar con él, llamaría a la grúa. Y por fin podría marcharse a su casa y dormir hasta la mañana siguiente. ¡Maldito día!

—¿Otro chocolate?

Luz apuró su taza a la vez que un relámpago iluminaba todo

alrededor, de forma que advirtió que se estaban quedando a oscuras a pesar de ser solo las cinco y media de la tarde. Se levantó para pulsar el interruptor de las fluorescentes, pero una mano la sujetó con firmeza por la muñeca.

—No me cambies de tema ni intentes escaparte, bonita. Esto hay que solucionarlo ya mismo.

La mirada que su cuñada le lanzó advertía que no pensaba zanzar el tema tal como ella deseaba. Olvidarlo y dedicarse al resto de sus clientes, que sí merecían su tiempo y esfuerzo. Se zafó de su agarre, encendió las luces y se sentó de nuevo en la mesa de recepción. Dejó la taza a un lado con un suspiro derrotado.

—Ya he hecho todo lo que estaba en mis manos, Lidia. No voy a decirle la verdad a esa chica y arruinar su boda por una tontería. Si ella ha elegido a un imbécil con el que compartir el resto de su vida, es su problema, no el mío.

—¿Ah, sí? Y por eso la vas a dejar en la estacada a siete meses del evento. La has llamado y le has mentido, Luz, ¡mentido! —gritó, haciendo aspavientos—, diciéndole que no puedes seguir ocupándote de su boda porque te van a operar de una hernia. ¿Cuánto hacía que no decías una mentira?

—Eso da lo mismo. Además es una mentira piadosa. —Aquellos dos ojos negros como la noche seguían atravesándola con mirada acusadora. No podía culparla, pues ella misma le había inculcado desde niña que mentir era algo muy feo. Sin embargo, Lidia ya no era una nena a la que educar. Era toda una mujer que debía entender que entre el negro y el blanco había diferentes tonos de gris—. ¿Qué querías que le dijera? ¿Que el hombre con el que va a casarse intentó besarme mientras le enseñaba el muestrario de alianzas?

—¡Ya te dije que sí hace un mes! —Abrió las manos de forma exagerada y las puso en alto—. Eso es exactamente lo que tienes que hacer.

—No, eso es lo que harías tú. —La señaló con el dedo índice, tocándole la punta de su chata nariz, intentando con aquel cariñoso gesto quitarle hierro a aquella discusión—. Yo no puedo tener eso sobre mi conciencia.

—¿Y dejar que se case con un tío que le va a poner los cuernos a la primera de cambio te parece bien?

—No, claro que no. —Frustrada, se apretó los ojos con ambas manos y se recostó sobre el respaldo del sofá exhalando todo el aire de su interior—. Pero si le digo lo que pasó, no va a creerme. O va a creer que soy yo la que tiene interés en él. Tal vez piense que fui yo la que hizo algo para provocarlo o...

—Eso es estúpido, además de machista y.. puf, es que me pongo mala solo de oírte. —Apretó los dientes como un perro rabioso—. Pero como sé que de buena a veces eres tonta, tomé cartas en el asunto.

—¿Qué? —Se incorporó de golpe y varios rizos rubios se escaparon de su coleta baja—. ¿Qué has hecho, Lidia?

Luz miró con cierto horror a su joven cuñada. Ya no era la niña que conoció, no, pero a veces se comportaba de un modo tan infantil e impulsivo que rozaba lo suicida.

—He seguido al tal Lorenzo y le he pillado *in fraganti* no una, sino dos veces.

—¿Te has vuelto loca? —La voz le salió tan aguda que no la reconoció como suya—. Eso es acoso.

—No, es periodismo de investigación —corrigió con la barbilla bien alta, convencida de que había actuado de forma correcta.

—No, no lo es, si lo que quieres es ser una periodista seria y no una *paparazzi*.

—Solo he hecho unas fotos en la vía pública. —Se cruzó de brazos e hizo un puchero, gesto habitual en ella desde siempre—. Eso no es un delito.

—¿No se las habrás mandado a Susana? —Luz ya se estaba temiendo una demanda además de un bochornoso momento de explicaciones y disculpas con una pareja a la que no tenía ninguna gana de volver a ver.

—No. Pero solo porque no tengo su número. Esperaba que tú me lo dieras.

—Ni loca.

—Si te enseñó las imágenes cambiarás de idea.

—No quiero verlas. Bórralas —dijo de la forma más directa y tajante que fue capaz.

—Se le ve metiéndole la lengua hasta el último empaste a una rubia y a una morena. En días diferentes, eso sí. Y porque he estado de exámenes, que si no le habría pillado con una castaña y otra pelirroja, seguro.

—Mierda —farfulló Luz, frotándose de nuevo la cara, en concreto las sienes, donde se le estaba empezando a formar un dolor agudo. Se mordió la lengua. Odiaba las palabrotas, tanto oírlas como pronunciarlas.

—¿Quieres verlas? Si lo haces, tal vez se te quite de la cabeza esa estúpida idea de que tú tuviste parte de culpa en que el muy cabrón intentara besarte. El culpable es él. No tú, ni Susana. —Antes de que pudiera volver a negarse, Lidia puso la pantalla ante sus ojos mostrando una de las fotos más reveladoras—. Dame su contacto. Puedo enviárselas desde número oculto. Y que ella decida.

Luz estaba valorando la remota posibilidad de hacerle caso cuando un movimiento en la puerta le hizo desviar la vista. Había entrado un cliente y ni se había dado cuenta. Un cliente calado de la cabeza a los pies que, por cómo la miraba, había oído más de la cuenta.

—Perdón. —Juan carraspeó al verse observado con ojos horrorizados. Realmente aquel turbio asunto que había llegado por accidente a sus oídos no le importaba lo más mínimo, pero no había creído oportuno interrumpir. Aunque vista la cara de la mujer que se acercaba a él, pálida y desencajada, más le hubiera valido hacerse notar antes—. Buenas tardes. Verás, he tenido un problema con la batería del coche, y la del móvil, hoy nada parece funcionar. Y necesito hacer una llamada muy urgente. ¿Podrías prestarme un cargador y dónde enchufarlo unos minutos?

—Y una toalla —oyó que murmuraba la joven que se había quedado sentada a la mesa situada en el centro de la amplia estancia de aquel negocio que aún no tenía muy claro a qué se dedicaba, pero que había sido el primer local en cuya puerta había visto un cartel con la palabra *abierto*.

—Sí, por supuesto. Pasa por aquí. —Juan la siguió hasta un

mostrador cercano—. Lidia, ve a por esa toalla, y sírvele también una taza de chocolate caliente.

—No es necesario, de verdad. No os molestéis —se apresuró a rechazar, aunque era consciente del charco que se estaba formando bajo sus pies.

—No es molestia. —Fue la más joven, una chica esbelta y morena de tez y cabello, la que se acercó a él con una toalla en una mano y una taza en la otra—. Luz es una ayudadora profesional. Y yo soy su ayudante, por lo que soy la ayudadora de la ayudadora. Todo un trabalenguas. —Rio divertida—. ¿Quieres también un bizcocho?

En un momento, Juan tuvo una toalla en la cabeza, una taza en una mano, un bizcocho en la boca y un cargador sobre el mostrador situado a pocos metros de la mesa a la que volvieron a sentarse ambas mujeres.

Tras un gesto de agradecimiento, conectó su móvil al cable y esperó largos segundos hasta que la pantalla quiso iluminarse. Entre tanto, no pudo evitar escuchar los susurros de la mesa contigua. La más joven de las mujeres seguía insistiendo en que debían advertir a la pobre cornuda. La otra tapaba la pantalla del teléfono una y otra vez tratando de no ver la prueba del delito. Mientras todos los sistemas de su móvil se conectaban, en agradecimiento a su hospitalidad y también porque creía que la mujer lo estaba pasando realmente mal con aquella situación, se decidió a hablar, a riesgo de meterse donde nadie lo había llamado.

—Disculpad. No he podido evitar oír vuestra conversación. Y solo como aportación... ¿Se os ha ocurrido pensar que tal vez ese tío lo esté haciendo todo a propósito? —Ante la cara de desconcierto de ambas, matizó sus palabras—. Has podido fotografiar al tipo con dos mujeres en plena calle. Y a ti te ha intentado besar sin miramientos. Tal vez sea su cobarde forma de evitar una boda en la que no tiene mucha gana de participar. O incluso... —se aventuró, pensándolo un poco más— puede que ella lo sepa y no le importe. Que le dé manga ancha mientras con la que se case sea con ella.

—¿Una relación abierta? —sintetizó Lidia.

—O unos ojos que miran para otro lado —añadió Juan, recordando

a un par de colegas que habían tenido destructivas relaciones de ese calibre—. No sería ni el primer caso ni el último.

—Llevan juntos media vida —aportó Luz—. ¿Por qué querría él casarse o seguir con ella si prefiere andar con otras?

—Costumbre. Comodidad. Interés. A saber. Disculpad —concluyó Juan cuando por fin el móvil estuvo operativo—. ¿Álex? ¡Dios! ¡Por fin!

Al otro lado de la línea, se podían oír los característicos sonidos de un aeropuerto.

—Joder, Juan, te he llamado por lo menos cien veces.

—Lo siento, la puta batería. Cuéntame antes de que me dé un infarto.

—Sigo en la India. Pero estoy en el aeropuerto a punto de coger el primer vuelo a Tailandia. Puede que tenga algo.

—¡En serio! ¡Eso es fantástico!

—Bueno, al menos he conseguido dar con alguien que reconociera su foto. Pero si de verdad es él, utiliza otro nombre, otra vez. Aunque puede que esté siguiendo una pista equivocada.

—Es lo primero que tenemos en semanas. Intenta seguir esa información, a ver a dónde te lleva—. Se secó la cara con la toalla que llevaba colgada al cuello y se dio cuenta de que las chicas habían dejado de hablar y lo miraban sin disimulo. Al sentirse observadas, sonrieron y se giraron para seguir hablando entre ellas. Él se giró también, pues la conversación era privada, por mucho que él hubiera sido el primero en invadir la de ellas—. ¿Has hablado ya con mi hermana?

—La he llamado antes que a ti. La he notado bastante animada. ¿Está estable o finge para no preocuparme?

—No, no finge. Lleva una buena racha, y está animada. Seguro que lo estará más aún si la has llamado ya.

—Creo que se podría decir que nuestra conversación la ha animado.

—Rio misteriosamente—. Ya te contará ella.

—¿El qué?

—No puedo hablar más. Tengo que embarcar. Te llamo en cuanto tenga noticias.

—Vale. Oye —se apresuró a decir antes de que le colgara—, ¿necesitas dinero?

—Pues... lo necesité hace una semana. Mis padres me hicieron un giro.

—Álex... —Se tapó la cara con la toalla, no queriendo ver nada—. Te dije que dejaras a tus padres fuera de esto.

—Sé cómo está la situación, Juan. Tú te encargas de lo de allí y yo de lo de aquí. ¿Te parece?

—No.

—Pues es igual. Así va a ser. Y punto. Te dejo. Un abrazo. Cuídala.

Antes de que pudiera añadir nada, la señal se cortó. Aunque pulsó la rrellamada, fue inútil. Álex ya había apagado el teléfono.

—Maldito cabezota —farfulló.

Cuando se dio la vuelta, casi chocó contra la mujer rubia, que se acababa de acercarse a él.

—¿Has acabado?

—¿Eh? —Dio un paso atrás, pues la proximidad de la joven lo desconcertó. Era bastante más bajita que él, olía a fruta y su rostro redondo y sonriente transmitía solo buenas vibraciones. Aun así, su presencia tenía algo de imponente que Juan no supo definir—. Sí. Gracias.

Le devolvió la toalla y se dispuso a desenchufar su móvil, pero ella tiró del cable para impedirle.

—Déjalo un poco más, sino se te apagará enseguida. Y levanta la barbilla. Voy a curarte eso.

Juan la observó abrir un pequeño botiquín sobre el mostrador y sacar gasas y yodo. Se tocó la mandíbula donde recordaba haberse golpeado e hizo una mueca de dolor. Después contuvo un quejido cuando ella apretó la gasa a toquecitos contra su piel raspada.

—No te afeites en unos días para que no se te abra la herida. No es profunda, pero la harías sangrar de nuevo. Deja que se regenere la piel.

—Eso haré. —Aprovechó para mirarla de cerca. No se parecía en nada a la otra chica. No debían de ser familia, así que descartó que fuera su hermana mayor, si bien por la forma de hablarse era lo que

le había parecido. Esta era rubia de piel clara, y sus cejas del mismo tono que su pelo delataban que no se teñía. Ojos castaños con algún matiz más claro que la postura no le permitía concretar. Estatura media, peso medio, aunque se intuían sinuosas curvas bajo la ropa holgada que vestía. Manos delicadas, de finos dedos y uñas bien cuidadas. Y ese rico olor a fruta, algo cítrico, advirtió—. Gracias.

—De nada. ¿Algún otro golpe que tratar? —Tras quedarse quieto pensando un par de segundos, se remangó el jersey hasta el codo. El raspón no había levantado apenas la piel, por lo que no necesitaba ayuda para curar—. ¿Eso es todo?

—Por suerte, sí.

—Muy bien—. Cerró el botiquín—. Ahora que tu móvil y tú estáis atendidos, vamos a ver qué podemos hacer por tu coche. ¿Dónde lo tienes aparcado?

—Gracias, pero no es necesario. Llamaré a la grúa.

—Eso puede llevarte horas. Yo tengo unas pinzas en el garaje. Lidia, mejor usamos tu coche que ya está fuera.

—Claro. Toma. —Le lanzó las llaves y Luz las cogió al vuelo—. Yo las busco, ¿dónde las guardas?

—En la estantería de la derecha, en la balda de arriba. En una bolsa de lona gris.

Lidia desapareció por una puerta y Juan vio a Luz meterse tras el mostrador, coger unas llaves y dirigirse a una de las muchas vitrinas que había repartidas por la diáfana estancia.

—Toma, llévate esto. —Sacó un objeto pequeño y blanco y se lo tendió. Él caminó hasta donde ella estaba y miró el cacharro mientras lo dejaba en su mano—. Siento no tenerlo sin corazoncito, pero si no, tiene que ser rosa con dos alianzas, o lila con los nombres Carmela y Sebastián, y la fecha de su boda. Supongo que te quedas con el blanco —añadió riendo.

—Supongo. ¿Qué es?

—Una batería externa USB. Para tu móvil. Para emergencias, como la de hoy. Se lleva mucho como detalle de boda, por eso tengo tres modelos de muestra en exposición. Todos cargados.

De pronto Juan se puso a mirar a su alrededor, tratando de pensar

dónde se había metido.

—Vale, te veo un poco perdido. Estás en *Nuestro momento*, mi negocio. Es a la vez tienda y punto de atención a clientes. Ayudo a parejas que quieren casarse a organizar un día memorable para ellos. Un recuerdo para toda la vida.

—¿Eres eso que llaman *wedding planner*?

—Más o menos. Con muchos matices, pero sí.

—Vale. Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Muchas?

—Sí, esto, el detalle de boda —explicó—, aquellos maniquís del fondo vestidos de novios —enumeró, aunque los acababa de ver—. La historia de ese tío y sus infidelidades.

—Ah, eso. —Hizo una mueca de disgusto, casi de dolor—. Agradecería que lo olvidaras.

—Sí, por supuesto. Pero tú no deberías sentirte mal por culpa de un imbécil así.

—Lo intento. Gracias. —Dando por zanjado el asunto, le dio la espalda y fue a por su móvil. Al volver, lo conectó a la batería que acababa de regalarle.

—Entiendo que el hecho de que te sucediera eso en tu trabajo debe de ser muy desagradable —prosiguió él, incapaz de mantenerse callado—. Pero eso que has dicho, que igual tú hiciste algo para que él pensara que querías... No lo creo. Si tu amiga le ha visto y fotografiado con otras, insisto en mi teoría de que lo que quiere es que no haya boda.

—Es posible.

Ella no lo miraba a la cara.

—No quiero decir que él no quisiera besarte realmente. Entiendo que quisiera hacerlo. —Tras oír aquello, la joven alzó las cejas y él se dio cuenta de cómo podía haber sonado—. Quiero decir... que es muy posible que sintiera el impulso, eres una mujer atractiva. —Dios, lo estaba empeorando—. Pero de ahí, de querer, a realmente intentarlo, cuando estas organizando su boda... a mí me huele a chamusquina. Una llamada a gritos a cancelar una boda.

Ella se encogió de hombros y Juan no supo dónde meterse.

—No las encuentro —oyeron a Lidia a sus espaldas.

—Ya voy yo. Esperadme en el coche.

Le lanzó de nuevo las llaves a Lidia y se marchó como un rayo al garaje.

—Esperemos que haya dejado de llover —comentó la chica de camino a la puerta.

Esa noche a la hora de dormir, ni siquiera leer una de las tres novelas que tenía empezadas ayudó a Luz a borrar de su mente el asunto de Susana y Lorenzo. Ni las fotos que Lidia le había hecho al susodicho. Tampoco, por si fuera poco, que un extraño se hubiera enterado de todo, con pelos y señales.

Intentó consolarse con la idea de que el hombre había tratado de aportar una visión diferente del problema, una visión un poco cínica, pero otro punto de vista que no habían contemplado. Ese hecho le hizo pensar que, si había pretendido tranquilizarla —aunque hubiera metido un poco la pata con aquello de que no le sorprendía que quisiera besarla, pues le parecía atractiva, cosa que aún no sabía muy bien cómo interpretar— no se dedicaría a airear lo sucedido por ahí, como anécdota que contar en el trabajo.

Un trabajo como carpintero o albañil, meditó, recordando el tacto duro y áspero de sus fuertes manos cuando le había devuelto la toalla. Eso sería lo que habría llevado a un desconocido hasta su tienda de forma fortuita, un empleo temporal en algún lugar del pueblo, alguna reforma. Tal vez, por la proximidad, la rehabilitación del Centro Cívico. «Tendría que habérselo preguntado», se dijo a sí misma, dando otra vuelta en la cama. Aunque lo cierto era que no había venido a cuento en ningún momento de la conversación.

Por lo menos había podido ayudarlo cuando lo necesitaba. Había hecho su buena obra del día. El hombre —de quien, ahora que lo pensaba, desconocía el nombre— había necesitado una mano amiga desesperadamente. Si hasta se había caído, recordó, visualizando la magulladura de su mandíbula. Un mentón fuerte que lo había

librado de una herida aún peor.

Recordó su cara, algo oculta por una barba de pocos días, pero un rostro hermoso, de unos treinta años, alguno menos que ella. La nariz un poco larga, pero no ancha, sin llegar a llamar la atención demasiado. Unas cejas oscuras y bien definidas enmarcando unos ojos color chocolate, de ese que recubre las tartas, tan liso y brillante. Y la boca... Debía reconocer que se había parado a mirar esos labios un par de segundos de más. Eran muy carnosos, con el pico superior bien dibujado. Si el resto del rostro no hubiera sido tan masculino, podrían haber parecido un poco femeninos. Aunque cuando sonrió... No, aquella boca era muy, muy masculina. Y ella no recordaba haberse parado a pensar en una boca masculina desde hacía muchísimo tiempo.

Cuando se le empezaron a cerrar los ojos, Lorenzo y Susana estaban más que desterrados en un rincón de su mente. Y cuando el sueño se apoderó por fin de ella, fueron —por primera vez en más de ocho años— los labios de otro hombre los que besaba en sueños. Otro hombre que no era Cristóbal. Su marido muerto. Lástima que en rara ocasión, una vez despierta, lograra recordar lo que había soñado.

Mía Martín nació hace treinta y seis años en Santa Cruz de Tenerife, pero desde niña reside en la isla vecina, Gran Canaria, es licenciada en Derecho, madre de una pequeña guerrera y una lectora voraz; que escribe en su tiempo libre sobre el amor y otros misterios.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Mía Martín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-27-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |